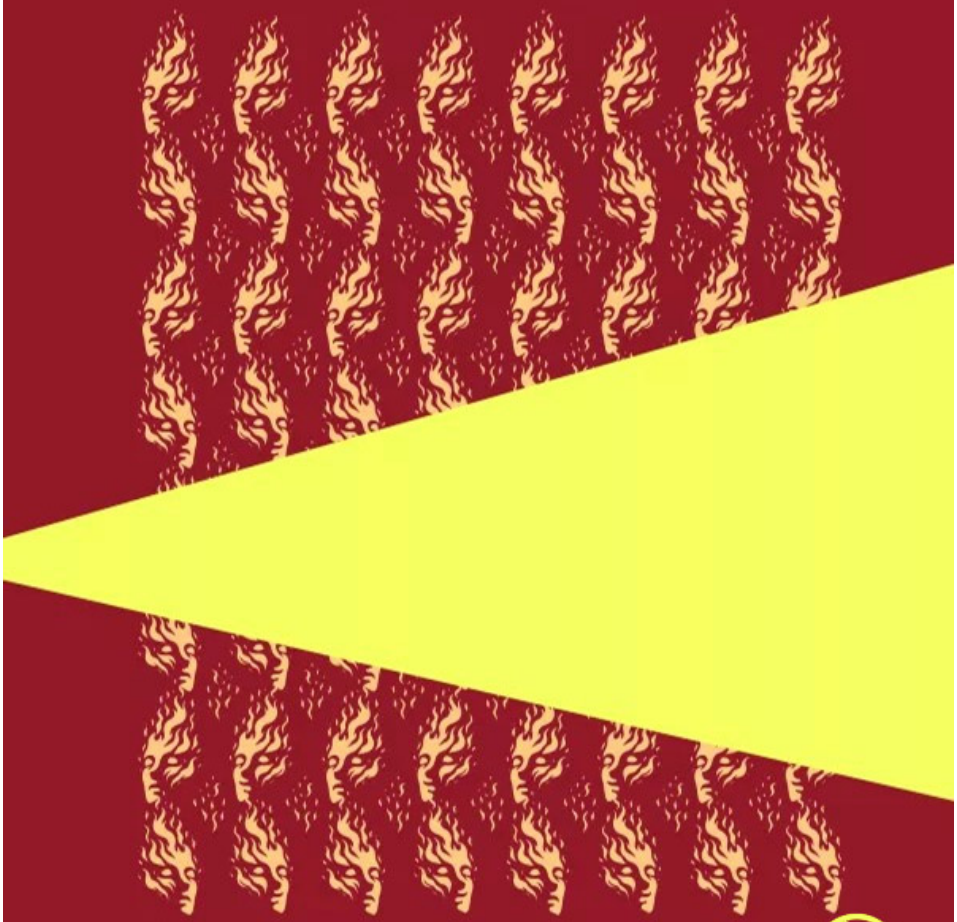
CUANDO CANTA EL BÚHO

JANET FRAME



TRADUCCIÓN DE PATRICIA ANTÓN

13

De la autora de Rostros en el agua.

«La oscuridad es una respuesta aterradora».

La voz de Daphne Whiters resuena en la habitación oscura de un manicomio. Sus palabras van componiendo la historia de su familia y de la tragedia alrededor de la que orbitan ella y sus hermanos: Francie, que se rebeló contra las normas de papá; Toby, cuyos ataques epilépticos lo condenan a la soledad, y Teresa, que se agarra a la respetabilidad social para tapar las heridas del pasado.

Janet Frame escribió su primera novela, «Cuando canta el búho», publicada en 1957, al ser dada de alta del último manicomio donde estuvo encerrada, después de más de doscientas terapias de electroshock y de salvarse en el último momento de una lobotomía cerebral. Esta historia, con la sutileza desgarradora de los mejores relatos de Katherine Mansfield, explora las formas en las que aflora el dolor en los diferentes miembros de una familia.

«Qué mujer tan extraordinaria: por haber superado los obstáculos que superó y haber sabido darles tan buen uso en su obra, y de forma tan original». DORIS LESSING

«La mejor escritora de Nueva Zelanda». ELEANOR CATTON

«Frame es y será divina». ALICE SEBOLD

Janet Frame

Cuando canta el búho

Título original: *Owis Do Cry*
Janet Frame, 1961
Traducción: Patricia Antón, 2024

-

Revisión: 1.0

08/08/2024

Donde liba la abeja, liban mis labios.
Una bella prímula tengo por lecho,
y allí duermo yo, cuando canta el búho.
A lomos de un murciélago, henchido el pecho,
Tras el verano emprendo, alegre, el vuelo.

La tempestad, William Shakespeare

PRIMERA PARTE

HABLANDO DE TESOROS

1

El día llega temprano cuando los pájaros empiezan y el fusilero gorjea en una nube como el niño del poema: haz callar tu flautín, tu alegre flautín. Y en todas partes brotan flores de judía, hierba de un exuberante verde guisante, un enjambre de insectos que zumban vertiginosos y chocan contra los sitios altos; la roseta basal crece sigilosa e invasora para cubrirlo todo como un echarpe cremoso de prietas y cálidas rosas; ah, el amanecer con sus vivaces nubecillas de insectos que brincan y danzan sobre las maltrechas briznas de hierba y el rostro de la primera flor que nace; y las semillas de zanahoria que planté nunca brotaron, porque el viento sopló un hechizo para dispersarlas; el viento es cálido, era cálido, y en lo alto los días irrumpen sin control, explotan y diseminan los átomos de una flor de judía negra como la nieve y una rosa blanca, en una burlona imitación del intuitivo zorzal, que pregunta «quién-lo-hizo-quién-lo-hizo» con su repetitiva cantinela del verano; y con sus trinos me decía que plantara las semillas de zanahoria esparcidas bajo un manto de tierra fino como el algodón y, sin embargo, se hundieron demasiado o se

secaron, y la mosca negra se adueñó de las judías que florecieron más tarde en el terciopelo de la medianoche, y pensé que debí haberlo sabido, que es lo que piensa una cuando el destino se acerca con paso furtivo; qué exuberante es el verano, sí, pero ¿de qué sirven el río verde, el paraje dorado, si el tiempo y la muerte hincan unos dedos que se han vuelto humanos en este reducto de mi campo, y no descansan hasta llevarse bajo tierra todo el verdor del sauce y la rosa blanca y la flor de judía y el alimento que en la brumosa mañana nos trae el melodioso chirrido en el pecho de pimienta del zorzal?

Y ahora, cual voluminoso y dispéptico Papá Noel, hay en la puerta un montón de la nieve de Navidad que ningún día de pleno verano ni sol humano podrán disipar, y así ha de ser, y así parece que ha de ser, para encajar; y ahora compramos una tarjeta de Navidad y escribimos o firmamos la lista del obituario con cinta adhesiva; envolvemos nuestra vida en celofán con un pañuelo y una tarjeta; compramos una oruga hecha un ovillo y avanza muy despacio con su lomo ondulante por nuestros días y nuestras noches. Canta Daphne desde el cuarto de los muertos.

2

La abuela era una mujer negra que tiempo atrás había sido esclava, con su largo vestido negro y el pelo ensortijado y la piel oleosa, en el sur de Estados Unidos. Cantaba a menudo sobre su hogar,

—Llévame de vuelta a la vieja Virginia,
la tierra del maíz, las patatas y el algodón,
y del dulce cantar de las aves en primavera;
donde ansia reposar mi viejo corazón.

Y ahora que está muerta ya habrá regresado a Virginia y andará recorriendo las plantaciones, con el sol arrancando destellos a su pelo ensortijado, que es como una bola de algodón negro sobre la que bailar, o como el vilano de cardo que los pájaros se llevan a sus nidos si su mundo es negro.

No, tenéis que comeros el repollo, en la pared hay coladores colgados para escurrirlo y sacarle el agua verde; aunque si tenéis diabetes, quizás sería mejor que os bebierais ese líquido, o de lo contrario podríais perder las dos piernas, como vuestra abuela, y acabar con dos nuevas de madera que guardaréis detrás de la puerta, en las sombras, y sin rodillas para doblarlas ni dedos en los pies para moverlos.

¿Coladores?

¿Coladores?

¿Calendarios?

Calendarios cuelgan de la pared, con facturas del tendero, del lechero y del carnicero; y de algún modo se las ingenian para estar ahí colgados reuniendo todos los días y meses del año y numerándolos como a presos, no vayan a escaparse.

Y lo hacen, siempre.

—El tiempo vuela —decía la señora Withers—. Y es «calendario», no «colador»; menudos tontorrones estáis hechos, niños. Francie, Toby, Daphne, Chicks… bebeos el agua del repollo o perderéis las dos piernas como vuestra abuela.

3

—No quiero ir al colegio —decía Toby—. Quiero ir al vertedero y encontrar cosas.

Francie, Toby, Daphne, y no siempre Chicks, porque era demasiado pequeña y se quedaba rezagada por el camino, descubrían tesoros en el vertedero, entre el papel y el acero y el hierro y el óxido y botas viejas y todo lo que la gente del pueblo había tirado por inservible y porque ya no tenía ningún valor. El lugar era como una concha con un ribete dorado de penachos de toetoe alrededor y con hierba y matojos creciendo como un pelaje verde sobre los montones de basura; y desde donde se sentaban los niños, arrebujados en la hondonada de desperdicios, a veces al calor de las hileras de fuegos encendidos por los hombres del ayuntamiento para acelerar la muerte de sus desechos materiales, veían pasar el cielo en ondas de azul o de gris y oían en el viento al grueso abeto que se inclinaba sobre la hondonada, se mecía y hablaba para sí, pronunciando su propio nombre, abeeeto, abeeeto, y soltaba sus agujas de herrumbre que se deslizaban por la ardiente concha amarilla y verde y penetraban en ella para coser con minúsculas puntadas la herida en

carne viva y llena de formas de vida donde los niños encontraron los primeros y más felices cuentos de hadas.

Y un librito verde y apolillado de Ernest Dowson, que le decía, en secreto, a Cynara, «La noche pasada, ay, anoche, entre sus labios y los míos», y que hablaba de amor y solo era adecuado para Francie, a quien ya le había «venido», que era la palabra que usaba su madre cuando les hablaba en susurros sobre aquello en el baño, pero no para Daphne que aún no sabía qué se sentía o cómo podía una llevar eso sin que se le notara y la gente dijera: «Mira».

—Te goteará la sangre al caminar —dijo Francie.

Y sin saber qué contestar, Daphne decía

—Rapunzel, Rapunzel, deja caer tu cabello; repetía las palabras del príncipe que trepaba hasta lo alto de la torre por la sedosa trenza dorada, todo estaba en los cuentos de hadas que encontraban en el vertedero. El libro apestaba, y ese también se lo habían comido unos gusanos que aún vivían entre las páginas amarillentas, y estaba cubierto de ceniza, y lo habían tirado porque ya no hablaba la lengua adecuada y la gente no podía leerlo porque no conseguía encontrar el camino hacia los mundos que contenía. En la cubierta, en una letra con florituras, se leía: «Los hermanos Grimm». Hablaba sobre Cenicienta y sus feas hermanas con los talones y los dedos de los pies cortados de los que manaba sangre negra, el color de la nieve de todas las flores de judía.

—Pero yo no quiero ir al colegio —decía Toby—. Quiero ir al vertedero y encontrar otro libro.

Ese día tocaba que la doctora viniera a la escuela. Llevaba un traje gris y, como era la enfermera del colegio, en su imaginación la confundían con esa otra enfermera gris que se acerca sigilosa como un tiburón a tus espaldas cuando nadas, para devorarte entera; aunque no la había en esas aguas, sino solo cerca de Sídney, tengo entendido.

Cada vez que venía, la enfermera se llevaba a los niños sucios para observarlos y susurrarles *cosas* a través de un tubo de cartón. «Treinta y dos, cincuenta y cinco, sesenta y uno», murmuraba; y los niños, si eran los sucios y los estaban examinando, tenían que

repetir: «Treinta y dos, cincuenta y cinco, sesenta y uno»; y si lo hacían correctamente significaba que oían bien y no habría que hurgarles en las orejas ni operarlos. Y la doctora sacaba entonces un palito como el de un helado y, con muchísima suavidad, iba separando los mechones de pelo del alumno para escudriñar en ellos y comprobar si tenían habitantes. También les examinaba la ropa para determinar cada cuanto la lavaban y si era heredada o nueva. Y sostenía un cuadrado de cartón ante los niños sucios y les señalaba las letras impresas en él, y esperaba que ellos le recitaran el alfabeto todo mezclado y que vieran aquellos caracteres tan pequeños, más diminutos incluso que los de la columna central de una página de la Biblia, donde dice Véase Tim, Rom, Deut, y otras palabras misteriosas.

Eso a Toby no le gustaba. Todo aquello le daba miedo. En un libro de médicos que su madre guardaba encima del armario, había visto un dibujo de los animales de muchas patas que caminan por el pelo de la gente; y las manchas rojas que a la gente le salen en la cara, y la forma en que se te pueden torcer las piernas. El propio Toby era un niño enfermizo que tomaba una medicina, una cucharada diluida en agua después de cada comida, hasta que su madre descifró lo que ponía en la receta y qué significaba. Y entonces,

—Bromuro —declaró—. Es una droga.

Y así, siempre que los frascos de medicina aparecían, de dos en dos o por prescripción repetida, la madre de Toby decía

—Ningún hijo mío, ni uno solo, va a tomarse esta porquería. —Y rompía el sello, quitaba el corcho y vertía el líquido denso y marrón en el fregadero.

Toby no mejoró. Iba al colegio, se sentaba en la última fila y ladeaba la cabeza, tratando de entender lo que había escrito en la pizarra y qué estaba diciendo el maestro, Andy Reid, en la clase de historia.

Habían tenido lugar las guerras maoríes y los blancos se habían quedado con tierras en bloque. Toby se preguntaba cómo sería de grande un bloque de tierra. Se construían casas con bloques de

hormigón, y ellos caminaban por las mañanas alrededor de bloques de apartamentos, tocando una verja sí y otra no y arrancando una caléndula de cada tres. Pero decían que aquel bloque de tierra de la historia contenía un bosque de kauri que solo una tempestad sería capaz de rodear en un minuto arrancando por el pelo un árbol de cada dos o cada tres.

—Tenían un buen gobierno, en aquel entonces —les decía Andy unas veces, y otras—: Tenían un gobierno malo.

Y les hablaba sobre la guerra y la paz, que nunca parecían ocurrir al mismo tiempo en la historia. Hubo, digamos, seis años de paz, y durante esos años los maoríes y los blancos se pasaban los días y las noches sonriéndose unos a otros, frotándose las narices e intercambiando jade, kumara y kauri, y casándose, asistiendo a meriendas campestres, tomando el té, comiendo pescado y riéndose juntos, y nadie se enfadaba nunca.

Hasta que los seis años llegaron a su fin. Quizás lo hicieron por Nochevieja, y los blancos y los maoríes se plantaron ante sus casas el día de Año Nuevo, como se planta la gente ante los cines y los campos de críquet a la espera de que dé comienzo la película o el partido; y las madres advertían a sus hijos:

«Recuerda que no debes reírte ni jugar ni intercambiar nada. Vamos a matarnos durante seis años. Estamos en guerra».

Toby no lograba imaginar los años de guerra, pero Andy Reid se lo contó a todo el mundo, y Andy Reid sabía de esas cosas. También decía que había habido una guerra de Cien Años, cuando algunas personas tuvieron que haber nacido con la indignación en la cara y muerto indignadas también, sin una sola sonrisa en todo ese tiempo.

Pero costaba entender la historia con sus reyes buenos y malos y sus pelucas y sus mallas blancas y apretadas para bailar un minué; e imaginar a los dos príncipes sentados en aquella torre espantosa escuchando cómo goteaba el agua de una caverna subterránea y les surcaba la cara y el cuello y les caía en las cabezas que brotaban como flores de las bonitas gorgueras que hacían de pétalos. A Toby le daban lástima, pero no conseguía comprender la historia ni aquel deseo de conseguir más tierras y oro; a veces tampoco entendía qué

decía el maestro ni podía leer las palabras en la pizarra. Y por eso no quería ir a la escuela cuando venía la doctora.

Se ponía enfermo a menudo y tenía que saltarse las clases y quedarse en casa. Cuando estaba enfermo le temblaba la mano como si tuviera frío y entonces Jesús o Dios le arrojaban un manto oscuro sobre la cabeza, y él forcejeaba allí debajo, apartando los pliegues de terciopelo, haciendo aspavientos con los brazos y las piernas hasta que el sol, sintiendo lástima, descendía como una grúa de luz radiante para levantarlo, pero, ay, también para preservar, en qué lugar de la gran bóveda del cielo, se preguntaba Toby, aquel manto de sueños recurrentes contenidos. Y abría los ojos y veía a su madre junto a él, con su voluminosa panza y el mapa de manchas de humedad y harina en su delantal de arpillera.

Entonces Toby se echaba a llorar.

El manto de terciopelo se cernía una y otra vez sobre él, de modo que siempre que Toby movía la mano o el brazo demasiado deprisa, su madre corría a su lado y le preguntaba,

—¿Estás bien, Toby?

O, en la escuela, Andy Reíd le decía,

—Puedes ir a tumbarte un poco, Toby Withers, y así a lo mejor consigues pararlo.

—¿Parar qué?

¿Entendía Andy Reid qué le ocurría y cómo el manto se cernía sobre él con su bosque de un millón de pliegues? ¿Sabía por qué a algunos les dan una noche tranquila y solitaria, con una habitación propia, pero sin ventanas a las que puedan asomarse esas estrellas de las que habla la andrajosa mujer del programa *Zodiaco*?

Así que Toby no fue al colegio el día que iba la doctora. Se despidió de sus padres y les dijo,

—Sí, llevo un pañuelo, y si me da otra vez, lo diré.

Y echó a correr, tomándole la delantera a Daphne. Esta se alegró, pues le daba miedo estar cerca de su hermano, por si le volvía a pasar y tenía que verlo ella sola, y se moría o se ahogaba con aquel terrible color morado en la cara y las manos temblando y los ojos en blanco, como el ojo, cerrado, de un ave muerta que Daphne había

visto una vez junto al corral. Pero al quedarse allí de pie en la acera húmeda de la calle, con Toby sacándole ventaja y el seto de boj africano, lleno de bayas como naranjas diminutas, inclinándose para pincharle en las piernas si se acercaba demasiado, se sintió sola y tuvo ganas de darle alcance; así que lo alcanzó y fue con Toby al vertedero en busca de cosas. Encontraron una rueda de bicicleta y un neumático de coche. Dentro del neumático había un taco de

libros de contabilidad con pulcras palabras y cifras trazadas cuidadosamente con una bonita tinta azul; y cada página les pareció a los niños algo salido de un museo y que debiera preservarse tras una vitrina, como el documento manuscrito de un pionero o un gobernador.

Daphne recogió los libros y se los puso en el regazo para acariciarlos, porque eran valiosos.

—Son tesoros —dijo—. Estas preciosas páginas son mejores que el papel de plata.

—Qué va —contestó Toby—. Solo son sumas, de esas que hacen los mayores.

—Pero están hechas como tesoros. ¿Por qué los habrán tirado? Y cuando uno se hace mayor trabaja con tesoros, así que debe ser eso.

—No. Esto ha salido de los bancos —repuso Toby—. De esos sitios donde llevan trajes de mil rayas y se les pone la cara muy roja cuando hace calor.

Y arrancó algunas páginas de los libros, pese a que Daphne trató de impedirlo, e hizo aviones de papel y orinó sobre una para ver si se volvía invisible.

Luego hablaron sobre los cuentos de hadas que nadie había querido y que habían dejado sobre las cenizas para que se quemaran. Había un hombrecillo, del tamaño de un pulgar en realidad. Solía guiar un caballo montándose en su oreja y susurrándole «Arre» o «Adelante». Y había un rey que vivía en una montaña de cristal y que podía ver su rostro en setenta espejos distintos de un solo vistazo. Y una mesa que surgía de la tierra al igual que el órgano, según dicen, se eleva a través del suelo en los grandes teatros y la

música brota antes de que la gente se haya instalado y hayan entonado el *Dios salve a la reina*.

Y para hacer que la mesa desapareciera, la niñita del cuento solo tenía que decir «Bala, cabrita, bala y protesta, y que la mesa se oculte presta».

—Pues ya que hablamos de mesas, tengo hambre —le dijo Daphne a Toby—. ¿Qué tenemos?

No tenían nada. Les pareció que debía de faltar poco para la hora de comer, de modo que arrancaron una página de las sumas en azul, por si en efecto era un tesoro destinado a una vitrina, y se encaminaron a casa, pasando por la frutería de camino.

Daphne entró en la tienda, que siempre parecía mojada como si la estuvieran fregando y en la que los repollos se ponían amarillos y la fruta estaba llena de manchitas; y antes de que volviera la tendera (era una mujer china que había pasado por funerales y bodas e iglesias ajenas a Daphne y Toby), Daphne birló una manzana, se la ocultó bajo el brazo y salió con sigilo, y así, ella y su hermano tomaron cada uno media manzana, que dividieron equitativamente porque en realidad le pertenecía a Daphne; Toby se quedó la parte verde y ácida con piel más gruesa, y Daphne con la mitad más tersa y sonrosada; no obstante, para recalcar la imparcialidad de aquella empresa y la importancia de no contárselo a nadie, la niña le permitió a su hermano caminar por la acera soleada de la calle y permanecer calentito mientras ella continuaba por la sombra.

Aquella tarde, los dos fueron al colegio. La doctora había estado allí. Había reunido a varios alumnos y tachado sus nombres en unas tarjetas blancas, con tinta roja, y le había dado una nota a Norris Stevens, sobre sus amígdalas, para que la llevara a casa y se la diera a su madre. Iban a quitarle las amígdalas, explicó el niño, para envidia de todos los demás.

—¿Por qué no estabas esta mañana en la escuela? —le preguntó la señorita Drout a Daphne.

—Estaba enferma —contestó Daphne.

En cuanto a Toby, su respuesta a Andy Reid fue:

—Me ha dado otra vez.

Y le dijeron que se tumbara en la cama de la enfermería y a la hora del recreo le dieron leche, con una pajita.

4

Su pueblo, que se llamaba Waimaru, era tan pequeño como el mundo y quedaba a medio camino entre el polo sur y el ecuador, o sea, a cuarenta y cinco grados exactamente. Al norte del pueblo había un monumento de piedra con letras doradas que señalaba el lugar preciso.

—Viajero —decía la inscripción—, detente aquí. Te encuentras a medio camino entre el polo sur y el ecuador.

¿Qué se sentía al estar a cuarenta y cinco grados?

No se sentía nada distinto.

Waimaru era un pueblo respetable y el número de habitantes aumentaba tan deprisa que el alcalde se veía obligado a celebrar reuniones extraordinarias del consejo municipal, sobre las que informaba el periódico local; el «periodicucho», lo llamaban. Se debatió si las zonas protegidas donde crecían árboles y arbustos autóctonos debían ponerse a la venta como solares para viviendas, y si a los arbustos, y también a los niños que jugaban allí cerca al salir del colegio, habría que trasplantarlos a otro lugar; pero la propuesta del alcalde no se aprobó y, a continuación, llegaron cartas al

periódico, hubo amenazas de dimisión, una reunión de emergencia de la asustada sociedad dedicada a embellecer la región que ya había donado

muchos arbustos; una reunión desafiante del club «Construye Tu Propia Casa»; y tras todo eso se cernió la calma como si se hubiera dejado caer un suave manto, y los matorrales y los niños (incluidos los Withers) continuaron felizmente plantados en las colinas que rodeaban el pueblo.

Y los jóvenes concejales negaban con la cabeza y decían,

—Esto no es progreso. Las poblaciones del norte avanzan,

se vuelven más y más grandes, mientras nosotros estamos aquí estancados, en el sur.

Tenían miedo.

—Nos dejarán atrás —decían.

¿Atrás con respecto a qué?

Entre las cartas dirigidas al periódico había algunas de la señora Withers, que se hacía llamar Tui, como el pájaro autóctono, para dejar claro su deseo de que dejaran los arbustos autóctonos en las colinas. Y a veces, si escribía sobre esos matorrales, hacía que la llamaran Miro, la pequeña baya roja. Les enseñaba las cartas a sus hijos y, aunque ellos no las entendían, sabían que su madre debía ser «alguien», y así podían decirlo en el colegio, cuando los demás decían,

—Mi padre tiene un coche.

—Mi tío corta árboles más rápido que nadie.

—Mí madre escribe cartas al periódico.

—Sí —decía la señora Withers, y lamía el sobre para cerrarlo—. Se van a enterar.

Y Bob, su marido, le hacía algún comentario grosero.

—Sí, desde luego que se van a enterar. Voy a ponerme firme con ellos. A nosotras, las mujeres, no nos pueden pisotear.

A veces, en vez de firmar como Tui, se convertía en Madre de Cuatro; y en lugar de Miro, el pequeño fruto rojo, se ponía el nombre de Indignada o, simple y universalmente, Madre.

—Veo que la Madre de Tres me ha contestado —decía—. Voy a

ponerla en su sitio.

¡Como si la dulce Amy Withers pudiera poner en su sitio a alguien!

Y entonces, su marido, que se iba a una reunión de la logia, gritaba desde el dormitorio,

—¿Dónde está mi corbata a cuadros? No tengo todo el tiempo del mundo.

Y Amy Withers se dedicaba entonces a rebuscar entre camisas y calcetines hasta que la corbata a cuadros le caía encima como una cascada.

—Toma, aquí tienes tu corbata, Bob.

Le tenía miedo a su marido. Hacía callar a los niños cuando Bob llegaba del trabajo o salía el parlamento en la televisión.

—Honorables caballeros —solía decir Bob.

Honorables caballeros.

Era laborista.

Pero hablemos del pueblo. Deberían leer un folleto que puede comprarse por cinco chelines y seis peniques, en rebajas sale a cinco chelines y por Navidad lo suben a seis. Ese folleto les revelará toda la información importante acerca del pueblo, y lleva fotografías: el reloj del ayuntamiento, que marca las tres menos diez (la posición correcta de las manos en el volante para conducir, según dice el inspector de tráfico de la zona); el invernadero de las begonias en los jardines, y un hombrecillo con cara de perplejidad que debe de ser el conservador y sostiene una begonia en flor; las rosas en el arco de la rosaleda y los helechos en el jardín de helechos; también hay una foto del congelador industrial, el exterior con su propio jardín y sus bonitos parterres de flores, y el interior con hileras de cerdos colgados con las diminutas pezuñas

extendidas tiesas hacia adelante; de la hilandería de lana, la fábrica de chocolate, la mantequería, el molino de harina: todos ellos símbolos de prosperidad y riqueza y de una tierra exuberante y fértil; y, por último, hay una foto de la costa con su larga playa de aguas furibundas y hambrientas, el «mar de remolino», como lo llaman los niños, donde no te puedes bañar sin temer la resaca, donde una se

baña con mucha cautela, igual que vive, entre las boyas; y cuidado con los tentáculos de algas y los torrentes de guijarros que el mar succiona hacia su boca cada vez que respira. Es cierto que al otro lado del espigón se ha formado una pequeña bahía que parece hecha con una pala, Friendly Bay, en la que puedes remar, jugar a los barcos con conchas y disfrutar de los helados de Peg Winter, la mujer grandota como una montaña que, como la fe, va de pueblo en pueblo, dejando tras ella un rastro de tiendas de dulces y helados casi como si se le cayeran del bolsillo, como migajas o semillas que brotan en formas pintadas de rojo y blanco, con mesas y sillas de color crema en el interior y taburetes giratorios a modo de vertiginoso acompañamiento de un batido de caramelo o de fresa.

Y vitrinas atiborradas de chocolate, negro o con leche, con frutas o solo.

Todo lo que esté dentro de una vitrina es valioso.

5

Canta Daphne desde el cuarto de los muertos.

A veces en este mundo he llegado a pensar que la noche no acabaría nunca y que la ciudad real no se acercaría y creo que me detendré a recuperar el aliento bajo los gigantescos eucaliptos que tengo en la cabeza. Mis ojos se han acostumbrado a la oscuridad y cuando veo los altos árboles despojados a medias de la corteza, con la carne blancuzca del tronco asomando debajo, pienso en mi padre cuando nos decía a mí o a Toby, o a Francie o a Chicks,

—Voy a arrancaros la piel a tiras.

Y sé que un furioso viento nocturno les ha dicho esas mismas palabras a los eucaliptos. Os arrancaré la piel a tiras.

Y ahí está la piel, colgando en jirones. Huelo las bellotas de un gris azulado del eucalipto, ciento cincuenta gramos de ellas, llenas de sabor y bulbosas bajo mis pies, y me quito los zapatos y las bellotas del eucalipto se me clavan en las plantas y camino hasta la orilla de Waimaru donde el mar se cuela en los sueños de la gente y fluye en círculos en su cabeza, excavando cavernas en las que reverbera y crece hasta que las polillas verdes socavan a la

gente y todos gritan dentro de sí mismos: socorro, socorro.
Y entonces incluso el sol viaja de una oscuridad a otra y yo no soy el sol.
Sí, incluso el sol.
Y ¿por qué lloverá tanto después de la noche?
Lluvia.
En el norte en invierno o en pleno verano la lluvia cae como cortinas de papel plateado, decía mi madre, que vivió allí hace mucho tiempo, donde hay enjambres de avispas y flores de una semana y palmeras, importadas; donde los narcisos brotan incluso antes que aquí, con coronas más anchas y con más volantes, y flores de colores más vivos, pintadas, que crecen en lo superlativo de la memoria; y el mar, sí, el mar más azul y más caliente y embravecido en verano con tiburones de cuya presencia se habla en los periódicos,
Vistos en el pasto verde.
¿Y el camino en la ciudad del norte?
Se deshace bajo tus pies.
Y la lluvia cae en hebras de papel de plata.
Y un martín pescador, de color indeleble, se posará en un cable de telégrafo y se dejará acariciar por el resplandor plateado y cantará con él.
Oh, Fronde, Francie era juana de Arco en la obra, llevaba casco y una coraza de cartón plateado. La quemaron, la quemaron en la hoguera.

6

Fue una tarde en una sala llena de gente: niñas vestidas con seda hilada blanca, todas con bolsitas de un chelín de taquitos de coco escarchado, rosa y blanco, del puesto de dulces caseros; madres que olían a un cuarto cerrado lleno de polvos de talco y abrigos de piel, con sus paquetes de la caseta de objetos hechos a mano: trapos de cocina y caminos de mesa con bordados de flores y espigas y de punto de sombra.

Era el último día del trimestre y el último de colegio para Francie pese a que solo tenía doce años, trece después de Navidad. Sabía contar hasta treinta en francés. Sabía hacer hojaldres, untando la mantequilla con sumo cuidado entre pliegue y pliegue. Sabía hacer fécula, de limón o rosa con colorante rojo, que crecía al cocerse y pasaba de granitos sucios, todos iguales, polvorientos y envueltos en papel, a convertirse en perlas rosas o de limón. Sabía que una gota de yodo en un trozo de plátano volvería negra la fruta, revelando así el almidón; que el agua es h_2O; que un hombre llamado Shakespeare, en un bosque cerca de Atenas, tuvo un sueño a la luz de la luna.

Pero pese a toda su sabiduría, no había aprendido nada sobre el tiempo de los vivos, el tiempo que siempre está ahí y nunca se ve, cuando la gente es como las canicas en el circuito

de la feria; y un estrafalario imprevisto las obligará a pagar, en su rastrero y miserable destino, por el privilegio de rodar hacia la caja de luz o la caja oscura, hasta que caigan en uno de los agujeros pintados, su nicho, pues así se llama, donde sus vidas girarán una y otra vez en un círculo de frustración.

Y a Francie se la llevaron, la tarde de la obra, como una de aquellas canicas, pero aún con el casco plateado y la coraza puestos, a la espera de que la quemaran; y la hicieron rodar hasta un lugar nuevo, más allá de Frére Jacques y participios y ciencias y mecheros bunsen y Shakespeare, y ahí duermo yo, cuando canta el búho,

cuando canta el búho cuando canta el búho,

Hacia un lugar nuevo de luz u oscuridad, de vuelta a casa, y a mamá y papá y Toby y Chicks; una mamá y un papá de jornada completa, como si volviera a ser pequeña, y ni hubiera cumplido los cinco, sin colegio, para siempre sin colegio, y su mundo, como su diente, estuviera bajo la almohada con la promesa de seis peniques y no volver nunca al colegio. No más medias negras que comprar a crédito junto con el sombrero panamá y la blusa y los zapatos negros, con el dependiente ensartando los pagarés en su pincho en aquel ritual terrible e interminable, chupando la punta del lápiz que está sujeto al mostrador con una maltrecha cadenita dorada, y anotando los precios con cuidado y sumando la cuenta con cifras más grandes de lo habitual para comprobar bien, para asegurarse, pues los Withers no van a pagar todavía. Está todo pendiente. Con la deliberación que otorga el poder, el dependiente ensarta la hoja de papel en un pincho metálico clavado en un bloque cuadrado de madera; luego aparta un poco la madera con cuidado, con el papel desgarrado y atravesado, pero sin que se vea sangre alguna, y con el total ileso y abultado, y Francie (o Daphne o Toby o Chicks) mira de soslayo, con temor, la deuda contraída. A los Withers les han impuesto una condena. Es probable que acaben en la cárcel. Y el dependiente alisa el bloc de pagarés con el poder del juicio y el

destino en la presión que ejerce su mano.

—¿Todo bien hasta fin de mes? —preguntan los niños.

—Desde luego que sí, hasta fin de mes.

Pero tiene arraigado en el pensamiento aquel brillante punzón, la estaca capaz de desgarrar fajos de pagarés y guardarlos a buen recaudo hasta su día del juicio, hasta que suene la última trompeta, cuando los muertos se levanten como resortes de sus tumbas.

Pero ¿cómo puede haber sitio para los muertos? Tendrían que estar pegados unos a otros como galletas de malta o como esas otras de color rosa con relleno en medio que los Withers nunca se pueden permitir; excepto cuando la tía Nettie pasa a verlos en su trayecto en tren.

De modo que para Francie ya no habrá más medias negras que buscar y zurcir ni un uniforme que lavar con la esponja ni un sombrero panamá que limpiar con blanqueador y agua, ni el momento en que dice ¿Puedes caminar un poco más de prisa? Ni las manchas que no salen, ni las lágrimas de Francie porque la señorita Legget ha inspeccionado los sombreros y señalado aquellos que no estaban limpios o que parecían flácidos y ha dicho,

—Qué vergüenza. Ahora, paso ligero, niñas, que las puntas de los pies toquen primero el suelo, paso ligero, pero no Francie Withers.

Francie Withers es sucia. Francie Withers es pobre. Los Withers no tienen una casa para el fin de semana ni viven en South Hill ni tienen una aspiradora ni van a clases de *ballet* ni de piano ni les hacen fiestas de cumpleaños ni fotos en Dainty Studio para ponerlas en el escaparate un viernes.

Francie Withers tiene un hermano un poco corto de entendederas. No pudo traer seda fuji para la hora de costura, sino solo seda cocida corriente de la que se usa para colar los guisantes, porque es pobre. Nunca ves a su madre bien vestida y arreglada. No tienen mucha ropa y Francie no lleva unos zapatos de repuesto para hacer deporte, y sus pantalones no son de tela italiana negra de verdad.

No tiene una chaqueta del colegio con el monograma.

Pero Francie Withers es Juana de Arco, y cantó en la fiesta del jardín…

Donde liba la abeja, liban mis labios.

Una bella prímula tengo por lecho,

y allí duermo yo, cuando canta el búho.

Cuando canta el búho, cuando canta el búho.

Pero ya no me acurruco a dormir allí cuando canta el búho. En los cipreses macrocarpa y en las drácenas hay búhos, y chillan quiiiiiiuuuiii y, a veces, durante la noche y a causa de los árboles, te parece que va a llover para siempre y que no habrá más sol, solo quiiiiiiuuuiii y oscuridad.

Pero, para Francie, el día que deje el colegio será para siempre, con todos ellos desayunando juntos y su padre marchándose a trabajar, oliendo a tabaco y a espuma de afeitar y a los polvos que se echa en los pies para que no se le vuelvan de atleta.

—¿Qué turno tienes, Bob?

—El último, Amy. Estaré en casa a las diez.

Pero muy a menudo no la llamaba Amy, solo madre o mamá, como si fuera su madre de verdad.

Y ella lo llamaba padre o papá, como si al casarse con él hubiera encontrado otro padre.

Aparte del abuelo de Francie.

Y aparte de Dios.

—Sí, el último turno, Amy. Estaré en casa a las diez.

—Oh, papá, nunca puedes dormir hasta tarde.

—Si mañana libro, arreglaré el desagüe.

—Hace falta arreglarlo.

—Claro que hace falta. ¿No te he dicho mil veces que no tires grasa y esas cosas por el desagüe?

—Últimamente vacío el agua de lavar los platos fuera, en las rosas, para evitar hongos.

—Anoche no lo hiciste.

—Se me olvidó, papá.

—Dios santo, ¿ya es tan tarde? Ocúpate de que estos niños no se acerquen al vertedero, todo el pueblo habla de ellos, de cómo van y

juegan entre la basura, y me da la sensación de que no diferencian lo que es basura de lo que no lo es.

—Vale, papá.

Está a punto de besar a su mujer y luego se marcha, empujando su bicicleta hasta volver la esquina, y Amy observa cómo se aleja. Se seca las manos en el delantal mojado, siempre está mojado, con una gran mancha de agua donde se apoya en el fregadero para lavar los platos.

Durante un momento, porque es una romántica, piensa en sí misma y en Bob cuando él la cortejaba y le cantaba, cómo era aquella canción…

Ven conmigo en mi nave espacial,
ven de viaje entre las estrellas,
ven a dar la vuelta a Venus,
ven de viaje a Marte;
nadie nos verá besarnos,
nadie nos verá abrazados,
ven conmigo en mi nave espacial
y visitaremos al hombre en la luna.

Y cuando paseaban por Waikawa Valley, lo más cerca posible de la luna, se encontraron con el anciano maorí que corría alejándose de los fantasmas, y exclamó: Buenas noches señorita Hefflin, salvo que lo pronunció como «Jazmín», y ella se echó a reír.

Quizás Amy piensa en eso durante un instante, ¿o solo se piensa así en los libros, donde se atrapan esas lunas tan lloradas?

Y después los niños se van al colegio y la más pequeña juega en el patio de atrás, es Chicks, la llaman así porque es chiquita y morena; y también está ahí Francie, que no es pequeña sino que tiene doce años, trece cuando pase Navidad, pero que ha dejado ahora el colegio para labrarse su propio camino en el mundo.

Y para formar parte del día que dura para siempre.

Y ahora todo está en silencio para Francie. Piensa que las niñas en el colegio irán de camino a rezar sus oraciones. Ha dado comienzo un trimestre nuevo. La directora estará de pie en la tarima y alzará la mano, pero no para pedir silencio, porque ya están todas

calladas, sino porque le gusta levantar la mano de esa forma. Es una mujer robusta, con la cabeza como de toro y sin cuello propiamente dicho, y nunca sabes qué lleva bajo el guardapolvo porque se lo ciñe de tal modo que parece ocultar un secreto. Está de pie y majestuosa ante todo el colegio y saluda con un Buenos días, niñas.

Luego suena el himno nacional y la directora da la bienvenida a todas para el nuevo trimestre, y canta con ellas o abre la boca como si cantara,

Señor, concédenos tu bendición,
una vez más congregados aquí,
guía nuestros pasos en la diligencia,
en el amor y la fe, temerosos de ti,
protégenos siempre, y en la abnegación
no nos apartes de tu presencia.

—El Señor está muy muy cerca —dice la directora, después del amén.

Y se ciñe el guardapolvo más apretado incluso. A continuación abre la Biblia y lee el pasaje del Sermón de la montaña.

—Al ver Jesús a las multitudes, subió al monte. Y allí pronunció las bienaventuranzas. Bienaventurados sean los pacíficos y los pobres de espíritu y los que lloran, y así les enseñaba Cristo —dice.

Entonces rezan todas el padrenuestro, sin mirar, con un pequeño añadido por si hay una guerra, para que los soldados no tengan miedo; y cantan un himno largo, dirigido por la profesora de música que es sorda y lee los labios y es pariente lejana de Beethoven; y el himno tiene tantos versos que si hace un día caluroso algunas niñas se desmayan o tienen que salir a que les dé el aire y luego pueden alardear de ello,

—Me he desmayado. He tenido que salir del salón de actos cuando estaban cantando el himno largo.

Oh, danos la capacidad de escucha de Samuel, cantan. La buena disposición con la que el pequeño levita se mantenía vigilante por si lo llamaba Yavé. ¿Acaso tenía un reloj de verdad, de los que hacen tictac y cortan el día en porciones que se reparten como el mejor pastel, o se limitaba a dejar pasar la vida mientras montaba guardia

sentado en una casa oscura como una caja, por si aparecía un enemigo?

Es un himno triste, el del pequeño de Levi, y algunas niñas, incluso las que tienen casas de dos plantas y coches y caravanas, se echan a llorar; pero cuando acaba, en el colegio todo vuelve a ser como siempre y la directora no está más cerca de Dios; como si no hubiera habido ni Biblia ni Jesús que subiera a la montaña donde el aire es fresco y sabe a carrizo de nieve que crece por el camino; y Él pasa junto a una oveja muerta que los halcones han devorado y varias ovejas vivas sentadas de lado en la hierba, rumiando. Y es una de las montañas más bonitas de nuestra geografía, como unos Alpes del sur, pero en la clase nunca te enseñan cómo se escribe; solo a hacer sombreados en punto de pluma.

Todo desaparece en una nube de humo y la directora se ciñe el guardapolvo sobre el pecho y dice

—Niñas, al final del trimestre pasado quedaron aquí algunas prendas como chaquetas y sombreros panamá. Si nadie los reclama los donaremos al fondo de ayuda a los chinos.

—Niñas, a algunas de vosotras se os ha visto en la calle sin guantes, o en las esquinas hablando con los chicos del instituto. Niñas, niñas.

La directora es muy estricta.

Suena la marcha de Invercargill y el salón de actos no tarda en quedar vacío.

Y Francie está en casa, atrapada en una mañana eterna en la que cada sonido es fuerte y extraño. El reloj de la cocina, uno antiguo que era del abuelo, mueve las manecillas con un sonoro tictac, mirando fijamente por el ojo oscuro e inerte donde se mete la llave para darle cuerda. La parte delantera del reloj se abre, y dentro, por seguridad, se guardan recibos y facturas, boletos de la rifa de obras de arte y todas aquellas

cosas que no deben perderse nunca o los Whithers acabarán ante un tribunal o en bancarrota.

Y aun así, el reloj es tiempo y el tiempo se pierde, es la bancarrota antes de que esta llegue siquiera.

Francie se sienta en la cocina. El fuego arde y sisea, y luego ruge hasta que se le regula el tiro. A veces el carbón hace un pop-pop.

—Es por el gas —explica la señora Withers—. El carbón que compramos nunca lo tiene, solo el carbón que trae tu padre del trabajo.

—¿Lo paga?

—No, Francie, solo trae a casa el que necesitamos.

La mañana eterna tiene un pajarito fuera en el ciruelo, un perro que ladra, la voz del panadero que le grita al vecino de al lado,

—¿Recogiste el pan el fin de semana?

Y las palabras se filtran por el seto de acebo, se captan por el camino, caen como gotas en la ventana de la cocina: palabras firmes y rojas como las bayas de acebo que huelen a pan y a prímula y al interior de una tetera.

Y resulta que en efecto es la hora del té, del té de la mañana, y la señora Whithers está sentada con las piernas abiertas sobre la papelera junto al fuego, y toma el té acompañado de una galleta casera que ha mojado en él y luego ha apoyado en el borde del platillo; y la marea sube y ahoga la galleta, y ella la rescata, aunque algunos trocitos mojados caen al suelo y ella echa el resto en el té. Y el anillo entrecruzado que había hecho alrededor con una antigua aguja de tejer, para decorar, se deshace en migajas.

Y sigue sin llegar la hora de comer. El mundo está encallado y gira una y otra vez, como un disco ardiente y rayado, y el mundo está vacío,

un saco azul y blanco, hueco, sin gente, excepto por la señora Whiters y Chicks en un rincón a lo lejos

y el saco se llena con el pájaro del ciruelo y con la voz del panadero que dice

—¿Recogiste el pan este fin de semana?

y el reloj sigue con su agobiante tictac que rebota en círculos y zumba, como un enjambre, en el saco, y que jamás será puesto en libertad.

7

—Francie —dijo la señora Withers—, trabajará en la hilandería.

Era la hora del té. Huevos escalfados de yemas pálidas, comprados en la tienda donde roban los huevos a las gallinas y los ponen a oscuras y les estampan un sello con tinta azul en la cáscara y los vuelven valiosos. Las gallinas de los propios Withers habían dejado de poner huevos, y a pesar de que les daban verduras y las dejaban campar por todo el jardín y les molían conchas de ostra, las gallinas ya no ponían. Eran gallinas jubiladas. A Bob Withers lo indignaban. Por las noches las hacía entrar y ellas se dejaban caer ante él con las alas extendidas y las patas dobladas hacia arriba, como si tuvieran una especie de calambre, y no se movían, y Bob Withers se enfadaba y las insultaba, aunque no con palabrotas muy malas porque el hombre que vivía en la casa de al lado pertenecía a la Iglesia, era un misionero que había estado en las islas, y era marica por supuesto, pues tomaba el sol desnudo, y los niños lo espiaban a través del seto. Sus padres no sabían que lo observaban. Francie sabía que estaba ahí pero no miraba, porque ella era una adulta que había dejado el colegio y estaba lista para abrirse camino en el

mundo; además, no le hacía falta mirar,

—Mi querida Daphne, tengo un montón de oportunidades de ver cosas como esa.

—Con Tim Harlow —contestó Daphne.

Y Francie le pegó. Aunque era con Tim Harlow, en efecto, y sus padres estaban preocupados porque Francie fuera, como decía la señora Withers, una jovencita lista para ocupar su lugar en el mundo y fuera peligroso para ella salir con Tim Harlow o con cualquier hombre. Pues sí, porque Francie podía meterse en líos y ser una vergüenza para sus padres que tendrían que mandarla muy al norte de vacaciones mientras llegaba el bebé y se organizaba todo. Y si los vecinos preguntaban por ella, a la señora Withers le costaría lo suyo dar con una respuesta. Tendría que decir, muy deprisa,

—Está de vacaciones.

Y luego cambiar de tema y hablar sobre cuánta harina de maíz hay que poner en un bizcocho.

—Pues Francie va a trabajar en la hilandería —declaró la señora Withers.

Francie ni siquiera esperó a acabarse su huevo escalfado ni a rebañar el plato con pan con mantequilla. Se levantó de la mesa y corrió a su habitación, y se echó a llorar allí, donde nadie pudiera verla.

Daphne la siguió, pero cuando trató de abrir la puerta de la habitación se encontró con que Francie había fijado el respaldo de una silla bajo el picaporte.

—Déjame pasar, Francie, tienes que dejarme entrar, porque tengo un plan.

Francie abrió y dejó pasar a Daphne, y luego volvió a colocar la silla contra la puerta.

—¿Cómo es que no vienen a despotricar contra nosotras? —preguntó.

—Supongo que están decidiendo qué hacer. Francie, ¿te niegas a ir a trabajar a la hilandería?

Las dos niñas no sabían qué era exactamente la hilandería, solo que, tiempo atrás, los niños pequeños habían trabajado en esos sitios

sin ver la luz del sol durante años y, cuando los rescataron, se quedaron ciegos como los ponis de las minas, y hubo que llevarlos sujetos con correas que les dejaban cicatrices para toda la vida. Las dos niñas sabían bien poco sobre la hilandería de Francie. Sabían que cada mañana a las ocho en punto la hilandería soltaba un grito como una sirena de incendio y Francie y Daphne se miraban y entendían que las chicas de la hilandería habían empezado a trabajar. Iban en bicicleta hacia el norte, en ocasiones en pelotones de seis aunque eso contraviniera las normas, por la carretera principal, a veces con el viento de cara, pedaleando sin parar contra el viento, con el pelo con permanente todo despeinado a menos que lo cubrieran con un pañuelo de gitana, y los abrigos abiertos y revoloteando y los rostros dispuestos y serios; y con cestos de cuero con el almuerzo sujetos al transportín de la bicicleta, o dinero en el bolso para comprarse pasteles salados en la tienda que había cerca, la del escaparate lleno de cagadas de mosca y los enormes y polvorientos paquetes vacíos de copos de cereales de trigo y maíz; y, sobre el mostrador, el talonario rosa brillante de boletos de una rifa, la oportunidad de una vida, con una lavadora como primer premio y, como consolación, una aspiradora; y seguían pedaleando, las chicas de la hilandería, sin ver todavía su destino, pero impelidas por una sirena secreta dentro de su cabeza, que resonaba triunfal en el pueblo entero una vez que había capturado cada partícula de su presa. Daba la impresión de que las chicas de la hilandería pedalearan hacia una nada de viento del norte, o del que soplaba del

noroeste y las ahogaba con polvo caliente de las llanuras; o algunos días las impulsaba y las perseguía el viento del sur, el de la nieve según la madre de Francie, y Francie y Daphne sabían que una y otra vez los centenares de muchachas, algunas de la edad de Francie, eran víctimas de un embrujo y acababan en una oscura sala llena de lana, donde las obligaban a abrirse paso entre densos montones que apestaban a polvo, grises y marrones, verdes y dorados, y azules como el cielo que no les dejaban ver. Algunas chicas se atragantaban con los colores y morían.

De repente, Francie, que había parado de llorar, se quitó la parte

superior del traje, una chaquetilla a rayas como el papel pintado, con pequeñas rosas, que le había hecho la tía Nettie. Se contempló en el espejo.

—Soy adulta —anunció.

Tenía unas protuberancias rosadas donde Daphne tenía solo tetillas.

—Ya soy mayor y he abandonado la escuela porque no hay suficiente dinero. No hay muchas chicas de mi edad que hayan dejado la escuela, ¿verdad, Daphne? Ni muchas que hayan estado en los prados con un chico, ¿a que no, Daffy? Ni a las que hayan mandado lejos en busca de un método gratis para convertirse en cantante de ópera, ¿no, Daffy?

Daphne tuvo ganas de pegarle, hasta ese punto la indignaba que su hermana fuera adulta. Se abrochó el botón de la pechera del vestido, para que Francie no la viera, y limpió el espejo con la manga, para hacer desaparecer su figura de pecho plano y el pelo castaño y liso; pero lo único que desapareció fue su aliento, como la escarcha, y vio cómo su propio rostro la miraba con los ojos verdes abiertos como platos. Se volvió hacia Francie,

—He hecho cosas que tú no has hecho. Voy a ganar algo de dinero y a ir al colegio a aprender cosas que importan y nunca me casaré ni me moriré ni seré rica. Sé dónde liba la abeja, es una canción que aprendemos en el colegio, Donde liba la abeja, liban mis labios.

—Oh, cualquier hijo de vecino conoce esa canción.

Y Francie empezó a cantar:

Donde liba la abeja, liban mis labios.

Una bella prímula tengo por lecho,

y allí duermo yo, cuando canta el búho.

Cuando canta el búho, cuando canta el búho.

—Trata sobre un espíritu mágico una noche de verano, una noche como esta, en el pasto junto a la andrómeda japonesa y el arco de rosas trepadoras, pero… ¿Daffy?

—¿Qué, Francie?

—No lo sé.

—Yo tampoco lo sé.

Y las dos se echaron a llorar y se abrazaron, y luego Francie paró y se sonó la nariz, tapándose una ventanilla con el dedo para expulsar el moco por la otra, como hacía su padre, y aterrizó en el espejo. Lo limpió.

—¿De verdad crees que papá va a mandarme a la hilandería?

Daphne trató de decirle algo amable, algo gentil e inútil como hacía su madre cuando tenían el uniforme arrugado y eran las nueve menos cuarto y no había tiempo para poner la plancha sobre la estufa.

—El aire se ocupará de quitaros las arrugas, niños.

Oh, el aire gentil que nunca era capaz de cumplir sus promesas.

Y así, Daphne, muy misteriosa, le dijo a Francie,

—Nunca se sabe qué cosas extrañas pueden suceder. Entonces se les ocurrió a las dos una idea roja, dorada y negra, y se miraron y la dijeron en voz alta.

—Una bicicleta,

—con una dinamo,

—luz de freno

—faro delantero

—pintada de rojo, dorado y negro

—una mancha sujeta a la barra

—una cesta

—un estuche portaherramientas sujeto con hebillas y con una plaquita plateada,

—maneta de freno

—freno de contrapedal, timbre

—no es de piñón fijo.

—no, tiene frenos; si no, saldrías disparada sobre el manillar ladera abajo y serías como Ted West y llevarías un parche negro en el ojo hasta tu muerte.

Y oh, oh, quién pudiera pedalear a favor del viento, pensaron.

8

A la mañana siguiente, el señor Withers se acercó a la tienda de Joe Clevely de camino al trabajo y compró una bicicleta de mujer, diez chelines al contado y cinco chelines a la semana. Cuando la recogió a la vuelta le dio miedo montarse por si se rompía, de modo que la empujó hasta casa. Sin duda, pensó, la niña necesitará una bicicleta para ir a la hilandería, y es más fácil pagar a plazos que todo al contado por una de segunda mano. Pero la bicicleta le daba miedo. Le daba miedo todo lo nuevo, no las baratijas que se compran y se pagan y te las llevas a casa y son tuyas, sin tener que rellenar formularios al respecto, ni hacer promesas; pero sí las cosas grandes como bicicletas y cortadoras de césped, con las que firmas un papel, por si acaso. Para él, la novedad de la bicicleta brillaba como una consciencia, cuando al tocarla con sus manos sucias de carbón y manchadas de aceite le dejaba una marca oscura que nada podría borrar; ¿de dónde venía el dinero?, esa era la cuestión, ¿de dónde venía el dinero?

Cuando Daphne llegó del colegio, Francie la esperaba junto a la verja. Se apoyaba en la bicicleta, notando el contacto con las barras

metálicas frías y negras. Tocó el timbre para que Daphne lo oyera. El sonido dio vueltas y hendió el aire

como las aspas de un molino metálico nuevo. Dejó que Daphne también tocara el timbre. Y luego

—Ven a dar una vuelta —dijo.

Y Daphne arrojó sus libros dentro de la verja junto a la andrómeda japonesa y salieron a la calle para rodar al viento, mientras las casas parecían derretirse como grumos de grasa, coágulos de grasa blancos y rojos pegados a la ancha bandeja plateada del mundo por el que transitaban, Daphne y Francie, llevadas por el viento del norte que decía «lluvia» y por el del sur que decía, en el poema,

Tendremos nieve.

Nieve.

Francie y Daphne rodaban entre colores, rojo y dorado y negro, un negro secreto y reluciente, firme y que hacía falta bruñir, como el brillo de un zapato oscuro nuevo; y, sin embargo, el viento que les daba en la cara traía consigo un regusto de un mundo opuesto de nieve, sin color, que se acercaría poco a poco, primero en el aliento del viento del sur, después en una tormenta que no serían capaces de ver ni de entender, que las cubriría de copos, como de encaje, y quedarían cubiertas por ese manto de encaje, pero nunca estarían tan calentitas como en el pecho de su abuela, negro y brillante como un zapato nuevo, donde guardaba su pañuelo de blonda bien prieto y ensortijado como una pluma arrebujada; allí solo había encaje frío; dormirían por las noche en encaje frío. Por la mañana se levantarían y empuñarían palas diminutas para reunir toda la nieve que tuvieran alrededor, en el pelo y en los ojos, y se esforzarían mucho y llamarían a gritos, pero nada acudiría a salvarlas.

Soplará el viento del sur
y tendremos nieve.

9

La noche siguiente, en la cena, Bob Withers pidió silencio. Quería hablar. Lo impuso dando un puñetazo en la mesa, haciendo que las tazas y los platillos dieran un pequeño brinco.

—La mujer del final de la calle, la señora Mawhinney, quiere a alguien que la ayude con las tareas domésticas. Le dije que Francie se pasará por allí. Ganará una libra a la semana, creo. O más. Son una familia bien situada, solo ella y sus dos hijas que van al instituto.

—¡Pero… papá, y la hilandería, y mi bicicleta!

A esas alturas, Francie habría sido capaz de enfrentarse cada día a ejércitos enteros de lana con tal de poder recorrer en bici el camino de ida y vuelta a merced del viento del norte y del viento del sur, y lo cierto era que Daphne y ella habían pasado noches enteras tumbadas en la cama imaginando qué pasaría. Ahora entendían por qué las chicas de la hilandería compraban boletos de aquella fantástica rifa, con la lavadora y la aspiradora y el secador de pelo: era para tener esas cosas en la cabeza, como un hechizo mágico que hiciera desaparecer las penalidades del trabajo y la ceguera, de la misma manera que la bici obraba la magia para Francie, al igual que saber

sobre el viento del sur. Daphne había decidido que rezaría por ella cuando entrase en la fábrica y que cuando sonara la sirena de la hilandería pronunciaría un hechizo especial, del libro de cuentos, para que Francie no acabara allí cautiva para siempre, sino que quedara algo de la Francie anterior; y para que los brazos no le dolieran ni se le cansaran por el esfuerzo de manejar la lana y verse ahogada en rojo y dorado, y en azul como un nadador cuando se enreda en las algas más allá de las boyas, en Friendly Bay o en el mundo, y se ve arrastrado hacia el fondo.

La lana se había convertido en una realidad, en un ser que se abría camino con sus hebras y sus hilos en las vidas de las niñas, en los sueños y la vigilia, y ahora su padre estaba ahí dispuesto a cortar ese sueño monstruoso y a asesinar el temor que tanto amaban y deseaban. Y Francie, Francie ya nunca pedalearía de ida y vuelta a merced del viento como recompensa por haberse enfrentado a la lana; ya no sería como en el cuento de hadas en él que el héroe mata a su enemigo y obtiene todo el oro del mundo, una mujer hermosa y una montaña de joyas.

Y Daphne había pensado, Francie seguirá el camino hacia el norte y, si es otoño y hay bandadas de pájaros en los prados, llegados para picotear el vilano y el dáctilo o cabalgar en las briznas de hierba, todos los pinzones dorados seguirán a Francie como una nube, para protegerla; y si se acerca el invierno, los anteojitos dorsigrises, ávidos de miel, formarán una nube verde y amarilla para seguirla. Eso había pensado Daphne.

—Sí, ¿qué pasa con mi bici, papá?

—Aún puedes quedártela. Podrás pagarla tú misma. Te sentará bien trabajar. Ahora que has dejado el colegio, no puedes quedarte aquí en casa como venías haciendo, tienes que labrarte tu propio camino.

Reinó un silencio absoluto en la habitación mientras el señor Withers hablaba. El hervidor de agua se estremecía y jadeaba, pero la señora Withers no se atrevía a levantarse para ocuparse de él, ni a echar otra paletada más de carbón grisáceo en el fuego. Las tres niñas, Francie y Daphne y la más pequeña y de pelo negro, Chicks,

y el niño, Toby, con la cabeza ladeada y los ojos en una nube de ensueño, permanecían inmóviles mirando a su padre y a su sombra partida en dos, con una sección plana a lo largo del borde de la mesa y la otra incorporada contra la pared por encima del calendario que señalaba el día del mes y cuándo debían pagarse las facturas y el alquiler y la luz; y allí, tendida sobre la mesa, su sombra tenía forma de helecho, como el que llevaba en el abrigo, pues era un soldado que había servido en el extranjero y había regresado, víctima del gas en la guerra, la Primera Guerra, hay demasiadas guerras y todo gira en torno al dinero y a pagar cuentas y a abrirte tu camino en el mundo, y a que se adueñe de ti la magia equivocada y el cuento de hadas que no toca, como les sucedía a las chicas de la hilandería.

Y al oír a su padre hablar de Francie, los niños sintieron miedo, como si de repente las paredes de la casa fueran a derrumbarse y el techo a desaparecer dejándolos, desnudos, sin nada que los protegiera del mundo, y el mundo fuera a irrumpir de golpe apoderándose de ellos, sujetándolos fuerte con su mano de roca y lava, como si fueran insectos, y tendrían que resistirse y forcejear y patalear para escapar y abrirse paso. Y cada vez que conseguían abrirse camino y el mundo los dejaba en paz un rato en algún escondite tranquilo, volvía a agarrarlos con una de sus millones de manos ardientes y de nuevo daba comienzo el forcejeo y seguía y seguía y no se acababa nunca.

10

Francie empezó el lunes siguiente en casa de los Mawhinney. Quedaba muy cerca calle abajo, ni siquiera lo bastante lejos como para ir en bicicleta y que los pájaros verdes y dorados se le prendieran en el pelo. Y tener una bicicleta, como quien tiene una montaña de joyas o un anillo mágico, tampoco ayudaba mucho a Francie. Llegó sola a una casa llena de habitaciones y alfombras que se tragaban las pisadas como musgo de colores; y con una viuda, la señora Mawhinney, que llevaba un vestido negro como un monje; y las dos niñas, una con la pierna rota y una muleta de madera pulida, tan suave como un cojín, donde la niña, Ruby, apoyaba el brazo para caminar; y la otra niña, Doris, que cada vez que se sorprendía, y parecía sorprenderse todo el rato, decía:

—Oh, serpientes. Oh, serpientes.

Francie se había puesto el pintalabios que había encontrado en la hierba junto a la reserva, y llevaba un abrigo viejo que la tía Nettie había enviado con un paquete de cosas que —Podrían servirles a las niñas.

—Adiós —canturreó Daphne a sus espaldas.

—Adiós —dijo Francie.

Y, con la misma voz que usan las mujeres en las películas cuando despiden con desdén a sus amantes por última vez, añadió,

—Adiós, colegiala.

Daphne ya no reconocía a Francie después de aquello. Francie era un secreto. Se compró unos pantalones grises y se los ponía para ir al pueblo, incluso en domingo, y Bob Withers, que no iba a la iglesia pero sabía lo que pensaba la gente, intentó darle unos azotes a Francie por llevar pantalones en domingo y por ser una vergüenza; pero no pudo. Era adulta.

—Todo el mundo los lleva hoy en día —dijo Francie.

Y su padre pareció perplejo y no supo qué hacer, y le dijo a su mujer,

—Esta niña necesita disciplina.

Y dijo que quemaría los pantalones bajo el caldero de cobre o mandaría a Francie a la Escuela Industrial, y que Francie se estaba comportando como una mujer de calle abajo, que era una cabeza loca que daba fiestas cada sábado por la noche en las que jugaban al bingo y bebían. Y su padre tenía miedo, y cada vez que veía los pantalones se enfadaba, pero no con Francie, ahora solo con su madre. Parecía más indignado cada día, y más asustado, y las facturas seguían llegando, una encima de la otra.

—Esta factura es más alta de lo que debería serlo esta semana —decía.

Y Amy Withers se sonrojaba y decía que las galletas de chocolate eran para la tía Nettie, que pasaría por allí en el expreso, que le gustaban mucho los dulces y en las cafeterías de las estaciones nunca te daban nada que no fuera un bollo con nata como espuma sucia o un bocadillo con pan seco, o

pastel, y que todo eso a la tía Nettie le daba náuseas y le arruinaba el viaje.

Y el padre de Francie encontraba otra cosa con la que meterse, como quien está tejiendo y tira de una hebra de lana para hacer un agujero, pero su padre en realidad trataba de deshacer algo que había en su interior, algo que había ido tejiendo en cada año de su vida,

pero que el patrón del tiempo había transformado en un punto enredado y distinto de la pulcritud soñada.

Pero Francie parecía contenta. Un día le tomaron una foto con los pantalones puestos. Iba por la calle cuando un hombre la paró y le dio una tarjeta con un número, y resultó que le había hecho una foto con los pantalones. Cuando la foto estuvo revelada, Francie se la enseñó a Daphne, que dijo,

—Sales con cara de haber llorado.

Y quizás Francie había estado llorando, quizás no estaba tan contenta como parecía.

Daphne y Francie ya no dormían juntas, aunque usaban el mismo espejo para plantarse ante él a poner carotas, sonreír y probarse cosas. Francie tenía la habitación de la parte delantera. Y trataba su bicicleta como si fuese algo corriente. Y no hablaba mucho. La señora Mawhinney le dio un vestido de noche con encaje negro con muchos agujeros a lo largo del dobladillo y Francie fue a un baile —sarao, lo llamó ella— y no le contó a Daphne todo lo que había pasado, porque, según dijo

—No lo entenderías.

—Sí que lo entendería, sí que lo haría, Francie, de verdad que sí. Cuéntamelo.

Pero Francie miró a lo lejos y dijo

—Vale, Daphne, te lo contaré de mujer a mujer. ¿No te asustarás?

—No me asustaré de nada, en serio. No me asusté cuando me hablaste del cartero y de Mae West, ¿a que no?

Pero aun así Francie cambió de parecer y se negó a contárselo. Dijo que había bailado, y que se creía una experta en el *two-step*; aunque prefería la maxina. Pronunciaba los nombres de los bailes con el mismo orgullo con que la gente menciona los nombres de amigos o parientes a los que está orgullosa de conocer,

—Mi tío, el director del banco.

—Mi primo, que ha viajado a otros continentes.

—Pero de todos los bailes —decía Francie—, el que más me gusta es el *fatum*, que significa destino. Eso sí, si tienes la pareja

adecuada. ¿Sabes algo, por cierto, sobre los latidos del corazón?

Daphne dijo que no, porque sabía que le tocaba decir que no.

—Bueno, pues si estás bailando con el compañero adecuado, tu corazón late acompasado con el suyo. Puedes sentir su corazón, y él el tuyo. Laten uno sobre el otro.

—Como dos pelotas de tenis que chocan, ¿no es eso?

—Algo así, pero diferente.

Entonces Francie volvió la cabeza hacia un lado, pues le gustaba más que la vieran de perfil que de frente, se retorció las manos y adoptó una expresión dramática, si bien distante e indiferente, y dijo,

—Pero en realidad no lo entenderías, no puedes si no has pasado por lo que yo he pasado. He sufrido. Todos sufrimos, del corazón, y luego vas tú y dices que el corazón es como una pelota de tenis.

—Me refería a los latidos y los brincos.

—El corazón —dijo Francie—, es como un globo de fuego.

Y eso fue cuanto le contó a Daphne sobre los bailes, y se negó a responder preguntas acerca de cómo la habían llevado a casa o si la habían besado.

Aunque a veces, por las noches, el momento de las confidencias, cuando incluso el ratón de patitas rosas tiene menos miedo, y el erizo, que ya no está hecho un ovillo, anda olfateando por la hierba y las hojas del exterior, y dentro se está calentito y no hay huracanes del mundo que amenacen las paredes de la casa, Daphne y Francie se sentaban juntas en el viejo sofá de la habitación de Francie y trataban de hablar de todo y del mundo y de ser adultas y de tener un marido e hijos y una casa con un porche delantero que limpiar y cortinas de encaje que lavar; y un huerto con su hilera verde de hortalizas, los repollos con sus bombachos ceñidos sobre las rodillas como el joven gallo en el gallinero; y las zanahorias que crecen siamesas y entre encajes; y el seto bien alto, por si a los vecinos se les ocurría mirar; y los bebés en camino y las madres hablando con los vecinos por encima de la valla para comparar y comparar…

y de todo,

y de todo.

Una noche, la última en la que Francie habló largo y tendido sobre ser adulta, le dijo a Daphne:

—¿Sabes qué?

—¿Qué?

—¿Sabes todo eso de la Pascua y los huevos y el papel de plata? Bueno, pues cuando somos niñas nos comemos los huevos directamente, ¿verdad? Pero si eres mayor, te los guardas. Y lo mismo pasa con los bombones y cualquier cosa que sea buena.

—¿Cómo lo sabes?

—Por los Mawhinney. Su sala de estar está llena de huevos de pascua a los que la señora Mawhinney ni siquiera se ha tomado la molestia de quitarles el papel.

—¿Por qué?

—No lo sé. Cuando eres adulta te da miedo probar las cosas buenas, como los huevos de Pascua, por si nunca más vuelves a tenerlos, o algo así, de modo que los acumulas hasta llenar habitaciones enteras con ellos. Es como gastar dinero y tener miedo de haberlo gastado; solo que esto no es dinero, es algo que la gente tiene dentro y le da miedo gastar. Lo sé, por casa de los Mawhinney y por otros sitios. Y entonces te mueres, y os quedáis tú y las cosas buenas todavía envueltas, como huevos de pascua, en el bonito papel ondulado, con el chocolate negro dentro. Lo sé. Creo que los mayores son estúpidos.

Coincidieron en que los mayores eran estúpidos.

—Pero tienes que hacerte mayor. Pasa hoy y mañana y pasado mañana.

Y a Francie le pasó: ese día, al día siguiente y al otro. Se volvió cada vez más callada con respecto a lo que importaba de verdad. Se hizo un ovillo dentro de sí misma como uno de esos cepillitos negros para limpiar chimeneas y esos pequeños moluscos que ves en la playa y que cuando los tocas se meten dentro de la concha y no vuelven a salir.

Y cada día, cuando Francie se iba a trabajar y echaba a andar calle abajo para cubrir los pocos metros que había hasta la casa de los Mawhinney, parecía que se fuera a kilómetros de distancia. Y

Daphne pensó, una vez que escudriñó a través del seto para ver cómo se alejaba Francie, que ojalá tuviera algún tipo de tesoro consigo, dentro, para ayudarla; ojalá los adultos supieran discernir entre lo que es tesoro y lo que no lo es

ojalá

como la bici que hacía magia y las nubes de pájaros dorados y verdes que la ayudaban a luchar contra las hordas de lana enredada, oh, qué enredado estaba todo, estar viva era un enredo, y ahí estaba Francie, yendo sola todos los días a enfrentarse a eso y a combatirlo.

¿Y si la capturaban y la estrangulaban y nunca volvía a casa?

11

Todo era sol. La fruta madura del cielo sangraba, vendada con la piel de nieve de las nubes de otoño; la luz del mediodía goteaba de los árboles en copos de oro llamados hojas; los cuatro álamos de la esquina, en lo alto, se estremecían con el soplo de aire que descendía por el embudo de luz que se derramaba de la montaña al valle, de la montaña al valle: un hilo de aire filoso como el estigma de un bulbo de azafrán, tan dulce sobre la hoja del álamo como las maldiciones que salían de labios de la mujer loca, Minnie Cuttle.

Y el muy muy antiguo trasegar del deterioro.

Era un sábado por la tarde. Al otro lado del seto de los Withers, un cortacésped escupía hierba y un olor que impregnaba el aire y las manchas verdes en las botas del viejo Bill Flett y en las manos de Phyllis Flett, que jugaba con la hierba, a puñados, y la olía sin nadie a quién tirársela, solo hermanos mayores, ¿que dónde estaban?

Jugando al *rugby*, al fútbol, corriendo alrededor de la manzana con sus botas de tacos de la Sociedad Atlética *Amateur*, sentados en los jardines con alguna amiga o paseando por el paseo marítimo para mirar el mar y arrojar piedras,

—Quiero tirar algo, quiero darle a algo, quiero hacer algo. —¿Qué, Eddie Flett?

—No lo sé. Algo grande. Dame un beso, Marge.

—Aquí no, Eddie, con todo el mundo mirando y los niños en el tiovivo, y esa pareja en el banco.

El banco verde como una tabla de lavar la ropa donde el mar se limpiara las uñas rosadas.

—Ven aquí dentro, Phyllis, no te quedes en la hierba.

Ya no se oía el cortacésped, debía de ser casi la hora del té.

Los niños Withers deambulaban sin hacer nada, como si la tarde los tuviera agarrados por el cogote; miraban a través de la verja a los Flett, que son perros católicos y apestan a rana y no comen carne los vi-e-e-e-er-nes.

Pues vámonos todos al vertedero, exclaman los niños.

Era Francie quien cuidaba de ellos, la que ayudaba a Toby si le daba un ataque y le ponía un palo en la boca para que no se mordiera la lengua, y lo acostaba en algún sitio calentito tapado con un abrigo para que durmiera. Era Francie quien tenía que asegurarse de que se detuvieran de vez en cuando para que Chicks les diera alcance, porque era la más pequeña. Y era Francie la que mandaba sobre Daphne y no la dejaba llevar la voz cantante: era la una o la otra.

Y se fueron al vertedero en busca de tesoros.

Francie llevaba puestos los pantalones, con la cremallera a un lado y un bolsillo, y tenía la mano hundida en ese bolsillo, donde también había una moneda de seis peniques de su paga para gominolas, caramelos ácidos o bolitas de anís, lo que fuera se escogía al azar. Daphne llevaba puesta la chaqueta a cuadros, no del todo escoceses, que la tía Nettie había mandado en su último paquete, y la falda azul marino con el remate de cinta de canutillo que ella misma le había cosido tras la última clase de costura. Chicks llevaba un vestido de lunares rojos, por encima de la rodilla. Y Toby los pantalones azul marino y una camisa de franela y tirantes.

Pero no importa qué llevaran, tampoco es que estuvieran en una boda o que los describieran para los periódicos; solo se trata de que

puedan verlos y saber quién es quién…

Francie, Toby, Daphne, Chicks Withers iban en busca de tesoros sabiendo que iban a encontrarlos; del mismo modo en que los adultos (eso creían) van a tiendas, oficinas y fábricas, a lo que ellos llaman su trabajo, en busca de sus propios tesoros de adultos.

Los niños Withers no tenían que ir muy lejos. Había que subir a la cima de la colina y volver a bajar y luego seguir por *Cross* Street. Por el camino había gente que trabajaba en sus jardines, cortando el césped o cavando; y señoras que, arrodilladas en alfombrillas de caucho, se inclinaban sobre prímulas y pensamientos. Y a lo largo del camino había casas con cortinas drapeadas de encaje en la fachada, y ornamentos, perros y ranas que miraban por la ventana, quizás sorprendidos de ver a Francie, Toby, Daphne y Chicks de camino al vertedero en busca de tesoros.

Se encontraron con Tim Harlow, que daba vueltas y vueltas en su bicicleta. Se detuvo a hablar con Francie.

—Buenas, monada.

Francie, con la cabeza bien alta, siguió andando deprisa, y luego se volvió en redondo y le sonrió. Él le devolvió la sonrisa.

—Menudo morro tiene —dijo Francie con orgullo.

—¿Vas a salir con él? —preguntó Daphne.

—Nunca —contestó Francie—. Nunca pongas todos tus huevos en la misma cesta. Además, es más pequeño que yo. Oh, mirad, un erizo muerto.

Estaba aplastado y muerto en medio de la carretera.

—¿Por qué? —preguntó Chicks a sus espaldas, acercándose.

Francie se lo explicó.

—Por la noche, los erizos creen que como está oscuro pueden salir a caminar sin peligro, y qué mejor lugar para caminar que la carretera, asfaltada y con una línea blanca en medio.

Hablaba en broma. Sabía que Tim Harlow no andaba muy lejos, y se sentía orgullosa y burlona. Era típico de Francie hacer eso, bromear cuando se encontraban algo enfermo o muerto, porque se hacía mayor con rapidez y empezaba a saber ciertas cosas, y había dejado la escuela para ganarse el pan y qué más daban los erizos, al

fin y al cabo.

Así que dijo,

—Da igual, déjalo. No lo toques con tu pañuelo limpio, Daphne. Cuando me case y tenga un coche, seguro que atropellaré cientos de erizos sin darme cuenta. Solo estropean el paisaje.

Daphne se guardó el pañuelo. Al fin y al cabo, el erizo estaba muerto y eso era triste, pero la suya era una muerte aplastada y sucia que te hacía apartar la mirada.

Llegaron al vertedero, con su hedor y su porquería y las matas de toetoe que parecían los flecos de un chal; se abrieron paso entre la hierba alta y troncos de árboles muertos y hierros retorcidos, y se sentaron juntos en un trozo despejado, en unas matas de dáctilo que no tenían ceniza, para descansar y quitarle a Chicks las piedrecitas del zapato. No había dónde apoyarse, de modo que permanecieron con la espalda recta, las rodillas dobladas y los codos en las rodillas. Compararon las rodillas entre sí.

—Las tuyas tienen bultos —le dijeron a Toby.

Toby no hablaba mucho. Solo se enfadaba y tiraba cosas, o lloraba. Se miró las rodillas nudosas y luego a Chicks porque era más pequeña y no sabía discutir muy bien.

—Las tuyas también tienen bultos.

—Tengo los dedos palmeados —dijo Daphne extendiendo las manos—. Lo que demuestra que soy medio pez.

—Yo tengo una verruga, debería ponerme plátano —declaró Francie. Luego soltó un suspiro y se encogió de hombros—. Menudos críos estáis hechos, me sorprende que soporte cuidaros un sábado cuando podría estar haciendo todo tipo de cosas interesantes con ciertos amigos míos. Y de todas formas, ¿para qué hemos venido? No me voy a pasar el día entero aquí sentada, en un viejo y sucio vertedero, eso seguro.

—Pero, Francie, antes venías con nosotros.

—¿Antes de qué?

—Antes de que dejaras el colegio y de que todo fuera diferente. ¿No te gustaría volver a la escuela de nuevo y ser Juana de Arco? Era una santa.

Francie soltó una risita.

—Los santos no me van mucho. Y prefiero mil veces ser adulta. Pero mirad, os diré qué haremos: vamos allí abajo donde están quemando cosas, y miramos. Media hora, eso sí, después nos vamos a casa, y por el camino compraremos caramelos ácidos y no bolitas de anís.

Chicks se echó a llorar. En realidad no quería venir al vertedero, pues era una caminata y tenía que seguirles el ritmo todo el rato, pero Francie había dicho bolitas de anís, y durante todo el camino había fantaseado con ellas, marrones al metértelas en la boca, después blancas con un finísimo reborde o sombra azul, luego del blanco más puro como una piedra de granizo caliente.

—Pero antes has dicho bolas de anís, Francie.

—¿Ah, sí? Qué interesante. Vale, pues tres peniques de cada, entonces, y nada de lloriqueos.

Se acercaron a ver el fuego. Era más grande de lo que creían, y despedía mucho humo y un olor a gasolina, queroseno, caucho y trapos sucios. Un hombre lo vigilaba, agitando un zurrón sobre las llamas para mantenerlo a raya y a veces atizándolo con un palo para avivarlo. Se volvió hacia los niños que habían aparecido en lo alto de la hondonada.

—Marchaos, niños, o vais a quemaros o a volar por los aires.

Francie lo miró fijamente. Mira por dónde, pensó, si es el padre de Tim Harlow. Y él contaba que su padre era cirujano en su tiempo libre, que operaba a la gente y llevaba guantes de goma y mascarillas de gasa y que unas enfermeras tan guapas como yo le secaban el sudor de la frente y le alcanzaban todo lo que necesitara. Y resulta que solo es un concejal. Se acercó para verlo más de cerca.

Y nadie puede describir con exactitud qué pasó entonces, pero pasó, y Francie tropezó con un trozo de un arado oxidado, cayó de cabeza y rodó por la pendiente, a toda velocidad, directa a las llamas. Y el padre de Tim Harlow, el concejal, intentó agarrarla, y empezó a dar saltos muy altos como un bailarín para alcanzarla, gritando mientras bailaba,

—¡Ayuda, ayuda, traed un médico, o ayudadme!

Su zurrón se tiznó de rojo por las llamas con las que bailaba y a las que azuzaba como un matador; arremetía con él contra el aire y el suelo.

Y Daphne, Toby y Chicks echaron a correr, gritando,

—¡Francie, Francie, Francie! —como si su nombre, pronunciado tres veces, fuera a sacarla viva como por arte de magia.

—¡Por el amor de Dios! —gritó el señor Harlow.

Y se apresuró a contener a los niños y los obligó a retroceder. Y llegaba gente de todas partes, como si fuera una emboscada,

y había una mujer que rasgaba una sábana, y era la señora Peterson de la sociedad Plunket de ayuda a mujeres y niños, una mujer chata y oscura, como una pizarra, con el horror dibujado a tiza en el rostro. Y a Daphne, Toby y Chicks los llevaron al otro lado de la carretera a casa de los Harlow y les dieron un vaso de leche caliente y un trozo de pastel de semillas, a la espera de un coche que los llevara a casa. Y se sentaron en un sofá con un polvoriento trozo del relleno sobresaliendo del centro, como las tripas de un erizo muerto.

Se quedaron ahí sentados uno junto al otro, con las piernas colgando porqué el sofá era demasiado alto y sujetando con fuerza su porción de pastel de semillas, pero no probaron bocado, y de tanto aferrarlo acabó aplastado y caliente y las migas cayeron en la alfombra de los Harlow; pero a nadie le importó. La señora Harlow, una mujer muy delgada y curvada como una pluma, con el pelo amarillo como el toetoe, los miraba desde el umbral. Llevaba un pedazo de pastel de semillas en la mano y parecía no saber dónde ponerlo. Recorrió la habitación con la mirada a toda prisa, como si buscara a alguien a quien darle el trozo de pastel, pero allí solo estaban Daphne, Toby y Chicks; así que dejó el pastel en un plato, junto a un paquete de agujas y un ovillo de lana de zurcir, y el pastel de semillas germinó de pronto para convertirse en una flor dorada y alta que creció hasta atravesar el techo y llegar más allá del cielo, y Daphne la vio y le arrancó un pétalo para llevárselo consigo a casa en el coche.

—El coche llegará en cualquier momento, queridos —dijo la

señora Harlow—. Acabaos la leche y comeos el pastel… ay, pero si la pequeña casi se ha dormido y qué pálida está la pobrecita.

Y pasaron allí sentados en el sofá años y años, hasta que fuera oscureció o parecía que lo había hecho, pues algo no andaba bien con el sol, porque ahí afuera no estaba del todo oscuro, y cuando Daphne miraba de reojo por la ventana, distinguía la luz del día, con el sol a la vista y la calle donde los coches pasaban en ambas direcciones haciendo sonar el claxon, y perritos que saltaban y gente que caminaba. Y la neblina se acercaba a la ventana y había tanta humedad en el aire que la gente descolgaba la ropa tendida y se abrochaba las chaquetas y los cuellos.

Y Daphne volvió de nuevo la vista a la habitación en la que estaban sentados, a oscuras. Había un alto aparador con un plato lleno de fruta en un lado: manzanas, una naranja, un plátano medio negro; y en el otro lado, la lana de zurcir y el pastel de semillas en flor. Y había un plato dorado con la pintura de un ciervo en el bosque; y en la pared, una foto de unos perros, cuatro, con los hocicos levantados y las colas bien tiesas, y un hombre a caballo a su lado, en una imagen de caza.

Y así permanecieron, sentados muy quietos y sin hablar, hasta que la mano de Toby se puso a temblar y empezaron a castañearle los dientes y le dio un ataque; y Daphne, aunque sintiera ganas de vomitar, tuvo que hacer lo que era tarea de Francie y ponerle algo en la boca y hacerle sitio en el sofá para que pudiera tumbarse. Y después pasaron muchos años sin que nadie entrara en la habitación, y pareció que los hubieran dejado allí para que se quedaran sentados sin moverse y crecieran allí mismo sin ver a nadie más ni volver a casa.

¿A casa?

Años después, un hombre llegó en un coche y los llevó a casa.

12

Había dos tipos de personas de los que la señora Withers no tenía buen concepto, los agentes de seguros y los viajantes. Había oído historias acerca de ellos, y en una ocasión, cuando la familia vivía en el sur profundo donde la abuela Withers se mataba a trabajar como la esclava negra que era, un agente de seguros plantó un pie en la entrada de su casa, y la señora Withers le cerró la puerta en las narices, casi partiéndole el pie en dos, y duele mucho que te estrujen un pie, como todos saben por experiencia propia cuando se ponen zapatos nuevos, y por la cara de todas las que trataron de calzarse el zapatito que perdió la Cenicienta.

—Ya se lo he dicho, hoy no estoy para nada, gracias —repitió la señora Withers, y cerró de un portazo por si al tipo de los seguros le quedaba alguna duda.

Los detestaba, la verdad. Estafadores y perros, los llamaba. Chupasangres. Aunque en realidad lo que chupaban era dinero, que no obstante parecía ser otra forma de sangre necesaria para la vida.

Así pues, el día que los niños fueron al vertedero y un hombre con pinta de agente de seguros, pese a que era sábado, llamó a la

puerta trasera, Amy Withers dejó el delantal de

arpillera sobre el banco de la recocina y abrió la puerta, solo un poco, y al instante hizo ademán de cerrarla, pues supo que aquel hombre era un viajante.

—Hoy no quiero nada, gracias —dijo—. No me lo puedo permitir.

El hombre, que era obstinado, plantó un pie entre el quicio y la puerta.

—Vengo a… —dijo.

Amy no lo dejó acabar.

—Hoy nada, gracias. No hay forma posible de que pueda comprar lo que sea que venda.

El hombre esbozó una sonrisa triste y, de repente, empujó la puerta y entró. Dijo que era un médico y que no intentaba vender nada. Y al entrar en aquella cocina deprimente y desordenada, se dijo que, desde luego, el mundo se había vuelto un lugar muy comercial, donde incluso la muerte se compraba y se vendía, y con la muerte el mundo entra en bancarrota.

—No —dijo en voz alta, no quería vender nada.

Pero vendía muerte, y de un modo terrible, a plazos, pese a que Amy intentó dejarlo fuera.

Le contó lo que había pasado con Francie, y dijo

—Ármese de valor, señora Withers. Tengo entendido que su marido ya está en camino desde el norte con el tren expreso. Llegará a casa en cualquier momento. Lo sabe, pero no conoce aún los detalles.

Y cuando Bob Withers llegó a casa, con la bolsa del carbón en una mano y el mono de trabajo azul y sucio en la otra, y el rostro contraído por el dolor, se quedó plantado en el umbral y vio a Amy sentada en el rincón sobre el cubo de basura, rodeando con el brazo a Chicks, y los demás

niños de pie junto a ella, muy pálidos, y el fuego de la cocina apagado.

Besó a su mujer y se echó a llorar y el mono cayó al suelo y se desenrolló, convirtiéndose en la figura manchada y vacía de su otro

yo, el del trabajo, plana tras el robo cometido.

—Ay, Bob —se lamentó Amy—. Has llegado pronto a casa. Nunca habías llegado antes de hora.

Los niños nunca habían visto llorar a su padre. Creían que los padres se enfadaban y gritaban por las facturas y por que llevaran pantalones, que se reían con la señora del puesto de libros, y a veces con las madres; pero que nunca lloraban.

Parecía un pájaro, con las comisuras de los labios hacia abajo y el mismo aspecto que un ave de corral cuando se han llevado dentro al resto de las gallinas para pasar la noche, y la única que queda de pronto se da cuenta de que se han marchado; y es presa del pánico y baja el pico; y así quedó el rostro de Bob Withers cuando la realidad de lo ocurrido a Francie se apoderó de él. Lo supo más tarde que los demás. A ellos se lo habían comunicado, los habían conducido, como a las gallinas al caer la noche, al interior del hogar, aunque no a la calidez. Los habían hecho entrar en un desierto interior, como si en el instante de trasponer el umbral del saber, de la verdad, no llegaran a un cálido nido sino que los hubieran dejado caer en la oscuridad, y aun así suponía alguna clase de consuelo porque estaban juntos y unidos; y ahí estaba Bob, a la espera de que lo condujeran al interior para compartir con ellos la oscuridad de la certeza absoluta, y no quería entrar, y tenía miedo, como el ave que se había quedado atrás.

Francie no volvió a casa aquella noche a dormir en su cama de la habitación de la parte delantera. Aunque Daphne sabía que estaba muerta, esperaba que apareciera y se peinara ante

el espejo y se ajustara el vestido en la cintura, para calcular su contorno y comprobar si estaba lo bastante delgada; y que se quedara ahí de pie dando patadas al aire, actuando como una corista; y que practicara su ópera magna, aunque lo del libreto gratis hubiera sido un engaño y no fuera gratis en realidad y tuvieras que pagar veinte guineas para aprender ópera. Y que después se apretara los puntos negros, los del puente de la nariz y las mejillas. Y que se depilara las cejas con las pinzas. Daphne esperaba todo eso, pero no pasó. En cambio, las pinzas que Francie usaba para las cejas seguían

exactamente en el mismo sitio sobre la cómoda. Y ahí siguieron durante horas y días y semanas. En una ocasión, Daphne las movió unos centímetros para ver qué aspecto tenían una vez movidas, si se veían de alguna forma distintas. Y se acercó al armario y sacudió la ropa hacia arriba y hacia abajo, hizo bailar el vestido de fiesta de aquí para allá, aunque no había nadie dentro: lo hizo bailar, al son del *fatum* y la maxina, solo por comprobar qué tal. ¡Ojalá hubiera podido ver todo aquello! Solo una vez, una sola, y entonces ya daría igual.

Y durante todo el proceso, Amy Withers decía,

—Tened fe.

Lo dijo durante el funeral y ante las flores y las tarjetas que iba metiendo en una cesta de la compra de mimbre, con forma de cuna; luego revisaba su contenido para seleccionar y quedarse las más bonitas: las de acabado blanco y brillante y que llevaban en relieve una cruz entrelazada con flores, y palabras que decían que Francie no estaba muerta de verdad, solo durmiendo. Durante todo aquello, Amy Withers dijo,

—Tened fe.

La fe no podía verse, pero estaba en algún sitio para ayudar, como el aire que supuestamente debía alisar las arrugas

del uniforme del colegio; así que ahora, cuando los pliegues de la vida se habían quedado ajados y deslucidos, para Amy Whiters, sí estaba ahí.

La fe lo alisará todo.

Y lo mismo hará ver a Francie el día de la resurrección de los muertos.

13

El largo pasillo exterior brilla como el cuero de un zapato nuevo que camina y camina sobre su rastro dejando una huella fantasma sobre su propio resplandor hasta llegar a la habitación donde las mujeres esperan, en camisón, a que den las nueve en punto y empiece el terror que llaman tratamiento de electroshock. Llevan camisones de franela rojos, como si Dios o el diablo hubieran comprado un continente entero de tela y se hubieran paseado de costa a costa, con unas tijeras a modo de bastón, recortando el patrón en la masa muerta de hombres y mujeres locos cuyos ojos se volverán ciegos al ver su mundo y la bandera de tela que cuelga en forma de sol a través de su único cielo.

Oh, pero a las nueve en punto, según dicen, todo se arreglará. Sus visiones quedarán veladas por la cortina que se correrá de nuevo ante sus ojos para evitar que miren su plato, su té, su cigarrillo; lo harán igual que si fueran prácticas para salir al mundo; quedarán detenidas como una casa destinada a mirar para siempre hacia el jardín de atrás.

Les han quitado las horquillas y las han alineado sobre la repisa de la chimenea. Las dentaduras se dejan en tazas sin asa de agua

templada, dispuestas en círculos para que se hagan compañía en torno a la mesa de patas huesudas.

—Quitaos los dientes —han ordenado las mujeres de rosa—. Quitaos los dientes.

Y pronto el mismo Dios o el mismo diablo que recorría el continente de tela accionará el interruptor que ordena

—Mira. Olvida. Quédate ciega.

Sé presa de convulsiones sin saber nunca por qué.

Quítate los dientes como precaución, para no ahogarte y que te salten los ojos como a Gloucester, para ahorrarte la visión del abismo y de los sublimes dioses que desatan «tan tremendo estruendo» sobre tu cabeza. Tu vida hay que sacarla fuera como precaución contra la vida misma.

Y las mujeres, haciendo entrega de sus dientes, sus ojos, sus vidas, sonríen avergonzadas o furibundas en su mundo de interminable franela roja.

La enfermera es de color rosa, como una flor del jardín, solo que el viento que le encorva el cuerpo sopla del mismo continente cenagoso y de aguas estancadas del que llega la voz de Dios o del diablo a su oído, como la vocecita que guiaba al caballo y le decía Arre, adelante.

en el día más soleado, del color de un único toetoe con un girasol en su corazón de pastel de semillas pero las semillas se quemaron y están negras de cenizas que el mismo viento que dobla y encorva el cuerpo de flor rosada había soplado y soplado a través de un millón de años hasta un mundo de ceguera

a esta habitación

y una manta negra extendida cual escarabajo elástico para delimitar los confines de la cama, y las mujeres tumbadas sobre su caparazón peludo con las sienes lavadas a conciencia con una bocanada púrpura de jabón líquido de *lauril éter*

oculto en una torunda de algodón. Y las mujeres del grupo farfullan y balbucen, pero siguen silenciosas como el bosque mientras esperan en fila de a dos a que el interruptor las abandone a la ceguera

y al miedo

y ya no forcejean para irse porque han visto que viven en una habitación de ceguera donde las puertas se han hecho sin cerradura, y quienes entran desde el pasillo pueden hundir la pared con sus cuerpos y cruzarla, y la propia pared se cierra tras ellos como una masa de terciopelo que parece una ola en la estela de un santo viajero o de un barco.

Pero Dios, o el diablo, ha llegado y recorre el largo pasillo, y comprime su mente y su voz en gotas moleculares para atravesar los imponentes muros circundantes. Saluda a las mujeres. Retuerce sus camisones de franela para escurrir la sangre, que chorrea en el suelo y forma un riachuelo que fluye hasta la pared y no consigue pasar a través de ella, y ahora es una ola que presiona contra el muro, incapaz de escapar.

Las mujeres gritan. Temen ahogarse. O quemarse.

La enfermera se arranca un pétalo rosa, lo hace revolotear sobre la ola para empaparlo de carmesí y lo chupa con un solo aliento. Después reajusta su cuerpo, se mete el pétalo en el hueco entre la boca y los ojos, y le sonríe a Dios o al diablo que espera, listo para darle la señal con un ademán, o abriendo mucho los ojos, una señal tan secreta como un grito

y la cabeza de la sinuosa serpiente que es la fila de a dos queda cercenada, y se ve arrastrada hasta la puerta al fondo de la habitación,

y la puerta se abre sola de par en par como dos palmas que digan por señas,

Cela m'est egal, Cela m'est egal.

Y la cabeza acaba allí dentro, retorciéndose, y las mujeres que esperan oyen unos pasos que se arrastran, seguidos por una voz, dos voces, el grito de un alma sorprendida en un embudo de oscuridad. Después, silencio. Hasta que la puerta se abre de nuevo de par en par con un gesto de indiferencia, dejando a la vista sus manos de madera y las vetas de corazón y vida y destino.

Cela m'est egal, Cela m'est egal, pronuncia cual suspiro desenfadado o banal, y la camilla con ruedas transporta lo que queda

de la cabeza de la serpiente, cuyo rostro está azul, como Toby, y lleva un flautín negro como un silbato en la boca.

Tiene los ojos abiertos en una muestra triunfal de la ceguera que le han infundido.

Inconsciente, la cabeza suelta un gemido y se retuerce y, rápidamente, como si fuera a morir, la oculta un velo de rosas del resto de la sinuosa serpiente, y el índice de la flor rosada le cierra y alisa los párpados, con dulzura, como se trata a los muertos, a quienes ya no se les puede hacer daño; y le quitan el flautín de los labios como si, de haberlo dejado ahí un rato más, pudiera haber interpretado demasiado bien su tentadora melodía de ceguera.

Y una vez más la serpiente queda cercenada, tiene lugar la misma procesión hacia la puerta, el mismo silencio,

Cela m'est egal.

Y ahora Daphne pasa ante la hilera de mujeres que yacen muertas, cada una de ellas con su flautín o su silbato metido en la boca, o retirado a toda prisa por si la música pudiera dejar inmóviles, como en el cuento de hadas, el mundo de fuera y el de aquí.

Las puertas la reciben. Con la misma indiferencia.

Y Dios, o el diablo, a la izquierda, junto a la cabecera de la cama elevada, es una presencia que flota, a cuadros, como una sombra atada a lo real que se proyecte desde un invisible globo de luz. El doctor se mueve, con cautela, como si anduviera de puntillas entre espadas. Está protegiendo algo. Primero parece que sea su propia vida. Luego se ve que es la máquina, de color beis, de cuerpo curvilíneo y ojos brillantes, uno rojo, el ojo peligroso, el otro negro para la cancelación del impulso. El doctor permanece con la mano apoyada con ligereza, aparente al menos, sobre su tesoro; entonces Daphne comprende que no se atreve a apartar la mano del cuerpo voluptuoso de la máquina de ojos rojo y negro, y que, en caso de huida, está atado a ella, como un amante sujeta al objeto de su amor con los cordones del hábito, la circunstancia, la conveniencia, el tiempo, con cables negros y con carga eléctrica, varicosos, que convergen en una unidad controlada por un interruptor, y por la presión de la mano del doctor.

—Enciéndete, amor mío —le dirá él, y alargará la mano hacia el interruptor y acariciará el ojo rojo y brillante con dedos delicados.

Mira a Daphne, como si ella hubiera interrumpido su placer, o como si fuera a comunicarle y después a arrebatarlo de su conciencia, el placer que le hace sentir su preciosa máquina.

—Súbete a la cama, Daphne.

Ella se encarama a la sombra suspendida de una montaña y encuentra en la cima un hueco dorado, de su tamaño, para tenderse en él. Qué bien le encaja, lo ha tallado, para su comodidad, cada año de su vida, transformada en la lluvia y el viento del norte, o del sur, el que trae nieve.

—Túmbate, Daphne.

Daphne se tumba. De repente, sobre la cumbre de la montaña, sus cabezas quedan al mismo nivel que la nube más baja, y ahí aparecen los rostros, fraguados y compuestos por nubes, de cinco mujeres vestidas de blanco, que tienen envidia del hueco dorado. Miran hacia abajo y sonríen, para ganarse su amistad. Les hormiguean las manos por las ganas de excavar en el oro, de metérselo en los amplios bolsillos de lino y salir reptando de la habitación; porque sin duda deben reptar, pues son insectos blancos con antenas que vibran sobre su cabeza, cada antena con un trazo de blanco en la punta como una campanilla de invierno separada. Menean las antenas.

—Túmbate, Daphne.

—Túmbate, Daphne.

El doctor se acerca todo lo que puede sin tener que apartar la mano del interruptor de su amor.

—Hola.

Esboza una sonrisa perversa y embustera, como el mundo una vez que ha pasado la mañana, que desenmascara la verdad de la montaña dorada, de todas las montañas doradas: que todas son nidos de arcilla, y el sol una roca poco elocuente cuyo engañoso atributo de luz, erosionada por el constante picoteo del tiempo, se apaga sobre el silencio de su carente sombra y el olvido.

—Hola, Daphne.

Las mujeres mueven las antenas. De repente se ponen rígidas, con las rodillas como de hormigón, los pechos de piedra; y presionan los oídos de Daphne con carámbanos de hielo y su cuerpo se hunde más y más en el hueco; aunque una de ellas dice con suavidad,

—Ponte esto en la boca.

No es una bolita de anís ni una gominola ácida ni una de esas pelotitas de caramelo a rayas blancas y negras, sino un flautín o un silbato pequeño y negro.

—Muérdelo.

¿No debería tocarlo? Haz callar tu flautín, tu alegre flautín. El doctor espera, exultante. Acciona el interruptor. Dura un momento, y luego la nada.

14

Oh el viento se aloja eternamente en el cable del telégrafo y allí gime en un día gris en la carretera más solitaria de todas de polvo y gravilla y bosque y dáctilo en el arcén y aulaga o retama con vainas secas que se niegan a caer y la cruz el crucifijo de los postes inclinados unidos por el cable infinito eterno del llanto del viento que mora para siempre en el cable del telégrafo para gemir allí.
El paño verde de la mesa de juego y el olor nauseabundo del cuerno del gramófono, un olor tragado y vomitado del recuerdo sobre una sábana doblada de verano, quemada y hervida en un caldero de cobre y piedra pómez con una piña un tronco del árbol del caucho, madera de un viejo manzano.
Francie, entra, pajarito travieso llueve a cántaros,
¿qué diría tu madre
si te quedaras aquí y te ahogaras?
Eres un ave muy traviesa,
no piensas en mí,
estoy segura de que me da igual,
dijo el gorrión en el árbol.

Francie, entra, ave traviesa, está diluviando, llueve fuego a cántaros. Tened cuidado, niños, pues por dondequiera que paséis podéis encontraros con un ángel; porque los ángeles caminan por la tierra entre la gente, y el día que venga Cristo Él también caminará sin que nadie lo reconozca por la tierra. Y bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos.
No acumuléis tesoros en la tierra.
Bienaventurados aquellos que lloran porque ellos serán consolados, bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios.
Y la infancia no es nada, solo es el viento en el cable del telégrafo que gime ahí, el dolor de muelas en la cavidad de la noche, el cuerpo demasiado grande hecho un ovillo en una cuna demasiado pequeña, la abuela matándose a trabajar bajo el sol ardiente de Virginia, abuela que ojos tan grandes tienes; y el niño en la panza del zorro, deshaz los puntos, deshaz los puntos, niño niña o día atrapado en el vientre sofocante del recuerdo.

Ahora que Francie ha muerto, yo, Daphne, soy la hermana mayor, la mayor de la familia, sin contar a Toby a quien le dan ataques y yace de vez en cuando en el hospital con los labios flácidos como la goma y cubiertos de saliva y el rostro retorcido y los ojos saltones. No nos reconoce cuando vamos a verlo a las horas de visita, y la enfermera nos guía por un pasillo hasta la habitación que es como una jaula, con barrotes, donde Toby reposa en una cama alta blanca y limpia como un plato de porcelana; tan alta como el lecho en el que yacía la princesa, con veinte colchones debajo; la princesa auténtica. Toby, cuando te recuperes iremos al vertedero y encontraremos cosas. Un diamante. Un montón de oro. Un hueso de moa. Toby, tenemos que encontrar cosas que otra gente haya tirado porque ya no le sirve, se pasan el día y la noche plantados en lo alto del acantilado tirando cosas, y a veces de noche no ven lo que tiran; ni en la

noche ni cuando duermen o sueñan; hasta que se despiertan demasiado viejos y demasiado tarde.

Toby, cuando vuelvas del hospital y hayan pagado las facturas… pero nunca pagarán las facturas. El sobre de ventana con la carta llegará de la junta del hospital y nuestra madre lo meterá dentro del reloj o lo clavará en el calendario, y nuestro padre lo cogerá cuando llegue a casa por la noche, lo acercará a la luz para leerlo y estar preparado, después lo rasgará con el abrecartas y hará aspavientos con las manos o bailará de rabia, como Rumpelstiltskin, pero sin atravesar el suelo, y gritará

—¡Dinero! ¡Dinero!

Y un ratoncito saldrá de un agujero en el rincón del cubo y susurrará, con la misma voz que cientos y miles, ¿Dinero? En el cubo guardamos zapatos viejos y libros y retales de cuero que nuestro padre usa para remendar. Donde está la horma, dice en voz alta. ¿Quién ha visto la horma, y el martillo, y la caja de tachuelas? Y unos hombres con gorros azules puntiagudos vienen por las noches a ayudarlo a remendar nuestros zapatos.

Oh. Toby. Nuestro padre no lleva gafas para remendar. Puede ver con la velocidad de la luz en los rincones oscuros, o rápido como la trucha que se mueve para esconderse bajo la ribera del río, con la panza pegada al suelo. Así que quizás nuestro padre no se está quedando ciego todavía. Te acordarás de que el abuelo llevaba gafas y se las subía hasta la frente como si ahí, en el trozo brillante antes de llegar al pelo, el punto brillante donde, tanto en los viejos como en los bebés, la piel se descama, de nuevo como un pez, tuviera un par de ojos secretos que necesitaran ayuda para ver. El estuche en el que guardaba las gafas también estaba pulido y brillante, y tenía puntos naranjas. ¿Eran lunares? ¿Qué son los lunares, Toby? Oí a alguien decir lunares, creo que fue a la tía Nettie, te acordarás de que la espiamos un día a través de la puerta. Tenía una caja con la tapa de concha de paua, en el tocador ante ella, y una borla para polvos en la mano, y se daba toquecitos en la cara mientras se sonreía frente al espejo. Una sonrisa llena de deleite y buena disposición y de eso que llaman

sabiduría. Y entonces se volvió y nos vio y se puso roja.
—Cómo os atrevéis a mirarme mientras me retoco la cara.
Aquello era pecado. Haber visto a la tía Nettie retocándose la cara. Y era peor para ella, supongo, porque ahora sabíamos que tenía otra cara con otra sonrisa. La habíamos pillado con las manos en la masa, como a un ladrón. Siguió ruborizándose.
—Qué maleducados sois, niños.
Ni que la hubiéramos espiado cuando estaba en el baño o con el dedo metido en la nariz o haciendo cualquiera de esas cosas que se hacen en privado, para uno solo.
Pero Toby, tú no mejoras. No nos reconoces ni nos hablas, y Chicks y yo jugamos juntas esperando a que vuelvas a casa, y los niños en el colegio dicen,
—A tu hermano le dan ataques, ja, ja.
Y después, cuando sales del hospital y caminas por la orilla del mar y te encuentran en pleno ataque, la gente le dice a nuestra madre,
—Señora Whiters, habrá que mandar a su chico a algún sitio.
Toby, sé de gente a la que la han mandado a algún sitio, y me pregunto dónde queda ese algún sitio. Quizás está por Rio, donde cantan una canción sobre los peces del mar. En alguna parte de Rio. Te acuerdas de aquella mujer de nuestra calle a la que tuvieron que mandar a algún sitio porque no paraba de salir sin ropa, como el emperador del cuento, solo que la gente era sabia, como el niño, y se daba cuenta, y le decían,
—Eh tú. No puedes seguir haciendo eso.
De modo que la mandaron a algún sitio, y también a la otra señora, Minnie Cuttle, la que se plantaba en lo alto de la colina y dejaba caer insultos como piedras de granizo sobre cualquiera que estuviera en el valle, incluida nuestra madre, que le había dado comida y ropa, y tampoco es que le hicieran falta, pero esa era la manera en que nuestra madre daba muestras de su amor, como con nosotros cuando nos daba leche y más leche, y teniendo una vaca jersey que nos echaba en la cara su cavernoso aliento de hierba y leche, como muestra de amor; aunque Chicks era

demasiado pequeña para una madre extra, al principio, y la besaban más, pero no nuestro padre, que decía

—Déjame en paz, anda —siempre que nuestra madre lo rodeaba con sus brazos o le tocaba el hombro.

Nuestro padre estaba triste, pese a que tenía una bici nueva que había cambiado por la de Francie y había quemado por fin los pantalones de Francie, en el caldero de cobre, donde les prendió fuego a escondidas, y eso lo hacía sentir culpable y no le gustaba que lo besaran.

—Déjame en paz, anda.

Y nuestra madre ponía el agua a hervir para prepararse un té, y cuando el trasto empezaba a silbar y la tetera quedaba lista y caliente a un lado de los fogones, con dos cucharadas de té dentro, no, tres, una para cada persona y una para la tetera, como ponía en el paquete, nuestra madre decía, con la misma mirada que le lanzaba a nuestro padre cuando quería besarlo,

—Toma una taza de té, Bob.

Y nuestro padre, engañado, sonreía,

—Es justo lo que necesitaba. ¿Por qué no se me habrá ocurrido antes?

Así que nuestra madre le había dado a la señora de la colina, Minnie Cuttle, una tonelada de té a cambio de una tonelada de insultos; pero a la señora que lanzaba piedras de granizo al valle la mandaron a algún sitio; y a ti no te mandaron, Toby, porque nuestra madre decía, siempre,

—A un hijo mío, no. A un hijo mío, no.

Y la cosa sigue y sigue. Y caminamos como Teseo o un fogonero en el laberinto, con los recuerdos deshechos en hebras de seda o de fuego; y tras dar muerte por el medio que sea a los minotauros de nuestro ayer volvemos de nuevo una y otra vez al nacimiento de

la madeja de hilo, al Dónde. ¿Y qué llevarán Teseo o el fogonero en el pelo, una amapola roja hecha de papel, o se atarán los pantalones como si fueran un paquete, con cordel, enrollando las perneras con hilo de oro como galletas navideñas?

Y el cielo es ahora una máscara azul para cubrir los recuerdos,
los libros de contabilidad, la maravilla bajo el cristal,
Rapunzel, Rapunzel, deja caer tu cabello.
Haz callar tu flautín, tu alegre flautín.

SEGUNDA PARTE

VEINTE AÑOS DESPUÉS

15
TOBY

—Canta Daphne desde la habitación de los muertos.
Hablo de la cochinilla y su tránsito por la pared, de cuando queda panza arriba como la tortuga y las patitas escriben en el aire su telegrama a la piedad,
—Ven deprisa. Escarbo en los ojos cerrados de una pared y otra en busca del regusto de un hilillo de luz.
canta Daphne desde la habitación de los muertos.
Guardaba un sueño de dos ladrones bajo la almohada, y mis ladrones
cargados con mi último festín de reposo
se han ido a una playa bendecida con conchas
donde el invierno su luz de terciopelo derrama
donde pequeños botones como perlas
verdes como las hojas del karaka
se han cosido al sueño como penitencia de la marea
en el lecho marino del desconsuelo de mi hermano.

Escuchando por el ojo de la cerradura del verano,
oigo el rugido de la nieve.
Por si la luz del sol quiere matarte
voy a hacerte, Toby, una camisa de sal
de botones pequeños como perlas
blancas como capullos de manuka
cosidos en las mangas que rozan el mar
todo el invierno con la sangre de tu vida.
Mirando la ola verde a través del cristal de fuego
veo la sombra roja.
Toby, te daré una hogaza de aire azul del trigo que crece en el cielo, y que arrastra su red en los mares desolados en busca del paradisíaco cardumen del amor, y cuando mueras
canta Daphne desde la habitación de los muertos,
diré que vivías en un mundo a medias, un lugar microscópico de naranjas magulladas como crepúsculos malogrados, donde ni el viento, ya soplara hacia delante o hacia atrás ni por mucho que rebosara del fruto maduro de la noche, podía alimentarte ni completarte.
—Harapos huesos botellas virutas hierro acero viejo una vida que vender
canta Daphne desde la habitación de los muertos.
A ver, Toby, qué serás tú, qué serás tú,
¿en la planta de congelados o en una mina o fundición de la costa oeste?
A ver, Toby, dónde vivirás, dónde vivirás,
—en una casucha o en un bungalow Dios no lo quiera.
A ver, Toby, cómo morirás cómo morirás,
—excavado y arrojado en la fosa del por qué.

16

Dinero en efectivo.

Toby Withers desenrolló el fajo de billetes de diez chelines y los dejó en un arrugado montón de suaves capas de tono herrumbre sobre la mesita, que tenía la forma de una celdilla negra de panal de miel.

En un mundo anterior los panales con sus sombreros puestos en el rincón del cercado y las abejas en un enjambre sobre la aulaga y el manzano en flor y las manzanas del tamaño del mundo fuera del alcance de un niño, porque para qué existe si no un paraíso, las verdes Granny Smith, las Kentish Fillbaskeí, las Rome Beauty, las Delicious, las Jonathan, las Irish Peach, y las de rayas que son como comerse un helado verde, porque ¿para qué existe si no un paraíso?

Dinero en efectivo.

Los billetes de diez chelines procedían de la planta de congelados de la industria cárnica donde Toby había estado trabajando durante la temporada sacándose un buen salario, con horas extra, gratificaciones y botas prestadas, rajando tripas toda la jornada para luego llevar a casa un riñón sobrante en el bolsillo para

tu viejo que está jubilado, tiene sesenta y se sienta en el rincón junto a los fogones sin parar de hacer

brincar la rodilla o tamborileando en el borde de la mesa con los tres dedos de en medio, acordándose de la guerra, qué guerra,

Sección A, formen filas

Sección B, formen filas

Compañía entera, formen filas.

El viejo…

—Toby, nunca llames «el viejo» a tu padre.

El padre de Toby toma unas pastillas de un frasco alargado con un envoltorio rojo plagado de advertencias e instrucciones. Toby también toma pastillas para sus ataques, que ya solo tiene de vez en cuando, y entonces es su madre, apagada, encogida, imperturbable e imprecisa, con las arterias endurecidas y la barriga hinchada de sal, quien cuida de él. Toby es un hombre de treinta y dos años al que la adolescencia y la década de los veinte han vuelto a acuñar, una moneda de oro, una moneda de plata, una moneda de cobre, un billete de diez chelines de tono herrumbre encima de una celdilla negra de panal de miel.

17

Eran las diez y media, decían los tres relojes, pues donde antes hubiera uno sobre la repisa de la chimenea en la cocina de los Withers, alimentado año tras año con facturas, recibos y tiques, dos se habían añadido para hacerle compañía, en una presumida y cacareada colección del tiempo, un triple chantaje, formado por el viejo reloj de pie y los dos despertadores con sus esferas de cara de luna y sus hombros encorvados. Todos marcaban las diez y media, y nadie lo ponía en duda.

Pero la radio sabía más que nadie, y su narración, con voz humana, consolaba a Bob, Amy y Toby Withers, sentados en la cocina bajo el hechizo de los treinta y seis ojos inhumanos.

—Las diez y cuarto —anunció el hombre de la radio.

—Los relojes van mal —dijo Bob Withers, mirando la repisa de la chimenea con gesto triunfal; pero incluso mientras pronunciaba «los relojes van mal», sabía que iban bien, y ellos lo miraban desde arriba, tan idiotas y relucientes, diciéndole que tenían razón, y añadió,

—Además, ¿para qué tenemos tres relojes?

—Ahora —dijo el hombre de la radio—, una sesión de músicos de banda, dirigidos por Walter. Buenos días, Walter.

—Apágala —dijo Toby—. No puedo contar mi dinero con la radio encendida.

Había cogido un montón de monedas de una lata en la repisa de la chimenea para desparramarlas sobre la mesa, y las estaba distribuyendo en columnas algo menos altas que la torre Eiffel.

—Apágala.

En realidad no hablaba con nadie en particular, pero su madre apareció procedente de la recocina, como siempre hacía cuando él la llamaba; ligada, como un suave eco, a la voz de su hijo. Sostenía un agarrador de horno y tenía el rostro enrojecido por haberse inclinado sobre la cocina eléctrica que había justo detrás de la puerta, en el rincón,

—Ay, Toby. Tu abuelo perteneció a la primera banda de música de la provincia, era el director. Solían desfilar los domingos. Oye, pero la apagaré si quieres.

—No puedo contar mi dinero con ese ruido en las orejas.

Obediente, su madre, apagó la radio. El padre levantó la vista donde estaba sentado ante la estufa de carbón, cómodo y calentito, echando un vistazo al periódico de la mañana. Había leído ya la página de noticias y la sección local, mirado por encima las notas internacionales sobre China y el Lejano Oriente, y estaba centrado en ese momento en el accidente de camión, en el que había resultado herido el joven Fred Maines, al que habían trasladado al hospital, en un estado regular. Luego pasaría a la tira cómica de la contraportada, aunque por lo general le gustaba leerla en primer lugar; pero a veces se tentaba a sí mismo dejándola para el final.

—Haz lo que tu madre quiere. Deja la radio encendida. Podrías haber contado tu dinero anoche o en cualquier otro momento. En todo caso, lo cuentas tan a menudo que ya deberías saber cuánto tienes. Y tampoco es que ni yo ni tu madre veamos un céntimo de él, para la casa.

—Pero papá…

—No hace falta que vivas aquí si no quieres, si crees que tus

padres se están volviendo demasiado viejos y molestos.

—Oh, Bob, Toby nunca pensaría eso de nosotros, ¿a que no, Toby?

—Ya sabes que no, mamá. Es solo que papá…

—¿Por qué no te casas? ¿Qué tiene de malo la chica de Chalklin?

La señora Withers pareció alarmada,

—Ay, Bob, sabes que solo es una amiga. Toby no es de los que van a pescar para casarse, ¿a que no, Toby?

—Desde luego que no, mamá. Y me gustaría daros algo de dinero, papá, pero tengo que abrirme camino en la vida, y el dinero es algo a lo que aferrarse, sin eso te hundes. ¿Cuándo he tenido yo la oportunidad de un comienzo en la vida? Tengo ciertos compromisos.

Repitió la palabra. Compromisos. Se le hacía algo larga porque había dejado la escuela antes de tiempo a causa de sus ataques, y la ortografía siempre le había costado lo suyo, pero no estaba mal lo que había aprendido desde entonces, caramba. Era posible que a veces se tropezara al hablar y lo hiciera despacio, con la lengua trabada y sobresaliendo en la comisura de su boca, pero le parecía que empezaba a aprender sobre las cuestiones más importantes en la vida, como el dinero y cosas así.

—Sí, tengo compromisos.

—No olvides que yo también tengo compromisos, hijo mío, como los gastos y la electricidad.

—Pero la semana pasada te compré dos sacos de trigo para las aves del corral, y la lona para hacer la funda de tu coche. ¿Por qué no encargas la funda para tu coche?

El señor Withers parecía cansado. Pasó con suavidad las páginas del periódico hasta llegar a la última y echó un vistazo a la tira cómica, Choko trabajaba en su jardín y plantaba sus coles al revés porque quería enviarlas, sin pagar correo aéreo, a un viejo pariente, un tío suyo que vivía en la otra punta del mundo. Bob pensó que no era tan divertido como el de la semana anterior, donde Choko pronunciaba un discurso electoral.

—Bueno, ¿y qué hay de la funda? —insistió Toby.

—Me tomaré mi tiempo. No me metas prisa. Ya no soy tan joven como antes, no lo olvides. Y tu madre tampoco.

—No.

Toby miró a su madre. Con un pedazo de papel de horno en la mano, engrasaba la plancha para tortitas que se harían en la cocina de carbón: dejaría caer cucharones de masa sobre el hierro humeante, donde subiría y burbujearía hasta dorarse, momento en que las tortitas se apartarían a toda prisa del fuego para sudar bajo un cálido trapo doblado. Amy Withers siempre hacía tortitas para que reinara la paz. Las untaba con mantequilla para Bob y Toby como si fueran dos niños y se las tendía en un plato, y repetía el proceso de untar y servir, untar y servir, hasta que se terminaba la tanda, o casi, y

—Ay, que estoy criando panza —se quejaría Bob Withers acariciándose la barriga que desbordaba bajo los dos picos de su chaleco. En realidad todo él parecía una pelota redonda, pues ya era menudo de entrada, pero los años le habían devanado más carne en el cuerpo; sí tenía una cosa, y era que había conservado el pelo: era entrecano y brillante, y motivo de orgullo para él y Amy, con una tortita en la mano,

—Nunca habrá una esposa capaz de hacerte tortitas como estas, Toby. Recuerdo que, de pequeño…

Y se lanzaba a hablar sobre el diluvio, pero no el del Arca y los animales de dos en dos, y he aquí que haré caer un diluvio sobre la tierra para inundarlo todo y destruir toda la carne y todo hálito de vida que more en ella, y cuanto hay debajo del cielo y sobre la tierra morirá; sino de la crecida del río, el Clutha, que se llenó de remolinos de nieve y fluyó embravecido y arrastrando haces de cañas y ramas, sobre los que se sentaban los conejos para su comodidad y bienestar,

—cuando eras pequeño, Toby, y Chicks no había nacido, y Francie y tú os quedabais en casa de la abuela, ¿te acuerdas?

Y así, alimentada con la mantequilla de aceitunas y hojas de olivo de Amy Withers, la familia compuesta por Toby, su madre y

su padre, haría las paces y sería bendecida.

Y en efecto sucedió así aquel sábado. Toby recogió su dinero, lo guardó en la lata de cacao plateada que tenía en la repisa de la chimenea, miró con gesto desafiante y triunfal a su padre, que había cogido del otro extremo de la repisa su propia lata plateada de tabaco de pipa, donde metía las pequeñas monedas de tres peniques que representaban sus ahorros.

Toby bostezó.

—Hace calor aquí dentro.

—Es por la plancha, Toby. Espera, abriré una ventana.

—Tranquila, mamá, creo que voy a afeitarme.

Fue al dormitorio y enchufó la afeitadora eléctrica. Su sonido, aquel zumbido irritante, flotó hasta la cocina y el lugar donde se sentaba Bob Withers, ahora lamentándose ante su puñado de monedas de tres peniques, y soñando y soñando

¿La rifa de obras de arte? Había una teoría según la cual, si comprabas un billete en el norte, donde había mayor densidad de población, era seguro que te tocaría un premio. ¿La rifa? ¿Tatuajes? Prestó atención a la afeitadora eléctrica, aquella nueva forma de afeitarse, desnuda y criminal y dominante, sin jabón de afeitar ni agua hirviendo, sin la puerta del baño cerrada y sin tener que desempañar después el espejo.

Esto me supera, no soy capaz de estar a la altura, se dijo.

18

Aquel sábado era el primero de mayo, fecha en que se inauguraba la temporada de caza, y los periódicos de la tarde vendrían llenos de fotografías de hombres con botas de goma y chaquetas impermeables, apoyados en sus escopetas y sujetando en alto el cuello retorcido y el cuerpo mojado de un cisne o un ganso o una oca del paraíso lanzando destellos azules y verdes como un arcoíris escindido. Y daba la sensación de que, durante toda la noche anterior y a primera hora de esa mañana, los ánades hubieran pasado volando entre la niebla que había bajo las nubes para refugiarse en los jardines de la ciudad, donde se relacionaban con sus parientes domesticados y regordetes y, junto a ellos, en el estanque especial para patos del parque, acababan perseguidos y apedreados por los niños y ahogados en su caritativo millón de migajas de pan blanco; o en casa de los Whithers, donde fluía el riachuelo y los calamones pukeko recorrían el pantano a grandes zancadas agitando el plumaje de la cola con su núcleo blanco. Allí, a orillas del arroyo, las aves refugiadas eran libres de pasearse y acicalarse y, tomando el agua por sorpresa, de manera que apenas le daba tiempo a separar su

superficie intacta para recibirlas, la hendían casi en secreto sacudiendo las patas tricolor, para flotar en silencio con el agua a la altura del pecho hasta el refugio del sauce, a salvo en la sombra. Era allí, en casa de los Withers, donde hacían sus nidos y empollaban sus huevos, desfilaban de aquí para allá en una formación naval estricta excepto por el pequeño polluelo, rezagado y asustado, que pasaba sus días de anadón sumido en el esfuerzo agotador de alcanzar a los demás.

—Cuidado con las anguilas —le decía su madre.

—Cuidado con las anguilas, se te zampan de un bocado. Ven aquí polluelo travieso.

Parecía que iba a hacer buen día, de nubes y claros a soleado en toda la costa de Otago según el periódico, pues el periódico traía todos los días una imagen del tiempo. Decía que había alguien que vivía más al norte y que, sentado en una torre, empleaba sus días, no en trabajar como el resto de la gente, sino en capturar las rutas del aire y trenzarlas como cuerdas para formar un mapa de curvas y remolinos. Y Bob Withers decía, cuando pensaba en el hombre de la torre,

—Algunos, desde luego, se lo pueden tomar con calma.

Para él, el trabajo, hasta el día en que se jubilara y le regalaran el reloj despertador de viaje, pero que, como nunca iba a viajar, el reloj se quedaría en su caja y escondido en alguna parte, significaba moverse y sudar y transportar y arrastrar cosas; no estar sentado en una torre en lo alto y más quieto que la campana de una iglesia en un día laborable.

De modo que parecía que iba a hacer buen día, y el mar semejaba una colcha con las olas bien arrebujadas debajo, y los árboles se bamboleaban como agua sin hojas, recortados de un bloque transparente de aire azul y escarcha.

—Menudo día —dijo Toby al terminar de afeitarse mientras se aplicaba un poco de crema en la cara. Cáncer, sin duda, pensó. Mi padre tiene miedo de avanzar con los tiempos. Por eso no usa una maquinilla eléctrica. Él prefiere el viejo método de la espuma, el suavizador de cuero y la navaja capaz de degollar a alguien. Cáncer o

no, este es mi método. Volvió a guardar la máquina de afeitar en su funda de cuero y cerró la cremallera. ¡Qué gran día!

¿Gran día para qué, Toby?

Oh, bajaré a la llanura y formaré montones con los trozos de hierro para la fundición, quizás también recoja los trapos de Joseph, me acerque corriendo a casa de los Chalklin con los libros para Jim. Hay mucho que hacer. Descorrió las cortinas y miró hacia la llanura, cerca del riachuelo donde los ánades se paseaban por la orilla. Un estornino posado en el peral, o en uno de los robles, soltó un gorjeo susurrante que fue como la seda al desgarrarse, algún tipo de seda negra y brillante, o quizás como el tafetán que se vuelve verde con los años y el uso.

—Es temporada de patos —dijo Toby—. ¿Y si me saco el permiso de armas?

Un gran día, Toby.

—Sí, un gran día con mucho que hacer. Y esta noche, al cine.

Toby, es una mañana de sábado de hace muchos años, veinticinco años, y no tienes nada que hacer, te pasas la mañana entera con una ramita de sauce, que partes y arrancas del árbol, y luego la tallas, la metes en el agua, das golpes a la hierba con ella, y ¿qué sueñas, Toby?

—Sueño que vuelvo a casa y todo ha desaparecido, como si lo hubieran barrido del mapa, y que me voy a vivir junto al riachuelo con Chicks y Francie y Daphne y comeré piruletas y no tendré ningún ataque, y el sol brilla sobre nosotros y tendré un palo con el que podré dar golpes cuando caiga la noche.

—Sí, quizás me compre una escopeta para cazar. Aunque será después. Pero ¿por qué? O mañana. No lo sé, me pasaré por casa de los Chalklin.

Condujo su camioneta con cautela por la calle principal junto a la avenida de los olmos. Se sentía feliz al volante, con la aguja marcando treinta y el pie… ¿cómo expresarlo?… listo sobre el freno cual tirador de gatillo fácil. Pasó por delante de la comisaría a treinta por hora. Pensó: si el sargento está dentro, mirará por la ventana y me verá conduciendo y pensará, Toby Withers se merece conducir un vehículo, va con más cuidado que quienes no tienen ataques, es

una discapacidad que les enseña, lo que les hace falta es ser discapacitados. Pero pese a todos los rumores ahora que se ha hecho mayor ya está dejando de tener esos ataques, según dicen según dicen.

Pasó por delante de las tiendas que los sábados parecían descuidadas y con la guardia baja con los cubos que rebosaban basura como deprimentes secretos de confesión ante la puerta; y dejó atrás la cafetería de latón que albergaba a la nueva clase, la de los vaqueros de cafetería que andaban pendoneando por la entrada y metiendo monedas en la máquina de discos para oír

—Oh, mi papá, qué increíble era conmigo

Oh, mi papá, qué bueno era conmigo.

Toby tarareó para sí el resto de la canción mientras conducía. Oh, mi papá, jubilado, desconectado de todo aquello que le importaba, de la compañía ferroviaria, su juguete vital de cada jornada, ay mi papá que bajaba al cobertizo para echar un vistazo por los viejos tiempos, que se enteraba de los cotilleos gracias a la chica del puesto de libros y se hacía con una taza de té gratis de manos de la camarera del bar de la estación, solo para demostrar cómo solían ser las cosas; que se encontraba con sus amigos y utilizaban su propia jerga secreta para referirse a las mujeres,

Esa tiene demasiada nota

Oamaru Timaru Waianakarua,

Eh eh qué moscardón.

Y después veía a los nuevos encargados de limpieza y a los bomberos y a los conductores, a aquellos niñatos que trataban de dirigir las cosas y a quienes les pagaban generosamente por hacerlo, encima

—no como en mis tiempos, qué va, si cuando yo empecé teníamos suerte si nos pagaban siquiera…

dinero, dinero, la misma vieja historia de siempre, pero *ay mi papá*.

Toby volvió la esquina de la calle en la que vivían los Chalklin. ¿Debía casarse con Fay Chalklin? Cásate con ella y sé un marido como el resto de tíos que rondan los treinta, con una casa construida

al estilo que toca y con las cosas que toca poner dentro, el tipo de cosas que les gustan a las chicas, los muebles modernos en los que no te puedes sentar, las sillas con patas como las de una mesa de quirófano, y la repisa estrecha sobre un fuego de pacotilla. Cásate con Fay Chalklin y vuelve a estar rodeado de gente, si acaso lo estuviste alguna vez, y no vayas solo al cine los sábados por la noche, a sentarte en el centro de las últimas filas de butacas y a leer el suplemento de deportes del sábado noche en el intermedio, tratando de encontrar un lugar en el que encajar, incluso si es en una melé de papel o un combate de lucha libre impreso; y deja de salir a fumar solo, de pie junto a la esquina cerca de las vallas publicitarias desgarradas con los carteles descoloridos de algún espectáculo o circo que vino y actuó dos noches y continuó hacia el fin del mundo con la mujer gorda y el hombre enano que medía tres palmos de alto y el rey león pidiendo que lo sacaran de su mugre y su paja

—¿Cuánta tierra requiere un rey?

Cásate con Fay Chalklin e instálate en un cuarto de hectárea, en una casa del gobierno quizás, de esas de las que hay toda una prole, todas parecidas a la misma madre y el mismo padre: el arquitecto del gobierno. En un barrio de las afueras con tendederos giratorios y una guardería gratuita. Con gente gente y ningún sitio para estar a solas, y cómo era aquello que leía mi madre, hace veinticinco años, de la Biblia,

Ay de quienes acaparan casa tras casa, y añaden campo tras campo, hasta ocuparlo todo y así habitar solos en medio de la tierra.

Toby cerró los ojos y los abrió de nuevo, deprisa, por si el mundo había cambiado de repente y hubiera algún rincón en el que esconderse, al que pertenecer. Oh, cásate con Fay Chalklin y no quedes nunca fuera del círculo que da vueltas y vueltas como un torbellino sobre sí mismo más veloz que cualquier luz y sin dejar que se abra ni una sola grieta por la que pueda colarse un hombre y entrar en calor, por Dios, un epiléptico además.

Toby Withers, el chico un poco corto de entendederas, el de las uñas sucias y el pelo castaño y grasiento y los hombros encorvados y la cabeza ladeada y el cuello ancho con caballones de carne donde

nace el pelo en la nuca. El que tiene una habitación en casa, junto a la cocina, cerca de mamá y papá. En la cama, una cama individual, sábanas grises con los calcetines de ayer enrollados al fondo, apestosos, debajo de la ropa de cama, un orinal en el centro del suelo, lleno de colillas flotantes como blancos torpedos muertos tras naufragar en el mar ambarino de la noche. Y las pastillas, las pastillas en su caja alta y estrecha, una por la mañana y una por la noche, T. Withers. Para los ataques.

Los ataques. Los ataques. Los ataques. Se viene abajo en cualquier parte, ¿saben? Dicen que puede prever cuándo le van a dar, es un milagro que le hayan dado el carnet de conducir, tuvo dificultades para que se lo renovaran la última vez, en el juzgado y todo, con su médico teniendo que decir,

—Withers no representa ningún peligro

dicen dicen

que está mejor de lo que estaba, ¿se acuerdan?, cuando lo encontraban en cualquier parte, en la carretera o en la playa, sin ahogarse, pues las olas eran amables con él y le lavaban el corazón con sal,

dicen dicen

que son una familia peculiar, recordarán que su hermana Francie se quemó en aquel fuego y que la otra hermana Daphne se volvió más y más rara, la que fue al instituto, a aprender cosas y a leer, y la internaron en un hospital, un manicomio

dicen

y la otra hermana, Chicks, que así la llamaban, pero es Teresa, se casó joven, fue un matrimonio forzoso con un estudiante cuando ya estaba dando el pecho, y se mudaron al norte

dicen dicen

es de esas cosas que vienen de familia, y menos mal que él no está casado, pero tiene buen corazón, no olviden que ayudó a aquel anciano y le dio un sitio donde vivir, y cama y comida; pero es tacaño con el dinero, está casado con el dinero, con los peniques sueltos y las monedas de tres y de seis, y los billetes de libras que lleva encima y se ciñe como un abrigo para mantenerse caliente

cuando hace frío fuera; lo daría todo menos su dinero

dicen dicen

y lee. A veces lee cosas raras

y ¿acaso no bebía antes pero lo mantuvieron en secreto?

y ¿no viajaba alrededor del mundo en un velero o acaso lo hacía en torno a sí mismo?

Los Chalklin no estaban en casa, ni Jim ni su señora, ni Fay. Las persianas estaban bajadas y una botella de leche vacía, con manchas de polvo en el interior, esperaba en la caja junto a la verja.

—Tienen que estar en casa —pensó Toby en voz alta. Es sábado por la mañana y nunca salen los sábados por la mañana.

Rodeó la casa y llamó con fuertes golpes a la puerta de atrás; no oía movimiento alguno procedente del interior, solo silencio. La chimenea no echaba humo y la puerta del cobertizo del lavadero se había trabado con un trozo de periódico. Un trapo colgaba de una única pinza en el tendedero.

Una vecina se asomó por encima de la valla y vio a Toby.

—Se han ido a pasar el fin de semana fuera —dijo, contenta de poseer aquella información y contenta de deshacerse de ella—. Qué gran día, ¿verdad?

La vecina le sonrió.

—Eres Toby Withers, ¿no? Ya decía yo que te parecías un montón a Toby Withers. La familia está pasando el fin de semana fuera, la señora y el señor y Fay, aunque Fay se ha ido a casa de los Crudges, y es que Albert es su prometido, ya sabes. Qué bien que se case. Será un cambio respecto a trabajar en la hilandería de lana toda la semana y cada semana hasta el agotamiento.

—¿Ah, sí?

—Sí, ya sabes lo pálidas que se vuelven, trabajando dentro todo el día.

—¿Y al casarse, entonces, vivirá al aire libre? —quiso saber Toby.

La vecina pareció sorprendida.

—Qué curioso que digas eso. Vivirá en una casa.

—Ah —dijo Toby.

—Y ahora —concluyó la vecina—, me voy pitando. Dale recuerdos a tu madre de mi parte, ahora sí que debo irme pitando.

»Mi marido está en la ciénaga, cazando patos —añadió.

Y Toby dijo Pero he venido a por Fay, para llevarla conmigo, para que sea mi esposa y para que yo sea su marido. Pensaba que bajaríamos hasta la playa entre los lupinos, pero que antes nos sentaríamos un rato a contemplar cómo llegan y se van las olas azul oscuro y se curvan como el pico de un pájaro que escupe encaje, sí he venido a por Fay, iba a arrancarle el pelo y arrojarlo al mar para que flotara como las algas y a coger mi escopeta reluciente y nueva y engrasada para dispararle a mi pequeña oca del paraíso y arrancarle las plumas grises y cansadas del cuerpo

y a vendar con amor la cicatriz de su cuello

el cuello que retorceré para que muera

la cicatriz que ha dejado el cuero, la tira de cuero que la hilandería ha dejado en la muchacha día tras día, oh sí, he venido a por mi esposa.

—¿Te encuentras bien, Toby? —preguntó la vecina.

Toby frunció el ceño.

—Pensaba que te habías marchado —dijo—, a la ciénaga, a que te disparen.

La vecina pareció sobresaltada y corrió de vuelta al interior a hablarle a quien fuera sobre el rarito de Toby Withers, pero no había nadie a quien contárselo o a quien decirle «¿Te imaginas?»; y eso es lo peor de la vida, el no tener a nadie alrededor cuando toca contar algo.

Toby condujo de vuelta a casa, despacio. Estaba cansado. Esta noche iré al cine, pensó. Oh, a la mierda. Pero no debo soltar palabrotas porque a mi madre no le gustan. Pobre mamá, me quedaré a su lado.

Aparcó la camioneta en la llanura y cruzó el puente que llevaba hasta la casa. Los ánades salvajes, los refugiados, estaban posados en el agua como señuelos. Las pisadas de Toby los lanzaron a un frenesí tembloroso de plumas verdes y azules sobre la sábana marrón y tersa del agua que se remetía en las orillas del riachuelo, entre la hierbabuena que crecía alta y los bulbos durmientes de narciso y

junquillo.

—Cuac cuac cuac —llamó Toby chasqueando la lengua y palpándose los bolsillos en busca de migas de pan, pero por qué iba a llevar migas en el bolsillo, daba igual— cuac cuac cuac mis pequeñas bellezas.

Soñé que veía un edificio de mil plantas
de mil ventanas y mil puertas
ni una sola de ellas era nuestra, mi amada,
ni una sola de ellas era nuestra.

Subió por el camino hasta la casa. Era casi la hora de comer y le llegó el olor a estofado con sus patatas como rocas hundidas y el jugo de carne arremolinándose en torno a ellas y los trozos de carne nadando y pegándose entre sí en aquel mundo ahogado y caliente. Su madre abrió la puerta,

—Oh, Toby —exclamó, como si llevara cien o mil años de viaje y acabara de regresar. Pareció escudriñar su semblante tosco y curtido, en busca de pruebas de una tormenta de sal en algún océano desconocido, y sus manos grandes y manchadas de petróleo en busca de lo que pudiera traerle en ellas: marfil, pavos reales, violetas, oro…

—ah, oro.

Y lo recibió con su antigua y amorosa invitación a comer, como si hubiera pasado hambre durante sus viajes.

—Ay, Toby, querrás algo de comer. Pasa y almuerza un poco. ¿Has visto a los Chalklin?

Dijo los Chalklin, pero no se refería a ellos, se refería a los mundos de gente en otras islas más allá de la isla de los Withers donde se apiñaban Bob y Amy y Toby y los patos salvajes que parpaban, aquella mañana, bajo las nubes de invierno.

—¿Has visto a los Chalklin?

—Estaban fuera.

—Vaya, qué curioso, porque nunca se van fuera los fines de semana. ¿Estaba Fay, quizás?

—No, también había salido.

—Bueno voy a servirte un plato y a llamar a tu padre —dijo Amy con tono triunfal, como una maga feliz a punto de llevar a

cabo un infalible juego de manos y del corazón—. Pero tu padre está en la parte de atrás, lleva ahí media hora. No paro de decirle que vaya al médico, pero él sigue tomándose esas pastillas.

Se inclinó hacia Toby y añadió en susurros

—Sangra.

—Qué tonto es por no ir a que se lo miren.

—Ay, no empieces a discutir con él, Toby. Ya sabes cómo es tu padre. Escucha, ya están los patos armando jaleo. Pero saben que en nuestra casa están a salvo. Tienen un sitio adonde ir.

—Sí —repuso Toby—, tienen un sitio adonde ir.

19

¿Alguna vez han ido a ver una película en el pueblo donde viven los Withers? Hay dos cines, uno frente al otro: el Regent y el Miami. En el Regent las entradas son más caras y las películas son de primera clase como se suele decir, sin intrusiones como dibujos animados estúpidos o cortometrajes de vaqueros o mujeres semidesnudas varadas en plantaciones de caucho y acosadas por hombres blancos sudorosos en salacots y pantalones cortos, el reconocido atuendo tropical. Los encopetados, los ricachones y educados, acuden al Regent con sus mejores galas y pieles. En el techo hay un cielo nocturno falso, cubierto de estrellas que se han puesto allí para que titilen de manera realista en el aire cálido gracias a la calefacción central, sobre las filas de gente rica y próspera que mira y susurra y se manda a callar mutuamente. Se apagan las luces, se extinguen las estrellas, se oyen murmullos de placer. Oh, qué lujo supone incluso respirar.

El Miami, sobre todo en, invierno, es austero y frío, con una corriente gélida que entra a través de las pesadas cortinas de terciopelo en la parte trasera. Allí va la gente poco culta, a silbar y

cantar y hacer crujir envoltorios de chocolate y a soplar entre dientes y soltar exclamaciones cada vez que el héroe y la heroína se besan, o cuando ella arroja su ropa desde detrás de una cortina y sabes que se va a la cama o está a punto de darse un baño censurado. A la multitud le gustan los besos y las caricias y las peleas con tirones de pelo y bofetadas.

—Serás bruto… ¿cómo te atreves?

—Querida mía, lo eres todo para mí en este mundo.

El Miami, debido a su casta más baja, no es tan caro como el Regent. Allí, si quieres mirar las estrellas, sales a la calle para ver cómo vierten su luz entre escarcha y nubes frías. No pueden apagarse accionando un interruptor y uno no paga por ellas.

Si hubieran estado en el cine Miami la noche del primero de mayo habrían visto a Toby Withers sentado en la cuarta fila contando desde atrás. Llevaba la corbata nueva y el traje azul oscuro, el mejor que tenía. Los zapatos estaban bien lustrados y el áspero cabello castaño le brillaba gracias a la loción que compraba en un frasco en forma de corazón y guardaba en la estantería del baño. Las manos enrojecidas y con suciedad incrustada le colgaban avergonzadas y torpes, sin escondite posible. En el bolsillo, aunque no era visible porque lo guardaba para cuando empezara la película, tenía un cucurucho de seis peniques de caramelos de fruta, y eran de naranja y frambuesa, de limón, de fresa, Toby no sabía de qué hasta que los abría, siempre era una sorpresa. También llevaba una tableta de chocolate. Y en el otro bolsillo, un ejemplar del periódico *Saturday Night Sports Special*, de un horrible color amarillo, donde venían noticias de las carreras y resultados de partidos de fútbol y de críquet; una página de cartas de consulta al tío Jamie, una tira cómica de viajes por la Luna, y un artículo sobre la verdadera «vida interior» de Hollywood. Toby guardaba el periódico deportivo para después, cuando volviera a casa, momento en que lo sacaría del bolsillo, y su padre, que iba a acostarse, se detendría en la puerta de la cocina,

—Echemos un vistazo a los deportes —diría alargando la mano.

Y Toby lo extendería sobre la mesa,

—No lo he leído ni yo —diría aferrándose a aquel tesoro de un amarillo horrible, sin querer leerlo pero gimiendo y riendo por dentro por la forma en que su padre se encogía en el umbral ansiando una gota de droga de aquella magia enfermiza.

De modo que Toby iba al cine solo. Una vez, un acomodador acompañó a una mujer joven hasta el asiento contiguo al suyo, y él tendió la mano para bajárselo y sonreírle. Pero detrás venía su novio, y se sentó pegado a ella y se pusieron a susurrar y a soltar risitas y a masticar gominolas, sacando la lengua para ver de qué color eran

—¿De qué color es la mía?

—Verde, ¿y la mía?

—La tuya también es verde.

—Pues deben ser las dos de limón.

Y aquel asombroso razonamiento les pareció muy gracioso y se echaron a reír sin parar por haberse comido una gominola de limón.

Toby pensó: Si siguen así, no podré oír la película, tenían que sentarse a mi lado y comportarse como críos. Ah, ya empieza. ¿Por qué he venido? ¿Por qué nunca hago nada? ¿Cuándo pararé de tener ataques? Ahí está la señora Crat con su marido, qué vieja se ve; y él también, recuerdo cuando parecían bastante jóvenes y ella solía plantarse en la puerta de su lavadero y reírse, y nadie sabía de qué se reía, allí de pie, en la puerta de su lavadero y mirando hacia fuera, al mundo. Solía traer el correo a casa los viernes, con el brazo casi doblado por el peso de la cesta que casi tocaba el suelo. Les pedimos prestada la pala y nunca se la devolvimos. Y ahí están Bill Trout y Mary. Qué gracioso. Les atamos latas vacías al guardabarros del coche y les arrojamos arroz y ellos nos dieron un bollo de nata que era solo nata a medias. Y ahora él es uno de los jefes en la planta de congelados, con el rostro como un pedazo de carne, y está gordo, y cuando se fue de vacaciones a la ciudad la semana pasada y uno de los chicos lo vio allí, le pregunté ¿Qué estaba haciendo cuando lo viste? Y me respondió,

—Pues miraba el escaparate de una carnicería.

Tienen una niña pequeña que se tira al suelo y grita y está muy malcriada, dicen. Da la sensación de que todos mis conocidos estén aquí esta noche, todos amontonados. Algún día me largaré de aquí y me iré al norte tal vez o a algún lugar nuevo y montaré un negocio y viviré cómodo y seré rico y querido; pero ya es demasiado tarde.

Desenvolvió el caramelo de arriba del paquete y se lo metió en la boca. Era de frambuesa. Pensó, ahora tendré la lengua roja, ¿no? Pero no puedo pedirle a nadie que lo averigüe. Creo que el próximo caramelo será de naranja, o puede que sea otro de frambuesa, a veces hay dos de frambuesa, uno tras otro, o de limón, o de cereza, y es emocionante tratar de adivinarlo.

Arrugó el papel plateado con fuerza y lo apretó en el puño cerrado. La mano le tembló un poco y dejó caer el papel al suelo. Y la película de dibujos animados dio comienzo. Miró fijamente la pantalla y vio cómo el hombrecito crecía y crecía de tamaño y mataba a un león salvaje.

El público se relajó y rio, cómodo y satisfecho.

20

Toby no escribía cartas. La semana siguiente le sorprendió recibir una de Fay Chalklin, quien le decía con su pulcra caligrafía: Querido Toby, estuve fuera la semana pasada y no te vi pero nuestra vecina nos ha dicho que pasaste por aquí con los libros para papá. El domingo (este próximo domingo) papá organiza una cena por su cumpleaños y le gustaría que vinieras si puedes. Me ha pedido que te escriba esta carta de su parte, ya que se le dan fatal las cartas. Te saluda atentamente, Fay Chalklin.

Amy Withers recogió la carta del buzón junto a la verja de entrada. Estaba sin aliento y se llevó una mano al corazón y en la otra mano sostenía la carta. La dejó en la repisa de la chimenea, bocarriba, para que Toby la viera al llegar a casa, y se sentó en el sofá. Tenía la cara colorada y sentía un gran cansancio. Es el corazón, pensó, lo que me hace estar así. Un día de estos o una de estas noches tirará la toalla. Me pregunto de quién será la carta. Me quedaré aquí tumbada mirando cómo los anteojitos dorsigrises se posan sobre el tejado de la vieja letrina, y luego me pondré a hacer las galletas de mantequilla para el fin de semana.

Toby llegó a casa cansado y con frío y con el periódico local en la mano. Se sentó a leerlo antes de que su padre entrara del jardín.

—¿Hay correo?

—Una carta para ti, Toby. El correo ha llegado tarde.

—Últimamente siempre llega con retraso. ¿Por qué no llamas y preguntas qué pasa?

—Lo haré, Toby, si vuelve a llegar con retraso.

—Pero siempre dices que lo harás y nunca lo haces.

—¿Por qué no lees tu carta? A lo mejor es de tu novia —dijo Amy con voz dulce e insinuante.

Toby se sonrojó.

—Venga, mamá, ya sabes quién es mi novia. —La miró y sonrió —. Pareces acalorada, mamá. Siéntate y descansa un poco.

Ella se echó a reír.

—Quítate esas botas de goma tan pesadas, Toby, y caliéntate los pies. Llamaré a tu padre para que entre a tomar una taza de té. Está fuera en el jardín. Las judías se han salvado de las heladas.

—¿Ah, sí? Es de Fay Chalklin, mamá. Quiere que vaya a su casa el domingo que viene a una cena de cumpleaños. Tengo que ver si estaré ocupado o no.

Amy Withers pareció asustada. Toby era su único hijo varón, y cuando le daban los ataques, ¿quién cuidaba de él y le decía que debía tener fe? ¿Y quién le planchaba las camisas y le zurcía los calcetines?

Toby abrió el periódico vespertino.

—Por cierto, mamá, tengo un contrato para echar abajo el Hotel Peterkin, así que he dejado el empleo en la planta de congelados. Supondrá un buen dinero.

—¿Irás a la fiesta, Toby?

—Ah, no es una fiesta, mamá, solo una cena.

Bob Withers entró por la puerta, miró con recelo a Toby y a Amy, y después se sentó en su silla favorita junto al fuego.

—Le he ganado la partida a la escarcha, mamá —anunció.

—Oh, Bob, cuánto me alegro. ¿Se han salvado las patatas?

—Sí, las patatas, los guisantes y los repollos.

—Ay, Bob, qué maravilla.

Miró orgullosa a su marido que había vencido a las heladas, y luego con el mismo orgullo a su hijo que iba a demoler un hotel, y que iba a ganar cada vez más dinero; pero le tenía miedo, por lo de ganar más y más dinero, y por la fiesta, la invitación del domingo siguiente.

Y se quedó ahí de pie, repartiendo tazas de té. Se estaba volviendo marchita y vieja, pero qué habrían hecho Bob y Toby sin ella, era como un buzón viejo y gastado ahí plantado año tras año y recibiendo en su interior todos los retazos de noticias y preocupaciones y miedo y amor que enviaban su marido y su hijo. Y entonces les daba un buen meneo a todas las noticias que llevaba dentro, para transmitirlas del uno al otro y reconciliarlos. De modo que

—Ah, Bob, Toby ha recibido una invitación especial de Fay Chalklin para que vaya allí el domingo por su cumpleaños.

Lo dijo con calma, torturándose con el significado de esas palabras.

—Conque por fin te tiene en sus garras, ¿no es eso, Toby?

Toby guardó silencio. Agitó el periódico metiendo ruido, para vengarse y hacerle entender a su padre que ahí estaba el diario vespertino y que Toby era el primero en leerlo. Bob Withers se inclinó hacia delante,

—Danos la primera página, Toby —dijo.

Toby se levantó del sofá.

—Quédatelo entero, papá, ya he acabado con él. No hay nada ahí que valga la pena. Y por cierto, Fay Chalklin está comprometida y va a casarse.

—Nos tomas el pelo —dijo su madre encantada.

Toby la miró como queriendo decir, Sí, os estoy tomando el pelo, no es verdad; entonces esbozó una sonrisa misteriosa y se fue a su habitación y se sentó en la cama. Sacó la carta del bolsillo y la leyó. Pensó en aquel Te saluda atentamente, Fay Chalklin. Había puesto su apellido y todo, y decía, a mamá y papá les gustaría que vinieras a mamá y papá les gustaría que vinieras. Si rompo la parte

de abajo y dejo la carta por ahí rodando, nadie sabría que no había escrito Apasionadamente tuya, Fay. O Con todo mi amor. Pero ¿quién iba a encontrar la carta y dónde iba a dejarla? Y qué más le daría a quien la encontrara o quién se preguntaría qué ponía en ella. Con todo mi amor, Fay. Ojalá. Leyó la carta en voz alta, cada una de sus palabras, desde el principio, desde Mi queridísimo Toby, hasta el final, Apasionadamente tuya, y sonrió al leerla. Después olisqueó la carta. Lavanda, lirio del valle, helecho francés… ¿qué perfumes habían usado sus hermanas? Chicks que estaba en el norte y casada y con hijos, en una casa elegante con los artilugios más modernos, y Francie que se había quemado muy joven, y él se había sentado en el sofá de los Harlow, que ahora era la casa de la suegra de Chicks, y le había dado un ataque porque un erizo gigante se había colado tras él por la puerta, con las púas en llamas; y Daphne, que llevaba ya mucho tiempo en un hospital y muy rara.

Apasionadamente tuya, Fay.

Soñé que veía un edificio de mil plantas
de mil ventanas y mil puertas
ni una sola de ellas era nuestra, querida mía,
ni una sola de ellas era nuestra.

Había leído aquello en alguna parte, ¿por qué lo recordaba?

Entonces rompió la carta y sacó el monedero del bolsillo para contar su dinero, pues el dinero era ahora su mayor tesoro; y pasó el pulgar por los bordes dentados de las monedas de seis peniques y los chelines y los florines y las medias coronas. Hizo girar las monedas de plata y de cobre encima de la cómoda hasta que perdieron el equilibrio y quedaron inmóviles. A estas alturas del año que viene, tendría que haber ahorrado lo suficiente como para montar mi propio negocio de verdad. O antes. Y podría recostarse en el asiento y relajarse.

21

Toby no fue a la fiesta de cumpleaños. Tampoco fue, en primavera, a la boda de Fay Chalklin con Albert Crudge, aunque leyó sobre ella en el periódico y recibió una invitación escrita con letra plateada y florituras.

—Pero le mandarás un regalo, Toby —le dijo su madre.

—¿Qué puedo mandarle?

Su madre contestó,

—Bueno, nada personal, como ropa interior o joyas; solo algo pequeño, tal vez para la casa, para la cocina o el comedor, o algo para poner flores, cualquier detalle útil. Así se hacía en mi época.

De modo que Toby compró un par de las mejores sábanas de lino y media docena de paños de cocina y se los llevó una tarde una semana antes de la boda. Fay estaba sola en casa y lo hizo pasar más allá del cuarto de estar en la parte delantera donde se hallaban los regalos sobre la mesa y el sofá.

—Muchas gracias por este regalo tan útil, Toby. Todo el mundo ha sido muy bueno conmigo.

Parecía sorprendida.

—No tienes ni idea de lo amable que es todo el mundo. La anciana que vive calle abajo me ha enviado un precioso mantel de té, bordado en azul en las esquinas y con estampado de sauces y los amantes cruzando el puente y esos bonitos y ondulantes árboles chinos. Cuánto me gustaría ir a China. ¿No sería maravilloso que Albert y yo termináramos en China?

—Sí —contestó Toby, pensando, ella trabajaba en la hilandería. Me pregunto si estará ciega y si sus ojos se habrán convertido en bombillas de neón. Tiene la cara muy pálida. Sus manos se mueven atrás y adelante como lanzaderas con las que entreteje los sueños de su futuro, cuando va a morirse.

—China es mi país favorito —anunció Fay—. Siempre me ha gustado China.

Hablaba como si aquello fuera un alimento que le hubieran ofrecido desde la infancia, y que hubiera comido y disfrutado mientras que otros lo rechazaban por considerarlo desagradable.

—A mí me gusta la India —repuso Toby.

—¿En serio, Toby? Qué curioso. Ven y siéntate mientras preparo una taza de té. Conoces a Albert, claro…

Toby dijo que sí, que conocía a Albert. No dijo que Albert Crudge era el niño que solía esperar en la verja de entrada de la escuela y meterse con Toby todas las tardes, y Toby nunca pudo devolverle el golpe porque entonces Albert era un tullido, y caminaba con bastón.

—Ja, ataques, ataques, ataques —se burlaba Albert.

Pero en aquella época no era más que un crío. Ahora era un hombre que trabajaba en el departamento de Seguridad Social, ayudando a la gente a rellenar formularios y decidir cuánto dinero ganaban; sellaba sobres y mandaba prestaciones por enfermedad; y hacía entrevistas confidenciales a las personas. El suyo era un trabajo de alto nivel, y aunque todavía era en parte un lisiado, conducía por la ciudad en un moderno coche verde que se pegaba mucho al suelo y tenía persianas venecianas en la parte trasera.

Quizás es uno de los hombres que escribía en los libros de contabilidad, pensaba Toby. Y Fay es una de las chicas que montaba

en su bicicleta… ¿cómo decían Daphne y Francie?

a merced del viento del norte, o impulsada por el
viento del sur que traía la nieve en su paquete blanco,
que abría para dispersarla.

Y ahora los dos se casan, el hombre encarcelado y la mujer blanca como la leche, y morirán. Tienen mi misma edad, pero han vivido desde que yo era un niño, y entonces tenían la misma edad que ahora, pues se han detenido, han estado atrapados en la oscuridad desde que era un niño y los observaba, junto con Francie y Daphne y Chicks, que era la más pequeña y tenía que darnos alcance y había que quitarle las piedras o la arena del zapato. O son cuerpos distintos pero las mismas personas.

Fay salió de la habitación y fue a poner agua a hervir para una taza de té. Iba cantando,

Siete días solitarios hacen una semana solitaria
la-di-la-la-la-la-la-di-da.
Desde el día en que llegaste.

Es feliz, pensó Toby. Lleva una melena larga como todas las chicas de la hilandería cuando así lo dicta la moda, con una especie de punta redondeada por detrás, que algunos dicen que es pelo postizo, que se puede comprar en las peluquerías donde en el escaparate colocan cabezas de yeso de mujeres con el cabello dorado o moreno peinado con permanente y el sitio entero huele a quemado cuando pasas ante la puerta. A lo mejor, pensó, Fay lleva pelo postizo y se lo quita por la noche y lo cuelga en un clavo en un rincón de su dormitorio. Y a Albert no le importará, pues él lleva un corazón falso; su otro corazón acabó carcomido por la tinta corrosiva y escrito a máquina como un formulario que debiera rellenarse.

Y Fay, pensó Toby, usa pintalabios, para fingir que hay sangre en su palidez, que toda su sangre no se ha vertido, año tras año, en la luz de neón de la hilandería que extrae sangre como la luz natural chupa el néctar de las flores. Se ciñe los labios con cinta roja, en un lazo, que Albert Crudge deshará, y ambos encontrarán la caja fuerte vacía que tienen por corazón, y no sabrán que el departamento de la Seguridad Social y la hilandería de la lana tienen la llave y no se

desprenderán de ella, nunca. Y si de verdad hubiera amado a Fay, y ella a mí, y nos casáramos, habría tenido que pagar plazos de mí mismo a la hilandería hasta declararme en bancarrota y convertirme en una máquina giratoria sin alma que suelta el mismo discurso día tras día hasta que su vida se apaga.

Toby miró a Fay cuando entró en la habitación y se preguntó si todavía luciría en el hombro la huella de la hilandería, la que dejaban los azotes de la correa del telar.

¿Seguía ahí la marca que vio aquella tarde cuando ella lo acompañó a la playa y él arrojó su cabello al agua y le disparó al corazón y le arrancó las plumas de pájaro?

Fay dejó el té junto a él sobre la mesa.

—No me mires fijamente, Toby. Estoy practicando para cuando sea una verdadera anfitriona. ¿Lo tomas con leche y azúcar? ¿Flojo o fuerte?

—Con leche y azúcar —se apresuró a responder Toby—. Por favor.

Ella lo miró, sonriendo y pensando: sabe muy bien lo que quiere. Dicen que su madre lo cuida demasiado. Espero que Albert se acuerde de tratarme como a su esposa y no como a una madre que lo lleve de aquí para allá.

Mientras le servía a Toby la taza de té, pensó emocionada: Albert toma el té bien fuerte y sin leche. Deberé recordarlo toda mi vida. Y se pone dos cucharaditas de azúcar.

—Cómete un pastelito, Toby. Los he hecho yo.

Toby escuchó mientras Fay le daba la receta de los pastelitos que había hecho.

—Y hay que pesarlo todo con mucho cuidado cuando los estés preparando, sobre todo la harina, y nunca dejes que la levadura en polvo se humedezca. Y ahora no vayas a pensar que me estoy volviendo toda una mujer de su casa solo porque voy a casarme. No lo creas porque es verdad.

Fay le sonrió una vez más. Sentía lástima por Toby Withers, corto de entendederas como parecía, con su mirada bobalicona y sus ataques y su obsesión por el dinero, aunque eso último no era

motivo de arrepentimiento, sino algo admirable, de hecho. Albert la tenía. Oh, pensó, tengo el marido correcto, lo sé. Y la casa tendrá la nueva clase de persiana veneciana a la que no hace falta quitarle el polvo, el último grito en persianas. Pobre Toby. Nunca ha tenido una chica que yo sepa.

—No, antes no me gustaba nada cocinar, Toby, pero ahora sí —dijo con orgullo.

»¿Te gustan?

Toby dijo que tenían un sabor agradable. Empezaba a cansarse de estar en aquella habitación; creía haber sufrido una especie de ataque, aunque no podía estar seguro. Pero deseaba dejar a Fay e irse a casa y contar su dinero para asegurarse de todo. Quería volver a casa y sacar el nuevo atlas que había comprado, y leerlo de principio a fin, ver los lugares con sus nombres y los hermosos colores de los prados y los maizales y las imágenes de las montañas con sus diminutos tapones de nieve como monedas de tres peniques. Quería sentarse a solas en su habitación y trazar con el dedo las tierras del mundo. Y leer en los diagramas sobre el oro, el hierro y el acero, y ver los prietos haces de trigo y los distintos mares azules, su propia Tasmania y el Pacífico, y océanos más lejanos y más azules, el índico, el Antártico, el Adriático.

Pero Fay dijo,

—Tienes que ver mis regalos, Toby.

Y lo condujo a la habitación en la parte delantera que parecía llena de mantas, sábanas, toallas, ollas, sartenes, cuchillos, tenedores, tazas, platillos y relojes,

—Y esta es la vajilla que me han regalado los Morton. Y este es el juego de té. ¿A que es precioso? Estoy enseñándote todo esto porque dices que no vas a venir a la boda. La verdad es que me encanta pasar esta tarde presumiendo de mis regalos. Y mira todos esos pañuelos y ensaladeras.

Estaba abrumada y emocionada.

—Y las chicas del trabajo me regalaron una tostadora de esas que saltan y bandejas para las tostadas, hubo una presentación y el gerente dio un discurso y dijo que siempre había sido una buena

trabajadora. No sé, será que cuando vas a casarte la gente te trata de un modo completamente distinto. Antes solían regañarme por holgazana y luego van y me dicen que era buena trabajadora y que lamentan perderme.

—¿Cómo era trabajar en la hilandería?

—Oh, igual que hacerlo en cualquier parte, supongo. Máquinas y ruido, pero el té de la mañana y el de la tarde a la hora en punto. Y un diez por ciento de descuento, o más, en los productos de lana. Me hice con las mantas para mi ajuar casi en cuanto empecé en la hilandería.

—¿Y dormirás con ellas en tu nueva casa? ¿No te la recordarán?

—No seas tonto, Toby. No será en las mantas en lo que pensaré cuando me acueste.

Toby pareció incómodo. Luego preguntó muy serio,

—¿Llevabas una correa de cuero?

—¿Una qué?

—Una correa de cuero. Alrededor del cuello, de modo que te dejaba una marca. Decían que…

Fay lo interrumpió,

—Oh, solo era una vieja historia, no te la habrás creído, ¿no? Era un cuento para niños, y no era verdad.

—Pero los cuentos para niños siempre son ciertos.

—¿Los gigantes y las hadas también? ¡Toby Withers!

—Sí, los gigantes y las hadas también, en diferentes formas. Existe un bombardero gigante y una soledad gigante.

Fay miró a Toby con expresión compasiva. Pobre hombre. Y pensar que tenía treinta años o más. Y creía en la correa y su marca.

Fay adoptó entonces un aire travieso,

—Puedes mirar si quieres, lo de la correa —dijo—. ¿Te gustaría echar un vistazo y asegurarte?

—No seas tonta. Solo me lo preguntaba.

—Te desafío a que mires.

Fay se estaba divirtiendo. Se bajó el jersey para revelar un hombro y parte del pecho. Llevaba una cosa muy ligera y rosa debajo, con encajes. Toby pudo ver a través del tejido. Observó

entre horrorizado y fascinado mientras Fay esbozaba una sonrisa tentadora

—Toby Withers, ¿no has visto un hombro desnudo en toda tu vida? No pongas esa cara de susto.

—No tengo miedo —repuso Toby, ruborizándose, y cuanto más pensaba que no tenía miedo, más se sonrojaba—. Creo, Fay Chalklin, que eres una mujer vulgar al medio desnudarte así delante de mí cuando estás a punto de casarte.

—Lo siento Toby, qué bruto eres. Pero gracias por los bonitos regalos y siento que no puedas venir a la boda. Adiós, Toby, y lamento no haber tenido la marca en el hombro.

Toby se volvió cuando ya salía por la puerta,

—Pero sí tienes esa marca, Fay. La he visto. Todos llevamos algún tipo de señal como esa, porque a todos nos marcan en nuestras vidas, como me pasó a mí. Es la verdad. No sé mucho, no sé deletrear bien en cualquier caso, y nunca sabré deletrear bien y tampoco qué decirle a la gente como tú, pero tengo mis libros en mi habitación, esos atlas que te cuentan cosas del mundo y los mares y el primer mapa de cualquier parte.

Y no se despidió, sino que apretó el paso camino abajo hacia su camioneta. Se puso al volante y se alejó mientras Fay miraba a través de la ventana. Estoy asustada, pensaba. A pesar del juego de té en azul y las bandejas y las sábanas y las cucharillas de los apóstoles de plata, estoy asustada, porque algo va a pasar, y Toby Withers es tan extraño que me hace sentir que la hilandería me ha capturado y me ha envuelto como a una momia. Y se abotonó el jersey y se llevó la mano al hombro donde supuestamente debería estar la marca de la correa de cuero; y luego se echó a llorar, y cuando su madre llegó a casa, la encontró allí con todos sus regalos y llorando, y dijo,

—Son los nervios de la boda, Fay. Ya no falta mucho para que estés en esa casita tuya, barriendo los peldaños del porche y colgando la colada en el nuevo tendedero.

Y así sucedió. Fay se casó, una novia de primavera, y según la página de ecos de sociedad del periódico, estaba radiante en nylon blanco sobre encaje con un velo que era una reliquia de familia

sujeto en su sitio por una ramita de azahar.

Y la prima de Albert, Gloria, que estaba en el coro de la iglesia, cantó *El Señor es mi Pastor, nada me falta*. Y después de la boda hubo un desayuno, que en realidad fue una cena porque la boda era de noche, pero lo llamaban desayuno, en el salón Brown, cuyo alquiler salía el doble de caro que el del restaurante Cosy Nook; y había tres tipos de pasteles de crema y mucha macedonia de fruta, y nada de licores, por supuesto, solo refrescos porque los Chalklin y los Crudge, los padres, no aprobaban el alcohol; pero sí se podía repetir de todo si uno lo pedía, aunque las camareras trabajaban hasta tarde y estaban cansadas y de malas pulgas. Oh, fue una boda muy bonita, en opinión de todos, y aquella misma noche muy tarde, los novios se marcharon a los lagos para pasar allí su luna de miel.

Y aquella noche Toby se sentó en su habitación a leer su atlas. En el interior de la cubierta venía un mapa escrito con caligrafía antigua en el que se leía

> Un nuevo mapa del globo terráqueo según los descubrimientos antiguos y las primeras divisiones generales del mismo en continentes y océanos.

Toby leyó aquellas palabras una y otra vez y luego volvió las páginas hasta los polos sur y norte y el resto del mundo que no era hielo, todo en el color pálido de las conchas marinas. El golfo de Guinea. Marruecos. Asia. Tocó los dorados montones de trigo y la hierba de los pantanos y los bosques monzónicos y las salinas, los desiertos rocosos sin plantas y las terribles masas negras que significaban un millón de personas apiñadas en un mundo de luz amarilla. Y cruzó los mares, el de Tasmania, el Pacífico, el Adriático, el Antártico, y el continente sin nombre, en la última página, que había quemado la huella de una tormenta de cuero; cruzó los mares con un solo trazo de su sucia mano roja. Qué sencillo era viajar, y en una noche como esa además, una noche de primavera con el aire exterior tan denso con los aromas del espino y el ciruelo y el polvillo del amento que había que abrirse paso en él apartándolo a codazos para poder respirarlo siquiera.

Los sauces de las orillas del riachuelo lucían su verde más tierno, y los perales también, y los robles, tan gruesos y maternales junto a

la antigua pocilga, se preguntaban con cada brote recién nacido, ¿quién comerá nuestras bellotas cuando crezcan? Años atrás, la gente de antes de los Withers había criado cerdos que hozaban entre la hojarasca de los robles y se zampaban las bellotas pulidas como ataúdes que llovían, como la muerte, y acababan pisoteadas en la tierra y aplastadas, hasta que algunas brotaban como pequeños periscopios verdes, y

—Poco a poco —diría Amy Withers, que recordaba aquella cancioncilla que tanto le gustaba—. Poco a poco, dijo la bellota.

Si miraras hacia fuera esa noche de primavera, pensarías que nunca habría invierno ni indicio alguno de muerte, solo esa noche y esa sola, y gente que se casa y se hace tomar fotos para que salgan en el periódico o para tenerlas en la repisa de la chimenea durante los primeros diez años, y luego guardarlas en el cajón; y les tiran arroz, y les roban las llaves de la maleta por pura diversión; y, para siempre, hombres perplejos, jóvenes y ancianos a un tiempo a sus treinta y dos años, sentados a solas en su dormitorio y surcando aguas de un azul ultramar hasta llegar a maizales de papel; solo esa noche y esa sola y madres y padres sentados en su cocina, medio dormidos, medio escuchando la radio que les habla de jabón, de cera para suelos y de té de Ceilán; y que beben de sus propias tazas de té y comen galletas de mantequilla que llevan agujeros para que respiren; y Chicks la chiquitína que vive en el norte, lejos y ya adulta, pero que les escribe desde el calor que su calefactor exhala como un dragón,

—Nos vamos a vivir al sur, Tim ha comprado una casa allí. Perdonad que os mande solo una postal.

Y todas las Daphnes sentadas en algún lugar de un hospital de locos, en una habitación pequeña con una ventana cerrada y una cama de paja, donde cantan; y todas las Francies que acaban quemadas para siempre en una hondonada de toetoe en la mente.

Cabría pensar, esta noche, que el mundo está ahíto de flores y de amor y que la muerte llegará a su fin y ya no quedará recuerdo de ella en ninguna parte, salvo quizás en la pared de una caverna del nuevo tiempo, donde las figuras adoptan poses de danzas invisibles

en su quietud de barro, tiza o piedra.

Uno podría pensar todo eso en una noche de primavera.

Solo que esos pensamientos no son reales.

22

Una semana más tarde, Toby recibió por correo una latita plateada con pastel de boda de parte del señor Albert Crudge y señora. Venía en un nido de tiras de papel en rosa y azul. Estaba a punto de comérselo, o por lo menos de probarlo, cuando su madre dijo,

—Toby, Toby, si lo pones debajo de la almohada para dormir, soñarás con la persona con la que te casarás. Ay, no —se corrigió—. Eso es solo para las chicas. Si tú lo pones bajo la almohada soñarás con tu futuro, y trae buena suerte. No es que yo crea en la suerte, pues todo es cosa de la voluntad del Señor. Es tan solo una superstición graciosa, eso de poner el pastel bajo la almohada.

Toby dijo que estaba seguro de que no iba a dormir con un pastel bajo la almohada.

Y su madre añadió,

—Bueno, pues se lo mandaremos a Daphne, entonces, pobre criatura, me pregunto cómo estará. Me parece que nunca nos lo cuentan, y ella nunca escribe y nosotros no podemos visitarla. Estoy segura de que le gustaría recibir un trozo de pastel de boda.

De modo que se decidió que le mandarían el pastel a Daphne, y

Toby lo puso encima de la cómoda para acordarse de llevarlo al correo al día siguiente. Pero aquella noche, al meterse en la cama, pensó, bueno, he visto a papá dormir con un pastel bajo la almohada; pastel de boda y de Navidad, y también con esas figuritas de elfos de Cornualles que encarga, sumergidos en agua mágica, que te conceden cada uno de tus deseos. Quizás me traiga suerte. Necesito suerte para demoler el Hotel Peterkin y ganar dinero. Es una superstición estúpida, pero no hay nada de malo en intentarlo.

Puso la lata bajo la almohada y se dio la vuelta para dormir. Primero pensó en Fay Chalklin… no, Fay Crudge, y en su marido, con sus fábricas llenas de libros de contabilidad bajo llave, y se preguntó qué estaría haciendo Fay en ese momento, y si le gustaría estar casada, y si su aspecto habría cambiado la próxima vez que la viera. ¿Estaría embarazada? ¿Cómo sería tener un hijo o una hija? ¿Y una esposa, cómo sería tener una esposa?

Y después Toby pensó en el mundo, en Barcelona y Berlín y Londres, y en algunas palabras que tenía en la cabeza,

—*Pongamos que esta ciudad tiene diez millones de almas.*

Y pensó en la hierba corta, la hierba alta, los matojos, los herbazales de alta montaña, la vegetación de la ciénaga, los manglares. En la sabana desértica y en las salinas. En témpanos de hielo y la precipitación media anual. En todos los continentes, con sus cicatrices y quemaduras causadas por el viento y la lluvia. Y notó un picor en la nariz, y hurgó hasta sacar de ella una bolita que redondeó entre el pulgar y el índice y luego pegó en la almohada. Entonces se acurrucó, calentito como un embrión, y se quedó dormido, flotando sin aliento en el mar Adriático, en una corriente del golfo de aguas grises.

Y soñó.

Y en su sueño estaba sentado en un frío huerto de manzanos en un rincón de la luna. Lo rodeaba un círculo de toetoe del que colgaban manzanas de hielo. Habría cogido una para comérsela, pues le gustaban las manzanas, pero había tres brujas danzando a su alrededor, entonando las mismas palabras que según Daphne cantaban las tres brujas en el páramo con Hécate, en medio de rayos

y truenos.

—Vivirá como un hombre maldito —cantaban.

Entonces dejaron de cantar y se sentaron, de piernas cruzadas, con las largas faldas cubriéndoles las rodillas, y mecieron tres cunas que estaban hechas, cada una de ellas, de un rincón de la luna; y Toby se preguntó dónde estaría el cuarto rincón, y sintió miedo hasta que se acordó de que estaba sentado en él en un manzanar frío como el hielo. Pero ¿dónde está el mundo?, pensó. Necesito un pequeño telescopio, incluso uno de juguete hecho de una barrita de tofe que pueda comerme después, solo necesito un telescopio, uno barato de juguete y de plástico de Woolworths, y que a pesar de ello servirá mejor a mis propósitos que el bastón de Albert Crudge; y no me gastaré mucho dinero en el telescopio; es solo para que parezca que conozco el mundo y veo mi vida y a mi madre y a mi padre y a mis tres hermanas en su isla con el fuego en el centro y el mar con su red verde de olvido; y al otro lado del mar, a Fay Chalklin, la chica de la hilandería, y a su Albert, el hombre de la Seguridad Social, viviendo en ese lugar al que jamás navegaré; y él ha tomado a su esposa, sé que lo ha hecho, y la ha cortado en pedazos de tonos pálidos como una concha que, día tras día, vuelves a lanzar al agua; y la ha aprisionado como una flor entre las páginas de un gran libro negro del juicio final que lleva escrito en la cubierta, en letra plateada y con florituras como una invitación de boda,

> Un nuevo mapa del globo terráqueo según los descubrimientos antiguos y las primeras divisiones generales del mismo en continentes y océanos.

Entonces, en su sueño, Toby se echó a llorar porque estaba solo y le daban ataques y la bruja de en medio dejó de mecer la cuna y se le acercó, y le dijo,

—No llores, Toby, toma una manzana. Aquí estamos a salvo. Nadie sabrá que es robada.

Le tendió una manzana de hielo que se deshizo en verdes y rojos en su mano caliente, el verde convertido en mar, el rojo en sangre, y ambos fluyeron como riachuelos de sal por el rincón de la luna. Se lavó la cara y las manos en ambos arroyos, tratando de limpiarse el negro de debajo de las uñas y la nicotina de los dedos; entretanto las

tres brujas, que se llamaban Francie, Daphne y Chicks, mecían las cunas que las contenían a ellas mismas de niñas en su interior, soñando, con rostros calentitos y pegajosos, como gatitas dispuestas a mamar del sueño materno y peludo.

«Pero dónde estoy —se preguntó Toby—. Aquí no hay sitio para mí. ¿Dónde está mi cuna?».

—¿Por qué no me mecéis a mí? —preguntó a las tres brujas. Y una de ellas o todas respondieron:

—Te tenemos miedo, Toby. Te va a dar un ataque.

Y entonces él volvió a preguntarse, «¿Dónde está el mundo? Quizás debería preguntarles a las brujas dónde puede estar el mundo, porque necesito dinero y comida y ropa y alguna clase de posición social. Aquí me arrestarán por vagabundo y me arrojarán al mar o me quemarán cuando llegue el alba y se vuelvan a encender las antiguas hogueras en el círculo de toetoe».

Le hizo señas a Francie para que se acercara.

—Francie, tú eres la mayor y me lo podrás decir. ¿De dónde puedo sacar algo de dinero para que sea mi tesoro?

Francie soltó una carcajada y sacudió su larga falda. Él advirtió que llevaba las cejas depiladas y los labios pintados.

—Toby, como si no supieras que nuestro tesoro está aquí, que es este sitio, *ya lo sabes*, los libros y escritos y las cosas de valor que encontramos, y que nos sentamos aquí y el cielo gira y gira como una lechosa canica azul y blanca y gris. Ay, Toby, ¿acaso no lo sabes? Y el pino con las agujas que se le van cayendo y con las que zurcimos nuestro llanto. —Se retorció la falda una vez más y frunció el ceño como una bruja de verdad y dijo, dándose aires de superioridad—, No me creas, pues, si no quieres. Pero pregunta a Daphne o a Chicks. Venga, pregúntales. O me chivaré.

—¿A quién te chivarás?

—Se lo contaré a papá y te caerá una buena paliza, y tendrás que llenar el cubo de carbón mientras él observa y da órdenes. O se lo diré a mamá, pero ella nunca te haría daño. Te soltará una advertencia y te dará un beso.

»O se lo contaré a Dios y entonces sí que te arrepentirás.

Escribirá sobre ti en su libro, y el día de la resurrección, en medio de la multitud, con todo el mundo mirando y todo eso, Dios leerá en voz alta tu nombre desde el estrado y tendrás que comparecer ante él y ser juzgado, bajo nuestra mirada, bajo la mirada de todo el mundo. Y hará calor entre la muchedumbre, con tanta gente, y venderán helados y refrescos tan rápido como los vayan haciendo, pero para ti no habrá ni helados ni refrescos, con gas y de colores, ni algodón de azúcar. Tampoco podrás ir a ver a la mujer barbuda ni al hombre gordo cuando llegue el intermedio y Dios se retire a tomar el té en su carpa especial. Sí, Toby Withers, te delataré.

—¿Qué dirás de mí?

—Se me ha olvidado, pero me chivaré, ya lo verás.

Y Francie volvió a retorcer la tela de la falda y continuó meciendo la cuna, cantando mientras lo hacía,

—Entra, pajarito travieso, llueve a cántaros.

Y Toby se volvió hacia Chicks y le dijo,

—Chicks, voy a pasar el resto de mi vida en la cárcel si no tengo dinero. ¿De dónde puedo sacar dinero?

Chicks dejó de mecer su cuna y se le acercó, y le rodeó los hombros con el brazo. Y entonces lo retiró a toda prisa,

—Toby, tienes el cuello grasiento, y el pelo también, como lleno de aceite, y si no te andas con cuidado te saldrán furúnculos en la nuca que tardarán un montón en curarse. Tendrás que tomar penicilina, eso puede que acorte el tiempo. Uno de los niños tuvo furúnculos este año pasado y me dio muchísimos problemas. El médico dijo que nunca había visto un caso así en niños. Era único, según dijo. Tuvo que darle a los niños alguna clase de tratamiento especial, un medicamento más nuevo que la penicilina, carísimo; pero claro, tenemos el dinero suficiente para pagarlo, con lo que gana Tim. Pero el precio de las cosas hoy en día es descabellado. Dices que quieres dinero. Aquí no lo encontrarás nunca. Lo que antaño nos parecían tesoros, en realidad no lo eran. El nuestro era un punto de vista infantil, inadmisible en un adulto que debe adaptarse a una sociedad compleja. Estoy intentando criar a mis hijos para que encajen en el sistema. Allá donde fueres haz lo que

vieres, suelo decir. Les enseño a manejar el dinero, pues el dinero es lo más importante, o casi, en esta sociedad. Me alegra que te des cuenta de que el dinero es el verdadero tesoro. Cómo no, concedo que hay un lado espiritual de las cosas, el amor y todo eso. Tratamos de querer a nuestros hijos unas horas cada día, para darles estabilidad. Te recomiendo, Toby, que montes algún tipo de negocio lucrativo tan pronto como puedas. Pero desearía que…

Guardó silencio, sin expresar su deseo, y miró hacia el interior de la cuna. Toby miró también, y vio a Chicks de pequeña, profundamente dormida, con los ojos cerrados ante un sueño futuro de un mundo enorme, cambiante y cálido que podía chuparse como una bolita de anís.

Entonces él se volvió hacia Daphne que mecía su cuna y canturreaba algo que sonaba así,

Tamiza el dónde y el cómo a través de una nube del cielo marrón
es el verde mar como una tarta caliente y salada, come, apaga el sol y muere
frío como una moneda en un horno del por qué.

Paró de cantar y de mecer la cuna y observó algo más allá dé Toby. Él se volvió para mirar por encima del hombro, asustado, y vio una vaporosa y profunda gota de nada.

—Toby —dijo Daphne—. Hemos cavado la fosa, y aquel que cava una fosa, en ella caerá; pero eso solo le pasa a Francie, la bruja que cavó fuego; y Chicks, ahora Teresa, ha llenado la fosa de plata, cobre y oro y tres niños y Timothy Harlow, y construye una casa sobre la fosa, para vivir en ella; y yo, Daphne, vivo sin quemarme en el centro, traída a la confusión del sueño; y tú, Toby, estás y no estás ahí, porque estás de viaje y a medio camino, que supone todo un tormento pues

La quemadura en la manga es peor que el fuego
al igual que estar a medio camino lo es que saber dónde,
como los mares que separan al marinero desdichado.
Pobre niño itinerante, sin tesoro alguno.

Entonces Toby observó cómo las tres bailaban, mecían sus cunas y cantaban, y dejaban de ser Francie y Daphne y Chicks para

transformarse en mujeres huesudas que soltaban chillidos agudos y cada vez más fuertes, y de pronto sus caras se volvieron esferas de relojes, luminosas, y con números hasta el doce, y el pelo se les puso de punta y se estremeció como la alarma de las cinco en punto. Después llegaron el silencio y la oscuridad, y el vacilante gorjeo de un nuevo pájaro despertándose en el exterior, en el peral blanco.

23

Por la mañana no recordaba qué había soñado, pues como ocurría con la mayoría de sueños, su recuerdo terminaba con: anoche soñé algo, no sé qué, era raro, algo sobre un telescopio y un pastel, creo que era un pastel de manzana haciéndose en un horno.

Toby contaba eso en el desayuno, ante un huevo con beicon y pan frito, con la yema sangrando sobre el plato y su madre diciendo, tras echar un vistazo de reojo mientras servía el desayuno de su marido y lo ponía a calentar en el estante superior del horno, y sus zapatillas en el estante inferior,

—Ay, Toby, no sabía que no se había hecho lo suficiente.

Toby tampoco se había dado cuenta, hasta que su madre arrancó su atención del sueño para centrarla en su huevo a medio freír; y la regañó como había aprendido a hacer de su padre.

—¿No te he dicho antes que dejes el huevo hasta que la yema quede arrugada y dura por arriba, que no me gusta líquida?

Y entonces, cuando el sueño volvió a absorberlo, añadió,

—Sí, era algo sobre una tarta de manzana que se hacía en un horno y yo estaba mirando en mi atlas los diferentes países. Creo

que estaba en la luna.

—Pues no me extraña —repuso Amy—, que el periódico de esta mañana hable de la luna y de visitarla. Las acciones de los centros turísticos en la luna han subido. Eso dice tu padre.

Amy Withers no leía el periódico. Por lo visto no tenía tiempo. Su marido estaba en el váter y ella le había preparado el desayuno y ahora vigilaba la tetera ya caliente, a la espera de que el agua hirviera, consciente a través del humo azul y el siseo de la desesperanza cotidiana de no habérselas apañado para que los huevos no quedaran crudos y haber olvidado darles agua a las aves. Se hablaba de un sueño, y las palabras tarta de manzana, atlas y luna acudían a visitarla, como amigas que quisieran consolarla del pesar perpetuo que le causaban la cocina y el desorden; que le causaba su propio mundo, sofocado tiempo atrás, de irrealidad y posibilidades. Se aferró a aquellas palabras, tarta de manzana, sueño, luna, y con ellas tejió una cálida huida de medio minuto del eterno problema de encarar las cosas.

—Toby —dijo—, eso significa viajes en perspectiva. Y creo que significa viajes durante muchos años. Y qué extraño lo de la tarta de manzana, porque papá trajo unas de esas cestas llenas del cobertizo, y yo tenía previsto hacer tarta de manzana, una de esas auténticas de toda la vida, para la cena de esta noche o la de mañana.

Miró a Toby con recelo.

—No sabías que iba a poner tarta de manzana en la cena, ¿verdad? ¿Te lo dijo alguien?

—Ten piedad, mamá. De manera que voy a viajar muchos kilómetros durante muchos años.

Miró a su madre con sus pechos marchitos y caídos, su apurada situación y su sensación de nido vacío, y la expresión congelada de conformidad, consuelo y fe que lucía su boca, desmentida por el miedo y la soledad que fluían en círculos, y se captaban a veces, en lo profundo de sus ojos de un azul desvaído; y entonces Toby supo algo sobre su madre, con la misma certeza con la que él conocía su sueño del rincón de la luna pero no podía expresarlo, y pese a esa vida de su madre consistente en cocinar y lavar y llevar mensajes y

visitar a los enfermos con flores y pasteles caseros; y de sentarse el domingo a pronunciar una ofrenda especial, Bendice estos alimentos que vamos a tomar para nuestro consumo y para seguir a tu santo servicio, o a leer la Biblia y partir el pan, con los ojos en el Jesús invisible que dijo, Tomad y comed. Este es mi cuerpo.

Toby supo que, en el transcurso de su vida, su madre, que nunca había salido de su tierra natal ni había pasado vacaciones lejos de casa, había experimentado lo que ella preveía para él,

Muchos viajes a lo largo de muchos años, de modo que sus zapatos estaban muy gastados y los pies hinchados desbordaban los costados, y sus zapatillas, de talla de hombre, se habían partido en los talones y las puntas. Tenía callos, un par, que se raspaba por las noches con una cuchilla de afeitar en el cuarto de baño lleno de vapor; y los pies planos, o arcos, caídos, lo llaman; y varices como si se hubiera pasado la vida recorriendo a pie Europa, Asia, Sudáfrica, América e India; cuando pasaba todo el tiempo en su propio jardín trasero y su huerto de judías y repollos y de semillas de zanahoria que nunca germinaban porque el viento les soplaba un hechizo para que salieran volando.

—Sí, viajarás, Toby, estoy segura. Ya te dije que soñarías con tu futuro, aunque yo no crea en esa superstición.

—No sé si era mi futuro lo que soñaba, mamá; parecía mi pasado.

Su madre sonrió.

—Son lo mismo, Toby. Es lo mismo con un nombre diferente.

Pero cómo la odiaba cuando esbozaba esa sonrisa apostólica, como si se hubiera aliado con Dios y con el tiempo, si es que había un dios; como si ella fuera un ser elegido, y tal vez lo era, pero pensar eso lo indignaba y lo hacía sentir culpable, porque entonces no debería acaso vestirla de seda y de raso, y llevarle el desayuno a la cama, en lugar de que fuera ella quien se lo trajera a él; y decirle cada vez que ella le atendiera,

—Deja que haga yo eso, madre. Tú solo siéntate junto al fuego y descansa.

¿No debería actuar de esa manera? ¿Y qué pasaría si, al

envejecer, su madre empezaba a divagar y a hacer cosas extrañas y se quedaba ciega? ¿Qué debería hacer? ¿Debía meterla en una residencia y visitarla una vez por semana con naranjas y violetas u otras flores, y tal vez llevarla a dar un paseo en coche para ver cómo rompían olas? ¿O invitarla a un helado si hacía calor? ¿O dejarla en casa, contratar a una enfermera para que la cuidara y hacer que deambulara tambaleándose por todas partes e interfiriera y consumiera el tiempo y el dinero por los que él había trabajado como un esclavo, para reunir su tesoro de adulto? Y en cuanto a su padre, ¿qué debería hacer con su padre cuando envejeciera y se quedara tan sordo como lo había estado el abuelo, y hubiera que gritarle y explicárselo todo, cuando fuera un anciano tembloroso y vacilante, que babeara, mojara los pantalones y apestara? Qué terrible era todo eso, pensó Toby. No podía afrontarlo. Estaría muy ocupado en controlar el tesoro de dinero que lo ayudaría a encajar y a saber dónde, por qué y cómo.

De manera que no sabía qué hacer, entonces, y se preguntaba por qué habría pensado siquiera en todo aquello. Porque su madre interpretaba que su sueño suponía muchos viajes a lo largo de muchos años. ¿Y acaso no puede uno viajar, de un modo inerte y asfixiante, sencillamente permaneciendo inmóvil?

—Toby, hay un poco más de pan frito, si quieres.

—No, gracias.

Él sí que estaba frito y en el otro barrio, supuso, allí sentado y absorto en Su sueño.

24

Así pues, durante tres meses, hasta Navidad, Toby estuvo trabajando en la demolición del antiguo Hotel Peterkin. Su padre lo ayudó, no desde el principio, y nunca porque quisiera, sino porque Toby, al llegar a casa una noche, cansado y cubierto de polvo de caliza como si alguien lo hubiera esperado en la penumbra para vaciarle en la cabeza un saco entero de sucia harina de trigo integral, le dijo con amargura a su madre,

—Mira a papá. ¿Qué ves?

Su madre miró pero no contestó. Bob estaba despatarrado, dormido con la novela de detectives en el suelo y la boca abierta, sucia y de color rojo oscuro, como un desagüe. Tenía los dientes de abajo llenos de caries; debería habérselos hecho mirar.

—La viva imagen de la vagancia —dijo Toby—. Mientras, yo me deslomo todo el día para ganar lo suficiente para montar mi propio negocio. ¿Por qué no puede ayudarme de vez en cuando? Si no consigo algo de dinero tendré que vender mi parte de la casa, y ¿adónde iréis vosotros dos entonces?

«Sí», pensó Amy. «¿Adónde iremos?».

Estaba acostumbrada a las amenazas de Toby pero la asustaban, la confundían, y al mismo tiempo trataba de pensar en algún sitio al que ir, un dónde que fuera la respuesta a todas sus preocupaciones y disputas, y que les trajera la paz. Sin duda la Biblia mencionaría algún sitio, se dijo. Sin duda la Biblia ayudaría, y rezar, pues ya no somos jóvenes ni capaces de pensar tan deprisa, como tampoco puedo caminar más de unos metros sin tener que detenerme a recuperar el aliento.

—No serías capaz de vender, Toby, con tu madre y tu padre envejeciendo, ¿no?

—Claro que no vendería, por lo menos por voluntad propia. Pero es posible que me vea obligado a hacerlo, si las cosas continúan como están, si ese vago apoltronado no me ayuda a echar el edificio abajo a tiempo.

—Toby, tu padre no es un vago apoltronado. Está jubilado, y en el ocaso de su vida.

Bob Withers se despertó de golpe. Hurgó con la lengua en la boca, se sorbió la nariz y recogió el libro de la alfombrilla. *El curioso asesinato de Hodgen Park*. Luego dijo,

—¿Qué pasa, sobre qué os peleáis esta vez?, porque siempre andáis discutiendo por algo. Y por qué no está puesto el tiempo, sabéis que odio perderme la previsión del tiempo.

Amy Withers no dijo «Dormido como estabas, no lo habrías oído», sino que, obediente, se limitó a encender la radio, que les canturreó.

> Cuando el sol de la mañana asoma sobre el monte y besa las flores en la colina del sinsonte norteño.

—Me la he perdido —dijo Bob Withers en tono acusador—. Apágala.

Le gustaba oír la previsión del tiempo a diario. El hombre del tiempo le parecía ridículo, y se burlaba de él por cómo arrastraba las palabras, y encima, Bob podía saber con solo echar un vistazo si al día siguiente haría bueno o llovería; pero tenía la sensación de que hoy en día lo suyo era dejar que te lo contaran y que te lo dieran todo masticado. Escuchar la previsión meteorológica lo hacía sentir

seguro, en esos tiempos por lo demás inseguros y aterradores que él, en contraposición a las viejas épocas, solía llamar tiempos modernos, estos días o la actualidad.

—A ver —dijo—, ¿quién puede decir si habrá tormenta o un huracán o si el mundo se romperá mañana en mil pedazos? Me gusta saber qué me depara el futuro. Tampoco es que sea supersticioso, pero me gusta saber qué futuro nos aguarda, solo para estar seguro.

—Voy a vender mi parte, papá. A no ser que me ayudes con el Peterkin. Seguro que puedes ayudarme, aunque sean unos días, ¿no?

La mirada de Amy iba de uno al otro; los apoyaba a ambos, pero no conseguía decidir qué decir. Se había plantado una expresión serena y optimista en el rostro, pero el miedo no paraba de colarse en sus ojos. Estaba cansada. Bienaventurados los que procuran la paz, se dijo.

—¿Qué opinas tú, mamá?

—Sí, ¿qué opinas, mamá?

Amy esbozó una sonrisa con su habitual máscara de luminosidad puesta.

—Opino que es hora de tomar un té, un té de verdad, con uno de los pastelitos de coco que he hecho esta tarde.

¿Té? ¿Pastelitos de coco? Como si hubiera elección, diría Bob en tono burlón cuando cogiera uno de la bandeja. Pero le encantaban los pastelitos de coco.

Y así, Amy resolvió la disputa y, a la mañana siguiente, Bob se fue con Toby en la camioneta al Hotel Peterkin.

Bob no sabía nada sobre demoler edificios y hubo que explicarle cómo se hacía. Haz esto, papá, le decía Toby. Haz esto otro. Y Bob obedecía mansamente. Es curioso, pensaba, no me había dado cuenta de que Toby es un adulto y sabe cosas. Siempre había creído… ay, no sé qué había creído. Y vio a un niñito enfermizo y con el ojo izquierdo entornado y la cabeza ladeada sobre el hombro izquierdo, y que gemía, papá, papá, ayúdame, ya sabes por qué.

Y ahí de pie en el andamio muy por encima de la gente que pasaba por la calle, con Toby en un extremo del tablón, dando

martillazos y arrancando cosas, y él en el otro extremo, también armado con un martillo, pero más pequeño, pues Toby tenía uno mejor y con pico porque, al fin y al cabo, era el empleo de Toby y él era el albañil allí, Bob se sentía a ratos cansado y sin aliento, sobre todo de levantar los brazos, y mareado, y era entonces cuando miraba hacia abajo a la gente que pasaba; pero no podía decirle a Toby cómo se sentía. Y tan cerca del cielo lo invadía la soledad, pero no era la soledad gratificante y que lo llenaba de orgullo que había sentido cuando conducía el tren de noche por la planicie, sino un vacío despiadado y crudo, como si tanto la tierra como el cielo lo hubieran rechazado y tuviera que quedarse para siempre en la brecha entre ambos, cansado y asustado. Y desde la calle, si la gente levantaba la vista como suele hacer, echando atrás la cabeza y deteniéndose, bloqueando el paso en la acera, veía a dos hombres andrajosos cubiertos de polvo, uno joven, el otro viejo, cada uno en un extremo del tablón manchado de pintura, que se volvían de vez en cuando para mirarse, pero que apenas hablaban; como si allá arriba, en su parcela de cielo, de haber sido móvil el tablón, jugaran a mecerse encaramados a su balancín privado en las alturas.

Toby disfrutaba con la demolición del edificio. Tenía la sensación de que aquel lugar le pertenecía. Iba a desmembrarlo y hacerlo pagar. Arrancó el suelo de cuajo y tuvo el placer de descubrir qué había debajo, viejos periódicos y monedas y peines; cucharillas de té y un reloj de pulsera roto; el retrato descolorido de una mujer sonriente! Y exploró el revestimiento de las paredes en busca de algún tesoro. Reduciré este lugar a un mero caos, pensó, y de las pilas ordenadas de madera y cristal y bloques de caliza daré forma a una nueva riqueza personal que será mi amiga y mi amante para el resto de mi vida. Que así sea. Los clavos oxidados, los tablones de diez por cinco llenos de agujeros de taladro, las vigas de kauri y las planchas de hierro que revestían el techo: todo eso valía más que cualquier Fay Chalklin.

Al cabo de tres meses, dos semanas antes de Navidad, el edificio quedó demolido, y el lugar donde se había alzado parecía el alvéolo de un diente gigante de madera y piedra, de una muela pionera; un

emplazamiento de sangre oscura que quedaría cubierto y sanado con malas hierbas de un verde vivo. Quizás. ¿O por un diente falso? Y eso resultó, pues lo que brotó allí de forma temprana, a principios del año siguiente, fue una ferretería: un anuncio de su propia destrucción, con hachas, sierras, cizallas y máquinas cortacésped tras los escaparates retranqueados de cristal laminado. Y junto a ella nació una cafetería, limpia y blanca y reluciente, con caramelos en frascos y dos tipos de helado, normal y de chocolate; y una máquina de discos que, previo pago, accedía a reproducir las canciones de moda. Y la gente, la que llevaba muchos años viviendo en Waimaru, exclamaba,

—*¡Cuánto progresa el pueblo!*

25

La radio fue la que empezó primero, amenazando y recordando. La siguieron los periódicos con sus insinuaciones de pánico. Las tiendas repitieron la terrible declaración y la advertencia.

—No faltan muchos días para Navidad —decían—. ¿Has enviado tus tarjetas de felicitación y tus paquetes? ¿Has terminado con las compras navideñas?

Las tiendas de la ciudad se convirtieron en hogares para ancianos de largas barbas blancas y con batines y botas de goma y narices rojas falsas o no tan falsas. El mundo se cubrió de nieve de algodón y le brotaron pinos jóvenes y sombrías hojas de acebo; las estrellas cayeron del cielo y numerosos magos procedieron a seguirlas presas de la confusión; en los mejores escaparates aparecían pesebres con calefacción central, todos esperando un *nacimiento, sin duda*.

—Navidad —declaró Amy Withers con un suspiro extasiado—. Navidad.

Lo primero eran las tarjetas. Bob las compró en Woolworths, en el mostrador de las que costaban tres peniques con su sobre y todo, y

Amy hizo la lista de direcciones.

—Les enviaremos una a los Thomson, por supuesto —dijo.

—Pero el año pasado ellos no nos mandaron ninguna.

—Pero ¿y si nos mandan una este año y no les hemos comprado ninguna?

—En su lugar, podemos comprarles una tarjeta de Año Nuevo. O un calendario.

—Pero entonces sabrán que no pensábamos comprarles una felicitación.

—Bueno, pues mándales una —concluyó Bob—. Solo son otros tres peniques. El dinero me sale por las orejas. Podemos permitirnos cualquier cosa, cualquier cosa en el mundo. ¿De dónde sacas a toda esta gente para enviarles tarjetas? ¿Quién es ese tal D. Taylor, por ejemplo?

—Es una vieja amiga mía, papá. Fue a la escuela conmigo. Siempre nos enviamos una tarjeta en Navidad; en todos estos años nunca hemos fallado.

—Es curioso, no me acuerdo de ella —dijo Bob.

—No la conocías, papá. He conocido a mucha gente a la que tú no conocías, como es tu caso también.

—Pero no sigo en contacto con ellos —repuso Bob, sintiéndose solo—. No he mantenido el trato con ninguno de ellos.

De modo que se enviaron las tarjetas navideñas, unas con palabras como bendición, amor y alegría, y versos que no eran tramposos y modernos, sino que realmente rimaban para que uno pudiera ver las rimas.

A continuación, los paquetes. Para Daphne (pobre criatura, dijeron) un par de bombachos rosas forrados de borreguito y con elástico en las piernas; una enagua rosa a juego, de Woolworths; y una caja de bombones. Y una nota adjunta, que rezaba: Querida Daphne, que pases una muy feliz Navidad y un próspero Año Nuevo y que Dios te bendiga. Nos gustaría ir a visitarte, pero el médico cree que no estás lo bastante bien, pero esperamos que tal vez la próxima Navidad podamos tenerte con nosotros para compartir las bendiciones del Señor. Los gatos, Fiodor y Matilda,

están muy bien. No se me ocurre nada más que decir, excepto que tengas fe y que Dios te bendiga. Tu madre que te quiere en la esperanza de Cristo, Amy Withers.

A continuación, para Chicks (mamá, recuerda que soy Teresa ahora que estoy casada y soy adulta), con la emoción añadida de comprar cosas para los niños. Juguetes para enviar al norte. Un pez de plástico para el bebé; un imán para cada uno de los dos pequeños. Bob Withers pasó toda la tarde jugando con el imán, recogiendo alfileres que había esparcido sobre la mesa de la cocina; diciendo: lo pillé, lo pillé; y nunca tuvimos cosas como esta cuando éramos niños. También jugaba con los títeres de guante, con el policía cuya mano derecha era una porra, y con el pobre pecador desaliñado con cara de estúpido y traje a rayas; golpeaba al malhechor con la porra, sin piedad, retorciendo ambos títeres para hacerlos adoptar posturas extrañas y bailando alrededor de la mesa de la cocina hasta que Amy se echó a reír,

—Oh, papá, menudas travesuras haces —dijo—. No eres más que un crío. ¿No te parece que será encantador cuando Chicks y Tim y los niños vengan a vivir al sur y podamos verlos? Será como la infancia otra vez.

—No quiero que vuelva la infancia —dijo Bob golpeando con su porra al pecador, que lloraba lágrimas de pintura roja—, no quiero volver a la infancia.

Toby, que estaba recostado en el sofá, medio dormido, dijo

—Supongo que tendré una panda de niños chillones por aquí, correteando como salvajes entre mis bártulos y las cosas que tengo en el sendero.

Toby, concluido su contrato con el Hotel Peterkin, había solicitado y obtenido una licencia para comerciar con bienes de segunda mano. Compraba y vendía botellas, trapos y chatarra, somieres viejos, estufas, cualquier cosa antigua y usada. A veces visitaba el vertedero de la ciudad, no el de antaño con su círculo de toetoe, pues lo habían rellenado y se había construido una nueva casa sobre él, sino el otro a las afueras de la ciudad, cerca de la desembocadura del río. El Vertedero de los Guijarros. A veces,

Toby conducía su camioneta hasta allí y se quedaba sentado al volante para ver cómo se unían el mar y el río, con las aguas de un marrón trucha extendiéndose sobre las piedras lisas como el marfil; y el mar vacilante, reforzado por la marea, susurraba shh-shh-shh para acallar su propia voz; y crecía sigiloso, para formar primero pequeños estanques llenos de ofrendas de conchas y algas, y luego una larga cadena de danzas blancas y verdes, hasta unirse al río, suspirando por hallarse bajo su enagua de espuma, ahora marrón y amarilla, y los matojos y la calma lenta y sofocante de un lugar a medias entre el verde y el marrón. Silencio, shh-shh-shh.

Si tan solo se detuviera el mar un segundo o un minuto o cinco minutos suficientes para concederles a los hombres una palabra o un grito o una canción o una maldición al menos.

Y cuando Toby estaba ahí en su camioneta, con el mar morando en su oreja, decía con irritación,

—Cállate. No hables mientras pienso.

—*¿Y en qué pensarás, Toby?*

—Oh, sobre las cosas en general.

—*¿En qué cosas concretas, Toby?*

—Oh, no me hagas precisar los detalles. Cualquier cosa.

—*¿En qué pensarás, Toby? ¿Qué vas a pensar?*

—Sigue fluyendo entonces, y maldito seas. *Pero habla por mí.*

26

La casa vacía nunca volverá a llenarse.

Las tarjetas de Navidad están apoyadas a lo largo de la repisa de la chimenea; las luces baratas, ostensibles como enormes caramelos duros en rojo, dorado y azul eléctrico, se retuercen y menean en el techo como si intentaran liberarse; las figuras de campanas en papel de fuelle, que suspiran cuando la brisa del exterior sopla en su dirección, están colgadas y moteadas de moscas que se posan muy juntas, como negros millones de personas en un mundo de papel; serpentinas y efigies de Papá Noel de papel fino colgadas del cuello con tiras de lentejuelas recorren todas las paredes de la cocina; una rama muerta de pino se apoya con cansancio contra la estantería, hileras de calendarios se esconden de cara a la pared, avergonzados, hasta el 1 de enero, con la promesa de revelar su esplendor de rosas, azucenas, mares, puestas de sol y cacerías de ciervos; los ramos de acebo, con su olor acre, hurgan con rencor en el descolorido pared pintado.

Y la casa vacía nunca volverá a llenarse.

Es el día de Navidad, son las tres en punto de la tarde. Toby y

Bob Withers duermen despatarrados en el sofá y la mecedora. Amy acaba de fregar los platos de la comida y de guardar los restos de cordero asado y de pudín de ciruela, oscuro y a medio comer, y abre la puerta de la fresquera que cuelga en el exterior bajo el peral y arroja unos restos de carne para los gatos, Fiodor y Matilda. Mininosss, mininosss, los llama. Pero Fiodor y Matilda están demasiado soñolientos para deshacer su ovillo de nube palpitante en negro y gris. Todo está amodorrado, y por qué no vamos a estarlo nosotros, dicen Fiodor y Matilda. El sol cubre su propio rostro con una suave pata blanca y gris y los gatitos de nube se desperezan bostezan y vuelven a hacerse un ovillo. Mininos mininos sin duda.

Y en la radio el coro de señoras, escogidas especialmente, entona *Adeste fideles, venite in Bethlehem*.

Amy se acerca a la ventana para mirar hacia el camino. Me ha parecido oír que llegaba alguien, un coche. Les daré unas galletas de mantequilla o un pedazo de pastel de Navidad para el té de la tarde. Pero espero que no sean visitas. Cubriré la mesa con el trapo para que no vengan moscas al pastel y me echaré un ratito en la sala de estar.

Se quita las zapatillas, nuevas, a cuadros y con forma de botes de remo, y se tumba en el diván de la sala de estar.

He aquí que la Virgen concebirá
y dará a luz un hijo,
y le pondrá por nombre Emanuel
que significa Dios con nosotros,
y por haberse multiplicado la maldad,
el amor de muchos se enfriará,
pero el que persevere hasta el fin
ese se salvará.

Y Amy repetía para sí muchos otros textos, mirando fijamente el techo moteado de moscas y la cómoda en el otro extremo con su caos de viejas facturas y fotos y los pañuelos de Bob, sucios por la tos de fumador; y el frasco de pastillas para el corazón de Amy, y las píldoras para el hígado de Bob; y el peine verde y grande, como un rastrillo, que acumulaba pelo cano entre sus dientes, y que jamás se

limpiaba; y la dentadura de abajo de Amy que nunca la llevaba porque nunca le encajó bien. Y Amy con la cabeza apoyada en la funda de almohada sucia —la limpia se la ha dado a Bob para su lado de la cama— se encuentra llorando de pronto, y vuelve el rostro hacia la almohada y huele la borra de algodón polvorienta y el olor obstruido de los años, y se olvida de la Navidad y del pastel que vigiló toda la tarde cuando lo horneó dos semanas atrás, y de que les han cortado la electricidad, y de su miedo al fracaso pues, ay, menudo gasto suponen las cosas como cerezas confitadas y almendras y nueces y piel de limón; y olvida la Nochebuena escuchando los villancicos en la radio y a Bob sentado leyendo su novela de detectives y diciendo «Cuándo emitirán algo decente en vez de estos cánticos infernales»; y Toby, su único hijo varón, ahí fuera y caminando solo calle abajo para ir a ver el desfile de la banda de gaitas y asegurarse de que haya llegado la nueva remesa de sus pastillas; y la familia que se despierta la mañana de Navidad y finge sorprenderse con los regalos.

—Calcetines, calcetines —había dicho Bob—. ¿Cómo diablos sabía Papá Noel que me hacían falta calcetines?

Y los había comprado él mismo, claro, y los demás regalos también. Los tres sabían que no había sorpresa alguna y la mañana se presentaba vieja y raída, como un bolso al que despojaran de toda maravilla.

Salvo por Cristo, claro, había pensado Amy sintiéndose culpable. Pues ¿acaso no había visto una gran luz el pueblo que andaba en tinieblas?

Y así yace en su diván llorando, y recordando, qué curioso, algo que no consigue quitarse de la cabeza. Algo pequeño e insignificante, de hace mucho tiempo. De cuando trabajaba para el juez de paz y su esposa, limpiando la casa y sirviendo la mesa. Con un vestido negro de puños blancos. Y la señora Togbetty le dijo una mañana,

—Amy Amy ¿puedes desplumar un pollo? El señor Togbetty va a celebrar una fiesta y quiero que desplumes un pollo.

Y Amy había salido al jardín de atrás a desplumar el pollo, y le

arrancó plumas hasta que las hubo por todas partes y le quedaron las yemas de los dedos en carne viva y una pluma acabó alojada en su garganta, y el pollo quedó ahí desnudo, de un tono amarillo pálido y con un temblor imperecedero.

Y entonces la señora Togbetty le dijo,

—Amy Amy ¿puedes bañar al perro?

Y Amy se puso un gran delantal sobre el vestido y volvió a salir al jardín de atrás y bañó al pícaro perrito cocker spaniel. Y aquella noche el señor Togbetty celebró una fiesta. Llevaba una peluca, en parte porque era calvo y en parte porque era juez, y bajo la peluca se metía un trozo de algodón para tener la cabeza calentita.

—Amy Amy —dijo—, ¿llevo la peluca recta?

Amy le contestó que sí llevaba la peluca recta.

Y el hombre dio su fiesta mientras que a Amy le dieron la noche libre.

—Puedes ir adonde te apetezca —le dijeron.

Su casa quedaba demasiado lejos, de modo que Amy recorrió las calles, con el alfiler de sombrero en el bolsillo por si la abordaba algún hombre; y se sentó durante un rato a orillas del río que cruzaba el pueblo, y contempló las hojas caídas de los álamos y pensó: qué triste. Qué triste y sola se sentía. Y se quedó allí sentada hasta que se cernió la oscuridad y una niebla que parecía humo se elevó de las hojas calientes y contempló los destellos de moneda de las aguas y luego el cielo que se arrebujaba en lo alto y se dijo: Va a ocurrir algo maravilloso, puedo sentirlo. Esta noche es una noche especial.

Recorrió el camino de regreso a casa de los Togbetty, cruzó la verja, subió por el sendero y pasó ante la ventana donde el señor Togbetty agasajaba a sus amigos. Oyó cómo hablaban y reían. En la ventana quedaba un pequeño resquicio que no cubría la persiana, y escudriñó en el interior con un estremecimiento de emoción. Al fin y al cabo, era una fiesta de verdad.

Estaban jugando a las cartas. Veía las manos y los naipes, pero sobre todo la gran mesa del salón con el tapete de terciopelo rojo, como una alfombra extendida para una reina y suntuosa como una

rosa oscura.

No veía nada más de la fiesta. Las risas, la conversación y la gente quedaban ocultas tras la persiana y la cortina, y cuanto alcanzaba a ver era aquel suave tapete carmesí con las manos blancas y las cartas bailando sobre él.

Y aquella noche la desilusión y la soledad la hicieron llorar hasta quedarse dormida.

Y ahora Amy, yaciendo en su propia cama la tarde de Navidad, no puede evitar ver una y otra vez aquel tapete rojo que fue su única visión de la fiesta; y el tapete se vuelve más y más grande y cae sobre su lecho y la cubre como un manto, y se queda dormida.

Y la casa vacía nunca volverá a llenarse.

27
CHICKS

Y ahora Daphne en la habitación de los muertos ha tomado la pequeña y pétrea copa de sol que se ha vertido a través de la alta ventanilla; y separa la masa de oro en granos de trigo, y da de comer a las aves blancas que corretean de aquí para allá sobre la hierba, y alimenta también a los pollitos, aunque estos no conocen la hierba todavía, sino que susurran bajo la caja con la cálida y plumífera madre gallina.

Y tiiitas tiiitas las llama Daphne, esparciendo el trigo, y las aves dicen cuac cuac cuac, y aletean con sus plumas levantando polvo aquí y allá, y picotean agua también, hundiendo el pico en la cacerola oxidada de agua clara del arroyo y luego haciendo chasquear la parte superior contra la inferior como la gente que prueba, sus dientes postizos, pero es educada y no abre la boca; luego apuntando con el pico hacia el cielo para que el agua del riachuelo descienda en un claro hilillo.

—Qué degustación tan delicada —canta Daphne, que hoy ríe.

Pero también llora, por el pollito más pequeño, diminuto como semilla de acacia, que desde debajo de la gran caja oscura no alcanza a ver nada cuando la pálida gallina clueca sale de puntillas al sol por primera vez tras el sueño de una vida de cansancio, en ese lugar teñido de marrón, con el delantal blanco como mortaja hasta el cuello y la tortita o el bollo de estiércol en el buche.

28

Toby encontró el diario debajo de un cojín en la sala de estar de la casa del norte. Pasaba la noche con Chicks (Teresa ahora) y Timothy, y cuidaba de los niños mientras sus padres iban de visita a la casa de un amigo.

—Es un amigo por negocios, Toby, y a los amigos por negocios no se los puede ignorar. No te importa cuidar de los niños, ¿verdad, Toby? Nunca se despiertan. No hace falta ni que te acerques a ellos.

De modo que Toby se sentó en el sofá de la sala de estar de la ostentosa casa. Y allí encontró el diario y lo leyó, primero con un sentimiento de culpa, y luego sin otro sentimiento que la muerte y la vergüenza. Leyó…

15 de enero

Por primera vez en muchos años, ocho para ser exactos, ya que hace ocho años que me casé, he decidido llevar un diario. Tengo la intención de poner en él todos mis sentimientos y cualquier acontecimiento de importancia. De hecho, creo que seré muy

sincera, como aquel francés, Rousseau, y lo pondré todo. O casi todo. Tengo la intención de ofrecer tal vez, si me da tiempo, un breve relato de mi vida en mis ocho años de matrimonio. Quizás haga referencia a mi infancia y a los miembros de mi familia, a mi hermano Toby, que es un comerciante de objetos de segunda mano con licencia en Waimaru, a mi hermana Daphne, que está en un hospital psiquiátrico, a mi otra hermana, Francie, que se quemó cuando yo era bastante pequeña. Y a mis padres. Como es natural hablaré de Timothy y los niños. Estoy decidida a llevar este diario de manera regular y, si sucede que me salto unos días, no significará que me haya olvidado de registrar incidentes y emociones, sino solo que no he encontrado el tiempo necesario; al fin y al cabo, soy una ama de casa.

Y ahora, ¿por dónde empiezo? No sé. Lo dejaré pendiente hasta después de que los niños se hayan ido a la cama.

Noche

A Timothy (lo llamaré Timothy porque suena más libresco y sofisticado) le divierte que haya empezado un diario, y amenaza con leerlo, pero mi querido Timothy es tan honesto que podría dejarlo tirado en cualquier lugar de la casa y nunca lo abriría. No, me parece que escribiré de mi marido con el nombre de Tim, porque el otro suena demasiado a que fuera un extraño. Me ha regalado una plancha de vapor. La ha traído a casa esta noche, a modo de sorpresa. Le daré la vieja a Daphne para que cuando se recupere tenga alguna clase de material básico para su nueva vida.

Ahora, empecemos con el diario en sí.

En agosto o en octubre nos iremos al sur, a Waimaru, para vivir allí. Me emociona y me da miedo a la vez visitar el escenario de mi nacimiento y mi infancia. Es como volver al lugar del crimen, pero será primavera y todas las flores y los narcisos habrán brotado. Me muero por verlos. Recuerdo un poema que teníamos en la escuela que hablaba de narcisos que se agitaban

junto al lago, bajo los árboles.

Me gustaría utilizar un símil, como hacen los escritores, para describir la hermosura de las flores en mi antiguo hogar. No se me ocurre nada que decir, salvo que son de una blancura asfixiante.

Ni siquiera a estas alturas he empezado realmente mi diario. Me gusta mi nombre, Teresa, y si la gente en casa cuando vaya de visita prefiere llamarme Chicks, me negaré a responden Solían llamarme Chicks porque, según decían, era chiquitína y morena y siempre andaba como uno de esos pollitos oscuros corriendo de aquí para allá en mis intentos de alcanzar a la gente, y casi picoteaba los granos de trigo, con la cabeza gacha y el pelo cayéndome en la cara. Mis otras hermanas tenían nombres interesantes. Estaba Francie, que era Frances, y aunque llevaba pantalones y mi padre parecía enojado con ella, yo pensaba que tenía algún parentesco con san Francisco que, según creía, llevaba animales en el bolsillo y los sacaba y los lamía, al igual que Francie lamía las pelotitas de caramelo a rayas blancas y negras o un caramelo ácido, por puro cariño. Y estaba Daphne que, me parecía, olía como un arbusto en flor, a medio camino entre la lila y la hierba gatera. Y Toby, mi hermano, que no tenía ningún olor particular que yo recuerde. Llevaba tirantes. Los niños de hoy en día usan cinturones, los hombres también. Me reiría sin parar si viera a Tim sujetándose los pantalones con unos tirantes. Él lleva pantalones con elásticos en la cinturilla. Le regalé un par por Navidad y él me regaló un conjunto de ropa interior de nylon, de esos que dejan pasar el aire, en azul, con encaje ancho en los bordes. Me encanta la Navidad, con los niños despiertos antes del amanecer y metidos en la cama entre Tim y yo, para enseñarnos sus regalos y acurrucarse para echarse otro sueño. Qué cuerpecitos tan calientes tienen, y esos ojos brillantes y las voces tan frescas, pero claro, es que están relucientes y nuevecitos. ¿Y quién apaga el sol?, me pregunta Peter, como si yo debiera saberlo. La oscuridad es una respuesta aterradora.

16 de enero

Un escape de agua en la lavadora ha dejado todo el suelo

encharcado. Y a Sharon mi bebé le duelen un montón los dientes. Se ha pasado toda la noche llorando y tiene la pequeña mejilla derecha sonrojada como una cereza. ¿Por qué no nacerán con dientes los niños?

20 de enero

Casi hemos llegado al final del primer mes de este nuevo año. Tengo la impresión de no haber hecho nada, aunque tampoco sé qué debería estar haciendo, solo es esta sensación de no llegar a ninguna parte y de que el tiempo va pasando. Cumpliré veintiocho años este año, casi treinta, luego caerán los cuarenta, y después vendrán los cincuenta y los sesenta, y de hecho dentro de nada seré una anciana cobrando una pensión de vejez. Me da miedo pensar en eso. Y que esto ocurra está a la vuelta de la esquina. Mi propia madre está vieja y enferma, dicen que no tardará en morir del corazón. Envejeceré como ella y acabaré con la presión arterial alta, venas varicosas y edema, y tendré que exprimir la sal de cada gramo de mantequilla y acordarme de no poner sal en las verduras ni en la lechuga ni en cualquier alimento porque está prohibida. O tal vez tendré diabetes como mi abuela y no tomaré azúcar, y me quitarán las piernas para colgarlas detrás de la puerta en la oscuridad.

Basta ya de escribir cosas morbosas. Lo que pasa es que tengo la impresión de estar haciendo lo mismo una y otra vez cada día: levántate, vístete, desayuna, viste a los niños, a Peter y Mark, o dales la lata hasta que se vistan, mándalos fuera a jugar, dale su biberón a la niña y ponía a dormir, tómate una pacífica taza de té, o sea una taza de té en paz con Tim antes de que se vaya a trabajar, lava los platos, aspira las alfombras, pon la lavadora, espera a que lave, enjuague y centrifugue, tiende la ropa, siéntate a tomar el té de media mañana con el periódico y los chismes.

Y así una y otra vez. Por las tardes tengo tiempo para leer. Estoy leyendo *La inquilina de Wildfell Hall*, de Anne Bronté. Es la historia de una mujer y su marido borracho, del sufrimiento y el terror de ella en un mundo de miseria, o eso es lo que dice la cubierta. El

libro me parece absorbente, de hecho no me atrevo a dejarlo. ¿Qué hará Huntingdon a continuación?, me pregunto, temblando, como su esposa Helen, a causa del miedo y el suspense. Qué hombre tan bruto, mira que tratar así a una mujer que le profesa su amor. La escena en la que Huntingdon tiene una cita entre los arbustos con su actual amante, y confunde a su esposa, que daba un paseo solitario por la misma zona al anochecer, con la mujer con la que ha prometido encontrarse, y por tanto la saluda y acaricia apasionadamente hasta que descubre su error y exclama con asco y temor,

—¡Mi esposa! ¡Helen!

esa escena me parece odiosa y repugnante. La he leído con atención tres veces.

En ocasiones, por las tardes, tengo visitas como las de los Baldwin, Benny y Ted, o los Smart, Terry y Josie. Muy a menudo, Benny y Josie pasan a verme y nos sentamos a hablar sobre bebés, maridos y tareas domésticas ante una taza de té con galletas. Me da mucha vergüenza no tener nunca latas con cosas hechas por mí cuando vienen visitas, sino que tengo que quitarles el celofán a cajas de galletas, bombones, barquillos y pastitas; y aunque Benny y Josie son demasiado educadas para hacer comentarios, capto sus miradas críticas, pues ellas siempre tienen merengues o bizcochos de cacahuete o esos pasteleos rosas de malvavisco, cuando las visito. El padre de Benny es un juez del Tribunal Supremo y su esposo ocupa un alto cargo en la Administración Pública. Los Smart tienen una casa nueva en una de las bahías, una zona en alza, según dicen. Conocen a los Bessick, el doctor Herbert y su esposa Alison, y nos han prometido presentárnoslos. El doctor Bessick es un brillante ginecólogo, que acaba de regresar de estudiar en el extranjero; su mujer publicó un artículo en los ecos de sociedad sobre su vida en el continente y en Estados Unidos. Es un poco arpía, dicen, pero viste de maravilla y comentan que es una anfitriona divertida. Tanto los Baldwin como los Smart, por cierto, están en el club de teatro de la zona. Los martes hacemos las lecturas de los distintos papeles de las obras.

Y ahora, ¿de qué otra manera describir mi día? Por las noches después de cenar siempre hay que bañar a los niños y contarles un cuento, pues Tim y yo creemos en la idea de que los niños se duerman tras una historia. Tim compró un libro sobre psicología infantil, y lo hemos estudiado. Algunas ideas no parecen funcionar con Mark, que es tan independiente y temperamental. Tim lee el cuento mientras preparo el biberón de la niña. Los libros para niños son diferentes ahora que cuando yo era pequeña. He disfrutado leyendo *Jemima la Pata*, de Beatrix Potter, que nunca lo había leído, y trata de cómo el caballero zorro guardaba el periódico en el bolsillo de su frac y tenía un cobertizo lleno de plumas para que Jemima la Pata pusiera sus huevos. Qué astuto estafador era el caballero zorro, y qué crédula la pobre Jemima. Se parecía a la vida real con su intriga y casi una muerte por asesinato.

Por cierto, Tim me ha comprado una batidora de pasteles eléctrica para que pueda hacer un bizcocho de chocolate y nueces para el fin de semana en que conoceremos a los Bessick. Será extraño tener contacto social con un médico, en particular con un ginecólogo, aunque ahora ya tengo suficiente experiencia como para no sonrojarme si recuerdo de pronto lo que debe saber sobre las partes íntimas de las mujeres. Hace diez años habría salido corriendo. Imagínate.

Ya es tarde y estoy cansada. Tim acaba de bajar a la verja con las botellas de leche. Ay, qué tiempo tan caluroso y húmedo hace, no sé cómo puedo soportarlo a veces. Y los mosquitos, parece haber una plaga este año, dicen que nunca ha habido tantos. Me iré a la cama pronto. Benny dice que ella usa crema de noche de glicinia, que es mejor que la Gloria Haven. Yo he probado la Gloria Haven antes y también tengo la sensación de que le falta algo. Hoy he comprado un tarro de crema de glicinia en la farmacia, una extravagancia sin duda, pero a Tim no le importa, de hecho me anima con esas cosas, y le gusta ver que me intereso por mi maquillaje. Qué marido tan perfecto. ¿En qué rincón del mundo iba a encontrar un hombre más considerado y cariñoso? Y pensar que años atrás era uno de esos niños mugrientos que solían rondar a mi hermana Francie en

Waimaru, y yo solía sacarle la lengua. Su padre era un funcionario del ayuntamiento, y aunque Tim empezó el primer curso de medicina, no lo acabó, pues no tenía madera para eso. Ahora tiene un puesto de alto nivel en ventas, pero no es un viajante comercial, sino un ejecutivo con mucha presión y grandes responsabilidades. Su amigo Howard Weston (los Weston tienen un establecimiento de cría de ovejas en el campo, más allá de Waimaru) se ha ocupado de pactar la venta de la que será nuestra nueva casa en el pueblo. Cuando vi las fotos y los planos, me pareció extraño que fuera a construirse sobre el antiguo vertedero de basura donde jugábamos de niños y donde Francie se quemó. La idea me asustaba. Vivir donde solíamos sentarnos entre el toetoe, donde sus espigas nos hacían cosquillas en la espalda y nos las poníamos en el pelo como si fueran plumas; donde explorábamos para encontrar lo que considerábamos tesoros, viejos neumáticos y botas que por las noches, según nosotros, utilizaban los muertos y los gigantes; y trozos de coches, y libros, y toda la basura habida y por haber. Y de la mañana a la noche, qué largo parecía el tiempo, como si el día avanzara a pasitos por el cielo. Sí, vivir en nuestra casa allí me dará miedo y me hará sentir extraña; y sin embargo tengo la sensación de que es el sitio adecuado donde vivir; un sitio con su promesa de felicidad y tesoros en nuestra vida futura y también su desesperanza por lo de Francie, y yo llevaba una cinta azul en el pelo aquel día, y se me deshacía todo el rato y no había nada para atármela; es como una especie de vacío en mi vida. Menudas tonterías digo.

Ahora debo dejar de escribir por esta noche, querido diario. Tim está en la bañera. Siempre la llena con agua demasiado caliente, de modo que todo se llena de vapor y su cuerpo parece una langosta cocida; e incluso lee en la bañera. ¡Mi querido Tim! Y pensar que ya llevamos ocho años casados. Ahora debo irme a la cama, y antes de dormirme, leeré otro capítulo de *La inquilina de Wildfell Hall*.

21 de enero

Me emociona conocer a los Bessick, y me da miedo. Será mi

primera experiencia real como anfitriona de gente importante de verdad. Les he pedido que vengan por la noche, pues creo que será más conveniente y menos estresante con los niños durmiendo, aunque me habría gustado presumir del pelo ensortijado de Sharon y sus hoyuelos y de esa sonrisa suya tan adorable, así como del vestido de nylon rosa bordado en Suiza. Da igual. Para completar un poco la velada, si la conversación flaquea, hemos dispuesto que suene la Quinta Sinfonía de Beethoven en la radiogramola. Me hace sentir bastante segura porque he leído sobre ella y lo que se *supone* que representa y reconozco los distintos movimientos y, por tanto, debería ser capaz de hacer algún comentario inteligente al respecto. Tengo entendido que los Bessick tiene aptitudes musicales, y con la Quinta Sinfonía creo que voy sobre seguro. Puedo mencionar lo de que el destino llame a tu puerta y esa clase de cosas. Arreglaré la sala de estar por la tarde, para dejarla lista, y prepararé el bizcocho por la mañana. Me he decidido por un bizcocho de café en lugar de uno de chocolate porque el de café queda más intelectual. Me pondré un vestido de tafetán, sencillo y de buen gusto, y mis aretes nuevos en las orejas, y me haré el peinado habitual con la raya un poco más arriba. Debería aguantar bien si me lo lavo la víspera, la noche del viernes, o quizás dos noches antes incluso, el jueves, para que así esté más manejable.

Deben perdonarme por escribir todo esto, pero me tiene absorta, la verdad. Dicen que Herbert Bessick es excepcional.

22 de enero

Sigue haciendo calor. Los niños corretean por ahí desnudos. Hoy he recibido una carta de Daphne, la primera en mucho tiempo. ¡En qué mundo tan extraño debe de estar viviendo! Su carta no tiene sentido, me extraña que el médico le haya permitido enviarla: habla de la Navidad y de un pedazo de luna y de un ratón que mordisquea una mortaja de sol; me da miedo, no consigo ver que vaya a mejorar y a poder llevar una vida normal como la mía. Pobre Daphne. Y me manda de vuelta la carta que le envié yo, y ha escrito las palabras

Socorro socorro socorro al final de mi carta. Como si tuvieran que rescatarme de una fatalidad terrible, como si el destino (pienso en la Quinta Sinfonía) llamara a mi puerta. Pobre Daphne. Como es natural se refiere a sí misma cuando exclama socorro socorro socorro.

23 de enero

Solo quedan tres días más. Estoy tan emocionada como una jovencita que acuda a su primera fiesta. Me acuerdo de mi primera fiesta, al final de la secundaria, a la que estaban invitados los chicos del instituto, y yo no tenía nada decente que ponerme, mientras que las otras chicas lucían atuendos preciosos, ya fueran vestidos de noche largos o con falda de mucho vuelo por encima del tobillo, y manoletinas de satén y bolsitos de fiesta cubiertos de cuentas brillantes. La fiesta se celebraba en el gimnasio, recuerdo, y pasé toda la noche sentada, avergonzada de mi sencillo vestido estampado y temiendo hablar con alguien. Y cuando anunciaron el baile, el corazón me latía tan rápido que temía que fuera a ahogarme, como en una novela, y que me desvaneciera y cayera al suelo. Pero ¿quién puede desvanecerse con un vestido estampado y zapatos de cordones? Esperé a que alguien me sacara a bailar. Un chico, Tod, se me acercó y me preguntó si tenía pareja para el baile siguiente, un foxtrot, y me apresuré a decirle que no, y lo empujé hacia la pista y empezamos a bailar; pero yo no conseguía seguir el ritmo y no paraba de pisarlo y de decirle perdón, perdón, todo el rato, aunque después me enteré de que una mujer nunca pide perdón: siempre es culpa del hombre. No sabía de qué hablar mientras bailábamos, estaba demasiado ocupada en seguir los pasos de mi pareja y demostrarle lo bien que bailaba, con la esperanza de que me propusiera cenar con él. Era el capitán del equipo de críquet.

No me propuso cenar, ni él ni nadie. Me dieron ganas de llorar, y supe que la culpa era de la ropa inadecuada que llevaba y de que no había podido permitirme clases de baile. Y tuve que cenar con las demás chicas a las que habían rechazado, y nos sentamos todas

juntas a una larga mesa, mientras que las que tenían pareja ocupaban mesas para dos y charlaban y se reían con actitud muy íntima, y en cambio nosotras estábamos enfurruñadas y en silencio o bien nos comportábamos con arrogancia, fingiendo que no importaba, pero sí importaba.

Pero volvamos al presente. Estoy muy emocionada por lo del sábado. Me encanta pensar que tengo alguna clase de prestigio social, el suficiente para que los Bessick quieran conocernos a Tim y a mí. Ya he acabado *La inquilina de Wildfell Hall* y he empezado *Cumbres Borrascosas* de Emily Brontë. Lo leí hace años, cuando era una colegiala que iba en busca de algún tipo de romance. Mi lectura actual será más madura y equilibrada.

Peter siempre hace comentarios de lo más curioso. Esta mañana me ha dicho: Mamá, ¿qué clase de mundo es el que hay en la lavadora? Y anoche me preguntó por la luna. Hay algo en ella, me dijo. Como unas montañas, y algo que se mueve. Está en segundo de primaria en la escuela, y solo ansia que las vacaciones lleguen a su fin. Ya me veo como la madre de un becado por la fundación Rhodes de Oxford.

Pero ya es de noche y estoy muy cansada. Los niños parecen haber pasado el día entero peleándose por patos de goma y pistolas y coches de juguete y estoy harta del sonido de sus voces. Y Sharon tiene diarrea, de modo que he de lavar un millón de pañales. Gracias a Dios por la lavadora. Pobre Sharon. Ahora me río al pensar en Mark y en el miedo que me daba al principio, tan diminuto y resbaladizo, y el cuidado con que le lavaba las orejas, la boca y la nariz con un algodón y el cuerpo con aceite de oliva, y cómo me acercaba por las noches de puntillas a su habitación para ver si no respiraba o se había asfixiado al enterrar la cara en la almohada, como se ve en las noticias de los periódicos. Mi querido Mark. Qué terrible habría sido que alguno de ellos hubiera nacido ciego o deforme o idiota como uno de esos niños que andaban moviendo la cabeza, como orugas, y nunca aprendían a hablar.

Voy a dejar mi crónica por esta noche. Como te decía, estoy cansada.

Acabo de acordarme de que Herbert Bessick pasó un tiempo en Francia, y según dicen habla bien el francés. Nosotras aprendimos francés en el colegio, un poco, de una profesora francesa. Sería maravilloso que pudiera hablar francés con él en la fiesta.

Corrección: no es ninguna fiesta, solo una tranquila velada social.

24 de enero

Anoche tuve un sueño extraño. Soñé que estaba sentada en el centro de la arena de un circo y que acariciaba una pequeña pantera negra que no paraba de arañarme y de decirme con voz de niña y acento extranjero: voy a sacarte los ojos, voy a sacarte los ojos.

Los focos del circo me iluminaban y, aunque sabía que se esperaba que actuara de alguna manera, no conseguía recordar en qué consistía mi número. El público de la gran carpa soltaba vítores y silbidos y pateaba el suelo a la espera de que empezara. De repente arrojé la pantera lejos de mí a través de la arena y me eché a llorar, y pensé: solo es un sueño, no hay razón para llorar, solo es un sueño. Entonces las luces del circo se apagaron y me encontré en París, paseando junto al Sena. Era medianoche. Oí cómo un reloj daba las doce y seguí andando mientras miraba mi sombra reflejada en el agua para asegurarme de que caminara conmigo. De repente me sentí cansada y fui consciente de que debía dormir, de modo que me quité el abrigo de pieles negro —pensando: qué curioso, no me había dado cuenta de que llevaba un abrigo de pieles negro—, lo extendí en el suelo y me quedé dormida encima. Cuando desperté, el abrigo había desaparecido, mi sombra había desaparecido y estaba de pie contemplando el río que se arremolinaba en un torbellino de oscuridad.

¿Acaso no es un sueño muy raro? Le pregunto a Tim si soñó algo anoche y me dice que no, excepto en un momento dado en que soñó que escalaba una montaña en busca de una orquídea, pero solo encontraba un puñado de nieve. Qué curiosos son los sueños; dicen que significan más de lo que la gente cree.

Por cierto, cuando empecé este diario dije que dejaría constancia de mi vida interior. Empiezo a preguntarme si he dicho algo sobre esa vida interior. ¿Y si ni siquiera la tengo? Hoy estoy morbosa. He recibido una carta de mi madre desde Waimaru. Dice lo mismo una y otra vez en sus cartas: que todo va bien, que todos son felices; y lo dice como si fuera un cántico a la negación, por lo que una no puede evitar la certeza de que nada va bien, de que nadie es feliz. A veces me pregunto si deberíamos irnos a vivir al sur. No lo sé. De verdad que no lo sé.

Faltan hoy y mañana y entonces llegará el día de mi pequeña reunión social. Empiezo a preguntarme si debería hacer un bizcocho de café al fin y al cabo, pues de bebida tomaremos café y va a parecer un exceso de la misma cosa. Me olvidaré del tema, lo dejaré en mi subconsciente y decidiré mañana si lo hago de chocolate o de café. Si es de lo primero, podría usar chocolate auténtico fundido, amargo o sin leche, o cacao. Tim ha mencionado algo sobre las bebidas, algún licor, un Bénédictine o un Tia Maria, pero no sé en qué momento debería sacarlos, y no quiero quedar en ridículo y parecer una ignorante.

No sé si te he contado ya que Terry y Josie no pueden venir el sábado porque sus niños tienen varicela. Tendremos que recibir a los Bessick nosotros solos. Menuda perspectiva tan aterradora. Confío en que la Quinta Sinfonía de Beethoven consiga romper el hielo.

25 de enero

Qué miedo me da la velada de mañana.

Domingo

Bueno, ya ha pasado todo y ahora puedo mirar atrás con calma e indiferencia. ¿Cómo describir la velada de anoche? Bueno, pues antes de que llegaran yo ya había acostado a los niños y le había dado el biberón a la pequeña, y arreglado la sala de estar para que se viera cálida y acogedora, y para que transmitiera buen gusto, o eso

espero, con las butacas y los sofás situados (nuestros muebles son hechos en Suecia) en lo que Tim y yo consideramos el ángulo correcto para facilitar y volver más íntima la conversación. Le quité el polvo a la radiogramola y soplé la pelusilla de la aguja del tocadiscos, y dejé la Quinta Sinfonía sobre el armario. No pude evitar desparramar por ahí varios de nuestros libros más intelectuales, de forma despreocupada, como si los leyéramos a diario, algunos entreabiertos o abiertos del todo por páginas de palabras complicadas; y lo mismo hice con una colección de litografías de Van Gogh, y una solitaria de Picasso, que dejé apoyada en el estante de arriba de la librería. Era una de esas obras de Picasso a las que no les veo ni pies ni cabeza, pero que causa impresión, y sin duda ningún visitante, me dije, sería tan grosero como para pedir que le explicara su significado.

Tim había decidido que no tomaríamos licores, solo café, y que prefería el bizcocho de chocolate, con nueces para darle un toque distinto. Lo dispuse todo para hacer unas tostadas finas con sardina o una rodajita de tomate encima. Quería sobre todo que nuestra velada resultara natural, sin ninguna de esas cosas rebuscadas que una ve por ahí; que todos se sintieran a gusto y contentos.

Llegaron a las ocho, muy puntuales. Me puse muy nerviosa al oír el coche, uno de los más modernos, con el motor detrás. Corrí al baño a aplicarme una última capa de polvos y un nuevo toque de pintalabios, y abrí la puerta del aparador para asegurarme de que los platos y las tazas de café estuvieran a punto y, como ocurrencia de último momento, dejé el Picasso boca abajo sobre la mesa de juego. De repente tuve miedo de que el doctor Herbert me preguntara a bocajarro: ¿Cómo interpreta usted esta pintura, señora Harlow? (me dije que más adelante, cuando fuéramos amigos, nos dirigiríamos unos a otros como Tim y Teresa y Herbert y Alison, por supuesto). Luego fui a abrir la puerta con bastante serenidad, pese a que me tembló la voz y me vi obligada a carraspear.

Son una gente encantadora. Nos llamamos Tim y Teresa y Herbert y Alison desde el principio, aunque, de hecho, no recuerdo haberme dirigido al doctor por su nombre de pila, por si le parecía

demasiado familiar, aunque ha viajado al extranjero y esas cosas no le preocupan lo más mínimo. Él me llamaba Teresa. Tiene una voz muy suave, casi como terciopelo, y es un hombre moreno, un poco calvo, de ojos castaños, casi negros a veces; y su esposa es todo lo contrario, muy delgada, con el cabello claro y grandes ojos grises, sin nada de particular salvo por su tamaño. Tiene el labio superior muy salido, por algo relacionado con los dientes, y eso le confiere un poco de cara de caballo. Debo reconocer que es atractiva en otros sentidos, por los ojos por ejemplo, pero entiendo a qué se refiere Josie cuando la describe como una arpía; está latente en su expresión. No para de referirse a su marido como «el doctor». Me fijé en que presume mucho de ser la esposa de un médico. Sin embargo, disfruté mucho de la velada. Pusimos la Quinta Sinfonía, y Herbert dijo al instante: el destino llama a la puerta.

Y entonces me ofreció (Herbert, quiero decir, no el destino) una sonrisa bastante especial. Herbert (perdóname si suena demasiado familiar) tamborileaba con una mano en el brazo de la butaca y asentía con la cabeza al ritmo de la música, con cara de entendido, mientras que su mujer lucía una leve sonrisa en el rostro y una expresión soñadora en los ojos que, debo confesar, los volvía bastante etéreos. Yo había tenido la intención también de seguir el ritmo de la música con la cabeza y dando golpecitos, pero tuve que idear otro método para hacerlo. Me mecí adelante y atrás con una expresión inteligente en la cara, o eso espero. Tim me dijo después que parecía una serpiente encantada. Mi querido Tim, ¡menudo bromista está hecho!

Al concluir la música, el doctor Bessick (he decidido que el nombre de Herbert sí suena demasiado familiar) exclamó que la Quinta Sinfonía era uno de sus primeros amores, y repitió las palabras «el destino llama a la puerta» mirándome con una expresión particular en los ojos.

Luego dijo algo en francés, que no logré entender pese a que me apresuré a intentar conectarlo con cualquier frase en francés que supiera, y «Sí, sí», contesté como una tonta, pero con gestos franceses, para compensarlo. Quise entonces hacer algún comentario

en francés para demostrarle que conocía un poco esa lengua, pero ay, solo se me ocurría: *Le chat court vite. Le rat court vite aussi*.

Oh, como de costumbre, sí pasaron algunas cosas muy molestas durante la velada. Las sardinas estaban chafadas y se me quemaron un par de tostadas. Me felicitaron por el café. «¿Lo mueles tú misma?», preguntaron.

Estaba a punto de contestar que por supuesto que no cuando comprendí que, por lo visto, lo suyo era moler tu propio café, así que respondí: «He estado considerando hacerlo».

«Oh, de modo que a ti el café comprado ya molido también te parece horroroso», comentó la señora Bessick.

Le dije que el café comprado ya molido me parecía malo, pero que me las apañaba para procesarlo de algún modo.

Oh, pasamos a conversar sobre la pena capital y Extremo Oriente, y de psicología infantil, y Alison me habló de su hija, Magdalen, una niña delicada y brillante y un manojo de nervios. «Pobrecita Magdalen», repuse, «va a sufrir».

Y Alison dijo: «Es terrible. No sabemos en qué clase de mundo van a crecer nuestros hijos. Ojalá pudiéramos hacer algo con respecto al estado actual del mundo».

Ambas guardamos silencio entonces, un poco deprimidas. Luego me mostré de acuerdo con ella. «Sí, ojalá pudiéramos hacer algo con respecto al estado actual del mundo».

Los Bessick han prometido volver, o llamarnos pronto. Creo que ahora sí que nos hemos establecido en la sociedad que toca, crucemos los dedos.

Jueves, algún día de febrero

Nada ha cambiado. Los Bessick no han llamado, y ahora que lo pienso, creo que nunca lo harán. Continúa haciendo calor y por las noches el aire está plagado de mosquitos. No recuerdo un verano con tan poca lluvia. La tierra parece barro cocido, dura y agrietada, y los niños bailan sobre las grietas y las llaman terremotos. Últimamente, por las tardes, me instalo con una esterilla en la

hierba, en traje de baño, a echarme un sueñecito perezoso o a contemplar el cielo, donde se ve cómo se mueven y resplandecen las ondas de calor. Recuerdo que de niños solíamos pasar horas tumbados mirando el cielo de otoño, cuando el vilano navegaba sobre las nubes, o bien corría a toda prisa en un viaje urgente. ¿Adónde? Y entonces una nube cubría el sol y temblábamos de frío ansiando su calor, y parecía que nunca hubiera existido un sol, que hubiéramos vivido siempre en el frío; hasta que la nube pasaba y temblábamos por el calor de aquel sol nuevo que nos daba en la espalda, entre los omóplatos, el lugar donde pegan el frío y el calor. Es curioso, aquí arriba en el norte el cielo es distinto que el cielo del sur, y la luz también. Abajo, en el sur, captas todo el rato una especie de trasfondo formidable, como un bloque de sombra gris, un continente de hielo, la Antártida en las alas. Allí, la oscuridad da más miedo y es menos amiga, quedas atrapada en ella como en una tumba, y la piedra de hielo no rodará para liberarte. Aquí arriba, por las noches hay una especie de luz diurna superior, muy alto en el cielo, como si la oscuridad se aferrase a la tierra bajo el yugo y el látigo del sol. Vaya, de qué forma tan extraña me expreso. Estaba pensando en la carta que me escribió Daphne, sobre la oscuridad y la luz y un continente de hielo. Debería mandarle una caja de galletas.

Por cierto, recibí una carta de mi madre en la que me decía que Toby vendrá a pasar una noche en el norte y espera poder alojarse conmigo. No quiero que venga. Es un vago y espera que se lo hagan todo, y es un maniático con la comida, como un niño mimado, como se comporta en casa. Y tengo miedo de que me haga quedar en ridículo y que le dé un ataque cuando tenga visitas. Viviré aterrorizada de que alguna amiga pase a verme y vea a Toby holgazaneando por ahí con las uñas sucias y el pelo grasiento. Quizás debería sentir lástima por él. Pero su vida es tan diferente de la mía, hurgando en esos vertederos en busca de trozos de hierro y botellas y cosas que vender, casi como si todavía fuera un niño. Vuelve una y otra vez a los vertederos como un crío que se toquetea una herida y se arranca el apósito, de modo que nunca se cura, sino

que siempre se infecta. No sé por qué he pensado una cosa así. Es solo que se me acaba de ocurrir.

11 de febrero. Lunes

Los Bessick todavía no han llamado, como prometieron. Hoy ha llovido y podría haber sacado la lengua para beberme la lluvia directamente del cielo. Ha sido de esa lluvia que desprende vapor por el calor. Si estuviera en el sur ahora, habría indicios de otoño, con las hojas cambiando de color, el fresco del atardecer y las primeras setas en los sitios más protegidos y húmedos. Aquí parece que no haya nada más que calor y verano interminable. He recibido otra carta de Daphne; una carta muy rara. No sé si jamás llegarán a curarla, ni siquiera con los tratamientos modernos como el electroshock o la terapia de *shock* insulínico o esa nueva operación del cerebro de la que hablan en los periódicos, esa operación con la que te cambian la personalidad. Qué espanto verte privada de tu propia personalidad.

18 de febrero. Lunes

Alison Bessick ha recibido un disparo que le ha atravesado el pulmón izquierdo, y han arrestado a su marido por asesinato. ¿No es horrible? Apenas puedo creerlo. Pese a que aparece en el periódico de esta mañana, en la página central, junto con una foto de su casa y de la habitación donde se ha cometido el crimen, no consigo creerlo. ¿No es horroroso, realmente horroroso?

19 de febrero. Martes

Todo el mundo se muere por saber más sobre el caso Bessick. Corren todo tipo de rumores. Unos dicen que ella tenía una

aventura con un hombre de las bahías de la costa este; otros, que era él quien tenía una amante, una de sus pacientes, y que Alison se enteró y le plantó cara y él le pegó un tiro, a sangre fría. Algunos

dicen que se volvió completamente loco y que su abogado presentará una declaración de inocencia alegando demencia. Otros dicen que su mujer lo tenía bien merecido. Vete a saber qué pasó, con tantos rumores. Nuestra casa fue una de las últimas que visitaron juntos. Imagínate. Ahora me doy cuenta, cuando recuerdo la velada que pasamos con los dos, de que las cosas entre ellos no marchaban como era debido. Él parecía tener una conducta muy fría y calculadora; ahora entiendo su significado.

CASADA CON UN MONSTRUO. Ese es el título de una película que proyectan esta semana en la ciudad, y tengo entendido que trata de algunos hogares donde las mujeres se ven obligadas a padecer la crueldad y los malos tratos de sus maridos. Doy gracias al cielo por no tener nada que reprocharle a Tim.

20 de febrero. Miércoles

Me he enterado de que el doctor Bessick no negó haber matado a su mujer. Lo había planeado durante meses, según dijo, y se alegraba de haber sacado adelante su plan. Su mujer era desconsiderada y caprichosa, se gastaba gran parte del dinero de la casa en maquillaje, perfumes y sombreros, era incapaz de cocinar de forma decente y en su lugar servía comida en lata en cada comida y cada cena. Andan diciendo todo eso. Pero yo siento lástima por Herbert. No puedo evitar acordarme de la noche en que estuvo tan amable conmigo, como si nos conociéramos de años atrás. Solo deseo que se me hubiera ocurrido alguna frase en francés aquella noche.

Jueves

El escándalo que se armó con el asesinato ya casi ha acabado. Tim y yo hemos ganado bastante prestigio por haber sido de los últimos en recibir la visita de los Bessick. Otro médico y su esposa, los Broadfoot, nos han invitado a su casa la semana que viene y, aunque esta vez no puedo ir, saber que nos han invitado le da a una mucha alegría. Qué más se puede pedir en esta vida que ser popular y

solicitada.

23 de febrero. Sábado

Esta tarde hemos ido a la playa en el coche. Los niños han pasado el rato, como es típico en los niños, haciendo castillos de arena, buscando conchas y escuchando el canto del mar dentro de las caracolas; y chapoteando. He llevado a Sharon a la orilla donde solo llegan las olas pequeñas y ha dado unos pasitos sobre la arena y ha intentado atrapar la espuma con los dedos y llevársela a la boca. Pobrecita Sharon. No entendía qué pasaba cuando la espuma se ha derretido y se ha visto con las manos vacías. Entonces le he dado una pala de los chicos para que jugara con ella y se ha sentado junto a nosotros en la esterilla a dar golpes con la pala mientras soltaba gorjeos y burbujas de baba. Creo que está a punto de echar a andar, pues trata de alejarse de mí apoyando una mano para mantener el equilibro y es sorprendentemente ágil, más que los niños a su edad, aunque Mark empezó a andar muy pronto; creo que suele ser así con el primero. Bueno, ya están todos metidos en la cama, tan dulces ellos, y ya les he dado un beso, y ahora Tim está escuchando la radio. Acaba de terminar con sus cálculos de las cifras de ventas.

Domingo

Anoche abandoné este diario de repente para ir a sentarme con Tim a escuchar la radio. Qué mundo tan apacible el mío y qué suerte tengo de sentirme tan querida y segura. He encontrado una novela, *La piel de zapa*, de un francés llamado Balzac. No estoy segura de que vaya a gustarme, pero me encontré con la señora Broadfoot en la ciudad y me lo recomendó, y no podía negarme a leerlo. Llevo leídas las primeras tres páginas. Mientras todavía me acuerdo, debo mencionar que me metí a ver la película casada con un monstruo la semana pasada, y me pareció a ratos bastante obscena. No le conté a la señora Broadfoot que había ido por si no es el tipo de película que una va a ver, pese a ser francesa; pero desde entonces me he

enterado de que todos los intelectuales van a verla, y pienso que ojalá se lo hubiera mencionado a la señora Broadfoot, pues habría compensado el no haber oído hablar de *La piel de zapa* de Balzac. Pero ya es tarde para esos reproches.

25 de febrero. Lunes

Una mañana horrible en la ciudad. Me he comprado unos zapatos de rebajas, y al llegar a casa me he dado cuenta de que me hacen daño en el empeine derecho, y no puedo cambiarlos. Ay, cómo odio a algunas de estas vendedoras con su sonrisa tonta.

Hoy ha llegado una carta de mi madre, con la misma historia de siempre de que todo va bien y que la fe siempre vencerá. Ay, la odio, y ojalá le pusiera fin a todo el suspense y se muriera. Parece llevar enferma el tiempo suficiente. Me dice que papá ha ido al hospital a hablar con el médico sobre Daphne.

No lo dejaron ver a Daphne directamente, pues por lo visto no estaba lo bastante bien como para recibir visitas. Dice que los jardines están llenos de flores y hay amplias zonas de césped y senderos bien cuidados, y que el sitio parece un paraíso para esas pobres gentes trastornadas. Sin duda son más felices allí que en el mundo exterior. Pero ¿cómo voy a mirar a la gente a la cara si descubren que tengo una hermana en un manicomio? Me parece increíble que mi padre se haya atrevido a ir de visita, pues suele mostrarse reacio a emprender viajes o transacciones demasiado definitivos. Está intentando dejar de fumar. Le asusta el cáncer.

11 de marzo. Lunes

Tim se ha estado burlando de mis rutinas de belleza y me dice que por qué no escribo una lista de ellas en mi diario. He aceptado el reto y voy a dejar constancia de los cosméticos y los potingues que me pongo. Podría escribir una página entera para describir mi maquillaje, las cremas de noche, las lociones astringentes y los polvos (uso base de maquillaje líquida, hace poco que me he

cambiado a la de glicinia y flor de melocotón), los pintalabios (mi favorito es el rojo granate, y también uso el amapola y el carmesí intenso), los coloretes (he dejado de usar polvos compactos porque me taponan los poros), el champú del pelo (que viene en un frasco monísimo, en realidad lo que pagas es el frasco). Ah, y los polvos de talco, el perfume, los aceites de baño, el desodorante y esa cosa horrible que uso para quitarme el vello de las axilas y la ligera sombra sobre el labio superior. Creo que la crema depilatoria que utilizo está hecha a base de cal, cuyo objeto es quemar el vello, y viene con unas instrucciones en el paquete que dan miedo, en grandes letras:

EVITAR EL CONTACTO CON LOS OJOS.

Eso me asusta, siempre he temido quedarme ciega. Qué espanto quedarse ciega.

Bueno, ya ves que he llenado casi una página con la descripción de mis rutinas de belleza, y Tim se ríe de mí. ¡Mi querido Tim! Es posible que vayamos al sur antes de lo que pensaba.

No puedo negarme a ir. Pero… ¡Waimaru! El pueblo muerto donde nadie sonríe y las señoras mayores te critican si llevas una camiseta de tirantes o un bikini. Me tratarán, imagino, como a la hija pródiga, como si no tuviera estatus social o dignidad alguna, me recordarán solo como a la niña que vivía en el pueblo e iba allí al colegio. Y les darán palmaditas en la cabeza a mis hijos y soltarán fantasiosas tonterías sobre ellos, captando similitudes conmigo que yo misma no alcanzo a ver, lo que me hará sentir desconcertada e incompetente. Y si mi padre viene a visitarnos les gritará a los niños como hacía con nosotros. Será posesivo con ellos y se dirigirá a Mark, si le pide que haga algo, con palabras del tipo: «Espabila, hazlo rápido y con energía, chaval».

Les dará coscorrones y les dirá que deben ser visibles, pero no decir esta boca es mía, y echará por tierra toda mi psicología infantil. Y mi madre se entrometerá y compensará a los niños con caramelos cuando sabe que no deberían tomarlos, les hará regalos y les contará historias de esas de «Érase una vez».

«Érase una vez… ¿sabéis lo que pasó esa vez?». «Nooo». «Bueno,

pues es un cuento y os lo voy a contar».

Mi madre volverá a sentirse joven y contenta, imaginándose que mis hijos son suyos, y será para ellos ese tesoro ancestral de sabiduría y esa hada que los niños llaman abuela.

Y ¿tendrá mi padre una reserva de caramelos que ir echando en las bocas de sus nietos?

Todo esto es solo un sueño y no será así. Mi padre es un hombre irritable y nervioso, mi madre está apagada y moribunda. Ay, de repente echo de menos a mi anciana abuela de pelo negro, la que imaginábamos como una esclava negra; la que se plantaba como un volcán con su vestido largo y negro entre el maíz y las patatas de Virginia: mi abuela sabia y encrespada bajo el sol con la piel oliendo a asado, y cómo me encaramaba yo a sus rodillas para hundir la nariz y la boca en su carne ardiente, como una caníbal.

No debo fantasear así. Me aterra ir a Waimaru. El mundo de la infancia se ensancha con cada deseo del niño de poder ceñírselo a los hombros como si fuera una capa mágica. Volveré a Waimaru y lo encontraré, como la piel de zapa, apergaminándose con cada uno de mis deseos, un retal arrugado y marchito entre mis dedos pulgar e índice.

Y entonces… Toby y el vertedero sobre el que se ha construido nuestra casa. No me atrevo a pensar en esas cosas.

Por la mañana

Anoche en la cama le conté mis temores a Tim. Es un ángel, lo suaviza todo de manera que a la luz del día todo lo que escribí anoche en mi diario parecen tonterías. No es propio de mí ser tan poco práctica, pero a veces ese estado de ánimo puede conmigo. Tim es un ángel, salvo por el hecho de que ha derramado todo el té sobre el mantel limpio.

Ahora creo que el otoño no llegará nunca. Peter, según me dice, cree que el mundo se ha detenido en el verano. Diría que es cierto. Quizás será verano para siempre.

18 de marzo. Lunes

Hoy ha empezado el juicio de Bessick, y uno de los testigos es, nada menos, el hombre de la luz, que fue a leer el contador. Parece que oyó a Bessick amenazar a su mujer. Y una vecina que encontró al gatito de su hija, que se había escapado, oyó cómo Alison le decía a su marido: «Esto se acabará pronto».

Es evidente que se refería a la situación entre ellos. Qué horror. Hoy ha pasado otra cosa horrorosa. Peter y Mark han derramado pintura de un viejo bote que han traído a casa, sobre la alfombra del salón, y en el centro, encima. No sé cómo voy a quitar las manchas, a no ser que escriba a una emisora de radio o a alguna revista para mujeres. Intento mantener la casa bien limpia. Sharon, pese a que ya puede montar en el caballito balancín, no tiene permitido usarlo en el piso de arriba por el destrozo que ocasionaría en la moqueta y el linóleo. Tim tiende a pensar que me obsesiono con tener la casa impecable. Ay, estoy cansada y triste, y deseo que pase algo. El tendero me ha cobrado hoy de más por el té y las galletas. Me ha dado el té y las galletas por separado, medio kilo de cada, y luego me ha cobrado por un kilo de cada cosa, como si el té y las galletas de chocolate no fueran ya lo bastante caros de por sí.

Dos meses después

El viernes pasado ahorcaron a Herbert Bessick, pese a las cartas al periódico y la petición de indulto al gobernador general.

Una tía en Inglaterra se ha hecho cargo de la pequeña Magdalen, pobre criatura, con sus clases de *ballet* y sus sueños de Giselle. El fondo público de ayudas a víctimas de delitos violentos ha sacado la casa de los Bessick a subasta. Está en un lugar frío, pero tiene vistas al puerto, así que a lo mejor alguna pareja rica la comprará. Los muebles se venden por separado. Josie me dice que tenían un mueble bar que está intentando conseguir a un precio rebajado. Parece que también tenían una grabadora, y una radiogramola, importada especialmente, y una colección de discos de un entendido en música, con cuartetos y conciertos y octetos casi

desconocidos. Cómo debían de haberse reído cuando puse la Quinta Sinfonía, con el destino llamando a la puerta. Tendremos que comprar algo más raro y difícil para cuando vengan los Broadfoot. Conseguiré alguna edición barata sobre qué música escuchar; ahí encontraré ideas suficientes como para que me duren la velada entera, y no olvidaré parecer aburrida y lánguida si la conversación deriva hacia las obras más conocidas de los grandes maestros.

Me sorprendió enterarme de que algunos elementos decorativos de casa de los Bessick eran baratos y apañados, algo que no entiendo, a no ser que les gustaran esas cosas primitivas y artísticas; pero ese estilo está pasando de moda ahora, me cuenta Josie, y nadie con cierto estatus social o artístico sería tan tonto como para comprarse esas esterillas y sillas de paja que parecen salidas de la cabaña de un jefe de tribu.

¿Sabes qué?, he llegado a la conclusión de que soy una esnob. No me gusta pensar en mí misma como una esnob, pero por lo visto lo soy, aunque quizás no, al fin y al cabo, y es tan solo mi tenaz honestidad la que me ha sugerido semejante idea. Toby viene seguro el mes que viene. Hará un frío espantoso y mal tiempo e irrumpirá en casa como una especie de fantasma maltrecho e inválido para calentarse con mi calefacción. Creo que solo se quedará una noche. Espero que solo se quede una noche.

Fue la mañana del viernes cuando colgaron a Bessick, temprano, a la misma hora en que yo trituraba los cereales en los cuencos de los niños y espolvoreaba el azúcar y añadía la leche; y cuando calentaba el biberón de Sharon. Mi querida niñita se balancea ya sobre cualquier cosa, y aunque Tim me dice una y otra vez que suba el caballito balancín del garaje, opino que debo negarme, pues la moqueta y el linóleo acabarán destrozados. Ay, y gatea por el suelo con objetos diversos en la boca, como un perrito. Mi querida Sharon. ¡Haría cualquier cosa en el mundo por esta niña!

No tendremos más hijos. Más adelante, mandaremos a Peter y Mark y a Sharon a un internado, y haremos planes para marcharnos del país. Tim y yo nos uniremos a uno de esos grupos de viaje que te organizan las vacaciones y te llevan a los sitios que de verdad

importan. Ay, qué alegría estar viva, y cuando pienso en nuestros viajes por el mundo sé que ese ha sido siempre mi mayor deseo: el lujo, la ropa y los viajes, incluso cuando era una colegiala sucia y andrajosa que, de pie bajo el frío contra el muro del colegio, observaba cómo las demás jugaban a saltar a la comba,

Soy la reina de los mares
y ustedes lo van a ver,

esperando a que me invitaran a participar. Sharon no vivirá nada de eso. Le compraré, en cuanto tenga la edad suficiente, una cuerda de saltar con manguitos pintados y un cochecito de muñecas con borlas de seda colgando del toldo; y una muñeca que duerma, hable, llore, camine y se haga pis, tumbada en un colchón de satén, con la cabeza apoyada en una funda de almohada con volantes; y una casa de muñecas y un juego de té de porcelana de verdad. Le compraré a Sharon cualquier cosa que pueda desear.

Viernes

Todavía tengo en la cabeza la pesadilla horrible de anoche que hizo que me despertara aterrorizada, llorando, hasta que Tim me convenció de que no era real.

«Solo es un sueño, cariño», me repetía, «has tomado algo en el té o en la cena que no te ha sentado bien».

Y yo le seguía diciendo: «No es un sueño, es real, sé que es real».

Qué tonta soy. Creo que fueron las galletitas saladas y el queso que tomamos anoche cuando vinieron los Broadfoot, y todo el nerviosismo de prepararme para ellos y de pensar qué ponerme y tratar de acordarme de qué libros he leído y qué música he escuchado últimamente.

Pero déjame que te cuente el sueño, el que me hizo llorar en plena noche.

En él, Tim y yo nos disponíamos a ofrecer, en medio de un desierto, una fiesta para dos personas. Recuerdo bien la escena; por todas partes había arena y árboles podridos y matas de arbustos marchitos y el sol quemaba como si brillara a través de un cristal. No

fluía ningún río por aquel yermo paraje, ni había oasis alguno como cabría imaginarse en un desierto, con palmeras y un poco de verde a orillas del agua clara. Tampoco había nadie más salvo una persona, una cría encogida, una niña árabe, envuelta en una prenda blanca, sentada tan quieta que podría haber estado muerta a lomos de un caballo balancín grotesco que surgía de la arena y estaba pintado en negro con la lengua a rayas en vivos tonos de rojo, amarillo y azul, en tres rayas.

Ya he dicho que Tim y yo nos disponíamos a agasajar a esos dos desconocidos; pero no teníamos comida que ofrecerles, ni bebida, solo estábamos sentados de piernas cruzadas en la arena.

«Cantarás para ellos», me dijo Tim, «si encuentras una canción».

Y yo le contesté: «Tú bailarás para ellos».

Y aunque sabía que no había ni comida ni música, yo no paraba de mirar alrededor en busca de café y sardinas y la radiogramola con la Quinta Sinfonía lista para sonar.

Y de repente la niña árabe empezó a mecerse en el caballo balancín, levantando arena y polvo en torno a ella hasta que se formaron nubes y vi que la arena era de granitos de oro y el polvo también, y le grité a Tim: «Tim, haz que pare, haz que pare, está destrozando el oro. Mira. Todos estos granitos saldrán volando hacia el cielo y nunca volveremos a verlos. Haz que pare, Tim».

Y Tim respondió: «Pero Teresa, a ella le gusta. Mira, tiene la carita de árabe cubierta de sonrisas. Deja que siga meciéndose».

Y yo volví a gritar: «Pero el oro, Tim. El oro. Haz que pare».

Así que Tim se acercó a la niña y le habló y acto seguido ella se bajó del caballo y ambos, caballo y niña, desaparecieron sin dejar rastro salvo por la lengua roja y amarilla y azul, con sus tres rayas, que ahora era más grande y se extendía sobre la arena como una alfombra. Entonces aparecieron nuestros dos invitados, caminando sobre la alfombra. Al principio me pareció que eran Alison y Herbert Bessick, y en efecto eran Alison y Herbert Bessick; pero a medida que se acercaban advertí que éramos Tim y yo, pero diferentes; Tim esbozaba una sonrisa cruel, y yo me ceñía una mano contra el costado, bajo el pecho, y es increíble que pudiera andar,

puesto que la sangre manaba de una herida en mi costado y caía, como siguiendo un patrón determinado, sobre la raya roja de la alfombra. Y las dos personas del sueño se acercaron a nosotros, y yo me eché a llorar y me volví hacia Tim en busca de ayuda; pero no estaba allí, no lo veía por ninguna parte, solo veía a los dos personajes del sueño avanzando; y empecé a cantar, una canción infantil que sabíamos del colegio, hace años, sobre Miska y Panni,

Miska llegó a lomos de un caballo muy galante
Panni esperaba en el río con su bello semblante
roja la capa y amarillas las botas del jinete andante
pero el río separaba a Panni de la senda de su amante.

Cuando hube acabado la canción el mundo se sumió de pronto en la oscuridad, como recordaba haber visto en la clase de geografía que sucedía en el desierto, como si alguien le segara la vida al sol; y a lo lejos, incapaz de alcanzarla, veía nuestra casa, con sus ventanas de lamas de vidrio y la terraza en voladizo, cada detalle de ella, hasta los aleros amarillos del tejado y, sin embargo, la casa parecía hecha de papel, pues las paredes temblaban y se batían. Ahora que lo pienso, las paredes eran negras, porque observé cómo se agitaban adelante y atrás durante muchos segundos antes de darme cuenta de que lo que veía agitarse era otra cosa. Era un hombre de papel negro que colgaba del cielo.

«¡Doctor Bessick!», grité.

Entonces vi que era Tim, y que llevaba bajo el brazo una cartera con letras doradas, que podía leer desde donde me encontraba, y decían: Cifras de ventas Cifras de ventas Cifras de ventas.

Eso me pareció muy gracioso y me eché a reír y en ese momento sentí una punzada de dolor en el costado y ya no podía mantenerme en pie de modo que me tumbé en la alfombra extendida sobre el desierto, pensando: voy a morir. ¿Dónde están Toby, Francie y Daphne? ¿Y mis padres? Francie, Francie, llamé. Toby, Toby. Daphne.

No vino nadie. Que no viniera nadie a mi encuentro hizo que me sintiera desolada y desdichada. La niña árabe había vuelto a aparecer, pero estaba distinta y contenta, y esperaba sonriente con

una panoja de toetoe en una mano y una galletita salada, untada con queso, en la otra. Creo que no me vio. Me eché a llorar otra vez, y fue entonces cuando me desperté y en mi estado de semivigilia vi al hombre de papel negro tumbado a mi lado, muerto; y solté un grito, por lo extraño que era todo, y durante un segundo arrancado de todo ese tiempo tuve el deseo de ser una niña pequeña de pelo oscuro y con un delantal sucio y manchado, sentada en un vertedero mirando las nubes que eran como zapatillas blancas o peces de seda en el cielo.

Contar ese sueño me ha dejado agotada. Buenas noches.

Sábado

Creo que volver a Waimaru tendrá su parte agradable, la de aparecer ante la gente que me conocía de niña y me recuerda como la chiquitína menuda, morena y andrajosa, la chica callada y tímida en el instituto, con un uniforme que me iba tan pequeño que no podía alojar ni mi escaso desarrollo; la paria de aspecto sucio que llevaba mensajes al carnicero o al tendero del ultramarinos o al de la papelería, y que decía, con temor, pues no llevaba ni una moneda caliente en el puño: «Seis peniques de carne picada, por favor», o «Un kilo de falda de ternera y dos peniques de carne picada para el gato»; acaso no habrá cacareos de júbilo a mi regreso cuando la gente se dé cuenta de que he crecido y estoy casada y con hijos (dos niños y una niña, ¿dónde puede encontrarse una combinación más favorable?), de que en mi casa hay una lavadora, una Electrolux, una nevera, una plancha de vapor, una cocina eléctrica, y todos los electrodomésticos modernos con los que mi madre no llegó ni a soñar, y que la mitad de mis antiguas amistades, estoy convencida, nunca poseerán. Ay, atrapada en Waimaru… ¿cómo soportarlo si no fuera por todo lo que tengo para presumir?

Miércoles

Esta mañana ha llegado la noticia de que mi madre ha muerto. El

telegrama decía que tuvo una muerte dulce durante la noche, y que todo está bien. ¡Qué extraño que hayan escrito que todo está bien! Casi parece una posdata de mi madre. ¿De verdad está muerta? Todavía no he llorado, todo parece muy lejano. No viajaremos al sur para el funeral, es imposible con los niños y todo lo demás, pero hemos enviado una corona preciosa de violetas y narcisos tempranos y una tarjeta comprada en Petersons, que se especializan en impresiones de buen gusto para funerales, bodas, cumpleaños y demás ocasiones importantes.

Pero ¿qué aspecto tendrá mi madre? ¿Parecerá de pergamino y los párpados le colgarán como crepé amarillo, como he leído en un libro? No acabo de creerme que esté muerta, pero aun así me alegro, me alegro de su muerte.

Jueves

He recibido varios telegramas y tarjetas de pésames de amigos que saben lo de mi madre, o que lo han visto en el periódico. Ojalá papá no hubiera puesto

> Y cuando me vaya, y os haya preparado un lugar, vendré otra vez

o algún texto parecido en el periódico; me ha parecido de mal gusto; y ahora supongo que cada año la familia pensará en algún verso que publicar en la columna de necrológicas, y me dejarán en ridículo delante de todos mis amigos artistas.

El funeral es hoy.

Peter ha llegado con una carta de la enfermera del colegio en la que pone que hace falta que le vean los dientes, y lo llevaré a la clínica el martes que viene a las tres en punto.

Enterrarán a mi madre en la tumba familiar si hay sitio para ella. Pero mi padre languidecerá, tengo miedo de que se muera, y que extraño sería que se muriera mi padre, el hombrecito furibundo y capaz de ser cruel y tirano, y tan dependiente como un crío. ¿Qué hará Toby? ¿Y Daphne?

Ay, mi madre era tan grande como el brazo de tierra que sostiene el

mar y no lo deja desbordarse. No consigo imaginar su muerte. Pienso en ella en casa poniendo las tortitas en la plancha o entonando su cancioncilla mientras secaba los platos con el extremo de un trapo sucio y mojado, o de pie en la nieve cuando vivíamos en el sur profundo en los barracones de los ferroviarios que eran rojos como geranios; de pie con las botas enterradas en blancura y diciéndonos,

—Niños, niños, un anteojito dorsigris ha volado hasta nosotros en medio del frío —y queriendo decir que un anteojito dorsigris había acudido a ella para refugiarse de la nieve y buscar miel en su persona, pues era consciente de su grandeza y su dulzura y no podía moverse por si se le derramaba un poco, aunque yo habría extendido los brazos, como la tierra alrededor de un lago, para rodearla con fuerza con ellos y no habría dejado que derramara ni un poquito para nadie salvo para mí, porque era la más pequeña; y aun así no es a mi madre a quien lloro, sino a ella en cuanto abuela de mis hijos; claro, sí, también es mi madre, que debería haber muerto hace mucho, tan cansada estaba de barrer su casa y él mundo entero; y yo solía encaramarme a sus rodillas y abrirle la blusa, y ponerme su teta en la boca, pues detrás de mí no había nadie que pudiera decir

—Es mía.

Ay, no sé, casi parezco Daphne al escribir esto, no es mi estilo habitual; es como si me hubieran hechizado.

Viernes

De vuelta a la normalidad. Parece que he perdido la noción del tiempo. Toby viene la semana que viene a pasar una noche aquí. He rezado sin parar para que no viniera, porque ahora somos amigos de los Broadfoot, y si Harold, es decir, el doctor Broadfoot, ve a Toby y quizás adivine que le dan ataques (se le ve en los ojos y en su cara enrojecida y su tartamudeo ocasional, casi como el de un borracho cuando arrastra las palabras), si Harold se da cuenta de todo, jamás podré superar la vergüenza. Toby, por qué no ves que no te quiero aquí, que no formas parte de mi vida, que yo, que jugaba contigo de pequeña, que buscaba contigo tesoros y curiosidades maravillosas en

el vertedero, soy ahora una mujer hecha y derecha y tengo una vida perfectamente feliz y normal, y no quiero tener nada que ver, nunca más, con tu extraño modo de comportarte ni con tus caídas al suelo cuando te dan los ataques.

29

Toby no leyó más del diario. Lo cerró, se inclinó hacia adelante y lo arrojó al fuego; luego, recordando haber visto en el garaje bajo la casa un caballito balancín de madera, salió con sigilo y bajó por las escaleras, encendió la luz del garaje y observó el brillante caballo azul, con sus estribos de oro y su bocado de plata, eterno en la boca de madera, y los ojos como canicas que parpadearon una, dos veces, bajo la luz; lo levantó y, sosteniéndolo ante sí, subió por las escaleras y llevó el juguete azul hasta el centro de la sala de estar, donde quedó plantado sobre la alfombra de hojas verdes como un caballo real en un bosque cálido. Después, Toby fue a la habitación de Sharon. La niña yacía destapada y sonrojada en su cuna, con la mano sobre un biberón de leche medio vacío que atraía hacia sí dormida, succionando y moviendo los dedos de los pies con el placer de saborear sus sueños. Toby la cogió en brazos y la niña se echó a llorar. La cubrió con una manta de la cuna y la llevó a la sala de estar, donde la montó en la silla del caballo balancín y le cerró los puños sobre las riendas.

—Mécete —le dijo con amabilidad.

Y le dio unas palmaditas bajo la barbilla.

—Cucú, cucú, cucú —gorjeó como habían hecho sus propios tíos, o como imaginaba que hacían cuando era pequeño, aunque él era un niño famélico y sin caballo balancín.

—Mécete. Vamos, mécete.

La niña parecía no entender y aún lloraba, y Toby se inclinó hacia delante para mecer el caballo, pero la niña siguió llorando, suavemente ahora, con la baba cayéndole en la gorda barbilla; de modo que la cogió, con sus manos sucias y velludas rodeando el cálido cuerpo de seda, y se sentó junto al fuego. El diario ya había ardido casi por completo, no se sentía culpable por haberlo quemado. A las llamas les gustaba su alimento y se asomaban, como una hilera de ojos vengativos, a través de los párpados de cristal medio caídos de la estufa.

—Bueno, ¿ya estás bastante calentita? —le preguntó Toby a su sobrina de once meses, que a causa de la somnolencia y el silencio propios de los bebés no podía decir ni una palabra a modo de respuesta, pero dormía ahora en sus brazos.

La llevó de vuelta a la cuna, la tapó, arropándola bien; y, volviendo al bosque ahora vacío y húmedo, pisando las hojas muertas y moribundas, llevó de vuelta el caballo asombrado y parpadeante al piso de abajo, al garaje. Había escarcha sobre la hierba, que relucía como hilillos de sopa blanca sobre una barba verde, y al subir por las escaleras el aliento de Toby brotaba como humo, pero no de la boca de un dragón, sino solo de Toby Withers, aterido de frío y sin saber dónde estaba.

Y entonces cogió su maleta de fuelle, que cuando estaba vacía se plegaba como una concertina; la que había pertenecido al tío Louis, que murió de cáncer en la pequeña habitación de arriba, de lanolina y pellejo amarillo, y que olía, a principios de la primavera cuando murió, a licor de frambuesa que fluía por el aire coloreado de azul y era demasiado dulce para saborearlo; metió el pijama, el cepillo de pelo, la brillantina, el jabón, la afeitadora eléctrica, el jersey; cerró con un chasquido la gastada maleta vacía de música y salió de casa de su hermana, y cogió el transbordador hasta la ciudad a la que

llamaban la jungla.

Y se sintió cansado y su madre se despidió de él desde el andén, sacando su pañuelo de encaje, el único que le quedaba de la primera guerra, cuando Bob se los envió desde París con *Toujours l'amour* bordado en la esquina; para decirte adiós, Toby; y decirte, con la ayuda de un pañuelo ondeante, lo que debes recordar y hacer en un viaje tan largo desde casa a una ciudad extraña de tranvías y semáforos y trolebuses y gánsteres; sí, gánsteres caminando a plena luz del día, con pistolas en los bolsillos de atrás; y máscaras de seda negra a punto.

—Adiós, Toby.

Y luego qué debía recordar,

—Recuerda que el tren va directo al barco. No te bajes en Christchurch.

—Recuerda no sacar la cabeza por la ventanilla cuando viajes, o te la rebanarán, y rodará entre los raíles y quedará destrozada, Toby. Destrozada.

Un hombre había acabado destrozado la semana anterior, dejando esposa y tres hijos.

—Recuerda, Toby. Cuando subas al barco, pregunta educadamente el camino hasta tu camarote si te pierdes; luego vete a la cama; cómete una galleta salada; y déjate llevar por el movimiento del barco.

»No saques la cabeza por el ojo de buey.

»Tus tíos estarán allí para recibirte, en Wellington, y te llevarán al tren por la noche. Toma tus pastillas, Toby, y pórtate bien. Y nunca jamás hables con extraños, y si un hombre amable te ofrece una bolsa de piruletas o un helado, di no, gracias.

Así, ella se despidió y siguió agitando su pañuelo de encaje por si Toby miraba atrás, pero él no miró porque eso habría significado sacar la cabeza por la ventanilla y que se la rebanaran, y viajar el resto del camino sin cabeza. Se sentó a observar el vapor que se elevaba al otro lado de las ventanillas del vagón y, a través del vapor, los prados sin hojas y empapados, con sus cercas rotas y sus cancelas colgando de las bisagras; los retazos de pantano y lino; los pajares

cubiertos; y tres urracas que levantaron el vuelo cerca del tren, y Toby, al ver sus malvados picos, supo que las urracas sacaban los ojos a los niños, incluso a través de las ventanillas de los vagones; de modo que pensó,

—Me esconderé en el lavabo hasta que pasen las urracas.

Así que se alejó pasillo abajo, pidiendo disculpas cada vez que tropezaba con alguien y, al abrir la puerta del vagón, casi se lo llevó el remolino del estruendo de la marcha; sintió miedo y abrió la puerta donde ponía Aseo de caballeros.

Y al bajar la mirada hacia el retrete vio el suelo que pasaba a velocidad vertiginosa, la grava y los parches verdes que significarían acedera o diente de león; y pensó, maravillado, Va a caer a lo largo de las vías del tren, en el centro, y vendrán hombres con palas y la recogerán. La próxima vez miraré en la vía del tren y lo comprobaré por mí mismo. Todos miraremos. ¿Qué estará haciendo Francie ahora, y Chicks y Daphne? ¿Y si encuentran mi cabaña secreta entre los pinos?

Cuando hubo terminado, bebió un trago de agua de un vaso que había hecho con un papel doblado, y lo arrojó para verlo caer. Y luego pensó: las urracas ya se habrán ido; y abrió la puerta que daba a la velocidad y el estruendo dél alegre chucu chucu chu chucu chucu chu del tren expreso; y se abrió paso hasta su asiento en el rincón; de nuevo pidiendo disculpas a cualquiera que se cruzara, aunque sin sonreír porque eran extraños y criminales con bolsas de piruletas en los bolsillos, que le ofrecerían antes de llevar a cabo sus planes de secuestro.

Y a veces, allí sentado viendo cómo viajaba el mundo, y los ríos, y los puentes, recordaba a su madre despidiéndose de él y recitándole la lista de cosas que no debía hacer, y pensaba ¿Y si me voy lejos y no la vuelvo a ver? ¿Y si en realidad esto es una forma de venderme, enviándome de vacaciones a la ciudad del norte, para que me lleven en un barco extranjero? Y se acordó de los barcos que había visto algunas veces en los muelles, los barcos rojos, amarillos y blancos, con banderas ondeando; y el agua que manaba con brusquedad en los costados de los barcos; y el mar que acariciaba

esos mismos costados; y los hombres que andaban de aquí para allá con catalejos en las manos, y gritando Largad amarras Largad amarras.

Pero aquel pensamiento solo era una burla, porque sabía que su madre lo estaría esperando a su regreso, y también sus hermanas, y le dirían

—¿Has tenido algún ataque?

Y sabía que la señora Robinson, que vivía calle abajo, preguntaría por él, porque la recordaba diciendo,

—Qué raro que la señora Withers dejara a su hijo irse de vacaciones solo, con esos ataques que le dan.

Sus tíos se reunieron con él en Wellington. Lo llevaron en un tren en el que las puertas se cerraban sin tocarlas, como si se lo hubieran ordenado; a su casa, donde según el tío lo que había en las colinas circundantes era

—Vegetación secundaria, muchacho.

Había un árbol muerto en el patio trasero y una cuerda de tender y un garaje con techo de chapa; y allí donde miraras desde el patio trasero veías casas y la colada de la gente y cajas de carbón a través de la valla; y oías cómo la gente hablaba entre sí y cómo tosía; y el aire por encima de la casa estaba vacío y frío, sin tráfico de pájaros. Y el primo de Toby tocaba el órgano, el primo, y eran cosas religiosas, con himnos, y la prima bendecía la mesa, sin previo aviso, de modo que Toby había empezado a comer, y su tío lo miraba con el ceño fruncido. Y lo primero que hicieron fue llevarlo a pasar el día en el Jardín Botánico, donde cruzaron el invernadero, pisando mangueras y tocando gigantescas flores rosas etiquetadas en lengua extranjera en un trozo de madera, y atadas, para que no pudieran escapar; y todas las flores del invernadero y los helechos en el helechal estaban allí para que los contemplaran, y menuda multitud de gente caminaba arriba y abajo y miraba, volviendo la cabeza y diciendo,

—Qué color tan precioso,

o

—Me gusta ese tono, es como el vestido de Mag, solo que más

intenso,
o
—Ahora se encuentran cosas de ese color, en esas prendas que no hay ni que planchar,
o
—¡Qué flores tan bonitas! Te hacen ser consciente, ¿verdad?

Toda la gente giraba la cabeza hacia delante y hacia atrás como muñecas.

De modo que Toby se pasó el día mirando, y luego en la llamada Concha Sonora, donde tocaban bandas de música, y después en el zoo, donde el oso polar llevaba un viejo abrigo de piel amarilla y tenía los ojos llorosos y rojos como si estuviera resfriado. Todos los animales parecían tener los ojos irritados, como si hubieran mirado con demasiada intensidad a la luz del día, y Toby se preguntó si sus tíos y sus dos primos y él mismo tendrían los ojos rojos de tanto mirar, y le preguntó a su prima,

—¿Tengo los ojos rojos?

—No seas tonto —respondió ella. Los ojos sólo se te ponen rojos cuando has estado llorando o algo así.

Y entonces el tío, a quien le interesaba la historia, los llevó a ver la tuátara. Estuvieron media hora esperando a que se moviera, pero parecía dormida, y en la casa donde vivía el ambiente estaba muy cargado, y la prima tenía ganas de ir al lavabo, al igual que todos, pero nadie había querido decir nada. Así que fueron debajo del monumento, las mujeres en el lado de las mujeres y Toby y su primo y su tío en el lado de los hombres. El suelo era de piedra y estaba cubierto de un viscoso musgo verde. Había un grifo que no paraba de gotear y no se podía cerrar. Y había una ventanita a través de la Cual no se veía nada; estaba rota y reparada con tela metálica, y el tío dijo que la habían destrozado los delincuentes juveniles, que en la ciudad los había a montones, según él.

Toby quiso saber qué aspecto tenían, qué idioma hablaban, si vestían como la gente, si vivían en madrigueras o qué. Y el tío contestó, con la misma voz que había usado para decir «Vegetación secundaria, muchacho»,

—Eres un ignorante todavía, Toby. La ciudad es un lugar terrible.

30

Así que pasó toda la noche, cargado con la maleta y el abrigo, recorriendo las calles de la ciudad a la que llamaban la jungla. Al principio, a su llegada allí, vio poca gente: un policía que caminaba probando los picaportes de las puertas de las tiendas; motoristas con chaquetas de cuero y gafas protectoras, agolpados frente a una cafetería; una mujer, Chicks, alta y morena, pálida como si el color hubiera huido de su cara y con los ojos cansados, plantada en el exterior de la oficina de Correos, ante los buzones con sus bocas obscenas y exageradas. Y Toby pensó en el cuento sobre el alma que sale volando del cuerpo, y entonces se fijó en quienes pasaban y vio cómo su alma volaba y se metía en el buzón, y ellos se alejaban sin tener conciencia de su estado desalmado. Y vio a un niño pequeño que lo miraba temeroso, pensando,

Ese señor tiene una bolsa de piruletas en el bolsillo para mí, y una máscara de seda negra, y una pistola de rayos, y una nave espacial aparcada muy cerca, invisible, lista para raptarme y llevarme a la Luna o a Marte. Y el niño retrocedió, aterrorizado, cuando Toby se dirigió a él,

—Hola, hombrecito, ¿estás perdido?

Entonces llegó la hora muerta y mojada y de calles relucientes, la de antes de que terminaran las películas, y había un hombre alto que llevaba un abrigo de seda negra tan mojado y reluciente como la calle, y caminaba de ninguna parte a ninguna parte. Era el portero de noche de un hotel, camino del trabajo: iba a extender los periódicos en la antecocina del hotel, sacar de la caja el betún y los cepillos y ponerlos sobre el papel, y traer los zapatos que había ante las puertas, recordando cuáles eran, para lustrarlos, con su mano pálida e inmune ocultándose durante un par de minutos en el interior de cada abultado y vacío nido de cuero; luego subiría en el ascensor, con las puertas cerrando sus dientes de hierro tras él; y se sentaría a salvo en su garita, en un taburete de madera, a esperar a que lo llamaran, toda la noche, hasta que hirviera el primer huevo de la mañana para los desayunos más tempranos, y el primer periódico se colara aleteando por debajo de la puerta; y la cocinera llegara dispuesta a acometer su tarea, arremangándose, y dijera

—Tengo los codos rojos. Mira qué rojos tengo los codos.

Toby anduvo por las calles toda la velada. Y la gente de la ciudad que había estado retenida en el interior de teatros y salas mediante alguna especie de elástico, encorsetada allí, salía volando y se derramaba en las aceras a las diez o las once; se tendían y se levantaban en un solo movimiento, de modo que su caída más bien parecía un sueño; corrían entonces en busca de tranvías, autobuses y transbordadores, las mujeres entradas en carnes y envueltas en pieles, con cestas de fruta, cerezas o uvas colgando de las orejas; las escoltaban los hombres, ricos y prósperos, pero no todos; ni todas las mujeres lucían un jardín en la cara.

Toby vio a la misma mujer alta y pálida caminando cerca de él, y le dijo,

—Chicks.

Ella se detuvo y contestó,

—Yo en tu lugar elegiría un nombre mejor, porque si no, nada que hacer.

—Teresa, entonces —dijo Toby—. Solo que es mi hermana.

—Qué relación tan emocionante. ¿La estás esperando?

—No. La encontré muerta y no sé qué hacer.

—Llama a la policía o al médico, y límpiate las huellas dactilares de los ojos.

—Mi madre murió no hace mucho.

La chica, Marjorie, pensó, Oh, el típico chico de campo con su maleta y su impermeable, llegado a la ciudad desde la granja, para ver los sitios turísticos y que le enseñen los lugares de interés, asustado y añorando a su madre y a su hermana. Sonrió para sus adentros. Yo soy igual. Voy vestida para interpretar mi papel y me hago la dura desde que trabajaba en la fábrica.

Y pensó, tendré que ser yo quien haga el trabajo, y dijo

—Ven, entremos aquí, a comer pescado frito con patatas, así podremos hablar.

Y condujo a Toby al interior del restaurante y se sentaron a una mesita cubierta con un cristal, y debajo del cristal se veían dos blondas de papel manchadas con salsa Worcester y salsa de tomate a partes iguales. Y pidieron pescado frito con patatas y café para dos, y una camarera vestida de carmesí les puso delante, al cabo de veinte minutos, dos rebanadas finas de pan, dos rizos de mantequilla con un bonito diseño y dos platos de pescado frito con patatas; también dos tazas de café que, según Marjorie, parecían del color del Waikato cuando bajaba crecido.

Y luego añadió,

—Trabajo en una fábrica, ya sabes, haciendo medias. Empecé en una hilandería de lana y luego pasé a la fábrica de chocolate, pero me hacía engordar, así que ahora estoy en las medias. Cuando tenga suficientes medias para mi ajuar, trabajaré en la lencería Eudora.

Se inclinó hacia Toby, llevándose una mano a la boca para asegurarse de que nadie más la oyera susurrar,

—Me estoy quedando ciega. ¿Te has dado cuenta de que me estoy quedando ciega? El año que viene, o el siguiente, iré por ahí dando golpecitos con un bastón blanco y haré cestas.

Y Toby, de pie y a solas, o paseando por las calles, mirando en los escaparates las radios, las lavadoras, las alfombras, las joyas, los libros, la ropa y los juguetes, y las sombras solitarias y calladas de la gente, vio a la chica, Marjorie o Fay o Chicks o como fuera que se llamara, paseando del brazo de un marinero; y se preguntó, ¿Y si hubiera hablado con ella? Qué habría pasado si hubiera hablado con ella. Vio cómo desaparecían en la oscuridad.

Y entonces recordó, de sus ensoñaciones, que cuando regresara de aquellas vacaciones en la ciudad, su madre no estaría en la estación para recibirlo, para preguntarle si había tenido algún ataque, y si había recordado darle el billete al revisor, y no bajarse en la estación equivocada, ni sacar la cabeza por la ventanilla, ni hablar con extraños; y Toby se alegró de no haber hablado con la chica morena y pálida, pues su madre no llevaba mucho en la tumba, encerrada bajo tierra, y ella nunca había soportado sentirse encerrada, ni siquiera por la ropa o por unas cuentas baratas que le rodearan el cuello, y se desabrochaba los botones de arriba del vestido y se quitaba el collar de cuentas, para poder respirar mejor y ser libre.

31

Algún día de agosto

La verdad, parece que nunca sé en qué fecha estamos desde que empecé este nuevo diario después de perder el antiguo. No entiendo qué fue de él. Tim se burla de mí y dice que lo tiene escondido y que lo lee y lo disfruta; pero sé que solo me toma el pelo. Recuerdo que lo perdí después de que Toby se marchara, y se fue tan de repente que los niños podrían haber muerto quemados aquella noche y nosotros haber salido en el *Evening Star* como ejemplo de padres que dejan solos a sus hijos por las noches. Y no sé qué le hizo Toby a la alfombra de la sala de estar, porque ha quedado estropeada para siempre, menudo desastre hizo con ella.

El mes que viene nos vamos al sur. No puedo contener mi emoción, y tampoco los niños, que han preguntado y preguntado por la casa y yo he respondido y respondido a sus preguntas hasta cansarme.

—¿Dónde está, mamá?

—Donde vivía vuestra mamá cuando era pequeña.

—Pero ¿dónde es?

—En un antiguo vertedero.

(Me gusta dar respuestas precisas a las preguntas de los niños).

—¿Qué es un vertedero?

—Es el lugar donde se depositan todo tipo de cosas desagradables, que nadie quiere.

—¿Dejan allí a los niños?

—No, hijo. De todos modos, lo han rellenado y no lo veréis. —¿Quieres decir que no puede aparecer como un fantasma porque nuestra casa está encima, como si le pones el corcho a una botella y lo aprietas bien?

Más tarde

Le leo esta página a Tim, y le hacen gracia las preguntas de los niños. Mi querido Tim.

Por cierto, creo que van a someter a Daphne a alguna clase de operación para volverla normal.

Y ahora debo leer un capítulo de mi libro *Llanto por la tierra amada*, que describe la cuestión de los negros en Sudáfrica.

32
DAPHNE

Hay un lugar en el sur llamado Arrowtown donde la luz de un dorado pálido y helado incide en una avenida de álamos cuyas hojas están eternamente de un dorado pálido, a punto de caer, pero nunca caen; tampoco se mueven los árboles; ni las nubes, heliotropos de la nieve como las bayas de la *acmena floribunda* desde su ramita de cielo. Y allí las casas se ven borrosas como humo que brote de un fuego amarillo y azul; la gente luce abrigos y bufandas de nubes amarillas y azules. Y si escuchas atentamente en esa avenida, no oyes nada, como tampoco se mueve la gente que hay en ella, ni uno puede recorrerla a menos que rompa el cristal y lo atraviese y trepe, sangrando, cual figura demente y miope, hasta el cuadro que cuelga en la pared de la sala donde Daphne pasa su vida.

El cuadro lleva el título de ARROWTOWN EN OTOÑO, CON LAS KAWARAU, LAS EXTRAORDINARIAS.

Las Extraordinarias son unas montañas.

Pero solo son imaginarias a medias; y las pacientes ciñen sus

sueños a esa pintura y crean más allá de la nube amarilla y azul su propia ladera de pensamiento, cuyas ventiscas, que emergen de la quietud, talladas del bloque de nieve de los sueños cotidianos, soplarán en ráfagas como cisnes o flechas que vuelen de las fauces de la nube amarilla y azul para

restallar su látigo o cantar en la noche demente de cuatro paredes y una bombilla de leche fundida tras la alambrada; y los ojos del mundo mirarán con atención hora tras hora, asombrados ante la tormenta blanca y sin saber por qué.

Y por la mañana la gente de rosa llegará para abrir la puerta y se abrirá paso con esfuerzo a través de la nieve hasta los cuerpos congelados que se amontonan en camillas decoradas con banderas en rojo, blanco y azul y con un berilo, y los llevarán rodando hasta el vertedero, para esparcirlos entre los tallos de toetoe o quemarlos.

33

Al principio, cuando el mundo cambió de color y de forma y llevaron a Daphne a Arrowtown en otoño, con las Extraordinarias, había una mujer de pelo cano y rostro fruncido como alambre retorcido, y ojos de arenisca, que condujo a Daphne desde la ambulancia en la puerta hasta el cuarto de baño, donde habían instalado una artesa arrancada de la ladera de una montaña y habían vertido en ella agua tibia.

—Tienes que bañarte —dijo la mujer—. Pasa.

Se llamaba Flora Norris, y el alambre de su cara se había robado de la malla metálica de las coronas de amapolas y capuchinas depositadas sobre la tumba de su amante imaginario, veinte años atrás. Era la enfermera jefe del hospital, celadora de las Extraordinarias, salvo por la tribu que vestía abrigos de nieve y, cada mañana, asaltaba el mundo de los álamos y la nube de gente en azul y amarillo. Pero Daphne no sabía nada de eso. Se sentó en la bañera y frotó con el dedo los ojos de arenisca de la enfermera jefe. Se estremeció, se tumbó en la artesa y tomó en la mano un pastelito de nata que olía a día de colada y a las sábanas que burbujeaban en la

olla de cobre.

—No te lo comas. Úsalo para lavarte —ordenó Flora Norris.

Daphne se frotó la nata por el cuerpo para aliviar la piel en carne viva donde la arenisca la había raspado y herido. Luego la mujer vertió una cascada de agua de una jarra de lavativas sobre su pelo y dijo

—Ahora sal y ponte este camisón. Pero antes… ¿Tienes cicatrices? ¿Te han operado de algo? Déjame ver.

Volvió a raspar el cuerpo de Daphne, de modo que el lavado con nata no había servido de nada, pero no encontró las cicatrices que las agujas de pino habían cosido; así que le puso por la cabeza algo cuadrado y a rayas, y con las mangas rectas, como un espantapájaros vacío esperando a que lo rellenaran; y la mujer de rosa que la ayudaba condujo a Daphne a una hilera de compartimentos, como caballerizas, con puertas batientes y espacio para mirar por encima y por debajo, y dijo con aspereza

—¿Quieres ir? Pues date prisa.

Asomó la cabeza por encima de la puerta mientras Daphne estaba sentada allí.

—Lista —dijo Flora Norris—. Usa ese trozo de papel para limpiarte.

Y luego añadió,

—Rápido, a la cama contigo.

Y entonces sonrió y el alambre que le rodeaba la cara se fundió y se deslizó en un hilillo por el cuello hasta el interior de su uniforme blanco, con lo que le hizo cosquillas o la pinchó, y hundió la mano para cogerlo y devolverlo a su sitio y borrar la sonrisa.

—Recuerda —dijo con tono severo—, todo el mundo intenta ayudarte. Depende de ti que cooperes y te tranquilices.

Daphne yacía en la cama, la más cercana a la chimenea; con algo de goma, como un felpudo, extendido bajo la sábana; y Adelante, Adelante escrito en la parte inferior del edredón. Y la anciana y menuda madre superiora, que pasaba con un cesto de ropa blanca, toallas y sábanas y fundas de almohada para el día siguiente; la irlandesa, con las botas de piel con cremallera y los ojos de mar y la

barba negra y gris, se acercó a la almohada de Daphne y susurró,

—Hola, ¿y por qué no hablas?

—Déjala —dijo la enfermera, que ordenaba, contaba y marcaba la ropa de Daphne—. Déjala. Esta es Daphne. Está demasiado enferma para entender lo que dices.

Y Daphne, que estaba escuchando, pensó: Oh, menuda trola. No me pasa nada en absoluto, excepto que me han bañado en una artesa y sumergido bajo una cascada y me han arrancado las agujas de pino de las cicatrices para que manen sangre invisible. ¡Qué mentira! Le demostraré ahora mismo que está equivocada.

Y apartó la ropa de cama, dejó caer el pie sobre el resbaladizo espejo marrón que se extendía como un suelo por la habitación y, saltando de la cama, se apresuró a salir por la puerta hacia el pasillo. ¿Y ahora, adonde?

Pero las enfermeras, que toqueteaban y doblaban su ropa en la maleta, exclamaron

—¡Cogedla! ¡Cogedla!

Y aparecieron cinco sombras, de modo que acabó metida en una casita en la ladera de la montaña; y ella gritaba que la dejaran salir, solo para detenerse en el umbral y contemplar el mundo y las gencianas y el carrizo de nieve o para ver si Dios decía

Bienaventurados los mansos y los pobres de espíritu.

Pero las cinco sombras susurraban al otro lado de la puerta, y una sexta se acercó con sigilo, y de pronto abrieron la puerta y agarraron a Daphne y la llevaron a otra casa en la ladera de la montaña; había muchas casas, todas pequeñas y hechas de nieve y hierro; pero esta era resistente, sin luz, y con olor a paja, y en el rincón había un recipiente redondo de goma como un sombrero de copa al revés, o uno de esos de fieltro que llevaría un ministro de gabinete; sólo que era un orinal, y una de las sombras dijo,

—Úsalo, Daphne. Queremos una muestra.

Y todo ese tiempo, en el exterior, las ovejas seguían en las laderas más bajas de la montaña, y el manto de nieve más arriba, y los patos se elevaban, como arcoíris, de las lagunas negras del valle.

34

Y Daphne vivió allí sola muchos años, entre arremetidas e insinuaciones del sonido durante días sin luz y noches sin oscuridad; primero los gritos de las granjas en la montaña, la retahila de cháchara animal como un latigazo que brotaba de la niebla matutina y volvía a ella; el oído ahogado por un lazo de ladridos, cacareos, alaridos; y los gritos de la otra granja, la de abajo, con su hilera de establos llenos de estiércol humeante de idiotas y locas muertas tiempo atrás que conspiraban para hallar su tesoro diario en la pequeña habitación de montaña de cuatro rincones y un ventanuco de madera. Y la lucha por apoderarse del tiempo entre las sombras de lamas de un sol irreal, porque allí el día es día pero nunca lo es.

Y el silbato, la sirena, suena a cierta hora como el grito de la hilandería, y Daphne recuerda las mañanas de álamos y su alta sombra cercenada y la sangre que se filtra a través de la colcha de hojas, y las perlas de hielo en el corazón de los repollos para reyes y reinas; y el brillo pegajoso de la huella de un caracol; y el cielo con sus jirones desolados, sin consuelo, como una manta de algodón barato que no calienta y que el viento atraviesa. Y las muchachas de

la hilandería de lana en sus bicicletas, perseguidas por el viento del sur hasta sus habitaciones de ceguera; pero no aquí, Daphne, pues aquí, a la hora de la sirena, la puerta de la casucha exterior de la montaña queda abierta, y alguna otra puerta de una casa de ladrillo alberga a idiotas y mutilados y a enanos con sus caras de crespón y sus ojos de pergamino, y estas gentes se trasladan al patio; parlotean, farfullan y se callan; saben qué les dices; lo saben, son comprensivas, así que deben trabajar; y salen saltando y cojeando y arrastrándose, con fardos de ropa sucia bajo el brazo hacia la lavandería; todo el día con el siseo del vapor como serpientes en los oídos; planchando, doblando, tendiendo la ropa; alimentando y quedando aplastadas, sus cabezas y los huesos de sus cabezas, bajo la trituradora que es el tiempo, cogiendo las sábanas de tierra entre las que yacen y las fundas de almohada de ensueño sobre las que reposan sus corazones. Se sienten cansadas e incansables, sus rostros están calientes, y se arremangan las batas estampadas y se sientan todas juntas, con su vino y sus hogazas de pan en el centro; y a media mañana beben el vino y parten las hogazas de pan, y quedan satisfechas. Y los hombres cuentan historias, y pasean en pijamas de médico, sonriendo y estrechando manos e inclinándose porque son Dioses vestidos de franela; pero no todo es paz; porque riñen y gritan y pelean por la última hogaza de pan y el último vaso de vino hasta que la supervisora vuelve de su rincón acogedor, con la boca enharinada y húmeda de bollos calientes; y vuelve a sonar la sirena y los verdugos comienzan sus revoluciones de despiadada avaricia; y el vino y el pan se derraman de las farfullantes y calladas bocas, y mueren hasta la renovación del festín a mediodía, en la casa de ladrillo de la ladera de la montaña. Daphne oye cómo regresan arrastrando los pies, lloriqueando, como perros a su perrera; y luego el silencio de acción de gracias,

Bendito seas, oh Señor, por esta carne.

La mano del silencio cubre sus bocas hasta el primer bocado que trae la paz y la guerra, mientras la enfermera jefe y la hermana a cargo de la sala, en blanca comunión con el habla de la hilandería y la lavandería, fluyen como olas de mesa en mesa, vertiendo y

sazonando y omnipotentes.

Después de la comida, viene el medio minuto para recomponer la cabeza y enfocar los ojos marchitos de vuelta al calor y al vapor; la sirena puntual exige, como un *sheriff* emplazado en el cielo, el cuerpo condenado de idiotas y locas muertas tiempo atrás, la procesión saltarina y dulce y torpe al lugar de la mutilación y a la tarde de muerte y festín, hasta la noche sin oscuridad y el nuevo día sin luz.

35

Y Daphne vivió allí sola durante muchos años. Hay silencio en la habitación de la montaña. ¿Vendrán Toby o Francie o Chicks, o los padres, que se han establecido como esculturas en el mismo lugar para siempre, con sus vidas creciendo a través de sus cuerpos como la hierba a través de un monumento de piedra que envejece? ¿Quién vendrá a este silencio?

Alguien se agita en la habitación de al lado y canta para maldecir al viento del oeste y a todos los hombres, y es Mona, la de la piel aceitunada y el pelo oscuro y los ojos castaños como la cerveza tostada. Quiere recuperar a su hijo para mirarlo, alimentarlo, enseñarlo a odiar y cantarle,

—Así —dice—, con mi ukelele o mi guitarra en la mano, y ahora qué cantaré… ¡Ah!

Mi risueño australiano, mi tesoro,

estoy loca por ti.

—Y luego, mi niño, entonaré esa canción divertida que te cantaba tu padre, maldito fuera

Soy vagabundo y jugador, lejos de mi tierra,

vete y déjame en paz si no te caigo bien.

Yo como si tengo hambre y bebo si la sed da guerra,

y si el alcohol ilegal no me mata, viviré hasta los cien.

Y entonces, por si su hijo, al que ahora sostiene en brazos para cantarle y enseñarle a odiar, se queda con hambre, Mona piensa en la comida del niño y se lo cuenta al mundo desde la ladera de la montaña, pero no piensa en la leche que fluye rica y amarilla, con una capa de amor, del pecho o de la teta de la vaca cuando el ternero recién nacido embiste con la cabeza y bailotea, sin cuernos y todavía húmedo del parto, sino que piensa en las *burbujas del queso*, en cómo mezclarlas, cómo cocinarlas y…

—¿Conocéis las burbujas del queso? —exclama Mona—. ¿Las conocéis? Crujen y son saladas, como la sangre, mezclada con queso que es leche agria, leche desnatada, azul y despojada, el poso del amor. ¿Conocéis las burbujas del queso? ¿Las conocéis? ¿Hay alguien que pueda responderme?

Daphne, en la habitación de al lado, no contesta, pues espera a que venga Toby, o Francie, o Chicks con una bolsita de trigo para repartir entre todos por igual. Ah, se oyen pisadas al otro lado de la puerta, los ojos del mundo miran a través del ojo de la cerradura, la llave gira y aparece un miembro de la tribu blanca, el jefe tal vez, que viene a decir por qué y dónde y cómo.

Y entonces,

—A ver, ¿dónde estás? —preguntó el jefe—. ¿Sabes ahora dónde estás? Llevas mucho tiempo enferma. ¿En qué mes y en qué año estamos? ¿O en qué día? ¿Sabes cómo te llamas?

Y después,

—¿Por qué estás aquí? ¿Sabes por qué estás aquí?

Y todo el tiempo Flora Norris permanecía a su lado, con las manos entrelazadas a la espalda, el rostro hendido por el alambre de la capuchina de los sueños, los labios apretados para aprisionar el beso alucinatorio de treinta años atrás.

—Díselo, Daphne —repuso soltando las manos antisépticas y sin anillos para unirlas al frente, bajo el pecho—. No tengas miedo. Háblale.

Daphne se sentaba en el rincón sobre el colchón de paja, las piernas cubiertas por un trozo de manta rota, con el camisón a rayas y rectangular que le caía como un bastón de caramelo descolorido.

—Díselo, Daphne —insistió Flora Norris.

Daphne no dijo nada. Para sus adentros, pensó,

Están locos. Son unos farsantes. Son ladrones que recorren a hurtadillas la noche y el día de sus vidas, intercambiando sus mentirosos porqués y comos y adóndes, como diamantes y oro falsos, para guardarlos dentro de su cerebro humano de cuero hasta la próxima incursión y la violencia del intercambio, cuando harán tintinear en las manos sus baratijas de arcilla y cristal, que el sol no ha tocado, y gritarán,

—¿Quién comprará nuestras respuestas, el genuino tesoro, quién las comprará?

Son fraudes, porque los verdaderos cómo y dónde y quién y por qué están en el círculo de toetoe, con la hermosa escritura del libro de contabilidad y del libro tirado a la basura que contaba la historia de Pulgarcito sentado en la oreja del caballo; y el sol brillaba a través del fuego expiatorio, para crear diamantes y oro auténticos. Y allí nos sentábamos, ¿verdad, Toby, Chicks y Francie?, al igual que el mundo se sienta por las mañanas, sin miedo, a tocar el cómo y el porqué y el dónde, la moneda milagrosa que llevo conmigo, arrebujada en el forro de mi corazón, escondida porque lo sé. Y Toby la lleva de aquí para allá a través de continentes y mares y no la entiende pese a que brilla y golpea parte del fuego que él lleva dentro; y Chicks tiene miedo, y la cubre con una lavadora y un frigorífico, y una estufa tras un cristal.

Todo lo que esté dentro de una vitrina es valioso.

De modo que Daphne pensó y no habló, y el jefe de la tribu blanca, que llevaba gafas y, en el bolsillo, el retoño de un árbol de caucho para escuchar ante la puerta subterránea del corazón su latente secreto, se adelantó y esbozó una sonrisa alentadora, y dijo

—Vamos, Daphne, háblame, sé buena chica. Vamos a hacer que mejores después de todo este tiempo. Pronto estarás en casa.

Y como Daphne seguía sin hablar, el jefe probó con otro tema,

olvidando el cómo, el por qué y el dónde, aunque fue una pregunta al fin y al cabo.

—¿Cómo van tus intestinos? —dijo—. ¿Y la orina?

Flora Norris hizo un gesto de impaciencia y aferró los hombros de Daphne.

—¿No lo entiendes? —espetó—. Te están hablando.

Y entonces Daphne se movió y le soltó un bofetón en la cara a Flora Norris, hundiendo las manos en el alambre de espino, pero notando durante un instante el terciopelo y el calor de la capuchina de los sueños; y volviéndose hacia el jefe blanco lo empujó de nuevo hacia la puerta, casi haciéndolo caer, por lo que el médico protestó

—No, ahora no, querida.

Y con una mirada de reojo a Flora Norris, y una expresión de curiosidad al ver la nueva flor que le crecía a la enfermera jefe en la mejilla derecha, susurró señalando a Daphne,

—Es peligrosa. Dele un sedante.

Flora Norris, recuperada y marchita, se apresuró a contestar,

—Por supuesto, doctor.

Y ambos salieron de la habitación, cerraron con llave y espiaron finalmente con los ojos del mundo, a través del agujero de la puerta, para ver si quedaba algún indicio de tormenta en la pequeña habitación de la montaña.

Y cuando se fueron, Daphne se acercó con sigilo a la puerta y, metiendo el dedo por el agujero, esperó allí, al parecer durante muchas horas, a que alguien viniera y le colgara del dedo una genciana o una baya de nieve o un pensamiento enano naranja, o un tallo de carrizo de nieve arrancado de las alturas que surcan las alondras para cantar.

36

Por la mañana, a las seis en punto, ya en la semipenumbra del otoño, la enfermera le dio a Daphne ropa y un par de calcetines largos de lana gris como los de Navidad y la chimenea y cuando Toby lloraba porque estaba enfermo y no podía mirar dentro para ver los regalos; estaba en cama, retenido allí hasta que llegara el médico para escribir su código en el libro negro y poder pedir el nuevo frasco de pastillas; en la cama, con una funda de almohada limpia y la única sábana limpia, o de lo contrario el médico se daría cuenta y llamaría al inspector de sanidad desde la cabina telefónica de la esquina, donde un hombre con un abrigo carmesí y zapatillas de fieltro rompió el listín de teléfonos por la mitad, dos veces, para convertirse en el campeón del mundo, el campeón de romper cosas en pedazos. Hay tantas posibilidades de ser un campeón que se diría que hay espacio para que todo el mundo sea uno y lleve una medalla y un certificado, enrollado, para poder desenrollarlo y señalar con orgullo la letra con filigranas. Y cuando viniera el inspector de sanidad, echaría a la familia de su casa para que fueran a sentarse en la cuneta, con una caja de cerillas de un penique para venderlas bajo

la intensa nevada, sin que nadie las comprara, y toda la familia, la madre, el padre, Francie, Toby, Daphne y Chicks, alzaría la mirada hacia las luces de las casas de los ricos, y vería sus banquetes sobre la mesa, el mantel blanco y las velas encendidas sobre la tarta.

Sí, un par de calcetines largos de lana; y un par de pantalones. Solo que

—Hay un pantalón para ti —dijo la enfermera maorí—. Y un blusón azul a rayas, de sarga de algodón, y un jersey gris.

»Ponte esto, Daphne. Tienes que levantarte.

Y había un patio lleno de gente dando saltos y brincos y bailando y llorando y riendo peleando y gritando y muerta. Daphne se sentó en un rincón junto a la pared. Había clavos que crecían, como flores, en la parte superior de aquella pared, solo que no tenían colores y estaban ahí para hacerte daño si intentabas trepar.

Daphne pasó toda la mañana sentada en el rincón sin hablar con nadie, limitándose a mirar a la gente que daba saltos y brincos y bailaba y lloraba y reía y gritaba y se peleaba y moría.

Había dos muchachas, jovencitas, pero ya sin edad, gemelas y desdentadas, que arrastraban sus dieciséis años de aquí para allá por el cráter gris, sus rostros manchados por el sol fijos en nada, a menos que fuera en el tiempo de después de la Bomba y el vacío; y sus gargantas gorgoteaban y se ahogaban con el habla de la idiotez; y sus grandes ojos castaños estaban llenos de dulzura. Barbara y Leila. Todo el día representaban su número de vestirse y desvestirse, ofreciéndose mutuamente su ropa y sus cuerpos, canturreando y gimiendo en su visión animal de la domesticidad y la perdición. Y la enfermera maorí las observaba, gorda y sonriente, plantada con las piernas abiertas, los grandes pies embutidos en los zapatos antes blancos y ahora amarillos; con los cigarrillos en el bolsillo, junto con las cerillas y las llaves; o frunciendo el ceño y exclamando con voz melosa,

—A los lavabos, señoras,

mientras agarraba los cuellos de los jerséis grises, y a las personas en su interior, para arrastrarlas hasta la puerta y empujarlas dentro; y luego, berreándoles, burlándose de ellas, feliz con ellas, las vestía

como una niña vestiría un mundo entero de muñecas parpadeantes y estúpidas a las que solo les han dado cuerda suficiente para gimotear mamá mamá, y hacerse pis; y caminar media docena de pasos cada vez, sin dirección ni sentido; y la enfermera maorí con ojos como agua de riachuelo y nariz chata como una pala, piensa: tendré cien bebés para que cuiden de la abuelita, eh, allá en el norte bajo el sol.

Y así sucedía una mañana y todas las mañanas y todos los días, pero la gente crecía mansa y unida, como viejos bulbos sin promesa de floración, arrojados al montón de basura para hundirse en la suciedad y la ceguera y brotar después como una comunidad distinta de oscuros y tiernos zarcillos y arraigar flores mutiladas de un color aún invisible: narcisos, junquillos, tulipanes y azafranes manchados con briznas de nieve.

Y la noche. El dormitorio, y las mujeres rígidas, temerosas y errantes que, conscientes de la montaña de ahí fuera y sus furibundas tormentas, se acurrucan en su ropa de cama, todas ellas; salvo Florence, que se ha sentado para peinarse el cabello del que dicen que es de argento, oculto todo el día por el pañuelo rojo y azul que se ata sobre él; Florence, que habla, como quien pronuncia un hechizo, de los lugares del norte y de sí misma cuando era una huérfana allí sola, cuando tenía dos años y trabajaba en los bares de la ciudad, sirviendo cerveza a los hombres salvajes y barbudos; a sus dos años, cogía el tranvía hasta la ciudad, luchando por abrirse paso entre la multitud, pero viajaba gratis porque era Florence, de dos años, y trabajaba de camarera en el bar. Y a Florence, que crea ese hechizo al acariciar su largo cabello que llaman argento, todas la creen y la aman y nadie se ríe de ella ni contradice su sueño; ni el sueño de ninguna, excepto las poco amables y más agresivas, que llevan su sueño más pegado a ellas, más cerca de la dulzura de su corazón para mantenerlo caliente pero sin compartirlo.

Y el cráter gris de las locas muertas tiempo atrás sigue lo suficientemente vacío como para llenarse de muchas verdades juntas.

37

Al mismo tiempo que Bob Withers golpeaba al títere del pecador para hacerlo llorar; y Peter Harlow decía a primera hora de la mañana de Navidad, ¿Quién apaga el sol?, era Navidad en la montaña donde vivía Daphne.

Navidad con un pino que murió al tercer día, colocado en un rincón de la sala polivalente y lleno de campanitas y estrellas colgantes, aunque solo fueran de papel brillante, pero ellas creían de verdad que eran estrellas; y una muñeca a modo de ángel en lo alto, con los ojos azules pintados y el pelo rubio y un vestido de *ballet* plateado con volantes como el que llevaría un ángel. Y tiras de papel, de todos los colores, esparcidas por la habitación, por las montañas, las Extraordinarias, y dentro y fuera de los troncos de los álamos.

Y paquetes llegados de ninguna parte, con pasteles como el Everest, para que la gente alborozada que bailaba en el salón los despojara de nieve al instante; y dejaran solo la tierra negra del pastel rechazado, desmenuzada y empapada, pero minada de grosellas y pasas sultanas y cerezas glaseadas. Y botellas de gaseosa que se destapaban y se bebían con dos pajitas o tres, y la terrible elección

entre la frambuesa y la naranja, la sangre y el sol. Y la noche de los villancicos, con la tribu blanca sonriente y afable, el jefe benévolo, que no vestía de blanco esta vez, sino un traje azul marino a rayas y una corbata verde, como visten los jefes, en la ladera de la montaña, en Navidad. Y el día con el hombre de rojo y algodón, el farsante, lo llaman en el mundo, pues es un ser humano disfrazado, con su ayudante de traje negro y pantalones sin puños y manos fuertes para agarrar y forcejear con los desconcertados hombres del otro lado de la montaña; pero aquí es real, se llama Papá Noel, y sonríe y reparte regalos, perfumes y polvos y ropa interior, y para las ancianas un delantal de plástico para cada una, todos con el mismo estampado, un pájaro rojo que vuela en algún lugar a través de un cielo verde. Y el jefe está ahí con sus compañeros jefes, todos benévolos, indulgentes y sonrientes. Y Flora Norris, plantada entre dos jefes, explica cosas y señala a la gente y sonríe cuando Daphne, con un regalo en la mano, vuelve hacia Papá Noel a por otro, y por qué no. Pero Papá Noel, con la sonrisa congelada y la cara ardiendo, cansado a esas alturas, dice con aspereza,

—No, no. No seas avariciosa.

Daphne sigue allí plantada, entre el asombro y la vergüenza, ya volviéndose a medias para regresar a su asiento en el rincón, pero sin querer hacerlo del todo, con la otra mano todavía tendida para recibir el regalo, y no unos pantalones, ni unas enaguas con lazos azules, ni unos polvos de talco, ni un paño para la cara como les han dado a las demás; ni una caja de jabones de lavanda, malva y con relieve de flores, ni cuatro pastelitos en una rígida tira de celofán, como los que tiene en la mano, sino algo diferente, cuyo nombre, forma o tamaño no sabe muy bien, pero es algo que quiere y necesita, y espera que Papá Noel, el Dios rojo y blanco plantado en medio de la habitación frente al ángel y el árbol, comprenda su necesidad. Pero él estira su cuello humano desde el pesado traje de sangre y frunce el entrecejo, molesto e impaciente.

—No seas avariciosa.

El hombre hace una pausa para conocer su nombre y mira hacia Flora Norris, que se lo proporciona con rapidez y pulcritud, tan

agujereado y manipulado como un billete de transporte,

—Daphne Withers.

—No seas avariciosa, Daphne. Vete.

Y viendo que el Dios rojo y blanco no es Dios, y que ni hay regalo ni Navidad, Daphne se echa a llorar, quedamente, y le arroja su caja de jabones abierta al Dios de algodón. La tapa de la caja salta y los jabones sueltos se derraman y la habitación exhala un aliento a polvos perfumados de lavanda inglesa, y Papá Noel estornuda ante aquel perfume intenso y barato, y Flora Norris, avergonzada ante los jefes, hace señas a una enfermera para que se lleve a Daphne, junto con sus jabones de lavanda, para encerrarla.

—Codicia, pura codicia —le explica Flora al jefe de mayor rango.

—La gente así es la que echa a perder el día entero.

El jefe asiente, inhalando el mortecino aroma de la lavanda, y otro olor que nadie ha percibido antes, y que hace que Flora se dirija en urgentes susurros a una de las enfermeras, que se lleva a toda prisa a una paciente y a otra y otra más, todas agarradas a sus paños faciales y a sus delantales y a sus polvos (de lila y rosa), al cuarto de baño. Y la Navidad se acaba, o nunca empezó, y el ángel de la rama más alta del árbol muerto se convierte en una muñeca como una estrella de cine de Woolworths. Y los tres reyes magos, de quienes se dice que siguieron la estrella equivocada, se sientan al otro lado de la montaña, en pequeñas habitaciones con ventanucos altos y puertas cerradas con cerrojo; y allí dormitan, soñando con el final del viaje, o despiertan, maldiciendo entre lágrimas la ignorancia del hombre sobre la brújula humana y hacia dónde le señala la mano de la estrella que debe dirigirse.

38

Poco después de Navidad llegó el momento del pícnic, con la Navidad recién sepultada, la tumba llena de tierra otra vez y sin que nadie saliera a pasear al sol o en la oscuridad para descubrir que la lápida se había alejado rodando.

El pícnic iba a ser el domingo.

—Si el tiempo sigue así —dijo Flora Norris, consultando a la hermana de guardia en la pequeña y estrecha habitación que era el despacho de Flora y parte de su apartamento. Vivía en el hospital, como una paciente más. No tenía otro sitio donde vivir y, salvo por el hecho de que tenía pacientes que le hacían la cama, le barrían la habitación, le ordenaban la cómoda, le traían la comida y los papeles; sacaban brillo a sus cosas; le arreglaban las flores recogidas del jardín delantero; salvo por eso, ella misma podría haber estado encarcelada, y de hecho se encontraba sometida a una especie de cautiverio exasperante, por lo que cada año, cuando llegaba su mes de vacaciones, no sabía adonde ir, porque no había ningún sitio lejos de su prisión. Y a veces se preguntaba ¿Y cuando me jubile? ¿Qué pasará en ese momento? Tengo suficiente dinero, desde luego, pero

ningún sitio al que ir. ¿Y si me vuelvo loca? Se sabe que a algunas les ha pasado, y que se las llevan al norte, pero ¿y si me pasa a mí?

Y entonces, para acallar sus temores y tranquilizarse, se daba un paseo por el hospital, con las enfermeras abriéndole las puertas y poniéndose firmes, y los médicos jóvenes, asustados y desconcertados pidiéndole consejo, y la cocinera de la cocina principal prometiéndole que le prepararía unos pasteles rellenos de nata de la granja para merendar. Visitaba todas las salas y, si era la hora de comer, trinchaba el cordero asado de los miércoles o ayudaba a repartir las gruesas salchichas sin condimentar del domingo, o miraba cómo se servían en los platos las de Frankfurt de los martes o los viernes. Y si no fuera porque no la llevaban en una carroza tirada por seis caballos tordos, o porque no pisaba la alfombra de terciopelo que le tendieran de una sala a otra, o porque no se inclinaba y sonreía levantando suavemente la mano ante la multitud que la esperaba respetuosa, bien podría haber sido una reina; de modo que olvidaba su desdicha y, recordando el beso de treinta años atrás y el alambre de la malla metálica en la tumba de su amante, sonreía como una capuchina que se derrite: luego tenía el poder de deshacer esa sonrisa, dar nueva forma a la flor marchita y volver a ceñirse la malla de alambre más apretada en la piel, que nutría cada noche con crema Delicia para mayores de treinta años; Flora Norris no habría revelado nunca cuántos años hacía de sus treinta, pero cada noche se acostaba con la máscara blanca y aceitosa de Delicia en la cara, en la almohada manchada y perfumada, y con los ojos hidratados cada media hora con algodón caliente; y miraba fijamente a través de la ventana con barrotes de hierro, gracias a una aterradora ilusión de luz de luna, hacia el tejado de pizarra del lado de los hombres de la montaña, y su enorme comedor vacío con sus largas mesas fregadas y llenas de cicatrices, y el suelo de linóleo, donde cada día un paciente, con la boca de idiota abierta y rezumando babas, guiaba la máquina eléctrica que pulía, girando, quejándose, amenazando; se rebelaba contra el hecho de borrar la tortura cotidiana, o arraigada a base de años, que soportaban los hombres con su caminar sin rumbo.

Hacía buen tiempo para el pícnic, al principio. Las pacientes elegidas, acicaladas y dulcificadas, se sentaban como muñecas navideñas vestidas y muertas en un escaparate mundano, a la espera de que alguien las escogiera y se las llevara y les diera cuerda para poder caminar, hablar, bailar y ser reales. Llevaban pintalabios sacado de la caja de maquillaje que se guardaba en la sala de exploración, en un estante con frascos de orina y veneno; y gráficos; y un apéndice prensado, apergaminado, como una hoja colocada entre las páginas de una Biblia familiar o un libro con ideas para días de abatimiento. Y llevaban colorete y polvos y crema facial de la misma caja, porque a Flora Norris y la hermana Dulling les parecía que ese tipo de cosas era el primer paso para llevar una vida normal; y una vez que aprendían qué iba primero y dónde, la desaparición o la crema limpiadora, eran capaces de avanzar, como lo expresó uno de los jefes en una charla radiofónica,

—por la senda de la cordura, hacia los verdaderos valores de la civilización.

De modo que las mujeres se acicalaron. E iban vestidas muy elegantes, porque viajaban en el autobús, y en la parte trasera del autobús, donde se lleva el equipaje, Flora Norris y la hermana Dulling habían metido una tonelada de cosas buenas para comer, sándwiches, pasta de untar, tomate y carne, que por un pelo no apestaba a podrido; y pepinillos; de hecho había demasiados sándwiches para las veinte personas que viajaban, sin contar al conductor del autobús, al guarda para encender el fuego y ser útil en caso de violencia, y a la enfermera y a la hermana Dulling; tantos sándwiches que las pacientes podrían haberlos extendido, como baldosas blancas integrales y blanditas, para hacer una senda por la que caminar hacia algún lugar, si hubiera algún lugar en el mundo al que dirigirse.

Así que se sentaron hasta que el autobús, panzudo y descarado, estuvo listo para ellas, y luego se vertieron en su interior como una brisa de verano y un líquido abrillantador; y se sentaron mirando a todas partes y con cara de susto, y oliendo el aceite del motor, mirando los ventiladores, alisando el cuero de los asientos, y

abriendo y cerrando y volviendo a abrir las ventanillas; y dando brincos; y mirando hacia afuera y a las que no iban y no entendían lo de ir de pícnic; las pacientes que comerían en la sala, como siempre, y pasarían la tarde en el patio, y luego tomarían el té, como siempre, como siempre, y serían conducidas a la cama, desvestidas, con su hatillo de ropa atado con la manga de un jersey gris para colgarlo en el exterior de la puerta. Aunque tal vez existiera la posibilidad, en algún momento de la tarde, de que una enfermera arrojara caramelos desde la ventana al patio, y se produjera una refriega que terminaría en peleas y llantos, pues algunas son más rápidas a la hora de cogerlos, como la gente normal, y otras son lentas.

Y mientras estaban allí sentadas mirando a través de las ventanillas del autobús hacia la gente sin pícnic, Ngaire, vestida de azul con el pelo recogido con un lazo azul, con un aspecto muy a la moda, le gritó de repente a la gente sin pícnic, y volvió a gritar una y otra vez, y aporreó la ventanilla del autobús, porque tenía miedo, y todo era extraño, lo de estar vestida así con un vestido azul y un lazo azul en el pelo; el guarda se encaminó hacia ella a toda prisa y la sacaron del autobús, rápidamente, y la llevaron de vuelta a la sala polivalente, donde miró por la ventana, anhelante, como una más de las que se habían quedado atrás, pero tranquila ahora que no había nada desconocido, ningún lugar extraño al que viajar y donde comer bajo árboles extraños y un cielo desnudo junto a un arroyo fantasmal helado y siempre fluyente.

Flora Norris, que observaba y esperaba para despedir al grupo del pícnic, dijo,

—Qué lata, esto significa un asiento vacío. ¿Quién irá en lugar de Ngaire? ¿Quién está lo bastante bien para ir?

Y la hermana Dulling, vestida de azul marino con lunares blancos, además de un sombrero de paja para el sol y sandalias, con un aspecto muy veraniego, dijo a su vez,

—Qué lata. No hay nadie.

—¿Y Daphne? —sugirió Flora.

—Bueno, si quieres, pero… —repuso la hermana Dulling.

Fueron en busca de Daphne, la vistieron y la llevaron, desde la

pequeña cabaña en la ladera de la montaña, a la luz del día, a meterse en la panza del monstruo rojo y dorado, que ronroneó al empezar a moverse y brincar; y más tarde, cuando recorrría las colinas, a gemir y llorar, de camino a un pícnic. Y la hermana Dulling recorrió dos veces el autobús cargada con una lata de galletas llena de caramelos y diciendo con generosidad,

—Coge uno.

Daphne cogió uno de regaliz y frutas variadas, y desprendió los surcos de noche que se alternaban con el día en amarillo, azul y rosa, y lo chupó hasta que quedó en nada mientras el autobús gemía y sudaba, y

—Pícnic, pícnic,

exclamaban algunas pacientes,

—Pícnic. ¿Dónde?

La hermana Dulling no contestó. No tenía permitido decirlo. Era un secreto, como lo eran todos los pícnics, por si el mundo se enteraba de adonde iban y las seguía, para mirar y reírse; y tal vez incluso en ese momento el mundo estaba escuchando, de modo que la hermana Dulling no reveló adonde iban.

—Es una sorpresa —dijo.

—Pero ¿adónde?

—A algún sitio, sólo a algún sitio.

Era un lugar de manuka blanca y con una poza fluvial de hielo marrón y unas colinas de hierro verde; con una nube que cruzaba ante el sol, para dejar caer una lluvia plateada de pícnic como una horquilla nueva que recoger más tarde, a la luz del sol, en las matas o en el pelado emplazamiento del banquete carbonizado por fuegos antiguos y sembrado de papeles y botellas y latas de sardinas del pícnic de ayer; y

—¡Hurra! ¡Hurra!

gritaba la gente muerta, saboreando el sol y la manuka blanca, y de haber algún vestigio de oscuridad, se sacudiría y disiparía cuando el mantel, como una luz solar cargada de blanco, se extendiera en el

suelo para que todos se dieran un festín.

—¡Pero el té, el té! —exclamó el guarda que preparaba el fuego.

—Nos hemos olvidado de traer té.

El guarda sostenía la lata de agua hirviendo, esperando.

Era cierto. Habían olvidado el té. Pero en lo alto de la colina había una granja, y la hermana Dulling dijo,

—Algunas de nosotras podemos bañarnos en el río mientras la enfermera y una paciente van a comprar té a la granja. Seguro que nos venden un poco de té.

De modo que la enfermera eligió a Daphne, que había estado tranquila, sin pegarle a nadie ni birlar nada de la comida antes de tiempo, y se despidieron, o más bien se despidió la enfermera, levantando el bote vacío y diciendo,

—Volveremos con esto lleno de té.

La hermana Dulling y el guarda les dijeron adiós con la mano, y se miraron uno al otro, y luego a la multitud de locas que había a su alrededor, y vieron que parecían felices y asombradas, que se bebían la luz del día en cuanto se derramaba en sus insensatas gargantas; y la hermana Dulling se encogió de hombros y dijo,

—Lo que daría yo por una gota de civilización en toda esta loca congregación. ¡Oh, y por una taza de té bien fuerte!

El guarda esbozó una expresión maliciosa y pensó en alguna bebida mejor; había considerado a medias traerse una botella cuando viniera al pícnic, pero sabía que le costaría el puesto si se enteraban; así que estuvo de acuerdo con la hermana Dulling,

—Creo que una buena taza de té nos sentaría bien. Esta pandilla lo pone a uno de los nervios. Siempre pienso que algo va a pasar cuando salen de esta manera, todas vestidas como si fueran personas de verdad. No solían hacer salidas elegantes como esta. Me fumaré un pitillo en el autobús, lejos de todo.

—Siempre que mantengas los ojos abiertos —repuso la hermana Dulling.

—Oh, desde luego que lo haré.

Así que el guarda se sentó en el autobús, y las pacientes lo observaron en toda su gloria, sentado a solas y sin viajar a ninguna

parte; entretanto la hermana Dulling y algunas pacientes se ocultaron tras arbustos separados para ponerse los trajes de baño que habían traído, la hermana tenía uno propio y no uno del pabellón como las pacientes; el suyo era elegante y de dos piezas, no hasta las rodillas y lleno de agujeros de polilla.

Jadeantes y temblorosas, se metieron de puntillas en el agua, con los brazos cruzados sobre el pecho, como yacen los muertos cuando les ponen lirios en la mano.

—Oh, qué fría está, qué fría está —exclamaban.

Se habían internado en un hielo marronoso, chapoteando primero en aquella súbita aventura, y luego hundiéndose hasta el cuello, agachadas y con los pies rozando las piedras verdes y viscosas y el pelo, que bajo el agua era como algas enmarañadas, oliendo ahora a leña vieja y a patas de oveja y a tierra. Y la hermana Dulling era la diosa. Si se movía o, como no sabía nadar, chapoteaba con los brazos en el agua, las pacientes gritaban o clavaban la vista en ella,

—¡Miradla! ¡Miradla!

sumidas en un glorioso asombro, pues era la diosa ante la que debían inclinarse y obedecer, en tierra con su uniforme blanco y su medalla prendida con un alfiler, o en el agua, con su cuerpo rebosante y pecoso, como moteado con harina blanca, chapoteando y anegándose en un cáliz gigantesco de hielo marrón y vino.

En lo alto del camino que conducía a la granja, Daphne y la enfermera se detuvieron para descansar y contemplar el pícnic.

—Están bañándose —dijo la enfermera—. Mira. Y allá abajo está lloviendo.

Caía otra lluvia de pícnic, suavemente, como un recuerdo de plata que emborronaba la vista y la manuka blanca, de modo que, allá lejos, la gente que saltaba y bailaba en el agua parecían gotas de mercurio que hubieran crecido hasta adquirir forma y voz, pero que se precipitaban raudas y parpadeaban para escapar del toque definitivo o la muerte de su condición humana.

La granja estaba a la vuelta de la esquina, al abrigo de los abetos. Era un edificio pequeño, apenas una granja, con una parcela de tierra vallada con estacas de manuka torcidas en la parte de atrás,

donde una vaca negra de cara larga, una poli, rumiaba su bolo alimenticio con gesto mecánico y desmadejado, como si el bolo se tragara y regurgitara, se tragara y regurgitara con la simple presión de un botón, al igual que se deja caer un céntimo redondo y caliente en una ranura de teléfono.

—Espera aquí —le dijo la enfermera a Daphne—. Preguntaré por el té.

Llamó a la puerta de la granja y esperó.

Escucharon por si captaban pasos o algún indicio de vida, una tos, una conversación o un movimiento, pero no oyeron sonido alguno, solo el desolado jadeo de desesperación que exhalaban los abetos, no a causa del viento o la tormenta, sino de la muerte o la soledad que llevan dentro. El aire estaba en calma, salvo por el suave goteo de la lluvia brumosa, que caía tanto en la colina como en el valle.

Nadie acudió a la puerta, así que la enfermera volvió a llamar, haciendo señas a Daphne para que se mantuviera bien oculta en las sombras, por si quien abría la veía y se daba cuenta, pues cualquier tonto se daría cuenta al ver aquellos ojos tan abiertos, pensó la enfermera.

—Atrás —le advirtió a Daphne.

Y volvió a llamar. Luego, impaciente, accionó el picaporte de la puerta y entró.

—Vamos —le dijo a Daphne—. Podemos coger un poco de té y dejar el dinero. Lo entenderán.

Pero en la habitación no había muebles, y los armarios estaban vacíos, y no había nada en ninguna de las habitaciones, como si allí no viviera nadie.

—Qué chasco —exclamó la enfermera—. Menudo chasco. Todo esto para nada. ¿Y la vaca, las gallinas del fondo y el jardín? Tiene que haber alguien viviendo aquí.

Volvió a recorrer la casa, abriendo armarios y roperos.

—Qué extraño —dijo—. No hay polvo, es como si hubieran desaparecido, con muebles y todo.

Es una locura, pensó, de modo que tal vez una loca pueda

explicarlo.

—¿Qué te parece, Daphne?

Daphne no contestó, pero pensó, Si viajo cien kilómetros en busca de un tesoro, encontraré un tesoro. Si viajo cien kilómetros en busca de nada, aunque lleve dinero encima para dejarlo a cambio, no encontraré nada.

Así que ese momento del pícnic lo festejaron sin té, lo que irritó mucho a la enfermera y al guarda y al conductor del autobús y a la hermana Dulling; pero a las pacientes no les importó, pues bebían sol y hielo marrón, aunque supiera a oveja y a leña vieja. Y bebían manuka y matojos, hasta que llegó el momento en que el gran paño de luz se sacudió para deshacerse de todas las migajas, y se dobló y se guardó, y las pacientes, tan llenas de efervescencia y cielo que perdían el equilibrio, subieron al autobús que sudaba y gemía de nuevo, y volvieron a casa, dejando atrás la lluvia de pícnic y el valle y la colina y la vaca negra de cara larga, melancólica ahora, porque nadie acudía a ordeñarla, allí plantada junto a la valla de manuka, bajo el abeto que no suspiraba a causa de ningún viento o tormenta, sino por su propia pena.

39

El año de la Navidad y el pícnic fue un tiempo confuso y extraño, distinto a cualquier otra Navidad u otro pícnic; para empezar, el color de ambos era un blanco mortal, el algodón de un nacimiento fingido, y la estrella de manuka no se había fijado en ninguna parte para que la siguiera mundo alguno. Y el mismo año, en invierno, se celebró un baile, donde se animó a los hombres llegados de su lado de la montaña a regocijarse con las mujeres en el otro lado de la montaña, mientras el jefe, Flora Norris y la hermana Dulling observaban y decían, —Bailad, bailad. Levantaos y bailad. ¿Para qué creéis que organizamos un baile si no bailáis?

Así que los pacientes bailaban, como les habían dicho que hicieran, y las mujeres iban vestidas como verdaderas damas con los mismos atuendos brillantes del pícnic, aunque estaban en junio; y la noche había caído en los cristales de las ventanas antes de la puesta del sol, y las paredes de yeso de las habitaciones estaban cubiertas de gotas de agua, o

de humedad,

como la llamaba Flora Norris.

—Mire, doctor, las habitaciones están húmedas. Debemos hacer que alguien se ocupe del asunto.

Y el jefe asintió con la cabeza y contestó que se encargaría de que alguien se ocupara, desde luego, o tomaría buena nota de ello, o se lo transmitiría a alguien que lo hiciera llegar a quien correspondiera.

Desde luego que sí.

Sí, fue en junio cuando bailaron, cuando en el mundo, como sabéis quienes vivís allí, a las jóvenes les toman medidas para sus vestidos de puesta de largo, y se los prueban; y eligen sus guantes largos; y entre charlas sobre hincar los codos y sobre el maestro de música, se preparan para asistir a su primer baile de verdad, y ser presentadas ante el obispo o el gobernador general, o el miembro del Parlamento de su zona, o ante quienquiera que tenga lo que se considera dignidad y posición en la comunidad. Ah, junio es una época romántica, por fríos que estén los asientos del parque o las dunas y los lupinos, o el jardín, donde ahora ya no hay cenador, sino un pequeño gnomo verde, que no ofrece ni sombra ni apoyo.

Durante todo el día los hombres del mundo de la montaña se prepararon para el baile de aquella noche. La mayoría se dio un baño, haciendo cola ante los aseos, donde les advertían que no desperdiciaran el agua; a otros los bañaron a la fuerza, con el guardia metiéndolos y sacándolos de la bañera rápidamente, para luego ponerles ropa limpia y hacerlos oler mejor que cualquier otro día, cuando trabajaban en el jardín y el huerto y en la granja con las vacas y los cerdos, o amontonando carbón a golpe de pala, o clasificando la ropa sucia. Cuando la cantina abrió a la una, los que lograron liberarse de la faena fueron allí a comprar aceite y gomina para el pelo, o tal vez una corbata nueva, de esas falsas que se sujetan con un imperdible, de modo que no hay que luchar con ellas; o un pañuelo nuevo, o un bolígrafo para llevarlo en el bolsillo, exhibiéndolo allí, como sí trabajaran en una oficina y no fueran pacientes. Y así, cuando llegó la hora del baile, que se celebraba desde las seis hasta las diez, los músicos de la banda llegaron de la ciudad, muy elegantes vestidos de etiqueta, y se sentaron en el escenario a

esperar, cuchicheando entre ellos y sonriendo, divertidos. Y ahí estaban las mujeres, sentadas en los largos bancos contra una pared, y los hombres en los largos bancos contra la pared de enfrente, con el suelo bruñido en medio, y el olor a perfume, talco y aceite para el pelo por todas partes, mientras las enfermeras y Flora Norris y los jefes mayores, sentados en sillas de terciopelo rojo, miraban y señalaban.

Cuando empezó el primer baile, las enfermeras recorrieron de aquí para allá la pared del lado de las mujeres, y los guardas el de los hombres, diciendo,

—Bailad. Bailad. Vamos, levantaos y bailad.

Así que bailaron, obedientes, como damas y caballeros auténticos, salvo que los hombres sudaban y olían mal y se pegaban demasiado y las mujeres se olvidaban de escuchar a la orquesta, por lo que la gente recibía sus buenos pisotones, y nadie se disculpaba, sino que se reían y decían,

—Te está bien empleado.

De modo que bailaban, caminaban, saltaban o giraban sin parar en el mismo sitio, y aunque era un rato divertido, y después venía una buena cena, nadie negará que por dentro había llanto y confusión. Los músicos no paraban de hacer rápidas incursiones al fondo del escenario para echar un trago de *whisky*, y volvían rebosantes de risas para tocar con mayor energía su tango o su foxtrot, mientras el pianista se movía arriba y abajo al piano, tocando un ritmo muy movido.

A las diez en punto la gente fue despojada de sus galas y devuelta a las cenizas, y ninguna mujer dejó una zapatilla rosa y delicada de raso o de cristal en el suelo de la pista de baile para que la encontrara el príncipe, ni hubo príncipe alguno. La habitación quedó vacía, con el ambiente cargado y oliendo a tabaco.

—Abre una ventana, por el amor de Dios —dijo Flora Norris.

No, no había ninguna zapatilla mágica tirada por ahí en el suelo. De haberla habido, imagínense el alboroto, con Flora Norris y la hermana Dulling y las enfermeras peleándose para decir,

—Es mía, es mía, me queda bien,

y sin saber que para calzarse su brillo y caminar tendrían que cortar a tajos el talón de la razón hasta que fluyera la sangre y aquella tortura las hiciera gritar.

40

Al día siguiente del tiempo extraño y de haber estado sentada entre las habas secas en la ceniza, contando dos y dos son cinco, una enfermera escudriñó en la mirilla de la habitación de Daphne en la montaña, y al verla a salvo en el colchón de paja, abrió la puerta,

—Daphne —dijo.

Era la enfermera maorí, con una bolsa de tofes en el bolsillo. Le dio uno a Daphne.

—Toma, cógelo. Ven conmigo, Daphne, la enfermera jefe quiere verte.

Llevó a Daphne al despacho, donde la enfermera jefe estaba sentada a su escritorio, atareada con historias clínicas, libros y paquetes a medio abrir.

—Ah, Daphne, querida.

La enfermera jefe sacó de un rincón un biombo que se deslizaba sobre ruedas y tenía un dibujo de rosas y hojas de rosal, dos rosas en cada panel del biombo.

—Para tener más intimidad —explicó Flora Norris—. Espera ahí, enfermera, por si te necesito.

Flora Norris parecía querer que todo fuera muy privado. Alargó la mano y tocó a Daphne en el hombro. La muchacha se estremeció y retrocedió hacia la puerta y Flora Norris avanzó, adusta, como si pasara a un primer plano, con la mano extendida y los dedos colgando como carámbanos.

—Verás, Daphne, todo esto nos llega tarde o temprano, ya sabes, y tenemos que soportarlo, ¿no?

Daphne no contestó. Estaba despedazando las rosas gigantes y arrojando los pétalos a la cara de Flora Norris, y cada pétalo rebanaba la piel de la enfermera jefe, de modo que la sangre fluía y hacía florecer una rosa real sobre el biombo, que ya no parecía un biombo, para esconderse detrás, pero quién podía estar mirando y por qué, salvo que fuera Dios, que podía o no estar en casa. Ah, pensó Daphne, ¿qué va a decirme la enfermera jefe?

—¿Me oyes, Daphne? Todos tenemos que soportarlo.

Daphne la miró con malicia y sonrió, porque sabía de qué quería hablarle Flora Norris al conducirla tras un biombo. Era de la muerte. Hay que esconderse detrás de un biombo para hablar de la muerte, al igual que te cubres la cara con un pañuelo, avergonzada, para ocultar el llanto. Daphne sabía que era de la muerte, y que su madre había muerto, y esperó a que la enfermera jefe se lo dijera.

—Sí, Daphne, nos llega a todos, y debemos ser muy muy valientes.

Por qué hablo así, como un párroco, pensó Flora Norris. Estoy hablando con una idiota, una chiflada, aunque ahora ya no se usa ese término, al menos oficialmente. No creo que pueda entender lo que le estoy diciendo, y es casi la hora del té matutino, y me muero por una taza de té y un bollo relleno de nata. Tengo la impresión de no haber dormido nada esta noche, con todo ese baile del que tuve que encargarme, y el alboroto posterior para llevarlas de vuelta a sus salas y desvestirlas, y luego, en mis rondas, ver a las mujeres con sus polvos y sus coloretes, sentadas en la cama como gárgolas, sin lavar, con la noche corriéndoles en churretes por la cara y un sueño emborronándoles los ojos. Ay, diablos.

—Daphne, ha llegado un telegrama que dice que tu madre

murió anoche. En paz. Todo va a salir bien.

Flora Norris le hizo una señal a la enfermera para indicarle que estuviera preparada, por si acaso. Daphne esbozó una sonrisa dulce y bailó el foxtrot, ¿o era el *fatum* o la maxina, que según Francie se bailaban con los latidos del corazón acompasados? ¿Era la maxina o el *fatum*? ¿O el foxtrot? Daphne no se acordaba. Sabía que era una especie de baile, pero no recordaba cuál; de modo que apartó de un empujón las rosas y el biombo para que Dios la viera, y bailó su danza, al son de la música, por todo el despacho y luego salió por la puerta mientras Flora Norris llamaba

—¡Enfermera! ¡Enfermera! ¿En qué estás pensando? Cógela, cógela, está desesperada.

Agarraron a Daphne cuando bailaba el último foxtrot y, sin recoger siquiera la zapatilla de raso que se le había caído, la llevaron a toda prisa a la habitación de la montaña, donde se sentó a solas, bajo la lluvia torrencial, sin abrigo, mientras su madre exclamaba angustiada desde la puerta

—¡Daphne! ¡Daphne! Te vas a morir de frío. Entra y refúgiate de la lluvia.

Y entonces su madre entonó la canción que todos conocían, Francie, Daphne, Toby y Chicks; su voz fue a medias un llanto y eso la volvió trágica y terrible

Entra, pajarito travieso
llueve a cántaros,
¿qué diría tu madre
si te quedaras aquí y te ahogaras?
Eres un ave muy traviesa,
no piensas en mí,
estoy segura de que me da igual,
dijo el gorrión en el árbol.

41

Daphne permaneció muchos días en la habitación de la montaña mientras la nieve caía fuera en un trasegar y susurrar de blanco, y los anteojitos dorsigrises con sus diminutos tallos de huesos se sentaban sobre el carrizo de nieve y se balanceaban hacia delante y hacia atrás en una nube verde y amarilla. Y un día alguien abrió la puerta de la habitación. Era el hombre al que llamaban el doctor, había una tribu entera de doctores, vestidos de blanco, dando vueltas y vueltas alrededor del jefe, como tiovivos en torno a un alto poste blanco en el centro que los mandaba, y tenemos que ir a la feria, sí, tenemos que ir, Francie, Toby y Chicks, después de que hayamos pasado por el vertedero; para ver a la mujer gorda con los quince hombres que tienen que llevarla arriba y abajo del escenario, y al enano que vive en una casa de muñecas, cocinando en una diminuta estufa eléctrica y durmiendo en una cama de roble cubierta con un edredón rosa con volantes hecho con plumas de… creo que del cisne salvaje que voló durante un año y un día cruzando la nieve hasta el palacio. No, no me lo estoy inventando, es real. Iremos a la feria y lanzaremos canicas para derribar a un hombrecillo de su estantería, o a un perro

de juguete que estará envuelto en papel de plata y azul y que nos entregará el maestro de ceremonias que huele a chinche de colchón y a cerveza casera y al interior de las botas de goma.

—Ah —dijo el doctor con tono educado—. ¿Puedo pasar?

No le hacía falta fingir, porque la enfermera estaba abriendo la puerta para que entrara y nadie podía impedírselo. Se acercó a Daphne. Estaba arrebujada bajo las mantas, en un rincón. El orinal estaba lleno y tapado con una página de una revista que la diosa del olivo había metido por el agujero de la puerta.

En la página ponía «La plantación perdida. Capítulo cinco de esta emocionante novela de poder y pasión». Luego, en letra pequeña, decía: «La historia hasta la fecha».

Y hablaba de la condesa que había viajado, por motivos de salud, a la plantación de té propiedad de su primo en Ceilán. Para encontrarse con que el primo estaba muerto y un usurpador, un bronceado millonario llamado Gerald Whittaker, dirigía con mano implacable la plantación. Eso decía la página de la revista que cubría el orinal, pero el doctor ni la miró.

Le sonrió a Daphne,

—Bueno, ¿y cómo está Daphne hoy?

Daphne no contestó. El médico se frotó las manos.

—Hoy estamos un poco mejor, ¿verdad?

Luego se inclinó más hacia ella, como para contarle un secreto, y dijo,

—¿Qué le parecería a Daphne hacer algo, como una bufanda o una cesta, no le gustaría a Daphne hacer algo y asistir a la clase en el parque con las demás; y tejer, tricotar y coser, y no estar aquí sola todo el día sin nadie con quien hablar?

Daphne no contestó, así que el médico se volvió hacia la enfermera y le dijo,

—Creo que la pondremos a prueba con algunos trabajos manuales. Eso la mantendrá ocupada hasta que lo dispongamos todo.

Pero era como en la hilandería y Daphne gritó al ver los montones de lana y la gente aturdida dando puntadas con hilos

como gusanos rojos y amarillos, y cosiendo y clavando agujas en lienzos, bordando una rosa, porque parecía ser la norma, en todas partes, que las rosas ya no crecieran en los jardines sino sobre manteles, cojines, parachispas y alfombras de chimenea, donde los gusanos rojos y verdes de lana se hundían a través de sus pétalos y se comían su corazón, como un cáncer. De modo que la habitación se llenó de rosas y lana y de gente dando puntadas, descosiendo, enhebrando, cosiendo, tejiendo. Y las tijeras estaban contadas y vigiladas, y se guardaban en una mesa especial, y debías tener permiso para tocarlas, empuñarlas y usarlas, con una enfermera pegada a ti por si decidías cortar de un tajo con el tesoro reconocido y seguro del mundo real, dejando a toda la gente, a médicos, enfermeras, oficinistas, camareros, vendedores, ministros del gabinete y todos los demás perdidos y escindidos y aferrados a un patrón ininteligible de sueño. Así que tenían que vigilarte. Pero Daphne gritaba al ver la lana, y tuvieron que sentarla en un rincón, en la tranquilidad exterior, mientras su madre le daba una tortita con mantequilla y mermelada de frambuesa encima, y le prometía otra si se quedaba quieta y se portaba bien.

Era casi la hora de cenar cuando se abrió la puerta de la sala de trabajo y entró una mujer cojeando. Llevaba un delantal blanco y un fardo bajo el brazo, envuelto en un paño blanco. Se dirigió a la enfermera y le susurró algo, y la enfermera se dirigió a la costurera y le susurró algo. Todo era muy secreto. En ese momento la mujer con el pelo del color de la arcilla vieja y el fardo blanco bajo el brazo se acercó cojeando a Daphne y le cogió la mano.

—Ven conmigo, querida.

Pero, ¿por qué?

Daphne no quería ir. Sentada allí en silencio, había estado mirando y sonriendo y esperando a que su madre le trajera otra tortita caliente con mermelada de grosella negra en lugar de frambuesa. Entonces tal vez iría con Toby al vertedero, donde encontrarían tesoros, y escribirían sus nombres en la pared del molino de harina por el camino o mirarían cómo bajaban los sacos de harina por la rampa, y se preguntarían

¿Qué pasaría si nos pusiéramos debajo, y si…?

—Vamos, Daphne.

La mujer coja la asió de un brazo y la enfermera del otro.

Pero, ¿por qué?

La condujeron a una habitación reluciente, limpia y blanca como una cocina y la sentaron en una silla en medio de la habitación, y la mujer coja, con el tacón izquierdo más grueso que el derecho, como tallado de un bloque gordo y negro de regaliz, desenrolló su bulto sobre la mesa, con cuidado, como si fuera muy valioso, pero ¿por qué? Solo era un trozo de tela y unas tijeras para cortar el pelo y otro retal de tela como una funda blanca de tetera. Entonces la mujer coja, a la que la enfermera se dirigía como señora Flagiron, extendió una capa de plástico sobre los hombros de Daphne y empezó a cortarle el cabello hasta que el suelo quedó cubierto de pelos, y la señora Flagiron no parecía saber cuándo parar. En una ocasión, Daphne levantó la mano para palpar y averiguar cuánto le quedaba, pero la señora Flagiron le agarró el brazo y se lo metió con brusquedad debajo de la capa.

—Lo sospecha —susurró la señora Flagiron a la enfermera.

Daphne se quedó muy quieta, esperando a que la mujer coja terminara. Pensó: Esta mujer viene de Grecia. No, ha llegado del inframundo. Por esos brazos gruesos que tiene sé que ha cruzado a remo muchos ríos del mundo de los muertos, arrancando el pelo de los cuerpos flotantes y recogiéndolo en su paño blanco e impoluto, para almacenarlo en su casa, que tiene muchas muchas habitaciones, pero ella solo puede usar una, y pronto no tendrá dónde vivir porque todas las habitaciones están llenas de pelo. La conozco. La conozco.

Y Daphne volvió a forcejear, y una vez más la señora Flagiron la agarró por el brazo y susurró a la enfermera,

—Lo sospecha.

Y cuando llegó el momento de que la mujer coja terminara y sacudiera la capa de plástico con volantes, untara el pelo de Daphne con un aceite de aroma dulce, buscara un espejo de mano para dárselo y dijera, sonriente y complacida,

—Bueno, ¿qué te parece? ¿Crees que queda bien? Sabes que

ahora se lleva más el pelo de esta manera,

o de esta manera,

o de esta manera,

o

—¿Crees que un poco más de este lado ayudaría? ¿O tal vez que lo entresacara? ¿O lo prefieres muy escalado o tipo caniche o a lo garçon?

Pues bien, cuando llegó el momento de que la mujer coja le diera el espejo a Daphne y le pidiera consejo y le recomendara esto o aquello para el cuero cabelludo seco o a modo de acondicionador, la señora Flagiron no hizo ninguna recomendación ni pidió consejo alguno. Le había cortado el pelo al rape a Daphne y, para asegurarse, le afeitó la coronilla.

Y no había espejo donde mirarse.

—Y ahora —dijo la señora Flagiron—, le pondremos este gorro.

Y encasquetó el retal de tela en la cabeza de Daphne; y echó mano de un cepillo, recogió el pelo caído, volvió a envolver su fardo y se fue cojeando con su pie de regaliz, y Daphne no volvió a verla.

Aquella tarde acudió de nuevo el médico a ver a Daphne. Estaba muy contento.

—Bueno —dijo—, ¿y qué tal está Daphne?

Daphne no contestó. Sentía la cabeza desnuda y húmeda como una avellana blanca bajo la lluvia y la nieve. No paraba de llevarse la mano a ella para palparse el cuero cabelludo, pero los últimos pequeños brotes oscuros de pelo le pinchaban la mano con el veneno de querer crecer y no tener tiempo. Se había quitado la funda de tetera y la había puesto sobre el orinal, encima de la foto de Gerald Whittaker, el millonario bronceado.

—Bien, Daphne —dijo el doctor—. Vas a tener visitas. Tu hermano y tu padre. Eso te gustará, ¿verdad? Y mañana vamos a llevarte a dar una vuelta en coche, a otro hospital, y luego vas a dormir, y despertarás mejor. Vamos a cambiarte para que puedas vivir en el mundo y ser como los demás, y eso te gustará, ¿verdad que sí?

Se acercó, sonriendo amablemente,

—Y quién sabe si dentro de unos años estarás viviendo en una casita propia, con tu familia alrededor. Una vida normal, ¿eh, Daphne?

Entonces, sonriendo todo el tiempo y tras darle una palmadita en el hombro a Daphne, el médico salió, seguido de la enfermera, que cerró la puerta con llave y se asomó a la mirilla para asegurarse de que la paciente se estaba comportando.

Daphne se sentó en el colchón del rincón y escuchó cómo cantaba Mattie. Mattie estaba siempre postrada en la cama, lisiada, con un bulto en la nuca y la cara retorcida de modo que no parecía una cara, y cantaba como si unas canicas rodaran en el agua, chocando y borboteando, sin cantar de verdad, pues no tenía otra forma de hablar. Daphne la escuchó, se durmió escuchándola y se despertó cuando la puerta volvió a abrirse y entró la enfermera con una carta de Chicks.

La enfermera sonrió,

—Cuánto te estamos consintiendo hoy —comentó—. Cualquiera diría que es tu cumpleaños, con el médico que pasa a verte, las visitas y las cartas, tendremos que ponerte guapa para las visitas y encasquetarte un sombrero o una boina en la cabeza para que tu padre y tu hermano no lo vean y se enfaden.

La enfermera sentía curiosidad.

—Déjame ver —dijo desabrochando el gorro que la otra enfermera había vuelto a poner en la cabeza de Daphne. Le tocó el cuero cabelludo.

»Uf —soltó, temblando—. Uf.

»Ahora abre tu carta, Daphne, o te la leeré yo si quieres.

La enfermera abrió la carta y leyó,

Querida Daphne: solo una breve nota, ya sabes cómo soy con las cartas. No te he escrito desde que murió nuestra madre. Pero ahora te escribo de verdad, una breve nota, para decirte lo contenta que estoy de que te vayan a curar y de que pronto vayas a llevar una vida normal en el mundo exterior. No tengas miedo de la operación, ¿de acuerdo? No hay nada que temer. Haz todo lo que te diga el médico, y cuando estés mejor y todo haya terminado, podremos

visitarte, pues nos vamos a vivir al sur. Ahora, mucha suerte, Daphne, y recuerda que cuando estés mejor y hayas cambiado podrás vivir el tipo de vida que llevo yo, libre y feliz, en el mundo. Te mando todo nuestro amor.

P.D. ¿Te dan cosas ricas de comer? Te envío una lata de pasteleos, son comprados, no caseros. Estas cruces al final de la carta son en realidad besos, todos de los niños que no paran de preguntarme por la tía Daphne, aunque no te conocen. Con cariño, Chicks.

La enfermera hizo ademán de darle la carta a Daphne, que se cubrió la cabeza con una manta y se quedó muy quieta, rechazándola. La enfermera la dejó entonces sobre la cama, diciendo

—Recuerda, vamos a ponerte guapa para las visitas.

Salió y echó la llave en la puerta, mientras Daphne cogía la carta y la rompía en trocitos más diminutos que la nieve.

42

Iban sentados en el tren, uno junto al otro, Toby en la ventana, con el brazo apoyado en el marco y la mirada perdida en el torbellino de sauces, hojas muertas y troncos ancestrales, atrapados y barbudos, que se erigían de la oscuridad de lagunas y ciénagas; y en las verjas rotas, con restos de pelo de res, terrones y lana de oveja manchada por el río; y en las granjas medio derruidas, sin ojos, con la puerta de entrada abierta a un pasillo como una garganta amarillenta e hinchada y flanqueada por cadenas de capullos de rosa y lirios marchitos. Parecía que no hubiera gente en aquel mundo exterior, solo grandes y temibles fantasmas blancos, rojos y grises, de ganado que trotaba sobre la tierra agostada, caballos de tiro con los arneses y las anteojeras puestos, colosales, que esperaban para arar, sin guía, los surcos de nada por los que cruzaba el luminoso tren sobre lazadas de hierro; y la palidez asustadiza de las ovejas, con su nube gris de pánico algodonoso y amortiguado.

No, pensó Toby, no queda nadie.

Miró a su padre, que dormitaba a su lado, incómodo, sin tener dónde apoyarse, de manera que se despertaba a menudo, aturdido y

ansioso. Esta vez abrió los ojos y miró a Toby.

—Estropearás tu traje bueno —dijo—, si apoyas ahí el brazo.

Toby se sacudió el hollín de la manga.

—No pasa nada —respondió—, se irá.

Su padre se revolvió, incómodo.

—Debería haber algo para que quienes van en el lado del pasillo pudieran apoyarse. No consigo estar a gusto. Tendrías que haberme dejado el lado de la ventana.

—No —repuso Toby—. El lado de la ventana lo quería yo. He llegado primero.

Su padre pensó en decir: yo soy el mayor, yo nací primero; pero no se molestó en hacerlo. En su lugar, pensó en el sitio al que iban y en qué dirían y en cómo sería. ¿Sabría decir lo correcto? ¿Y si sentía miedo? Llevaba su mejor traje y una cazadora que le había costado cuatro libras, y camisa y corbata, y había sacado lustre a los zapatos hasta dejarlos brillantes como moras. Sostenía en la mano la boquilla, sin cigarrillo, y la hacía girar entre el pulgar y el índice.

—Me fumaré un pitillo —dijo. Y abrió un paquete e insertó el tubito blanco como una vela en la boquilla plateada, y lo encendió.

—Este vagón no es de fumadores —le recordó Toby.

—Pues te pedí que reservaras en uno que sí lo fuera.

—Tendré que abrir la ventana, por el humo —dijo Toby, y forcejeó sin éxito con el tirador.

»Como pasa siempre con las ventanas de los vagones —se quejó con tono amargo.

—Las de antes se abrían mejor —comentó su padre—. Son estas ventanas nuevas las que se atascan. Me acuerdo de que con las de antes podías sacar la cabeza y ver algo. Estas nuevas son como todas las cosas de hoy en día: bonitas de aspecto, pero inservibles cuando llega el momento de usarlas. Verás, las de antes…

—Mira —interrumpió Toby—, hay mimosas… ¿no parece que son mimosas, que empiezan a florecer?

Bob Withers se inclinó hacia la ventana.

—Pues me las he perdido —dijo—. Ya no puede faltar mucho.

—No. Me pregunto a qué hora será la operación mañana.

—No lo sé, será por la mañana, me imagino —respondió Bob, que no tenía ni idea de la hora, pero se sentía mejor diciendo algo más preciso—. Sí, es por la mañana.

—¿De verdad crees que mamá hubiera estado de acuerdo con esto?

—Shhh, no hables tan fuerte —susurró Bob mirando alrededor a hurtadillas—. No queremos que el mundo entero sepa adonde vamos y para qué.

Se quitó el cigarrillo de los labios y lo sostuvo con la punta hacia arriba, de manera que la boquilla parecía un tallo marrón y plateado con un capullo blanco que brotara de él, ardiendo y con una voluta de humo.

—Te multan si te pillan en uno de no fumadores —dijo Toby.

—Ya hemos hablado de esto. Tu madre habría estado de acuerdo. Sé que tu madre lo habría aprobado. El doctor dijo que esta operación del cerebro es la única opción para convertir a Daphne en una persona normal, en una ciudadana útil, con la capacidad de votar y de participar en la vida corriente, sin todas esas fantasías raras que tiene ahora.

Fue un discurso largo, y a Bob le dio miedo oírse decir esas cosas porque le pareció irreal y como si no fuera él quien hablaba. Era lo que le había dicho el médico, el hombre de la bata blanca y las gafas oscuras, en la habitación donde había un armario archivador en el rincón, lleno de fichas. El médico había buscado allí la ficha de Daphne y pasado la yema del dedo por las páginas, como un hombre en un banco sumando cifras, aunque hoy en día había máquinas que hacían esos cálculos; y se había vuelto hacia Bob Withers y había hablado con severidad, casi con tono acusador, y había empleado palabras largas que Bob no entendía y que lo asustaban. Y Bob había echado un vistazo rápido a los papeles y había firmado para autorizar la operación, fiándose de la palabra del médico pues, al fin y al cabo, el médico sabía de esas cosas. Y al salir por la puerta Bob Withers lo había llamado señor, de tanto miedo que le tenía. Se alegraba de que ninguno de sus anteriores compañeros de trabajo lo hubiera visto, a Bob Withers, el

hombrecito saltarín que hacía buen papel en las reuniones que celebraban los hombres para fumar y beber, y cuya esposa se lo hacía todo. Decían que incluso le lustraba los zapatos cada mañana.

¡Menuda esposa!

—Sí —dijo Bob—. Tu madre habría estado de acuerdo. Daphne cambiará, en cierto sentido. Quiero decir…

No sabía qué quería decir, así que soltó un suspiro y cerró los ojos, fingiendo que dormía, pero oía cómo el tren canturreaba un trabalenguas que había aprendido de niño

Tres tristes tigres
comen trigo en un trigal.

Entonces cambió a

Erre con erre, guitarra, erre con erre, carril, rápido ruedan los carros cargados de azúcar al ferrocarril

pero de alguna manera la frase entera no cabía, así que le hizo decir al tren

Rápido ruedan, rápido ruedan, los carros del ferrocarril.

Y se sintió muy abatido y cansado, tanto que le hubiera gustado quedarse dormido para siempre y no despertar porque Amy estaba muerta y ya no había nada.

El tren se detuvo de repente y Toby y Bob, ambos dormitando hasta entonces, abrieron los ojos. Toby echó un vistazo por la ventanilla.

—Todavía no —dijo—. Solo es una parada para tomar un refrigerio. ¿Quieres algo? ¿Un té?

—No me vendría mal —contestó Bob sin moverse. Se sentía frío y entumecido, como un triste tigre.

Así que Toby fue a la cafetería de la estación, abriéndose paso entre la gente, y pagó por dos tés y dos bollos dulces. Echó azúcar a los tés, con ayuda de la cuchara que estaba encadenada a la barra, y volvió a su vagón. Él también se sentía indispuesto y raro, y cuando bebió el té, le supo a elodea y arcilla, como si lo hubieran preparado en un mundo sin personas.

Vaya, pensó. No tiene un sabor civilizado.

Miró a través del cristal la multitud que se amontonaba ante la barra de la cafetería y la hilera triunfal de quienes ya estaban fuera, satisfechos y descansados y soñadores, instalados en los bancos de madera junto a sus tazas y botellas de refrescos vacías y las cortezas desechadas de los sándwiches, y pensó, en su estado de miedo creciente: Esto no es civilizado. No son personas. No hay personas. Y al observarlos le parecían iguales que las reses gordas y las ovejas bobas y asustadas que habían pasado, ya kilómetros atrás, en los páramos yermos y las ciénagas. El tren saldría al cabo de medio minuto, dijo el hombre por megafonía, pero la gente aturdida parecía no enterarse, parecía demasiado cansada para moverse, llena como estaba de arcilla y elodea y agua roja y efervescente de la ciénaga. Pero sonó el silbato del tren, y desde luego sí que había gente en el mundo, corriendo hacia las puertas de los vagones y gritándose unos a otros en algún tipo de código de despedida.

El tren volvió a ponerse en marcha, y Bob dejó su taza de té y el platillo en el suelo.

—Podríamos meternos esto en la bolsa y nadie se darla cuenta —dijo.

Toby no respondió. Y luego dijo,

—Es la próxima parada.

—¿Por qué tienes que recordármelo todo el rato? —replicó Bob —. Claro que es la próxima parada. No he dicho que no lo fuera, ¿verdad?

Bajaron la pequeña maleta del estante superior y se sentaron muy tiesos. Bob se puso el abrigo, el de *tweed* que Nettie le había mandado cuando murió su marido. Le había escrito una carta a Bob en la que decía,

—Ven y ayúdame a quemarlo todo.

Y Bob había viajado hasta la ciudad y había observado cómo Nettie, su hermana, la supervisora de la fábrica de abrigos, quemaba los restos de su matrimonio muerto.

—Si hasta echó botes y botes de sales de baño al fuego —le contó a Amy a su regreso.

Y Amy dijo,

—¿Para qué habrá querido botes y botes de sales de baño? ¿Y quemarlas? A las niñas les habrían encantado, a Daphne o a Chicks. Imagínate, botes y botes de sales de baño. ¿De qué tipo eran, Bob?

—Oh, de lavanda, de esos con flores por fuera. Y había viejos huevos de pascua y cajas de bombones rancios que olían a paja y cartón.

Y Amy, maravillada, dijo,

—Ay, Dios.

Y Bob le enseño el abrigo y los retales de la fábrica, y las demás cosas que Nettie le había dado. Y Amy dijo,

—Es de tu talla, Bob. Póntelo.

Y Bob contestó,

—Antes muerto que verme con este abrigo tan elegante.

Y ahí estaba, con el abrigo puesto y sin estar muerto, o no se lo parecía.

43

Se sentaban asustados y en silencio en el borde de una larga forma de cuero, sin respaldo, de modo que les dolía la espalda; pero allí seguían, muy erguidos, mirando fijamente hacia el crudo fuego que ardía con un brillo frío como un glaciar de colores. De la chimenea no emanaba calor, y Toby y su padre se estremecían mientras miraban más allá del pesado parachispas hacia las llamas, que brincaban remotas e ineficaces tras su jaula de hierro.

Toby habló.

—Hace frío —dijo.

La anciana sentada a su lado en el sofá le contestó.

—Hace calor. Ahí tienen ese precioso fuego —dijo señalando las llamas.

Estaba allí para visitar a su hija, según dijo, venía todas las semanas y conocía la rutina y estaba acostumbrada a la extrañeza. Tenía a su lado una bolsa de papel de estraza con pasteles de nata y un termo lleno de té casero. Ella y Alfreda iban a hacer un pícnic.

—Cada vez que vengo salimos a hacer un pícnic —le contó a Toby—. A Alfreda le encantan estos pasteles y le gusta el té hecho

en casa, en lugar del té del hospital. Se entiende, ¿verdad?

Le dijo esa última frase a Bob, que se sentaba agarrando con fuerza la cesta que él y Toby habían traído entre los dos colina arriba, peleándose como niños por llevarla,

—Déjame, no, déjame. ¿Por qué quieres cargar con ella?

—Bueno, ¿y por qué quieres llevarla tú?

—Es algo a lo que sujetarse.

Su cesta contenía una bolsa con naranjas y plátanos y un pastel de chocolate.

—Sí, hace frío —repitió Toby.

La mujer lo miró con curiosidad. Iba a recordarles a los dos, a él y al anciano que lo acompañaba, que parecía tiritar pese a ir enfundado en aquel elegante abrigo de *tweed*, que tenían delante un bonito fuego, ¿y qué más podían pedir en un día tan frío como aquel, con el invierno resistiéndose a irse?

—El invierno parece resistirse a marcharse —dijo.

Toby dijo en voz alta,

—*Sí, el invierno se aferra con esos dientes que tiene, torcidos hacia dentro como los de una anguila, por eso se aferra tanto. Lo que sea que se trague nunca podrá escapar de los negros anillos del invierno*.

La mujer pareció vacilar, y pensó: Debe de ser cosa de familia. Me he fijado en que algunos de estos visitantes son más raros que los pacientes.

Bob dijo de repente,

—No, Toby. Por el amor de Dios, cállate. No digas esas cosas en voz alta. ¡Piensa en tu pobre madre!

Los demás visitantes en la habitación habían dejado de hablar y miraban a Bob y a Toby. Y entonces la enfermera trajo a Alfreda, y la madre de Alfreda se movió en el asiento para que su hija pudiera sentarse a su lado. Alfreda era una enana de apenas un metro de altura.

—Hola, zorra —dijo la enana, con voz ronca, y se zambulló en la bolsa de pastelitos de nata, que engulló uno tras otro sin detenerse para hablar, mientras su madre la observaba, allí sentada.

Cuando Alfreda hubo terminado los pasteles, levantó el termo.

—¿Qué es esto?

—Es té —contestó su madre—. Té casero de verdad. Tomaremos una taza, ¿vale?

—Vete al infierno y quédate con tu té. ¿Qué más has traído?

—Hay un nuevo par de pantalones para ti, de la tía Molly.

—Pantalones, pantalones, ¿a nadie se le ocurre otra cosa que no sean pantalones? ¿Y cuándo me voy a casa?

Se inclinó hacia su madre, con una mirada intensa en los ojos y la cara llena de desprecio. Su madre sonrió,

—El médico dice que muy pronto, Alfreda.

—Oh, vete al infierno.

Y Alfreda se levantó, fue hasta la puerta y llamó a la enfermera.

—No sé por qué me has vestido para recibir visitas cuando solo era esa vieja zorra —exclamó—. Larguémonos de aquí.

La enfermera, que nunca se alejaba mucho, se llevó a Alfreda a su sala. La madre de Alfreda recogió el bolso y, sonriendo alegremente a Toby y Bob, se alejó con los restos del pícnic en dirección a la enfermera de la puerta, para que la dejara salir.

Toby y su padre esperaban sentados a que la enfermera trajera a Daphne. Bob Withers, paseando la vista por la habitación y los grupos de visitantes y pacientes, cada uno por lo visto con su propio pícnic, pensaba: Daphne no será como ellos, en cualquier caso; ella será distinta. No dirá palabrotas, será muy diferente. ¿Qué voy a decirle? Me pregunto cómo se habrá tomado la muerte de su madre. ¿Debería decirle algo al respecto? Ay, no, Dios mío.

¿Y si no me reconoce?

Se inclinó hacia Toby.

—Una cosa, Toby.

Toby estaba en medio de un sueño, pensaba que iba a darle un ataque, y en un sitio como aquel nada menos, pero cómo podía detenerlo. Sabía que no debería haber venido, y *luego el ganado en los prados y en las estaciones de ferrocarril, tomando sus tazas de té bordeadas de azul; con aquellos ojos y rostros, y con los cuernos creciendo como árboles de marfil, qué podía hacer él para detener aquello; y luego la anguila que era el invierno tragándose las hojas y el color, y si metías la mano o el*

corazón en la garganta del invierno para agarrar lo que se había llevado, te haría pedazos la mano y el corazón. Era un ataque, pensó Toby, y no había tenido un ataque en mucho tiempo, en muchísimo tiempo, le estaba dando un ataque y qué iba a pasar con Daphne, y también estaba su madre, ocupando tanto espacio. Y las cosas para vender, en el vertedero, no en este vertedero o ese otro, sino en aquel vertedero de antes, cuál si no; sí, seguramente estaba a punto de tener un ataque, y ¿quién podría detenerlo?

—Una cosa, Toby.

Pero Toby cayó de repente al suelo, con el cuerpo retorciéndose como antaño, los ojos sumidos en la nada y en blanco y la cara como una gruesa ciruela damascena, y dónde estaba Amy Withers para decir,

—Quítate los dientes, Toby. Quítate los dientes.

Y para tumbarlo en el sofá y ponerle un abrigo encima para mantenerlo caliente, y preparar una taza de té para después, y unas palabras que dijeran,

—Se te pasará, Toby. No será para siempre, se te irán pasando a medida que crezcas y serás como los demás chicos.

Su padre se arrodilló a su lado, diciendo,

—Toby. Toby.

Los plátanos habían caído al suelo, junto con las naranjas, y el pastel de chocolate yacía cerca del fuego que debía de dar calor sin que ellos lo supieran, pues el chocolate se retorcía y serpenteaba con una curiosa vida líquida propia. Y la enfermera de la puerta se acercó al momento a Toby y le quitó los dientes y los dejó sobre la repisa de la chimenea y, cogiendo un palito de madera envuelto en gasa, como un palito de mazapán, se lo metió en la boca a Toby, y su boca lo mordió con violencia hasta que se le pasó el ataque y se quedó profundamente dormido, con una expresión de calma en el rostro aún arrebolado, y las manos aferrando la bolsa, ahora vacía, que habían traído y por la que habían discutido porque suponía algo a lo que agarrarse.

La enfermera estaba tranquila.

—Vemos estas cosas todos los días —le dijo a Bob—. ¿Esperan

a alguien?

—A mi hija, Daphne Withers —contestó Bob.

La enfermera pareció sorprendida.

—Oh, ella —dijo—. Oh, voy a ver.

Entró en el despacho y Bob la oyó hablar por teléfono.

Volvió.

—Entre por esa puerta. La enfermera lo dejará pasar.

—Pero ¿qué pasa con Toby?

—Me temo que no puede entrar, no sería aconsejable, y será demasiado tarde cuando se despierte.

—Pero no puedo dejarlo aquí.

Bob Withers tenía miedo. Había oído hablar de gente que desaparecía en el interior de esos hospitales y luego, cuando decían que estaban de visita, nadie los dejaba salir y nadie les creía. En un hospital así podía pasar cualquier cosa, al fin y al cabo, pues todavía pertenecía a la Edad Media.

La enfermera adivinó sus temores. Veía a muchos visitantes que eran presas del pánico.

—No tiene por qué preocuparse —le dijo—. El señor Withers estará aquí cuando vuelva. Tiene que pasar por allí para visitar a Daphne porque es un caso especial.

—¿Un qué?

—Un caso especial.

A Bob Withers, aquello le recordó a una venta especial, de esas de alguna marca de comida o pieza de ropa que dejaban baratas en las tiendas un viernes, para que la gente las comprara.

La enfermera lo condujo entre hileras de ancianas en cama, dormidas, o tal vez muertas, con la boca abierta y las mejillas hundidas, y él pensó: De modo que es aquí donde ponen a los ancianos.

Y llegaron a una pequeña habitación con una ventana enrejada y dos sillas y una mesita sobre la que había un jarrón de violetas hechas con papel crepé, aunque Bob no se dio cuenta al principio y se inclinó para olerías, pensando: Han florecido temprano, deben de ser de invernadero.

La enfermera lo observó.

—Son artificiales, dijo. ¿A que parecen de verdad?

Le ofreció a Bob una silla y salió de la habitación. Bob se sentó. No tenía nada que darle a Daphne. No había traído la bolsa de plátanos y naranjas, y el chocolate se había derretido. ¿Cómo empezaría entonces la conversación? Ensayó para sí,

—Bueno Daphne, así que mañana van a ponerte mejor. Y entonces todo habrá terminado.

¿Qué sería «todo»? No lo sabía. Para él ya había terminado todo, así que qué más daba, y ahí estaba, qué extraño, sentado en una celda para locos con el abrigo de Lou puesto y oliendo todavía a sales de baño.

Empezó de nuevo

—Hola Daphne. ¿O debía llamarla Daffy? ¿Y por qué no se daban prisa? Notaba que el corazón le latía muy deprisa y que las manos le temblaban, la vejez se le echaba encima, y se sentía cansado, muy cansado, sin ningún sitio adonde ir, porque el hogar ya estaba muerto y la escarcha se había llevado las ciruelas tempranas, y recordaba que había escondido la plancha con la que Amy hacía las tortitas en el cobertizo, detrás del gramófono y de la vieja mesa de la cocina, y ya no soportaba verla.

44

Si la hermana Dulling no hubiera llevado su uniforme almidonado y su velo vaporoso y blanco, aunque no nupcial, habría parecido una camarera de bar. Era ancha y tosca, con el cabello de un rojo pálido y una capa informe de incómoda grasa en el cuerpo, de modo que procuraba no comer entre comidas, sino que fumaba en esos intervalos, para no sentir hambre; y mientras las enfermeras picoteaban dulces y pasteles con el té de la mañana y la merienda, la hermana Dulling decía,

—No gracias, prefiero no hacerlo.

Salvo por alguna galleta de vez en cuando, cuando el médico entraba a tomar una taza de té, y

—¿Está bien su té? ¿Quiere más azúcar? ¿Un poco más flojo, tal vez? —le decía al doctor, que ocupaba la mejor silla del despacho y bebía de la mejor taza, con un cordel rojo atado al asa, para distinguirla de las tazas de las pacientes.

Y mientras el médico se tomaba el té y paseaba su gloria sonriente por la sala del personal, la hermana Dulling buscaba grandes palabras que utilizar, palabras difíciles del diccionario

médico o del Oxford abreviado que guardaba en el escritorio y a los que recurría para escribir sus informes cotidianos y que parecieran impresionantes. Otras veces utilizaba las palabras que más encajaban con su papel de camarera disfrazada, aunque también enfermera, capaz de convencer con palabras y domar a la gente salvaje para que la siguieran y obedecieran y le hicieran regalos: el tallo de una flor, un sobre vacío, un cordón de zapato, una foto arrancada de una revista, de gente real que vivía en una casa real donde las puertas y las ventanas se abrían, y ya sabes dónde está la llave, colgada del clavo en la alacena.

La tarde en que Bob y Toby Withers acudieron a visitar a Daphne, la propia hermana Dulling había vestido a su paciente, proporcionándole una falda y un jersey del pabellón, medias nuevas, sus bragas nuevas de Navidad, que tenían guardadas y marcadas con cinta blanca, y un sombrero de ala ancha, el único que encontró en el vestuario, para cubrir la cabeza de Daphne en caso de que sus parientes se asustaran y se sobresaltaran ante su calvicie.

—Un bonito sombrero para ti, Daphne. Con él pareces una estrella de cine.

Daphne, en la habitación de los muertos, alzó la mirada hacia el bonito sombrero, del que veía solo su galería marrón y los aleros forrados de paja, y notó el peso de la nieve que había caído toda la noche durante años sobre el tejado marrón. Se sentía segura bajo el sombrero. La lluvia no podía caer y su madre no tendría que estar en la puerta gritando,

—Entra, pajarito travieso, llueve a cántaros.

Daphne sonrió entonces, recordando que era un gorrión despreocupado, y arrojó el sombrero a un rincón.

La hermana Dulling chasqueó la lengua.

—Tu padre te está esperando —dijo—. No vas a decepcionarlo, ¿verdad? Ha venido en el tren.

¿Ha llegado en el tren? Si vienes en el tren siempre te decepciona porque nunca te lleva adonde te gustaría que fuera, sino que te lleva una y otra vez al mundo baldío del pantano y el maimai, con toda la gente agazapada dentro para partirle el espinazo al

paraíso. Los trenes te llevan hasta el final. Mi padre va a decepcionarse tanto si me ve como si no, porque está sentado en su cabaña del pantano, con una licencia para morir en la mano y su pistola lista para disparar al primer indicio de paz. Cómo cae la nieve sobre mi cabeza. Creo que habrá tormenta.

—Ven, Daphne.

La hermana Dulling volvió a encasquetar el sombrero en la cabeza de Daphne y la condujo a la habitación donde se sentaba Bob Withers, asustado y cansado, sacudiendo la pierna doblada por la rodilla porque suponía algo que hacer.

—Estaré en la habitación de al lado, si me necesita —dijo la hermana con su sonrisa de recibir al visitante.

Daphne se quedó de pie en un rincón de la habitación y miró al hombre sentado en la silla. Tenía la cara pálida y gris, como si hubiera caminado a través del polvo durante muchos años y este se hubiera adherido a los pliegues de su ropa y cubierto sus zapatos y se hubiera posado en su pelo hasta volverlo entrecano. Ha estado de pie en el cielo, pensó. Y está cubierto de nubes. Ha estado barriendo una casa de piedra que se desmorona. No tiene mujer que barra en su lugar y lleve un delantal para que los niños se agarren a él y lloren cuando se hacen daño. Ojalá, pensó, ojalá encontrara un cepillo y adecentara su traje. Y se lustrara los zapatos. Se sienta ahí, sucio y gris, y lamiéndose los labios y sin parecer que vaya a hablar.

¿Quién es? ¿Está esperando a que le hable?

Apretando los labios, Daphne se sentó en el suelo, y se quitó primero el sombrero, por cortesía, como le habían enseñado cuando el sol afloraba temprano en el cielo; y observó el rostro del hombre gris. Cuando se quitó el sombrero y lo dejó en el suelo como un pozo de paja con cinta para atrapar la tormenta de la nube, vio que el hombre abría la boca y se le fruncía la cara, como si fuera a llorar, de la misma manera que le había cambiado el rostro a su padre cuando se enteró de que Francie se había quemado y llegó a casa y los vio a todos pegados unos a otros como la gente del cuento que era víctima de un hechizo; aunque ellos no bailaban arriba y abajo por los adoquines de una calle de hadas; sino que lloraban. Y el

hombre gris de la silla, al mismo tiempo que cambiaba su rostro para parecerse al padre de Daphne en un mar de lágrimas, gritó,

—¡No! Ay, Dios mío, ¡no!

y miró hacia donde antes había estado su pelo. Con ojos desorbitados y cara de susto.

Luego dijo,

—Daphne. Todo va a salir bien.

Pero Daphne sabía que estaba hablando consigo mismo, diciéndose que no se preocupara, que todo iría bien, aunque era extraño que hubiera descubierto cómo se llamaba ella, y que supiera, al mirarla, que debería haber tenido pelo. Y en efecto debería haber tenido pelo. Oh, sí, pensó Daphne, debería tener el pelo largo para peinarme como una sirena. Pero no tengo pelo, me lo ha quitado la mujer del inframundo, así que me pondré el sombrero para disimular que soy calva, como el jardín delantero de una casa o un parque de la ciudad o un merendero.

Se puso el sombrero, y el hombre gris sonrió y dijo con voz amable,

—Hola, Daphne. Vaya, qué frío hace. El invierno se resiste a irse.

Daphne le sonrió, a aquel hombre tan extraño y gris como la tiza.

Él le devolvió la sonrisa y se frotó una palma de la mano contra la otra.

—No falta mucho —dijo—, para que estés de vuelta en casa.

Daphne habló de repente, en una voz bien alta que hizo que la enfermera se asomara a la puerta,

—¿Qué hay en casa? ¿Están mamá, papá, Francie, Toby y Chicks en casa?

La enfermera se retiró y el hombre gris volvió a frotarse las palmas y a relamerse los labios.

—Sí —contestó—. Están todos en casa.

—Dilos, entonces. Dilos.

—¿Te refieres a sus nombres?

—Dilos, y dímelos a mí.

El hombre gris repitió los nombres, mamá y papá y Francie y Toby y Chicks.

Daphne escuchó y pensó: Es un tramposo. Dice los nombres como si los hubiera aprendido, como si fueran montañas: Rimutaka, Tararua, Ruahine, Kaimanawa; o como los nombres de las ciudades donde se construyen hilanderías: Bradford, Leeds, Halifax, Huddersfield. Está aliado con las hilanderías y las pequeñas habitaciones de la ladera de la montaña.

—Te odio —dijo—. Vete. La nieve es demasiado pesada al caer y lo hace entrecruzándose, como en un tapiz, así que vete.

Daphne se acercó unos pasos y vio que el hombre gris estaba temblando.

—Di los nombres —dijo—, como si no los conocieras. Dilos nuevos y recién nacidos.

Él repitió los nombres lentamente con voz cansada: mamá, papá, Toby, Francie, Chicks.

Luego se dirigió hacia la puerta. Ella lo siguió,

—¿Qué hace papá? —preguntó.

Él vaciló.

—Tu padre se dedica a la jardinería —contestó—, La helada se ha llevado las patatas de siembra.

—¿Qué está haciendo Francie?

—Oh, Francie. Bueno, Francie no está ahora. Trabaja. En casa de los Mawhinney.

—¿Qué hace?

—Oh. Pela patatas, creo.

—¿Y qué hace Toby?

—Vende los desechos. Está en su camioneta.

Bob Withers estaba más sereno ahora. Se sentía como en un sueño, como si estuviera participando en un fantástico juego de salón y no debiera cometer ningún error.

—¿Y qué está haciendo Chicks?

—Está jugando con sus muñecas, vistiéndolas y llevándolas en el cochecito arriba y abajo.

—Nunca tuvimos muñecas —dijo Daphne—. Teníamos pinzas

para la ropa, que eran mejores. ¿Y qué está haciendo mamá?

—Tu madre —contestó Bob Withers— está haciendo tortitas.

Luego enterró la cara en las manos y salió de la habitación, y la enfermera, curiosa, lo observó alejarse pasillo abajo y cruzar el lugar donde yacían las ancianas. Llegó a la habitación donde había dejado a Toby. Esperaba encontrar que la habitación había desaparecido o cambiado de alguna manera, como si la hubiera soñado, y que no había gente sentada con cestas de comida, comiendo pasteles de nata y tomando té en termo; pero todo estaba igual, salvo que Toby estaba sentado junto al fuego, inclinado hacia él. Parecía azul y frío como un hombre que se inclinara hacia un glaciar. Habló de Daphne.

—¿Cómo está, papá? Has sido rápido. ¿Qué le parece la vida aquí? La enfermera me decía que juegan al tenis y celebran bailes.

Bob recogió la bolsa vacía.

—¿Dónde está la fruta?

—Se la he dado a la enfermera. Algunos pacientes no tienen visitas.

—Será mejor que nos vayamos. Llegamos tarde. He oído hablar de alguien a quien encerraron en un lugar como este, porque se le hizo tarde.

—¿Cómo está Daphne?

Toby se levantó para irse y se estremeció con el frío del viento de la montaña, y su padre lo miró con aprensión.

—¿Estás bien?

—¿Daphne te ha reconocido y ha hablado contigo? La enfermera me estaba diciendo que algunas ni siquiera reconocen a su propia madre ni a su propio padre.

—Oh —se apresuró a contestar Bob—, Daphne no es así. Ella es diferente, no es como el resto de esta gente tan rara. Es totalmente distinta, y habla con sensatez.

—¿Qué aspecto tiene? ¿Todavía le cae el pelo sobre la cara?

Bob se echó a reír.

—Y tanto que sí, y se lo cepilla. Me ha recordado a Chicks por la forma en que se aparta el pelo de los ojos.

—¿Pero la operación la pondrá aún mejor?

—Por supuesto.

Y de vuelta en la pequeña habitación, Daphne, a quien desvestían y metían temprano en la cama, lista para el día siguiente, estaba pensando: Creo que me ha dicho una mentira sobre mi madre. Creo que estaba lavando ropa y zurciendo calcetines y no haciendo tortitas. Y creo que ese hombre era mi padre, por mucho que haya fingido no ser pariente mío y que no me haya dado un beso de saludo ni me haya traído una bolsa de fruta y una tarta de chocolate; era mi padre y no ha podido engañarme. Y mi madre está sentada en casa ahora, con una taza sin asa metida en el talón del grueso calcetín gris de trabajo de mi hermano, y zurce el agujero, con una puntada cruzada tras otra, de la misma manera que la nieve cae como lana blanca recortándose a través de un cielo desierto. Y mi madre está hundiendo con un palo la ropa que burbujea en la olla de cobre, y alimentando el fuego debajo de ella con tablillas de cajas de manzanas y piñas, mientras el gato se enrosca en sus pesadas piernas varicosas y sus pies se mueven como barcos con la carga rebosando por la borda, en un viaje eterno a través de mares de madera y hormigón, donde las únicas velas son sábanas, pijamas, calzoncillos y toallas, tendidos con pinzas para abofetear el fatigado rostro invernal de un sol que lloriquea.

Todo eso, sí, salvo que mi madre ha muerto, y yo voy a morir mañana, cuando la nieve caiga entrecruzándose para zurcir la supuesta grieta de mi mundo.

EPÍLOGO

¿ALGUIEN QUE CONOZCAMOS?

45

Era sábado. Relajados en un rincón de su porche acristalado, el gerente de la hilandería y su mujer leían el periódico de la mañana. El gerente estaba tumbado en un colchón de goma. Llevaba pantalones cortos. Tenía la piel morena y muy tensa de carne, como una grosella china a la que le hubiesen brotado brazos y piernas, y vello. Su mujer estaba sentada en una silla de jardín, con el pelo cubierto por un pañuelo de seda multicolor que ocultaba y mantenía en su sitio una docena de rulos de mariposa, que aleteaban sobre su cabeza en dos picos de seda como cuernos de arcoíris.

El gerente se cubrió la cara con el periódico.

—Hace calor —dijo— a través del cristal. Voy a tomar los rayos violetas.

Su mujer se inclinó hacia delante,

—Dámelo —dijo—. No lo he leído. —Y le quitó el periódico.

El director cerró los ojos.

—No hay noticias —repuso.

Pero su mujer exclamó,

—¡Escucha esto! —y leyó

EMPLEADO DE LA SEGURIDAD SOCIAL MALVERSA DINERO

—¿Alguien que conozcamos? —preguntó el gerente de la hilandería.

—No. Y su mujer se ha suicidado, con una sobredosis de somníferos. ¿Adónde va a ir a parar el mundo?

Y se llamaban Albert Crudge y Fay Crudge, aunque el periódico mencionaba otros nombres.

Y la esposa del gerente volvió a soltar un grito ahogado,

—No me habías contado lo del asesinato —dijo—. En la página de sucesos.

—¿Alguien que conozcamos? —preguntó su marido, medio dormido y calentito como una planta de invernadero.

—No, no los conocemos. Una mujer de clase alta a quien han encontrado con un tiro en la cabeza, y han detenido a su marido por asesinato. Pero ¿adónde va a ir a parar el mundo?

Y se llamaban Teresa y Timothy Harlow, aunque el periódico mencionaba otros nombres.

Y la mujer del gerente, pasando las páginas, dijo,

—¿Has leído esto? Epiléptico condenado por vagabundo y por carecer de medios visibles de subsistencia.

—¿Alguien que conozcamos? —preguntó el gerente.

—No, nadie —respondió su mujer.

Y se llamaba Tobías E. Withers, aunque el periódico mencionaba otro nombre.

—Bueno —dijo el gerente—, ¿no puedes leer algo de interés en esta zona, me refiero a algo más agradable? ¡Ay las mujeres, con vuestra sed de crímenes y derramamientos de sangre!

Su esposa estudió la página de ecos de sociedad.

—Esto debería interesarte —repuso—. Habla de un acto social del personal para felicitar a una de tus empleadas por su ascenso a supervisora adjunta. ¿No debías estar tú allí?

—No —contestó el gerente—. Sigue leyendo. ¿Quién era?

—Alguien que se ha incorporado hace poco a la hilandería. Parece que pasó enferma mucho tiempo, con alguna dolencia

misteriosa, pero se ha recuperado tras someterse a una operación. ¡Imagínate que te asciendan tan rápido a supervisora adjunta! Debe de mostrarse muy entusiasta en su trabajo.

»Veo que le han regalado un reloj de pulsera con tres diamantes en su interior.

—¿Cómo has dicho que se llama? —preguntó el gerente.

Se llamaba Daphne Withers, aunque el periódico mencionaba otro nombre.

—¿Qué más viene ahí? —quiso saber el gerente.

—Oh, nada. Tienes razón, en realidad este periódico no trae apenas noticias. A menos que contemos cosas como esta fotografía.

—¿Qué fotografía?

—La de la residencia de ancianos y algunos internos. Mira a esté hombre sentado al sol. Ni siquiera es calvo.

—¿Alguien que conozcamos? —quiso saber el encargado.

—Sí, es posible que hayas oído hablar de él. Es el viejo Bob Withers.

Y Bob Withers estaba sentado en un sillón de mimbre al sol, mirando hacia el puerto de Waimaru, porque la residencia de ancianos se había construido en el cabo, y todo el día y toda la noche los internos se movían al son del mar. Y Bob era sordo y se sentaba a solas, con un hilillo de baba resbalándole por la barbilla, y la voz se le había vuelto fina como una hebra de hilo, y el día le hacía arder tanto la piel como una estufa lista para tortitas, si hubiera alguien en el mundo para hacerlas.

FIN

NOTA DEL EDITOR

«El futuro se acumula sobre el pasado
como un peso».
Un ángel en mi mesa, Janet Frame

No creo en fantasmas ni en el destino, pero sí en lo que ha hecho posible este libro. Nuestra luna de miel en Nueva Zelanda, ese viaje con el que tanto habíamos soñado y a cuya preparación dedicamos tanto tiempo e ilusión, llegaba a su fin. Parecía mentira que ya hubiesen pasado las dos semanas durante las que recorrimos el país en coche: primero la Isla Norte y, a continuación, la Isla Sur. Después de caminar por parques naturales de ensueño, navegar por fiordos monumentales, contemplar diversos horizontes desde playas paradisíacas y vibrar con el ritmo de sus ciudades, en dos días tocaba volver.

El inconveniente de dedicarte a algo que te apasiona es que, en mi caso, ni siquiera en mi luna de miel pude dejar en la maleta mi ávida mirada de editor empedernido. Releyendo los relatos de Katherine Mansfield ante la vista nocturna de la bahía de

Wellington, fue donde se me ocurrió la idea de publicar *Los Burnell* (Piteas 24), y este no sería el único libro que saldría de ese viaje. Aprovechando la oportunidad única de estar en el más remoto de los países, entraba en todas las librerías y preguntaba a los libreros por joyas de la literatura neozelandesa por reivindicar. El hecho de haber publicado, tanto en español como en catalán, *Rostros en el agua*, de Janet Frame, su escritora más importante después de Katherine Mansfield, les maravillaba y enseguida se ponían a buscar entusiasmados en los rincones más insospechados de sus locales con el deseo de contribuir a que ese escritor que fue importante para ellos pudiera ser leído en tierras tan lejanas como España o Hispanoamérica. La primera de estas visitas librescas fue a la Unity Books, en Auckland, y mientras una simpática y joven librera me buscaba un ejemplar de *El mar alrededor*, de Keri Hulme, encontré uno de cuando canta el búho.

Poco sabía entonces que había sido la primera novela de Janet Frame, que su primer título fue *Hablando del tesoro* y que lo escribió justo después de su alta definitiva de Seacliff, el hospital psiquiátrico en el que estuvo encerrada y en el que cuatro años antes se había salvado en el último momento de una lobotomía cerebral al ganar sus relatos el premio literario más prestigioso de Nueva Zelanda. Frame había pasado por más de doscientas terapias de electroshock a lo largo de los ocho años que estuvo recluida.

Tampoco sabía que la había escrito de abril de 1955 a julio de 1956 en Takapuna —a las afueras de la misma ciudad en la que yo estaba—, donde por primera vez en su vida contaba con una habitación propia. Unos meses después de terminarla se fue a Londres, se cambió el nombre a Nene Janet Paterson Clutha y pasó temporadas en Ibiza y Andorra, cuando canta el búho fue escrita en ese paréntesis entre el infierno de Seacliff y su recuperación en Europa. Pese a que conocía el contexto en el que se escribió *Rostros en el agua*, no sabía nada de las circunstancias en las que había escrito su primera novela. Y me la llevé sin pensarlo. Poco podía imaginar en ese momento que este libro, inédito en nuestro idioma, sería la segunda piedra en mi misión de reivindicar el increíble

talento de Janet Frame al otro lado del mundo.

Si en la Isla Norte estuve releyendo los relatos de Katherine Mansfield, y eso derivó en la publicación de *Los Burnell*, en la Isla Sur leí *Un ángel en mi mesa*, la célebre autobiografía de Janet Frame. Estábamos en la pequeña ciudad de Queenstown cuando la terminé. Faltaban dos días para coger en Christchurch el avión de vuelta a casa que pondría fin a ese inolvidable viaje. El plan era ir en coche hasta Mount Cook Village, donde teníamos alojamiento reservado para dedicar el último día de nuestra luna de miel a admirar el Monte Cook —Aoraki en maorí—, la montaña más alta de Nueva Zelanda.

Sin embargo, cuando, cenando en Queenstown, fascinado con su biografía empecé a contarle a mi mujer cosas de Janet Frame y me lamenté de no tener tiempo de visitar los lugares de su vida encontrándonos tan cerca, me miró a los ojos y me dijo: «Jan, ¿quieres ir allí en vez de al Monte Cook?». De nada sirvió que yo insistiera en que ya estaba todo reservado y que a ella le gustaría más la belleza natural de esa montaña que un pueblo sin nada especial. Con esa energía y esa generosidad tan suyas fue desechando todas mis razones y sentenció que debíamos cambiar de planes de un día para otro. Así pues, en la recta final de nuestro viaje nos desviamos totalmente de la ruta prevista: nos levantamos temprano y nos dirigimos al este, a Dunedin. Yo conducía mientras ella cancelaba la reserva en el Monte Cook y reservaba un motel en Oamaru, el pueblo que vio nacer y crecer a Janet Frame, el que en sus historias se llama Waimaru. Esos dos días supusieron un viaje atrás en el tiempo, hacia la vida de esta escritora a la que, conforme sabía más de ella, más admiraba.

Dunedin es una ciudad fundada por escoceses que creció en los tiempos de la fiebre del oro. Desde el primer momento nos sorprendieron sus calles y sus edificios, que nos recordaban a Edimburgo. Uno de sus mayores atractivos turísticos es la estación de tren, construida en 1906 y símbolo de su época dorada. Al acercarnos al edificio, la casualidad me condujo hacia una discreta placa que indicaba que en 1945 Janet Frame llegó a esa estación para

formarse como maestra: «Estaba sola en mi primera ciudad». Fue en Dunedin donde Frame intentó suicidarse y a raíz de esto la encerraron en el primero de muchos hospitales psiquiátricos.

Sabía que su casa en Oamaru, a hora y media en coche desde Dunedin, se podía visitar y, cuando preparábamos la ruta, en el mapa apareció un nombre a medio camino que me quitó el aliento: Seacliff. No tardé en atar cabos: era el hospital psiquiátrico en el que estuvo Frame y al que, en *Rostros en el agua*, llamó Cliffhaven. Nos desviamos hacia allí. Era un lugar idílico a veinte millas al norte de Dunedin: suaves y verdes colinas que bajan hasta el mar en impresionantes acantilados. Después de cruzar la vía del tren por donde Istina Mavet abandona el infierno del manicomio, aparcamos en la reserva de Truby King. Caminamos cinco minutos entre bosques y descampados de un verde impresionante y, de repente, reconocí al momento el lugar donde se erigía el asilo de lunáticos Seacliff. Fue inaugurado en 1884 como una de las instalaciones más exuberantes, grandes y preparadas para tratar a enfermos mentales mediante nuevos métodos, es decir, para tratarlos como personas y no como animales. Sin embargo, el edificio desde el principio mostró problemas de estructura debido a la inestabilidad del terreno. El 8 de diciembre de 1942, a las diez de la noche el pabellón 5, hecho de madera, se incendió debido a un cortocircuito eléctrico con cuarenta pacientes encerradas dentro. Todas murieron en ese desastre que todavía hoy se recuerda en la región y del que incluso existen leyendas de fantasmas. Janet Frame fue ingresada en Seacliff dos años después, cuando, tras su intento de suicidio, se negó a volver con su familia, donde las discusiones entre su padre y su hermano solían acabar de forma violenta. No creo en los fantasmas, pero incluso antes de ver los restos de paredes, suelos, chimeneas, entradas y baños que, entre malas hierbas, conforman las ruinas de Seacliff, demolido en 1992, supe que ese era el sitio. Sentí una especie de vacío, un silencio estremecedor que contrastaba con la belleza y la calma del lugar que solo puedo describir como el de un lugar que tiene muchas historias olvidadas, muchas voces silenciadas. Fue Frame quien escuchó sus historias y las contó.

Rompí ese silencio leyendo un fragmento de *Rostros en el agua*.

La mala noticia era que, debido a esta parada, se hacía imposible llegar a Oamaru a tiempo para visitar la casa de Janet Frame, así que llamé desesperado. Una voz afable y tranquila me dijo que no me preocupara y, sobre todo, que no condujera rápido, que me esperarían. Gracias a su generosidad fue posible una experiencia reveladora e inolvidable. Más tarde supe que las personas que atienden a los visitantes de la casa son voluntarios, vecinos de Oamaru que en su momento se unieron para comprar la propiedad y, con la ayuda de la misma Janet Frame, decoraron la casa como era en su infancia para acercar a la gente a su obra. Está en el número 56 de Edén Street, en un pueblo que aparece en las guías turísticas por su centro histórico de aire Victoriano y su colonia de pingüinos azules. Mientras recorría con los ojos como platos las luminosas habitaciones de la casa, el pasillo, el salón, la cocina, el cuarto trasero, tenía la sensación de volver a estar en un lugar ya conocido. Reviví pequeñas anécdotas en cada uno de sus rincones (la abuela señalando en un mapa en el cuarto trasero las posiciones de los ejércitos durante la Segunda Guerra Mundial mientras escuchaba la radio) y oí el eco de conversaciones pasadas (el médico que un día cualquiera entra en casa y, en la cocina, les comunica la muerte de Myrtle, la hermana mayor). En esto debe consistir la magia de la literatura: sentirse como en casa en un pequeño pueblo a más de diecinueve mil kilómetros de distancia de tu hogar.

Ya hacía meses que había vuelto de la aventura en Nueva Zelanda cuando empecé a leer cuando canta el búho y sus palabras me trasladaron otra vez a Oamaru, a aquella casa perdida en el tiempo, a la voz de Daphne Withers, a las cicatrices que dejó en la tierra muda el hospital psiquiátrico de Seacliff. Janet Frame siempre defendió que, aunque se inspiró en conocidos para construir los personajes principales de esta novela, solo los padres se corresponden con los suyos. Sin embargo, se me hace imposible dejar de ver en la muerte de Francie Withers en el fuego la temprana muerte de su hermana Myrtle Frame, ahogada en una piscina, cuando Janet tenía solo trece años. Esta pérdida la

traumatizó profundamente y, ya a esa edad, pasó por su primera terapia de electroshock. Casi diez años después, su hermana pequeña, Isabel Frame, también murió ahogada. ¿Cómo no ver a Bruddie Frame, el hermano epiléptico, en el personaje de Toby Withers? ¿O a June Frame en Teresa Withers, con la que incluso comparten el apodo de «Chicks»? ¿O a Daphne en la misma Janet? Frame realiza en CUANDO CANTA EL BÚHO el retrato de una familia en la que el dolor de la tragedia aflora de forma diferente en cada uno de sus miembros con el paso del tiempo: en la sufrida soledad del aislado Toby; en el miedo de Teresa, que se refugia en las convenciones sociales y el materialismo, y en la lúcida locura de Daphne, que despliega toda la narración.

En CUANDO CANTA EL BÚHO se reúnen las dos voces más importantes de la literatura neozelandesa: por un lado, en Daphne brilla la voz lírica y delirante que Frame llevará al extremo en su siguiente novela, *Rostros en el agua*, y por otro, está presente la precedente inevitable, Katherine Mansfield, en la sutileza afilada con la que penetra los silencios y los mundos interiores de los diferentes miembros de la familia Withers. En una habitación propia, utilizando sus recuerdos como escritorio, su familia como papel y su dolor como tinta, Janet Frame escribió una de las obras más impresionantes de la literatura neozelandesa.

No creo más en el destino que en los fantasmas, aunque no puedo evitar contemplar con asombro la forma en la que los hechos se alinearon como constelaciones hasta la publicación de cuando canta el búho. En lo que sí puedo creer —y creo— es en las personas que lo han hecho posible: desde Janet Frame, que lo escribió, hasta Patricia Antón, que ha reincidido en asumir y superar con creces el reto de traducir lo que parece intraducible, pasando por mi mujer, que renunció a ver el Monte Cook, la voluntaria que nos esperó para enseñarnos la casa de Janet Frame, Pamela Gordon y la agente literaria Jennifer Bernstein, que han vuelto a confiar en esta editorial, y por supuesto en ti, lector soberano, que le das sentido a todo esto con tu lectura.

Jan Arimany

JANET FRAME nació en 1924 en Dunedin (Nueva Zelanda); fue la tercera hija de una familia humilde de origen escocés. Su padre trabajaba en los ferrocarriles y su madre era sirvienta de la familia de la escritora Katherine Mansfield. En 1943, empezó a formarse como profesora, pero su intento de suicidio marcó el principio de su peregrinaje por diferentes centros psiquiátricos: los hospitales de Dunedin, Seacliff, Avondale, Sunnyside… Estos nombres luminosos escondían una realidad muy dura que Frame utilizó más adelante en sus obras. Le diagnosticaron esquizofrenia y la trataron con insulina y terapia electroconvulsiva. Cuando era paciente en Seacliff escribió su primer libro, *The Lagoon and Other Stories* (1951), que obtuvo un éxito inmediato y ganó el prestigioso Hubert Church Memorial Award. Seguramente, para la escritora, el mayor logro de esta obra fue que consiguió que se cancelara la lobotomía cerebral que ya le habían programado. Ya libre, viviendo en Auckland escribe su primera novela, cuando canta el búho (1957). Sin dejar de luchar contra la depresión y la ansiedad se estableció en Londres —viajó con frecuencia a Ibiza y Andorra—, se cambió el nombre a Nene Janet Paterson Clutha para que fuera más difícil localizarla y, sobre todo, siguió escribiendo. Publicó su segunda novela, *Rostros en el agua* (Piteas 9) en 1961. En 1983 se le concedió el grado de Comendador de la Orden del Imperio Británico y, en 1989, recibió el Commonwealth Writers' Prize por su novela *The Carpathians*.

Frame murió de leucemia en 2004 a la edad de setenta y nueve años.

PATRICIA ANTÓN DE VEZ se dedica en exclusiva a la traducción literaria desde hace más de veinticinco años. Licenciada en Filología Hispánica por la Universidad de Barcelona, llegó a la traducción desde la corrección de estilo. Ha vertido al castellano multitud de títulos de narrativa y ensayo, pero también de literatura infantil y juvenil o artículos para prensa. Entre los muchos autores que ha traducido cabe destacar a Kate Atkinson, Khaled Hosseini, Mark Haddon, Joyce Carol Oates, John Cheever, Louise Penny, Claire Messud, Nancy y Jessica Mitford, Chris Stewart, Howard Fast, Damon Galgut, Margaret Atwood, Stephen King o William Trevor. Melómana confesa, siempre ha creído que para traducir hay que tener oído y musicalidad porque, al fin y al cabo, el traductor, como el músico, se dedica a interpretar una partitura ajena. También cree que la traducción literaria es un oficio precioso que requiere grandes dosis de tesón y de pasión.

En Trotalibros Editorial ha traducido *Rostros en el agua*, de Janet Frame (Piteas 9), *Horizontes perdidos*, de James Hilton (Piteas 19) y *Los Burnell*, de Katherine Mansfield (Piteas 24).